

REVISTA

CONSERVADORA

DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

GAMA DE LA HISTORIA

Enrique Guzmán

DESPEDIDA

Horacio Guzmán

POR ENCIMA DE DIVISIONES PARTIDISTAS

José María Moncada

Carlos A. Bravo

Carlos Cuadra Pasos

Fernando Córdoba

Emilio Álvarez Lejarza

Antonio Barquero

Carlos Morales

Anastasio Somoza

ESTADOS UNIDOS Y NICARAGUA EN 1928

Thomas Dodd

DISCURSO SOBRE EL DIALOGO

Carlos Cuadra Pasos

LA EDUCACION PARA EL DIALOGO

Otto Friedisch Bollmw

SIMON BOLIVAR Y EL NUEVO NACIONALISMO EN AMERICA LATINA

Gerhard Masur

CONTRA LAS GUERRILLAS DE SANDINO EN NICARAGUA

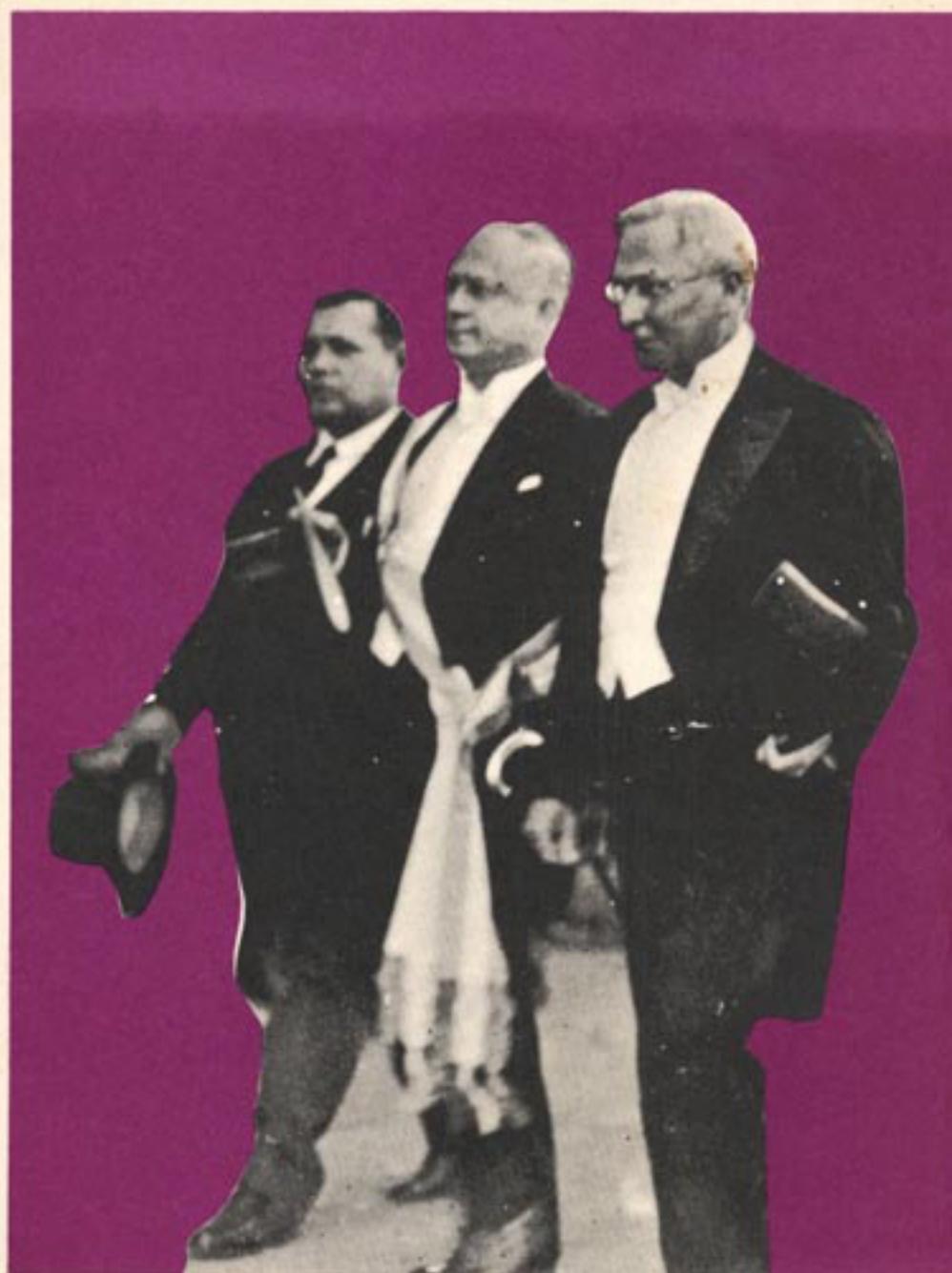
Vernon E. Megee

*** + ***

El Libro del Mes:

ESTADOS UNIDOS EN
NICARAGUA

J. M. Moncada



119 AGOSTO 1970

Nicaragua: 5 córdoba
Extranjero: 1.50 Dóla

Revista

Conservadora

del Pensamiento Centroamericano

VOL XXIV — Nº 119 — Managua, D. N., Nic. — Agosto, 1970

SEGUNDA EPOCA

S U M A R I O

Página

- 1 10 años de Existencia.
- 2 Gama de la Historia.
- 4 Despedida
- 6 Por encima de Divisiones Partidaristas
- 7 Yo fui Casi Presidente.
- 14 Fernando Córdeba, Mira a Moncada.
- 17 Carlos Cuadra Pasos, Mira a Moncada.
- 18 Emilio Alvarez Lejarza, Mira a Moncada.
- 19 Antonio Barquero, Mira a Moncada.
- 19 Carlos Morales, Mira a Moncada.
- 21 Anastasio Somoza, Mira a Moncada.
- 21 Estados Unidos, Mira a Moncada.
- 21 Moncada, Mira a Opera Bufo.
- 22 Opera Bufo, Mira a Moncada.
- 25 Estados Unidos y Nicaragua en 1928.
- 29 El Diálogo.
- 30 Discurso sobre el Diálogo.
- 32 La Educación para el Diálogo.
- 36 Simón Bolívar y el Nuevo Nacionalismo en América Latina.
- 43 Contra Las Guerrillas de Sandino en Nicaragua.

EL LIBRO DEL MES

ESTADOS UNIDOS EN NICARAGUA

J. M. Moncada

DIRECTOR

JOAQUIN ZAVALA
URTECHO

Asesor
DR. FRANCISCO PEREZ
ESTRADA

Gerente Administrativo
MARCO A. OROZCO

Ventas
JOSE S. RAMIREZ

COLABORADORES
DE ESTE NUMERO

Enrique Guzmán
Horacio Guzmán
Carlos A. Bravo
Fernando Córdoba
Carlos Cuadra Pasos
Emilio Alvarez Lejarza
Carlos Morales
Anastasio Somoza
Henry L. Stinson
José M. Moncada
Thomas Dodd
Otto Friedrich Bollnow
Gerhard Masur
Vernon E. Megee

Créditos Fotográficos
Archivo

de

Revista Conservadora

Prohibida la Reproducción total o parcial sin autorización del Director.

Editada
por

PUBLICIDAD DE
NICARAGUA

Aptdo. 21-08 — Tel. 2-5049

En

"Lito. y Edit. Artes Gráficas"

AHORRO NACIONAL CON RESPALDO MUNDIAL

6 1/2%

El producto de su esfuerzo rendirá mucho más
GUARDANDO SUS AHORROS en lugar SEGURO,
donde además obtiene un 6 1/2 o/o de interés anual.
TENEMOS MAS DE 600 OFICINAS EN 80 PAISES
AHORRO NACIONAL CON RESPALDO INTERNACIONAL



FIRST NATIONAL CITY BANK
SUCURSAL MANAGUA

AHORA PUEDE USTED IRRIGAR SUS CAMPOS CON ECONOMIA!

Desde Febrero de 1968
ENALUF ha rebajado sus
Tarifas para irrigación
en un 20%. Haga producir
más su tierra usando Energía
Eléctrica para Irrigación

**EMPRESA NACIONAL DE LUZ Y FUERZA
ENALUF**

TEL. 2-66-11



**TODO ANFITRION
EN CENTROAMERICA
SIENTE ORGULLO
EN SERVIR...**

Flor de Caña

**PORQUE ES UN LICOR
VERSATIL CON EL QUE
PUEDEN PREPARARSE UNA
GRAN VARIEDAD DE
BEBIDAS DELICIOSAS.**

La Refinería Nicaragüense del Azúcar, por medio de un Proceso Higiénico y moderno, decolora las soluciones, reduce la ceniza que contiene y eliminando la opacidad de sus impurezas, ha llegado

a producir en Nicaragua, en escala comercial, el Azúcar Refinada SAN ANTONIO, un azúcar tan superior como la mejor del Mundo, orgullo de la industria centroamericana.

NICARAGUA SUGAR ESTATES LTD.



EL BANCO DE AMERICA

le ofrece toda clase de servicios bancarios a toda hora del día laborable. Desde las siete de la mañana a las siete de la noche siempre hay un BANCO DE AMERICA abierto para servir a usted.

Abra una cuenta de ahorros en el BANCO DE AMERICA en la sucursal que más le convenga y verá cuán pronto su dinero aumenta gracias a los intereses que percibe y a la comodidad que el BANCO DE AMERICA le brinda para efectuar sus depósitos.

El BANCO DE AMERICA trabaja con los nicaragienses para un común progreso.

BANCO DE AMERICA



"NESTLÉ" calidad y seguridad al servicio del consumidor centroamericano. Productos Nestlé S.A. (Guatemala). Productos Nestlé S.A. (El Salvador). Productos Nestlé S.A. (Costa Rica). Nestlé Hondureña S.A.D.R. Ballantyne y Cía. Managua, Nicaragua.

LA
VOZ
DE
LOS
ESTADOS
UNIDOS
DE
AMERICA

EN ESPAÑOL

BANDAS: 49, 31, 25, 19, 254 m.

HORAS DE MANAGUA:

De 5:00 a.m. α 7:00 a.m.

De 5:00 p.m. α 10:00 p.m

NOTICIAS -

COMENTARIOS -

DEPORTES -

MUSICA

AZUCAR
SAN ANTONIO
REFINADA

RINDE MAS
PORQUE ENDULZA MAS



Publicidad de Nicaragua

Hotpoint

aire
acondicionado

DUERMA FELIZ



TODO ELECTRICO
PARA EL HOGAR EN:

sovipe

SOVIPE COMERCIAL, S.A.

AVENIDA ROOSEVELT. Fte Banco América — Tel. 235-01

VISTASE ELEGANTE

Mejores Trajes

Gómez

Managua, Nic.

bajo

la dirección de un técnico
graduado
en Habana, Cuba.

ACABADO GOMEZ
ACABADO PERFECTO
¡Compárelo!

Ave. Bolívar
Tels. 23050 — 27702

Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano

SE LLAMA CONSERVADORA ÚNICAMENTE EN EL SENTIDO DE QUE NO ES ANTIRRELIGIOSA,
NI ANTICAPITALISTA, VA EN MARCHA HACIA LA INTEGRACION DE CENTROAMERICA Y
PANAMA, POR ENCIMA DE LAS DIVISIONES PARTIDISTAS

EDITORIAL

10 Años de Existencia

Nuestra revista está cumpliendo diez años de existencia en este mes de agosto.

Ha subsistido con infalible regularidad un mes tras otro, venciendo día a día las incontables dificultades que necesariamente surgen en un ambiente no acostumbrado aún al nivel de exigencia de una publicación como la nuestra. Una de tantas estriba en nuestro propio empeño de conservar el nombre mismo de la revista, siendo que su razón de ser es la de ser "conservadora" del Pensamiento Centroamericano estando por encima de divisiones partidaristas. Esto se ha venido sosteniendo y demostrando en cada número.

Huba una época en que el haberla llamado únicamente Revista Conservadora no dejó de prestarse a toda suerte de malentendidos que preocuparon a los políticos de oficio al extremo de creerse en el deber partidarista de fundar otra que fuese contraparte liberal. Gracias a la amplitud que reveló la nuestra, se comprendió que no tenía objeto aquella otra. Si se pretendía exponer y discutir civilizadamente, ya esta revista estaba conservando el pensamiento centroamericano con respeto para todos los criterios.

Sin haber pretendido sentar cátedra sus páginas, al ir acumulándose, llegaron a constituir un monumento a la cultura de los centroamericanos y a la perpetuidad de sus ideas. Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano ha llegado a ser la mejor realidad historiográfica y bibliográfica de Centroamérica en general y de Nicaragua en particular; coleccionada desde por más de cien universidades norteamericanas y por muchas europeas, como también por importantes bibliotecas, sin ella ya no se puede escribir la historia de nuestros países. Significa, pues, un acervo de incalculable valor que aún en las universidades extranjeras sirve como texto de consulta a profesores y estudiantes.

Instituciones del Estado y de la Iniciativa privada están tributándole su patrocinio cultural Comprendiendo documentos extraordinarios y publicaciones de obras históricas y científicas sobre nuestros países, cada ejemplar ofrece un libro de esa categoría, traducido por primera vez al español, o inéditos, o agotados.

Esas instituciones que nos honran queriendo hacer algo culturalmente efectivo y útil han dado en adquirir colecciones del tesoro que significa esta revista, obsequiándolas lo más completas entre los 119 números hasta aquí publicados en los diez primeros años que se están cumpliendo en este mes.

Gracias, por el patrocinio de esas ilustres Instituciones. Gracias, por la colaboración de los distinguidos intelectuales, y técnicos que representan las distintas tendencias del pensamiento centroamericano. Gracias, también, por el apoyo de nuestros gentiles anunciantes.

A ellos se debe el que Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano haya cumplido, al menos —si no otra cosa— la importante tarea, incumplida hasta ahora, de reunir y "conservar" ese pensamiento para que no se disperse y se lo lleve el viento.

DON ENRIQUE GUZMAN, EL MAS CHISPIANTE DE NUESTROS ANTIGUOS ESCRITORES, PUBLICO ESTE ARTICULO HACE AÑOS EN "LA ESTRELLA DE NICARAGUA". LO REPRODUCIMOS EN ESTE MES POR SER EL DEL PATRONO DE NUESTRA CAPITAL.

ES CURIOSO OBSERVAR COMO SE MANTUVO EN BOGA EN EL PASADO ENCENDER LA PASION POLITICA AUN A GUIZA DE JOLGORIOS POPULARES MAS QUE DE DEVOCIONES RELIGIOSAS. NUESTRO SANTO VARON VENIA COMO DE MOLDE CADA AÑO Y HASTA HACE POCO LOS PERIODICOS COMECURAS SE ABURRIERON TRATANDO DE REBAJAR LA OBRA DE MEJORAMIENTO QUE LOS REVERENDOS FRAILES DOMINICOS QUE ESTABAN EMPENADOS EN LLEVAR A CABO, EN NUESTRA CATOLICA CAPITAL.

Todos los años por este tiempo, no bien comienzan en la capital las ruidosas y alegres fiestas de Santo Domingo, embisten todos los periódicos liberales y progresistas de Nicaragua contra el ilustre arcediano de Osuma, fundador de la orden de Predicadores. La Historia les cierra el paso a nuestros diarios avanzados; pero ellos se rien de la Historia con la que nunca han tenido amistad; pasan sobre la pobre Clío sin respeto ninguno, y presentan luego a la turba ignorante, que traga mentiras gordas como tragar buñuelos, un Domingo de Guzmán intolerante, sombrío y feroz que en nada se parece al celoso y dulce apóstol del Langtiedoc, modelo de caridad cristiana de quien dice un gran historiador que "sufría todas las afrentas no sólo con tranquilidad, sino con placer".

Cerca de siete siglos han pasado, y todavía se le está denostando: no por eso resplandece menos su aureola de bienaventurado.

Uno de los periódicos a que me refiero acaba de regalar a sus lectores con este rosario de disparatados embustes:

Desde ayer comenzó el juego de toros en la plaza de Santo Domingo, en la cual se encuentra la iglesia de este famoso inquisidor, que en 1216, en unión del no menos célebre conde de Monforte, tomó por asalto la ciudad de Beziers, en Francia, degollando a todos sus habitantes y quemando en varios puntos a más de 100,000 personas.

Algunos católicos que no están al tanto de estos antecedentes que se relacionan con la conducta observada en este valle de lágrimas por el patrón de la Sierra de Managua, creen que es inadecuado eso de celebrar su día onomástico con carreras de caballo y corridas de toros; pero si nos fijamos en esas cien mil víctimas mandadas por él a las hogueras del Santo Oficio, no hay nada que extrañar, y si más bien se quedan cortos los managuas en ofrendarle a tan santo varón, solamente los golpes y porrazos que saben aplicar los animales bravos de la raza taurina.

Todos los pobres batuecos, mis queridos paisanos, se han tragado tan enormes gazapas—y han de ser muchos—van a quedarse con la boca abierta o a tenerme por loco cuando lean esto:—Santo Domingo no ejerció

NARRAVENTOT MIHI
INQUI FABULATIONES
SALMO CXVIII

nunca actos de inquisidor; no quemó ni degolló a nadie, ni le hizo mal en su vida a persona alguna. Su caridad y abnegación eran tan grandes, que "habiéndole manifestado una mujer albigena que si se apartaba ella de sus correligionarios abjurando sus errores no tendría con qué vivir, resolvió el santo apóstol, para poderla mantener, venderse como esclavo". (V. Cantú, Historia Universal, t. 4º lib. XXII, cap. V.)

Pero voy a dar otra noticia más sensacional todavía a los incrédulos de boca abierta que comulgan con la inconmensurables guayabas de nuestra prensa racionalista.

Oiganla... y santígüense—iba yo a decir—olvidado de que los hombres "de Ideas levantadas" le tienen horror a la señal de la cruz.

Oiganla, señores batuecos, y díganme si los escritores que ustedes admiran se pararán alguna vez en barras ni anacronismos.

La noticia es esta:—Cuando el Santo Oficio se estableció, como tribunal encargado de juzgar a los herejes, hacía 12 años que Santo Domingo había muerto.

Dónde aprenderían la Historia nuestros periodistas? En los Institutos nacionales que hoy se llaman Colegios idem? Allí ha de haber sido seguramente, según se descubre por lo muy bien que la saben.

La invención tonta y absurda que ha hecho de Santo Domingo de Guzmán "una especie de Moloch, ávido de carne quemada", cuenta más de un siglo de fecha y ha circulado por todos o casi todos los países cristianos.

Forja estas patrañas la malicia del espíritu sectario, y luego las propaga la ignorancia. La leyenda mentirosa echa raíces, y viene a ser la "gama de la Historia", que dice Michelet.

El año pasado, cuando yo redactaba El Cronista, que murió repentinamente, escribí acerca de este asunto una gacetilla que no llegó a publicarse. Me dí entonces

ces a buscar noticias acerca de Santo Domingo, y en ningún historiador serio hallé una frase siquiera que autorizase la novela ridícula de los cien mil achicharrados por el fundador de la orden de Predicadores, de la que hacen caudal nuestros atrasados libre pensadores.

Vayan ustedes oyendo.

El profesor Dentier, que no es ortodoxo ni pretende serlo, dice en sus Lecciones de Historia:

Viendo los progresos que los albigenses habían hecho en Langüedoc, dirigióse Domingo a Italia a fin de obtener del Papa licencia de predicar contra ellos. Nombróle Inocencio III jefe de misión, y fuese Domingo a recorrer el mediodía de Francia, donde combatió con la palabra a los mismos contra quienes Simón de Monforte debía emplear después armas mucho más terribles. En aquella cruzada contra los albigenses, Domingo no representó el papel sangriento que algunos erradamente le atribuyen. Para atacar la herejía sólo empleó el poder de su elocuencia y trató siempre de imitar la dulzura, el celo y la pobreza de los apóstoles.

Lanfrey, enemigo declarado de la Iglesia, refiere con abundancia de pormenores, en el capítulo XI de su Historia política de los Papas, la cruzada contra los albigenses, y no trata de ocultar las simpatías que éstos le inspiran. Pues bien, ni siquiera menciona Lanfrey a Santo Domingo.

En el capítulo V del libro XXII de la Historia Universal de César Cantú se titula Inquisición—Cruzada contra los albigenses, y empieza de esta manera:

Al escribir este nombre, que excita en la imaginación el recuerdo de una grande iniquidad, que se quiso presentar como padrón de ignominia para la Iglesia, apresurémonos a declarar que ninguna parte tuvo en ella Santo Domingo.

Bajo el párrafo que acabo de transcribir hay una nota del autor, a mi juicio importantísima, que dice así:

Las Cortes de España de 1812, en el dictamen sobre el proyecto de abolición de la Inquisición, declararon que Santo Domingo "no opuso a la herejía otras armas que las oraciones, la paciencia y la instrucción". Tampoco tuvo parte en la desgraciada guerra albigense, y tanto es así, que Hunter pudo describirla con toda minuciosidad sin que aparezca en ella el nombre de Santo Domingo.

No conozco el libro de Hefele, institulado Origen de la Inquisición, que se publicó en 1850; pero sé de cierto que en varios pasajes se ocupa Hefele en demostrar que Santo Domingo no tuvo nada que ver con el Santo Oficio.

Y esto es claro como la luz del día; basta una comparación de fechas para probarlo.

Aunque el origen de la Inquisición se remonta al Concilio de Verona celebrado el año de 1184, no quedó definitivamente establecida, como tribunal encargado de juzgar a los culpados del delito de herejía, hasta medio siglo después.

La Inquisición temida y temible, la que enviaba herejes a la hoguera, la que en España se llamó "Santo

Oficio", fundóla el Papa Gregorio IX, por la Ille humani generis, el 24 de abril de 1233: Santo Domingo, el supuesto quemador de herejes, murió en Bolonia (Italia) el 6 de agosto de 1221.

¿Saldría de su tumba el buen arcediano de Osma para presidir los autos de fé?

¿Qué culpa tuvo Santo Domingo de que Simón de Monforte haya hecho degollar a los moradores de Beziers? ¿Era por ventura su consejero?

Adviértase que por aquellas calendas se hacía siempre la guerra a sangre y fuego; que los albigenses habían cometido los más odiosos excesos, y que el vizconde Raimundo Rugiero, defensor de Beziers, así como su tío Raimundo VI conde Tolosa, eran mil veces más crueles que Simón de Monforte y dos buenas alhajas a quienes no halló nunca el diablo por donde desechar.

Por otra parte, no está probado, ni mucho menos, que Santo Domingo se encontrase en el asalto de Beziers, el cual se verificó no en 1216, como afirma un corresponsal de El Diarito, sino el 22 de julio de 1209.

Los cien mil quemados vivos de que nos habla el citado corresponsal y todos los que como en él escriben, son, según la Historia, cuatrocientos; y no quemados por el Santo Oficio, que aun estaba por establecerse, sino por los caudillos militares, hombres durísimos que despreciaban la muerte a cada paso y miraban, con supremo desdén la vida del prójimo, sobre todo si el prójimo era un enemigo en política y religión.

Cuando veo la facilidad con que arraigan y prosperan ciertas odiosas patrañas que van contra la buena fama de los santos y de los grandes, recuerdo este pasaje de una composición de Cano y Masas:

—Pero eso es una mentira.

—Pero eso se creará;

Y aunque algunos no lo crean,
Todos lo asegurarán.

El odio cierto que sienten o aparentan sentir ciertos compatriotas míos, que se precian de liberales, contra Santo Domingo y los frailes dominicos pareceme tanto menos justificable cuanto que a la orden de Predicadores deben los naturales del continente de Colón beneficios sin número.

Fraile dominicano fue aquel apóstol incomparable, ángel protector de los indios, la más bella figura de la conquista de América, Bartolomé de Las Casa.

No me sorprenderá que un día de estos cualquier gacetillero de esos que "saben todas las cosas y otras muchas más", salga por ahí contándonos que cuando Pedrarias Dávila mandó celebrar en León, el año de 1528, su famoso auto de justicia, acompañábale el Obispo de Chiapas, el cual entregó a los colmillos de los perros bravos doscientos mil nagrandanos.

¿Y por qué no?

Así forja historias la perversidad audaz, historias que la ignorancia se traga sin examen y que los ruines y los mentecatos van propagando por toda la redondez de la tierra.

DESPEDIDA

HORACIO GUZMAN.

Cuando el régimen liberal del Gral. Zelaya había imperado por tres años en Nicaragua vino al país el doctor Horacio Guzmán, y fundó El Correo de Granada, diario independiente, a fines de 1896.

En ese periódico expuso el doctor Guzmán lo que eran los verdaderos principios liberales, que él sustentó hasta la hora de su muerte; pero, como era natural en un hombre de sus ideas y sentimientos, no pudo ver con indiferencia que se diera el nombre del partido liberal al que entonces cometía desde el poder toda suerte de desafueros contra los hombres; y al salir de Nicaragua para los Estados Unidos, dió a la publicidad en las mismas columnas de El Correo de Granada la "Despedida" que se leerá a continuación y constituye, una profecía de todas las calamidades que después vinieron bajo el régimen de Zelaya.

Este documento, está escrito sin pasión, por un liberal que amaba de veras la libertad y tenía idea completa de los grandes principios que le sirven de base.

Debemos advertir que el doctor Horacio Guzmán se embarcó en Corinto el mismo día que se publicaba su "Despedida"; que viendo Zelaya que en ese puerto no podía mandar a capturarlo, dio ordenes a San Juan del Sur, para que allá le sacasen del vapor; que don Horacio se libró de caer en garras del liberalismo, porque el vapor no hizo escala en San Juan del Sur; y que el golpe sólo pudo caer sobre el periódico, aplicándole una multa de doscientos pesos.

DESPEDIDA

No esperaba verme en el caso de tener que dejar tan pronto las tareas periodísticas a que di principio hace apenas cuatro meses; pero obligado a salir del país por algún tiempo, me despido con verdadero sentimiento de los lectores de El Correo, y les envío mis más sinceras gracias por la benévola acogida que han dado a esta publicación.

Creo haber cumplido con lo que prometí en el programa que publiqué al fundar este diario; y si en el curso de mis labores he visto desconocidos mis propósitos y he sido víctima de ataques injuriosos, de los cuales nunca está a salvo un periodista que se propone hablar la verdad, también es cierto, y lo digo con placer, que mis humildes escritos han merecido la aprobación de personas cuyo criterio respeto y cuya estimación me enorgullece.

En la América Central la prensa independiente no marcha por zuchuroso camino sembrado de rosas, sino por estrecha vereda erizada de abrojos. Tiene que desafiar desde luego las iras del poder, que, acostumbrado al incensario de los palaciegos, vive respirando una atmósfera de humo que le impide ver la realidad de las cosas en toda su desnudez.

Y al juzgar los actos de los que mandan debe tomarse esto en consideración como circunstancia atenuante. Aquel que no oye nunca la verdad, difícilmente podría distinguirla del error, y de ahí que se subleve contra toda tentativa de hacer llegar aquella a sus oídos. El mandatario acostumbrado a en-

contrar aplausos por donde quiera que pasa, a contar de antemano con la aprobación de todos sus actos, mira como un desacato a su autoridad que se le avise sin embajes ni rodeos que es negro lo que él se imaginaba que era blanco.

Mentira parece que la razón humana pueda ofuscarse hasta el grado de creer bueno lo malo y viceversa; pero si se toma en cuenta la influencia que ejerce sobre nosotros el medio ambiente en que vivimos, se llega a la conclusión de que los hombres a quienes la fortuna ha colocado en elevados puestos son a menudo más dignos de lástima que de odio.

Con frecuencia hacen mal a sus semejantes, pero creyendo que están obrando bien. Sus propios extravíos les parece el último grado de la sabiduría humana y ejecutan de buena fe actos esencialmente punibles. Son entes peligrosos que pueden ser al mismo tiempo espíritus honrados. Caminan describiendo curvas y se figuran que van constantemente por la línea recta.

Deber del periodista que respeta la dignidad de prensa es ayudar con sus indicaciones a los que gobiernan; pero esto casi siempre se traduce como oposición sistemática a la política que domina, y las plumas abyectas vendidas al poder son las primeras en denigrar al que tiene el valor y entereza bastantes para censurar las equivocaciones en que incurren los que mandan.

Al partir para el extranjero, siento dejar a mi país en la triste condición en que lo dejo. Políticamente Nicaragua ha retrogradado en los últimos años

de un modo lastimoso. La libertad de que gozaba en épocas anteriores y que la hacía sobresalir entre sus hermanas de la América Central, ha desaparecido sin dejar el menor vestigio de lo que fue, y en su lugar se ha establecido como régimen normal el estado de sitio con todas sus arbitrariedades.

Cuando se piensa en los hombres del pasado y se compara aquella situación que ellos crearon con la que vemos ahora, apenas parece creíble que en tan corto lapso se haya operado tamaña transformación.

Qué podría reconocer en la Nicaragua de hace veinte años? Se atrista el alma y desmaya el patriotismo al considerar lo que todavía puede guardarnos en reserva el porvenir.

La intranquilidad y zozobra en que vive hoy por hoy el pueblo nicaragüense diríase un castigo de sus faltas; pero tengamos fe y esperemos que tras las amarguras de la hora presente vendrán días mejores y que este pobre país tan maltratado por el destino toca ya al término de sus sufrimientos.

Para mí, y hablo con la conciencia de que estoy en lo cierto, Nicaragua encontrará su salvación en el partido conservador y no en otra parte. A este modo de pensar me ha llevado la apreciación imparcial de lo que ha venido sucediendo durante los últimos años, y nadie que haya observado el curso de los acontecimientos políticos que por rápida pendiente nos han hecho descender al bajo nivel en que nos encontramos, puede honradamente disentir de esta opinión.

Cuantos me conocen saben que jamás he estado afiliado al partido conservador y que miro en el credo del verdadero liberalismo la mejor forma de gobierno que puede adoptar una nación culta. Mientras imperó en Nicaragua lo que es de moda ape-

llidar ahora cachurequismo, siempre combatí por la prensa muchas de sus ideas y principios, amparado en mi libertad de ciudadano por el respetuoso acatamiento a la ley, que los 30 años fueron tan celosos en practicar y que hizo de nuestra prensa una garantía para los derechos del pueblo y una palanca para el progreso nacional.

Pero por mucho que difiera de los conservadores en cuanto a lo que refuto un buen sistema administrativo, soy el primero en reconocer que fuera de ese antiguo partido no existe, ni existirá por largo tiempo en nuestro país, otra organización política respetable, en cuyas manos puedan confiarse con seguridad los destinos del pueblo nicaragüense.

El liberalismo es entre nosotros una palabra que todavía no debe aplicarse a nada de lo que existe, y ni esta generación ni la venidera quizá llegarán nunca a ver puestos en práctica los genuinos principios liberales, bajo los cuales alcanzan las sociedades humanas el más alto grado de perfeccionamiento y bienestar.

Hubo un tiempo en que yo creía con firmeza en la existencia de un partido liberal en Nicaragua. Hoy he perdido hasta la última ilusión a ese respecto, y miro en el conservatismo, sean cuales fueren sus errores, el único elemento capaz de devolver a nuestra patria todo lo que ha perdido.

Al hablar con la sinceridad con que lo hago, no es mi propósito lanzar cargos contra nadie, ni abdicar de mis principios que conservo tan vivos como antes y que morirán conmigo, sino simplemente manifestar con toda franqueza a aquellos de mis conciudadanos que se dignen escuchar mis palabras, a qué conclusiones me ha traído el recuerdo de lo que fuimos y el pensamiento de lo que somos.

Corinto, 27 de abril de 1897.

Por Encima de Divisiones Partidaristas

ENRIQUE GUZMAN,
Conservador Ex-Liberal
Mira a la Prensa Liberal

HORACIO GUZMAN,
Ex-Diplomático Liberal
Mira al Régimen Liberal de Zelaya

MONCADA,
Mira a Moncada

CARLOS A. BRAVO,
Ex-Secretario Privado de Moncada
Mira a Moncada

CARLOS CUADRA PASOS,
Ex-Canciller Conservador
Mira a Moncada

FERNANDO CORDOBA,
Ministro de Moncada
Mira a Moncada
Biografía

EMILIO ALVAREZ LEJARZA,
Ex-Ministro Conservador
Mira a Moncada

ANTONIO BARQUERO,
Magistrado Liberal
Mira a Moncada

CARLOS MORALES,
Ex-Magistrado Liberal
Mira a Moncada

ANASTASIO SOMOZA,
Ex-Presidente Liberal
Mira a Moncada

"OPERA BUFA",
Mira a Moncada

MONCADA,
en "El Liberal"
Mira a "Opera Bufa"

ESTADOS UNIDOS,
Mira a Moncada

MONCADA,
Mira a Estados Unidos.—

**NO TODO DEPENDE DEL COLOR
DEL CRISTAL CON QUE SE MIRA**

**MONCADA,
MIRA A MONCADA
AUTORRETRATO MENTAL**

Su virtud predilecta?
La Voluntad.

La cualidad más estimable en el hombre?
El Honor.

La cualidad que prefiere en la mujer?
La sencillez.

Su ocupación favorita?
Pensar siempre.

Su concepto de la felicidad?
El verdadero amor.

Su concepto de la desdicha?
No poder sobrellevar las penas de la vida.

Dónde prefiere vivir?
En las cercanías del mar.

Su prosista predilecto?
Cicerón.

Su poeta predilecto?
Byron.

Su libro de cabecera?
El Quijote.

El músico y pintor que más admira?
No entiendo.

El héroe de la vida real que más le interesa?
El que sabe sobreponerse al dolor.

Su heroína predilecta?
Rafaela Herrera.

Su adversión particular?
La mentira.

El invento industrial o científico que más admira?
El inalámbrico.

El que más detesta?
Ninguno.

Su lema preferido?
Perseverar en toda obra emprendida.

J. M. MONCADA.

(De "La Noticia")

YO FUI CASI PRESIDENTE

CARLOS A. BRAVO

Secretario Privado del Presidente Moncada



Oficina de la Secretaría Privada de la Casa Presidencial (Casa Cabrera) Managua (Miércoles 11:20 A.M. — Septiembre 9, 1937)

CARLOS A. BRAVO
Escritor Nicaragüense
Ex-Secretario Privado del
Presidente José M. Moncada

Todos los días vengo posponiendo la relación de lo que frecuento en tiempos pasados. De lo que vi y oí hace mucho tiempo. Cosas interesantes y curiosas que se relacionan tal vez con la Historia de Nicaragua, con la que no está escrita, que es la que vale.

Por ejemplo los 4 años de la presidencia del General José María Moncada que yo los viví cerca de él. Identificado.

Mi vida fue tranquila y grata; antes decía lo que me daba la gana sin restricciones de ninguna clase. No es cierto que sólo la Independencia económica hace libre al hombre. La pobreza, cuando uno no tiene nada que perder, y no tiene temor. Entonces se vive feliz y libre.

Las cosas de la vida, los intereses, lo que se va adquiriendo hasta la mujer y el hijo vuelven al hombre te-

meroso y discreto. Con el pensamiento llegan el temor y la reflexión.

Es curiosa la forma cómo el tiempo va haciendo transformaciones en el hombre, casi sin darse cuenta él. Con la mujer no sucede nada de esto.

Ella está a merced del hombre; desconoce lo que son las ambiciones y tiene mayor y mejor resistencia para sufrir, o para ser feliz.

Cuando yo fui a la Secretaría del Presidente, nadie creía que mi permanencia duraría. Qué va a tolerar un hombre de tal reciedumbre, de una vida seca y fuerte tan trajinada; a un hombre que hace de la vida un juego diario, que no sabe para qué sirve la seriedad, y que no tiene ideales, que habla, ríe, chaceas hasta de lo que merece mucha atención. Es un desordenado: bati-burrillos que son un retrato exacto suyo, fiel reflejo de su alma loca. Yo lo sabía; los chismes y las verdades. Todos se equivocaron, hasta hombres que tenían gran experiencia de la vida. Ya está muerto uno que llegó especialmente a aconsejarme; llegaba todos los días. Fue

Ministro todopoderoso y sabía mucha experiencia. Pero era otra clase de experiencia.

Mientras, yo dejé de reír y me propuse estudiar, conocer, leer en su expresión diaria a aquel hombre que no contestaba los buenos días. Comencé por no dejar de saludarlo aunque no contestara nunca. “Yo no lo saludo”, me dijo el edecán. “Yo sí”, le contesté. Era una tarea diaria, constante. El hablaba con cierto menosprecio. Yo servía con seriedad. Se levantaba muy temprano: Yo, ya estaba en mi oficina. Llegaba, sacaba un libro de un estante mío y se ponía a leer. A veces él solo comentaba lo que leía. Sabía yo que él no buscaba conversación, y me estaba callado.

Leía la correspondencia, y hacía un extracto, y cuando se lo enseñaba solamente escribía al margen: “No, no se puede” o, “que venga mañana”.

A veces lo intrigaba yo, y él contestaba: “Que le diga lo que quiere a Usted”. Jamás rió a carcajadas ni toleró un cuento inmoral. Se levantaba. Una vez hizo quitar del dormitorio un Cristo Crucificado. Lo creyeron impiedad, pero él medio serio medio sonriente: “Sólo Don Carlos sabe la verdad”. Yo veía salir a una mujer muy bonita de su aposento. Está viva y vieja y fea.

Iba pasando el tiempo y estaba muy avanzado en mi estudio, en mi observación. Era tarea pesada aquella y tenía que ser sin descanso porque todo hombre es distinto cada día, a cada hora varía todo: bueno, malo, serio, hipócrita, santo, oscuro. Y este hecho que tenía entre mis manos estaba hecho de una tierra heterogénea. Mezcla de todo.

Malo nunca fue. Meto mis dos manos al fuego por él. Vano, orgulloso, eso sí; pero esas son pasiones de hombre de verdad. Creía que sólo lo que él hacía, servía. Y era ostentoso; mucha mujer en su vida. Mentiras que se embriagaba. Bebía como bebo yo: Coñac superior, a veces Champagne. Un día lo vi pasarse. Recibí las credenciales del ministro inglés. Y se quedaron bebiendo: coñac y coñac sin saciarse. Eran cinco. Los puedo mentar, pero están muertos. Hombres magníficos.

Lo que se robaba Sandino, lo vendían en Danlí a un primo del Presidente de Honduras. No quiero mentar nombres. Ya ven que soy discreto. Recibí un cifrado de un espía nuestro: oro y mulas.

El coñac hizo su efecto. Es sabroso y agradable, pero traidor. El Presidente Iracundo me ordena declarar la guerra a Honduras, gritan todos, protestan. Llevo el radiograma, lo firma y bajo a ponerlo.

—Te imaginas cómo va a amanecer esto? me preguntan.

Al día siguiente me dicen que el Presidente me llama urgentemente.

Entro al aposento; se incorpora y me pregunta: “Y el radio?”; ¡“aquí está”!, sacándolo todo arrugado de la bolsa. Se acostó tranquilo y creo que siguió durmiendo, porque se levantó tarde.

Nunca lo perdí de vista. No era espionaje el mío: observación nada más. Me propuse estudiarlo, conocerlo. Lo tenía en mis manos para eso, y yo mismo apreciaba cómo operaba con tanta discreción. Me di cuenta que él era un ególatra, de un narcisismo intelectual mental, a toda hora.

Hablaba bajo como oyéndose, andaba rápido como Napoleón en las películas, siempre admirándose a sí mismo. Sin embargo nunca se refería a sí mismo y le repugnaban los militares. Decía que eran perniciosos. Una vez las damas de Granada le obsequiaron con una espada de oro. Pasó el tiempo y me llamó, y enseñándomela me preguntó: “La quiere? Es de cobre. No es de oro”. Sonrió forzosamente.

Recién pasada la catástrofe, llegó un día la más gentil de las hijas a prestarle el único camión que había.

“No es mío —le dijo él— no puedo”.

“Lo sé”, contestó ella, “pero es para llevar mis muebles. No lo voy a dilatar. Dos días”. El Presidente me dijo: “présteselo, lo devuelve pronto”.

A los cuatro días me preguntó si había devuelto el camión.

—No, le contesté.

—Vea, pídale. Aquí no más en este teléfono repita lo que voy a decir.

Me dieron comunicación y llegó la señora, por cierto muy culta y bonita. No sé cómo estará ahora. La mujer se deshace con facilidad. El tiempo es cruel, y desbarata con facilidad a la mujer, la estruja, la desfigura. El hombre es más resistente. Muere con la cara intocada, a veces mejor. Yo he visto muertos simpáticos. Dice el Presidente: “Señora por qué no ha devuelto el camión?”

Yo:—Señora por qué no ha devuelto el camión?

EI.—No es de su padre. Es del Estado.

Yo:—No es de su padre. Es del Estado.

EI.—Es un abuso retenerlo como si fuera suyo.

La señora colgó con gran estrépito el teléfono. Yo suavemente.

A las pocas horas llegó como una tempestad y entró al despacho. La oí gritar, llorar, acusar. Decía: “abusivo, malcriado, soberbio; cree que él es el Presidente”. El General Moncada me llama y socarronamente, me cuenta la queja estrepitosa de la señora. Yo no abro la boca.

Ella, “vulgar, malcriado, échelo de aquí”. El hombre frunce el ceño y dice:

“Oye: basta. La malcriada eres tú. Don Carlos decía en ese teléfono lo que yo le dictaba. Dale explicaciones por tus insultos”. Yo di la vuelta y me fui a mi oficina. Ella pasó y en la cara que era muy hermosa vi el arrepentimiento y la vergüenza.

Doña Teresa Luna era la mejor y más buscada modista de Granada. Vestía a las más exigentes. Era por Masatepina. Muy amiga del General Moncada, y llegó a arreglar la casa. En el aposento colgó un bello Jesús Crucificado. Yo no sé dónde lo hallaría pero, qué dolor y qué expresión de sacrificio. ¡El de Velásquez! Apenas si se le ve el rostro! Cuando terminó dijo al Gral. Moncada: "Lo primero que vas a hacer es el nombramiento de José Marifita como Cónsul en Nueva York". El me volvió a ver. Yo sé lo que quiso decir con los ojos. Los ojos son más expresivos que la boca. Sobre todo en las mujeres, y él tenía un no sé qué femenino en su ser, pero era muy hombre!

Cuando se fue la señora él, con delicadeza y después de admirar el dolor callado del Santo Cristo, me dijo: "guárdelo, guárdelo bien".

Creyeron que era ateísmo, o Irreligiosidad. Cuando más bien era un respecto profundo a la imagen de Cristo. El mundano, el mujerlego, el sátiro reconoce a su Dios en forma reverencial. El impuro rindiendo culto a la pureza misma. Al Gral. Moncada le gustaban las mujeres feas, viejas, bonitas, jóvenes, todas, y no iba a estar Cristo desde la cruz viendo todo aquello. Cuando ya estaba el Presidente en funciones llegó Doña Teresa y yo le dije lo de siempre: El Presidente está en una reunión. Vaya y dígame que yo estoy aquí.

—No señora, está con los Ministros, me ordenó.

Volvió otro día. Igual: Está en una reunión. Se fue y no volvió más. Un día fui yo, un sábado, a la Laguna a informarle, y encontré a Doña Teresa.

Desde que me vio, dijo al Presidente... —Pues, José María, no he podido verte en Managua porque en la Casa Presidencial hay un perro negro y no me deja entrar. —Señora—, dijo herido el Presidente—, Ud. es injusta y grosera, yo he dado orden que no la dejen entrar. Tengo mis razones, Don Carlos no es perro ni es negro.

¡Me vio blanco el hombre que se sentía maltratado, cuando advertía la injusticia! Era campeón de la verdad y la expresaba sin distinción y sin miedo. ¡Siempre fue así!

Estaban en su mayor fuerza los Sandinistas, destruyéndolo todo. Un espía muy valiente asaltó y mató a un hombre que llevaba una carta del Dr. Escolástico Lara, un médico ilustre, un hombre sobresaliente, valiente y bueno. ¡Los americanos crearon, armaron y mantuvieron a Sandino! ¡Yo sé por qué lo digo!

Fue una mañana el Dr. Lara con un compañero ilustre donde el Presidente. Yo no sé qué le pasaba al Dr. Lara que llegó a sincerarse con el Presidente.

Lo de siempre: él, ni conocía a Sandino; y habló y habló. Moncada sabía oír, que es tan difícil. Me acuerdo que jugaba con un lápiz rojo entre las manos.

—¿Y Ud. Doctor?— preguntó al otro, que era hombre íntegro, sabio y muy simpático. El Dr. Lara conti-

nuó diciendo que Sandino era un criminal que deseaba la desgracia de Nicaragua. El Presidente me hizo llamar y me dijo: "Este es el Dr. Lara". Entendí lo que quería: fui a mi oficina y volví con la carta del Dr. Lara para Sandino. Se la alargó, la leyó de mentiras, porque no estaba para leer. Cuando se la iba a echar al bolsillo, Moncada le dijo:

—No Doctor, esta carta es del archivo. Ya envié copia al Ministro Americano. El Ministro Americano era Mr. Mathew Hanna que hablaba muy bien español. De repente fingía no saberlo.

El Gral. Moncada me tenía ordenado que cuando Hanna llegara en visita estuviera en el despacho con cualquier pretexto; que oyera la conversación y enseguida la escribiera. ¡Lo que oí! Formé un libro, lo empastaron y se lo entregué. Una mañana fue larga y ruda la conversación. El Presidente tenía pruebas de que los americanos mantenían, pertrechaban y proporcionaban todo a Sandino. Sandino era hechura de la brutal intervención que estaba acabando con Nicaragua. Moncada estuvo magnífico de ira, de horror, de una verdad que mantenía atontado a Hanna. Citaba días, horas, fechas, lugares de la complicidad yanqui, papeles.

Rojo por la verdad que salía a borbotones por la boca. Hasta me parecía que hubiera querido agarrar por el cuello al yanqui entrometido, pero en lo personal eran muy finos amigos. Después le leí el suceso que había visto y oído. Se le ocurrió algo de pronto.

—Publique eso como una declaración oficial en forma de batiburrillo. La escribí y la mandé al periódico. Fue un escándalo Hombres de confianza llegaron muy de mañana hiriendo; el Dr. Federico Sacasa: "¡Cómo se le escapó eso. Es comprometedor!" Toño Flores: "¡Yo te hacía más vivo. Qué bárbaro!" y otros, y otros. Ponderaban al Presidente la forma burlona, ligera, chancera y a veces grosera con que me refería a la intervención americana.

El Presidente era hombre de una estudiada serenidad. Oía a cada uno. Me llamó y me dijo: "Tráigame el periódico". Lo llevé. —Léame la declaración oficial que hizo. La leí calmoso, despacio. Yo sé leer. Y cada vez que relampagueaba un párrafo decían los oyentes: "Qué bárbaro, qué grave eso! El Departamento de Estado va a reclamar! Van a pedir la destitución de éste! A Ud, al Presidente, le van a exigir una rectificación!". Cuando terminé, el Presidente como queriendo sonreír me dijo: "Ese es su género, interpretó no lo que yo dije sino lo que quería, lo que pienso, lo que debe pensar todo nicaragüense patriota y honrado!". Después, cuando se fueron me dijo uno por uno.

El Dr. Carlos Morales: "¡qué vivo, me hubieras hecho una señita!".

Dr. Toño Flores: "Lo sospeché. No tenés pelo de tonto!".

Dr. Federico Sacasa: "Viveza granadina!", golpeándome con cariño la espalda.

Otro: "Felonía granadinal".

Un día se le pidieron a Tacho, que era Sub-secretario de Relaciones, unos informes que los conocía. Pasaron días y no contestaba "vaya Ud., me dijo, a ver qué pasa". Fui. Tacho era hombre de carácter muy grato. Se hacía querer, irradiaba simpatía. Era de amabilidad pegadiza. Después. Los hombres no resisten la poderosa fuerza del poder. Llegué y le dije de lo que se trataba. "Negró, me dijo sentate y escribí qué es lo que realmente quiere". Lo escribí. Al día siguiente llegó la Ministerial y se la llevé al Presidente. La leyó, y volviéndome a ver me dijo: "El machote es suyo".

Estábamos en lo que se llamó la Casa Gris, yo no sé por qué, ni era gris; una casota horrible. La presidencia se componía del Presidente, yo y Carlos Solís Torres que era el mecanógrafo. Muchacho muy competente y muy bueno. Vivía allí también Rosa Niño que fue compañero del Gral. Moncada en la campaña y que gozaba de mucha confianza con él. Lo trataba de voz. Salía todas las noches el Presidente con sus amigos; yo también y Rosa Niño como que enamoraba a una niña de enfrente. Una noche llegó el Presidente a la casa y no encontró a nadie: sólo al centinela que iba y volvía. En la mañana siguiente llamó a Rosa Niño y le dijo: "hombre ustedes dejan solo aquí; vengo y no hay nadie; de repente me van a asesinar". Rosa Niño le repuso: "Andás de aquí para allá con putas ¿y aquí Don Carlos y yo te vamos a asesinar? y dio la vuelta". El Presidente no dijo nada".

"Vio? —me dijo el Rosa Niño: —Va y viene con zán-ganas desde Casa Colorada, beben, comen y aquí lo esperamos nosotros para asesinarlo. ¡Qué baboso!". Yo, como siempre mudo.

Venía de Masatepe un día, se descompone el Lincoln y se pasa al Yip de la escolta presidencial. Llegó enfermo, quejándose de las asperezas y brincos del Yip. Rosa Niño comenta en su presencia: "caminábamos a ple en los zuamos, en los llanos, en las lomas empinadas, y aquí te has vuelto como señorita. ¿Te acordás cuando te dormiste en el suelo con una piedra por almohada? Y ahora no puede andar en un carro viejo. ¡Qué niño tan delicado!". Y yo como siempre mudo, mudo.

Pudiera contar más escenas iguales a estas. El quería mucho a Rosa Niño, le oía y ni siquiera sonreía porque no sabía sonreír. Tenía virtudes extrañas que no he visto nunca en ningún otro hombre. Sufría con el mal ajeno. Jamás cometió una injusticia. Era muy honrado. No sé en lo que creía, porque nunca le oí la menor palabra que se refiriese a Dios.

Hablaba poco. No sabía decir discursos. Hablando se hacía pesado, parco, palabra por palabra, como dejándolas caer, sin ninguna inspiración. Y que era hombre de mucha lectura. Lo que sí sabía era reflexionar. Nunca violentó una resolución. Jamás se disparaba contra nadie. Conmigo hablaba. Yo sólo lo oía. Esa era mi tarea. Me la impuse yo.

Una vez sucedió un caso insólito. Pidió a los gobernantes de América la oficina Panamericana un mensaje que no pasará de cien palabras. El se fue a la Quinta y se entregó a escribir. Dilató cuatro días. Le costaba escribir. Era un pensador al de verdad, pero le costaba mucho escribir. Se trataba del centenario de la muerte del Libertador. Tenía hermosas y grandes ideas el Gral. Moncada, pero trabajaba mucho para expresarlas, para ordenarlas en el papel; me parece que tenía ancestro extranjero. Hay muchos casos.

Terminó y lo leyó a varios amigos. Lo de siempre: "admirable qué dicción! Léame ese párrafo"! El no reconocía a los incondicionales. Ofusca el elogio exagerado. Desconfía él de los que están elogiando siempre. Yo no estuve de acuerdo en su comparación de Washington con el Libertador, pero no lo dije. Además, nadie me lo preguntó. En la tarde me lo ofreció para que lo leyera. Cualquiera cosa. Conté las palabras y resultaron 108. Se lo dije y me autorizó para que lo arreglara. Era fácil, muchas palabras innecesarias, comunes, sobrantes. El Libertador no se parece a nadie. Es único. Washington es un hombre grande y puro. El Libertador un hombre grande e impuro. Vive en la conciencia de América. El que quiere verlo lo ve. Washington es una reliquia. El otro anda, habla, dirige, sueña, piensa. Es el alma de América.

Al Presidente Moncada nadie lo vio como lo vi yo: con sus virtudes, con sus defectos, con lo que él creía de la vida, con lo que pensaba de los hombres y hasta de las mujeres. En sus alegrías, en sus tristezas y más que todo en sus dudas. Eso es todo el hombre. Lo encontré varias veces decaído, deshecho, metido todo en las dudas. Y sin poder preguntarle nada. Una vez estaba contento, satisfecho, alegre, pero moderadamente alegre. Dejaba ver lo que estaba pasando. Me senté en el escritorio suyo y leí, débilmente visible en el secante, estas palabras: "A LAS DIEZ, POR LA OTRA PUERTA". Yo sabía cuál era la mano linda que escribió esta promesa.

El amor es más fuerte que la muerte. En la propia Secretaría Privada, por la noche escribía los recuerdos del día. Tenía tres libretitas con todo lo que pasaba cerca de mí. Me distraía releyéndolas. Siempre me ha encantado leer, y cómo repasar lo que he visto u oído, sin corregir o agregar nada. Fielmente escrito todo; dicho con la sencillez o con la violencia sucedida. Estaba como en la escuela de San Carlos o de ciudad Rama, cuando era muchacho descalzo. Me enseñaron los maestros a ser leal conmigo mismo, desde temprano: el primero fue mi padre y el de ciudad Rama mi hermano mayor Salvador, un hombre encantador: sabía poco, pero enseñaba la manera de vivir la vida. Hay ahora cosas complicadas con maestros, —profesores los llaman—, que saben mucho y no enseñan nada. Ellos mismos no saben cómo se vive. Los tiempos han cambiado mucho.

Traje mis cosas cuando Moncada se bajó de la Presidencia; entregó la banda que se cruzan de derecha izquierda y me dejó a mí para que entregara lo demás. Si no había gran cosa: papeles de todo tamaño. El Dr. Sacasa era muy amable, me habló de lo mucho que me debía la Patria, de mi abnegación y de mi lealtad. En parte es verdad eso, menos lo que me debe la Patria. A

Dios bendigo por haberme dado esta tierra, por haberme hecho polvo de esta tierra, agua de esta agua.

Estuve como 15 años fuera de mi casa. Sirviendo para nada, en esto y en aquello, mal pagado y mal comido. Volví, porque me echaron el día menos pensado. Feliz en mi casa, jugando con mis hijos, hablando día y noche con mi mujer porque ella habla mucho y de todo.

Volví afligido, pensando en la vida, pero mi mujer ella es un encanto y se fue a buscarme trabajo, a visitar a los grandes, a los poderosos, y les decía que yo hablaba en Radio Mundial, que era la más poderosa estación del país; que tenía escritos 42 libros con mis conferencias, que eran muy lindas y que yo era el hombre más grande del mundo. Ud. nunca lo ha oído? preguntaba. Solicitaba un anuncio para mis Charlas. Me parece que debe haber sido grato y perdonable oír a una mujer hablando así de su marido. Se hizo querer y la atendían con mucha generosidad.

Me acuerdo de mi amigo Gonzalo Meneses Ocón. El la vio, la oyó sonriendo y la sirvió. Lástima? pensaba yo. No es lástima lo que se tiene por una mujer que habla así y anda sudada, a ple, cansada, por el marido desocupado. Yo nunca he servido para pedir, ni sé cómo se hace eso. Es simpatía lo que inspira? Ya no tuve necesidades. El Angel de mi Guarda, andaba con mi mujer, cansado, a ple y sudado como ella. No lo vi yo pero lo supe. Cuando ya me dediqué a arreglar tranquilamente mis libros, éstos alegres me saludaban con cariño.

Los libros hablan, sufren, sienten. Son Criaturas vivas de Dios, ¡15 años de abandono, de separación. Ya no estaré apartado de ustedes. Ya estoy aquí para cuidarlos, para acariciarlos, para releerlos, y para contar a mis hijos lo que me dicen de nuevo. Y los resobaba, y sonreían al volverme a ver, y saber que yo no los dejaría más.

Los tres libritos en que apunté mi vida y la vida del Presidente Moncada, los comejenes, ejércitos de comejenes, los carcomieron, los deshicieron: hojas con hoyos, ilegibles. Y tantas cosas interesantes que desaparecieron. Cuatro años de la verdadera Historia de Nicaragua, que no está escrita. La lucha de Moncada con la rapaz y cruel intervención americana. El, solo contra todos.

R. A dice. Las cosas tienen un ser vital, tienen raros aspectos, miradas misteriosas. Toda forma es un gesto, una cifra, un enigma; en cada átomo existe un incógnito enigma de día, de tarde, de noche, a toda hora y lo más duro que los liberales conspiran con los americanos para echarlos lo calumniaban y andaban en conlábulos para que otro liberal viniera a prestarse para lo que aquel hombre de hierro decía siempre. No. Eso nunca!

Qué bien hicieron los comejenes en comerse los libritos famosos en los que contaba minuciosamente esos cuatro años dolorosos sin tregua, sin descanso, triste, del Gral. Moncada.

Y me acuerdo de su entierro cuando murió: fuimos pocos; nadie quiso hablar en la Casa del Partido. Don Ramón Sevilla, a quien yo quería mucho, desde que me vio dijo: —¡Ud. Dn. Carlos! Digo unas palabritas. No recuerdo ni lo que dije. Me tenía avergonzado que sobre el ataúd, en lugar de aquella Patria que defendió contra el poder más grande del mundo, quien no durmió pensando él en ella, y que no tuvo paz los cuatro años de su gobierno, le pusieron un pedazo de colorado. Si él era solamente el más ilustre de los hijos de Nicaragua. Y el más atormentado. Yo siento orgullo de haber sido el único que vio, oyó y conocí los cuatro años de angustia a que estuvo sometido por la Patria. Se trataba de la sucesión y todos querían ser candidatos a la Presidencia. El hombre jamás abrió la boca. Me preguntaban a mí. Yo era mudo. Una mañana llegó el Presidente a mi oficina, sacó un libro. "El diario de Bucaramanga, del Libertador". Mucho quería al Libertador, no por lo que hizo, sino por lo que pensó.

A él le repugnaban los militares y nunca usó uniforme, ni se puso medalla, ni nada que lo distinguiera. Era sencillo y orgulloso. Qué raro. Disputaban los pretendientes, y él. Eso sí, era hiriente, burlón incisivo: cortaba, hería, sangraba, de todo usaba. Hablando de ellos. ¿Quiere saber Ud. quién es el candidato del Presidente Moncada? Lo volví a ver. Nunca hablaba. Y él despacio, palabra por palabra como se reza una oración, me dijo: "El candidato del Presidente Moncada es el Gral. Moncada"! Y continuó leyendo el "DIARIO DE BUCARAMANGA". Yo puse seña después en la página que leía cuando me dijo eso—. Un día hablaban, disputaban los pretendientes, y él firmó la carta que le llevaba. Alzó la vista, me quedó viendo y yo entendí lo que quería decir con los ojos y con la boca cerrada.

"Quieren ver —les dijo— al único que sabe quién es mi candidato? Y ellos esperaron. Dirigiéndose a mí: "Don Carlos: sabe Ud. quién es mi candidato?". "Sí", dije suave como novia pudorosa cuando el cura le interroga: "Acepta Ud. por esposo a fulano de tal?". No se le oye, dijo el Dr. Carlos Morales. Alcó yo la cara y viéndolos a los dos dije fuerte: "Sí, sí sé", y me fui con la carta firmada que era para don José Zepeda Alanís. Después me preguntaba Don Toño y me preguntaba el Dr. Morales. Yo recobré mi constante mudex. No sé nada amigo: Son cosas de él. "No hombre", me decía el Dr. Morales: "vos lo conocés bien".

Ninguno me sacó ni una seña siquiera. Hasta ahora lo digo. Los 3 están muertos. En la tumba no hay más polvo ya. Pero ellos, que eran tan buenos, deben de estar en el Cielo. Dios es misericordioso y ellos ni se acordarán que se morían los 2 por ser Presidentes de Nicaragua y el otro por reelegirse para seguir sufriendo, porque no mandó nunca, en una zona, Sandino con los bandoleros; y en la otra, la intervención americana cruel, sangrienta, la muerte, el incendio y el pillaje, diezmando a los nicaragüenses, corrompiendo a las mujeres, echándonos a pelear como gallos ennavajados a los unos y los otros.

A mí me es difícil olvidar, no al Gral. Moncada porque no se hacía querer, sí al hombre que a la Pa-

tría amó y estaba dando la vida por ella minuto a minuto, lentamente; todos los días un pedazo de su alma, con el corazón estrujado. Así...

Me consta!

Pudiera seguir contando lo que vi, lo que oí, todo lo de los 4 años que estuvo el Gral. Moncada en un puesto que llaman Presidencia y que él no presidió nunca. Pero son detalles muy tristes, hechos muy dolorosos. Es mejor olvidar. El olvido sirve para eso: para no sufrir con los recuerdos del pasado.

RESUMEN

El Gral. Moncada:
Era sencillo, pero soberbio.
Hablabá poco.
No sabía hacer discursos.
Le repugnaban los versos.
Le gustaban las mujeres, las peores.
Jamás dijo una mala palabra.
Nunca mintió.
Nunca juró.
Era cristiano. (Entendía por eso amar a Cristo).
No supo lo que era la amistad.
No se hacía querer.
Nunca odió a nadie.
No creía en la buena fe de los partidos.
Ni liberal ni conservador.
No digo lo que me dijo de los americanos.
La Patria sin patriotas le oí decir una vez.
Era sincero.
No confundió nunca el sí con el no.
No habló alto.
Comía mal y poco.
Irónico, hasta grosero.
Devolvía los regalos como novio enojado.
No es cierto que abusaba del licor.
Solamente dos veces lo vi hablando disparates.
Hasta que fue Presidente usó zapatillas caras.
Reía bajo como para que no le oyeran.
No entendía de hacer chistes.
No intimó con nadie.
Le gustaba estar solo.
Leía.
Admiraba al Libertador.
Callado oía cuando le hablaban mal de alguien.
Intrigaron para sacarme, y me iba, pero él intrigó para que me quedara.
Yo no estaba puesto por él. Ni lo conocía. Me llevó, Dios para que fuera testigo de los 4 años de la tragedia continua. El mismo Gral. Moncada se engañó. Él soñaba con días felices, con el honor y la gloria. La alegría diaria, el ruedo de amigo, la sonrisa de los incondicionales, las regalías, el poderío todo, el Himno, el estruendo de los rifles a su paso. Y nada de eso hubo.

Eramos sólo 3 los que estábamos. El Presidente de la República, cabizbajo y triste, yo Secretario, y el mecánografo que se llamaba Carlos Solís Torres, y la Patria sintiendo en su alma el dolor constante.

Hace pocos días fui a Jinotepe para decir estas cosas que se dicen cada año. Hablé en la Escuela Normal y dije parte de lo mucho que sé de la Patria, de su nacimiento, de los Próceres.

Licenciado del Valle.

De Barrundia.

Del Licenciado Larreynaga.

De todos. Oiga, Larreynaga nació en León. Murieron sus padres y lo recogió un tío que era joyero en Telca. Y el muchachito cuando iba a vender bisutería, joyas, sortijas se quedaba espantado viendo la erupción de 3 volcanes: Momotombo, el Orotá o Rota y el Cosigüina. Un espectáculo maravilloso.

Oyeron los normalistas encantados. Me llevaron por caminos que no conocía. Maravillado de tanta hermosura, árboles como nunca los había visto. Iba deslumbrado. Qué tierra ésta. Por donde quiera la belleza, hasta la piedra del camino, y de pronto un ceibo gigantesco con la copa tupida de un ramaje verde oscuro. Yo creo que Dios pinta, dibuja, esculpe. Esta montaña es obra de sus manos generosas.

Pasamos por Masatepe y vi sólo y triste, la estatua del Gral. Moncada, en medio sol, cubierto del polvo del camino. Siempre con la pena y la soledad. Las estatuas son para halagar la vanidad de los vivientes. Qué pierden ellas con nosotros?

Recuerdo cuando se inauguró me trajeron para que hablara. Ideay, no había o no quería nadie hacerlo. Vine y dije los lugares comunes que se dicen en estos casos. Para qué me iba a poner a decir la verdad, lo que yo había visto, lo que sabía?

Ni a él, ni a nadie le hubiera gustado oír el pasado triste de la vida de este grande hombre. Fue siempre aislado por el destino. ¡Ah, una mano generosa que hubiera hecho un cerquito a la estatura y sembrado rosas! Él gustaba de las flores y en estos lugares las hay tan lindas!

Deben de estar cansados de oírme, las damas aburridas. Pero tienen que saber ellas también todo lo que se refiere a Nicaragua, y contarlo como un cuento a sus hijos. Comenzar como si fuera un cuento de Andersen.

Hubo hace muchos años en esta tierra un hombre que luchó, sufrió y lloró por la Patria".

Igual a cualquiera de los héroes de la Independencia, tal vez más significativo porque le tocó estar solo contra todos", etc. Pongan el resto ustedes que tienen tan a flor de labio el corazón. Shakespeare dijo de Uds.

Fragility: thy name es woman.
Fragilidad: tu nombre es mujer.
Pero yo traduzco a mi capricho:
Gentileza: tu nombre es mujer.

Cuando el Gral. Moncada era Presidente electo se anunció la visita a Nicaragua el también Presidente electo de los Estados Unidos. Mr. Hoover.

Hubo consultas, preguntas respecto al traje, color y forma que debía llevar el Gral. Moncada a Corinto.

Pantalón verduzco, camisa blanca, corbata de color tenue, zapatillas negras, leva negra larga bastón.

El quiso que yo fuera, pero yo no me puse más que el traje blanco que uso siempre, y no iba en la comitiva sino aparte, como un curioso cualquiera: ver, era mi consigna, impuesta por mí: ver y algunas veces oír; hablar bajo y adivinar lo que el Gral. Moncada pensaba y decía porque él nunca habló fuerte: entre dientes, me olvidaba decir que nunca le llamé con otro nombre que el de Gral. Moncada.

Jamás le dije señor Presidente.

Llegó el barco. La guardia hizo valla, limpias las armas, vestidos de gala.

El Gral. Moncada y su comitiva, de leva seria, todos se adelantaron buscando al Presidente de los Estados Unidos.

De pronto apareció un yancote alto, con el saco en el brazo, zapatos blancos, medio desaliñado y golpeando con la mano el hombro del General Moncada le dijo con voz estentórea: Halló, Mr. Presidente! y el de Nicaragua asustado dio la bienvenida, corto, suave, serio mientras el otro reía sonoramente. Yo apunté in memoria:

“La fuerza hecha hombre; el uno —añadí— la fuerza es madre del abuso, y continué pensando. El alto, fuerte, congado, seguro de que lo puede todo. Tomillos de gente al respaldo, él mismo un hombrazo. Y el otro un hombre corto, quero decir pequeño, limpio alargando una mano pequeña también temblona, un saludo que no se oía para contestar a la mano fuerte que cayó sobre su hombro con él: Hallo, Mr. President!

Continué con mi resolución de curioso: “Me parece que en todas las cosas de la vida hay un simbolismo muy grande que el hombre tiene que tomar en cuenta si quiere vivir a sabiendá del significado de todo, consciente del lugar que le ha sido señalado por Dios.

No saqué conclusiones. En la Historia de Nicaragua, está el significado de la escena de que fui testigo curioso, y el resultado de todo. Como al el hombre alto y fuerte fuera un presagio de lo que sucedería más tarde.

Hay que olvidar todas estas cosas que he dicho. Me mantenían calenturiento, desasogado, inquieto, y me exigía no sé qué fuerzas misteriosas que deshiciera de lo que me traía inconforme y hasta enfermo. Y me resolví a contar cuentos. Puedo escribir un libro con lo que todavía recuerdo en lo íntimo de mi alma. Creo mucho en la fuerza imperativa que hay en el ser interior de cada uno y me parece que en las mujeres no existe porque no están ellas hechas para las más fuertes pasiones, para los encontronazos de la vida, para la lucha diaria y dura. En el hogar es otra forma de pela la suya.

Hay que olvidar. El olvido es para eso: para evitar el sufrimiento que es lo que mata. Hay tantas cosas en la vida que tienen, que deben ser olvidadas.

La vida es drama, comedia, tragedia, mojiganga, cartel. El Gral. Moncada, tuvo drama primero y luego tragedia, pero tragedia griega, del tremendo siglo Vº.

Es más. El comenzó siendo un agricultor. Compraba café en grano de futuro, sembraba. Buen hombre. Tuvo un trillo y le puso un nombre peligroso, prometedor de lucha. El destino le sugirió ese nombre que es como el programa de su vida nueva y desoladora. El no quiso verlo así. Dios no consulta con nadie, pero un detalle, una seña, un nombre y eso basta. Al hombre le toca adivinar y cumplir su destino. Al Trillo se llama TRILLO BOLIVAR.

Dejó su vida tranquila del campo. El campo y el árbol es más noble amigo que el hombre mismo. Y se fue a la lucha.

Creyó estaba triunfante cuando llegó a la presidencia de la República. Era otro hombre, feliz, pero de mentiras: preso de sus pasiones. Lo agarró la tragedia y lo purificó en el dolor, hizo de él otro hombre. Nuevo pero con el sufrimiento como compañero inseparable. Lo arrulló el nombre; un nombre puede acabar con todo: Para qué escogió el nombre de Bolívar sino para transformarse en un luchador, en un perseguido por la ingratitud, en una alma carcomida por la desgracia. El lo sabía porque leyó conmigo el Diario de Bucaramanga. Murió sin que nadie lo viera. Lo asesinó la muerte por detrás, sólo como continúa estando en el mármol en que lo vi en una tarde polvosa en las orillas de Masatepe, sufriendo el fuego ardoroso del verano, a la lluvia cruel del invierno, muerto en el mármol, como continuará callado, independiente, trazándose la tragedia interminable de su vida!

Deblera de tener piedad la gente con los muertos, y no perennizar el sufrimiento haciéndolos vivir en mármol, más bien para exhibir la loca vanidad humana, que como homenaje a los méritos del muerto.

Es locura mía pero creo que así en el abandono de una calle desierta, sólo el pobre hombre, sin quien lo vea y lo admire y lo recuerde debe ser triste. Fue y es y seguirá siendo un solitario. Algo tiene el sólo nombre del Libertador que satura de grandeza, pero contagia de aquel su desengaño y su dolor. Lo está probando la vida, la lucha, la muerte y luego la perennidad en mármol de este hombre superior, que sufre el castigo trágico de pasar como un desconocido en la cercanía de una carretera. Lo que hizo lo que sufrió y porque se ofreció generosamente a sobrellevarlo todo por la Patria merecen la admiración y la promesa de imitarle. Cuando él decía “La Patria sin patriotas” quería decir que él daba todos los días pedazo a pedazo su vida, con callado ofrecimiento, sin pensar en nada que no fuera la Patria. Yo no sé si le ha correspondido.

Yo continuó con la promesa que hice desde el primer día que llegué: mudo! Un curioso, un hombre ligero, un observador cualquiera y cuando lo vi en el mármol adiviné y vi lo que él está callando todavía. Se ve perfectamente lo que está pensando. Yo como cumplo lo que ofrecí, no lo digo!

FERNANDO CORDOBA,

Ministro de Moncada
Mira a Moncada

El General José María Moncada NACIO EL 8 DE DICIEMBRE DE 1870, en el pueblo de San Rafael del Sur, departamento de Managua. Fue hijo de don Nemesio Moncada y de doña Zoila Tapia, que residieron siempre en Masatepe y que temporalmente se encontraban en el citado pueblo, en la fecha del nacimiento.

Los padres del General Moncada fueron durante su vida demasiado pobres, de sangre española por sus antepasados, y don Nemesio, además, era descendiente de don Concepción Moncada, hondureño y ayudante del General Morazán, que residió en el Ocotul.

Hizo sus primeros estudios de primaria en Masatepe, en el Colegio "San Carlos"; y de secundaria, en el Instituto Nacional de Granada, en tiempos del señor Izaguirre, bachillerándose en el año de 1888, a los 18 años de edad.

En 1889 se trasladó a Managua como profesor de la escuela que dirigía don Marcos Mairena, habiendo escrito ese año un proyecto de Historia Patria que sometió al conocimiento del Ministerio de Instrucción Pública. En 1892 fue nombrado Inspector del Instituto Nacional de Oriente, en Granada, puesto que dejó para ascender a Sub-Director en el mismo colegio, y por haberse retirado de hecho el Director don Miguel Ramírez Goyena, el General Moncada lo sustituyó en el puesto, hasta fines de ese año para dedicarse al periodismo, fundado en Granada su primer periódico llamado "El Centinela", editado en los talleres tipográficos de "El Centroamericano", de don Anselmo H. Rivas.

La vida política del General Moncada, principió desde la fundación de "El Centinela" en 1892, hasta el 23 de Febrero de 1945, es decir, 52 años y seis meses.

Al primer Presidente que conoció fue al doctor Roberto Sacasa, con quien tuvo un ligero choque por asuntos de periodismo. En 1893 estuvo al lado del movimiento que encabezaba el General José Santos Zelaya, tomando parte en La Barranca. Con el triunfo de este Presidente liberal, Moncada se trasladó a la capital, dirigiendo siempre "El Centinela", que reapareció editado en distinto taller, hasta 1894, que fue suspendido.

En 1895 se trasladó a Masatepe donde permaneció todo el año de 1896, apartado de la política del Presidente Zelaya. Simpatizador del movimiento en León que encabezaban Baca, Madriz, Montenegro y demás liberales de Occidente. En 1897 tomó parte en la pequeña revolución que contra Zelaya se planeaba en las alturas del Mombacho. Su vida estuvo en peligro en el pueblo de La Concepción y al intentar el Jefe de la Policía hacerlo prisionero,

rodeándole con su resguardo, huyó más de tres mil varas con el caballo que montaba herido, hasta que el animal cayó. Pocos meses después fue capturado y llevado al cuartel principal de la Capital, de donde se fugó a principios del año de 1898, rompiendo las paredes de la cárcel, se dirigió de incógnito a Honduras, en donde también ejerció el periodismo atacando la dictadura de Zelaya, en el periódico "Patria" que él dirigía.

Como paréntesis de su vida política, cabe relatar, que durante toda su vida fue un valiente, tuvo un duelo durante su permanencia en Honduras, con el periodista nicaragüense Alejandro Miranda; ambos revólver en mano y a escasos pasos de distancia, dispararon sus armas saliendo herido el General, los dos contendientes fueron apresados. Moncada estando en la cárcel escribió su obra "Lo Porvenir", poco tiempo después fueron absueltos por el Jurado.

El año de 1899 partió a El Salvador, en donde permaneció parte del año siguiente, teniendo que regresar a Nicaragua por la muerte de su padre, don Nemesio Moncada, ocurrida en Masatepe. Cayó prisionero en Corinto y trasladado a la Penitenciaría de Managua, por orden de Zelaya.

En 1900 y 1901 residió en Masatepe y en 1902 salió del país por las continuas persecuciones, dirigiéndose de nuevo a Honduras, donde desempeñó la Dirección General de Instrucción Pública durante los años de 1903 y 1904; escribió su obra didáctica "Educación, Trabajo y Ciencia" y "El Gran Ideal". Durante los años de 1905 a 1906, desempeñó la Sub-Secretaría de Gobernación, siendo Presidente el General Manuel Bonilla, y en 1907 con los emigrados nicaragüenses que se encontraban aquel país, tomó parte en la guerra contra Zelaya. Después de la guerra, en 1908, se trasladó de Honduras a El Salvador, en donde siguió escribiendo contra Zelaya. Después pasó a Guatemala colaborando en "La República", de García Salas y el diario de "Centro América" redactado por don Ricardo Contreras, que residió en Nicaragua; también tomó parte en el concurso de la revista "Electa" sobre la biografía de Pepe Batters Montúfar, escribió su novela de costumbres indígenas "Anacaoma". Su libro "El Ideal Ciudadano" fue destinado a la enseñanza pública de esa República y cuando acaeció el complot de los cadetes contra Estrada Cabrera, estuvo preso, habiendo obtenido su libertad al día siguiente que Estrada Cabrera revisó la lista de los prisioneros.

En 1909 salió para Belice, regresando poco tiempo después a Guatemala, donde concluyó su libro "Cosas de Centro América", sin desatender su tarea periodística en los diarios. A principios de 1910, llegó a Bluefields en un vapor noruego que conducía provisiones procedentes de Guatemala y Belice, enviadas por Estrada Cabrera a la revolución encabezada por el General Juan J. Estrada. Durante esa guerra se le designó como segundo Jefe de las fuerzas del General en Jefe Luis Mena, después que el General Emiliano Chamorro dejó la jefatura del ejército por el desastre de Tisma. Moncada ocupó la

vanguardia del ejército, habiendo derrotado en varios combates a las fuerzas escalonadas de los Gobiernos de Zelaya y Madriz, y entró triunfante con su ejército a la Capital. Fue electo Diputado a la Constituyente que se reunió en esa época, ocupó la Sub-Secretaría de la Guerra y nombrado Ministro de Gobernación en el año siguiente de 1911, durante el Gobierno del General Estrada. El 9 de Mayo, fecha en que renunció el citado Presidente, cayó prisionero y obligado a salir del país. En esa época publicaba "El Centinela", relatando las memorias de la revolución de la Costa; fue combatido de manera fuerte en los periódicos conservadores. Firmó el Decreto de Estrada disolviendo el Congreso llamado chamorrista y un día antes de su caída, ordenó la prisión del Ministro de la Guerra, General Luis Mena de acuerdo con Estrada.

En Estados Unidos permaneció durante los años de 1912 y 1913 escribiendo en algunos periódicos de esa gran nación, especialmente en el "Heraldo Americano", fundado y editado por él, presentó quejas documentadas ante el Departamento de Estado en igual sentido, pidiendo una revisión de la política internacional con Nicaragua y aun de la América Latina. Escribió en esta época los libros: "La Escuela de lo Porvenir" y "El Mundo Social", de profunda filosofía y política de los Estados Unidos, con observaciones de diferentes géneros, que hoy son de actualidad.

En New York sufrió un grave accidente automovilístico; fue herido en la frente y en el índice de la mano derecha que por la cortada de unos tendones, en su curación, le quedó corto y difícil para escribir.

Después de la guerra llamada del General Luis Mena, el destino llegó a juntar en New York a este político conservador y al General Moncada, quienes conservaron buena amistad hasta la muerte del primero.

En 1914, Moncada, de regreso de Estados Unidos, redactaba en Managua "El Nacionalista", lo mismo que en los años siguientes haciendo franca campaña a favor del liberalismo, reorganizado en esa época y al terminar el período conservador de Adolfo Díaz, intentó con varios correligionarios que lo nominaran candidato liberal a la Presidencia de la República, sin conseguirlo por la abstención del partido liberal.

De 1916 a 1920 emprendió fuerte campaña contra el Gobierno conservador, tomando parte en la propaganda de don José Esteban González, cuyo triunfo fué burlado por falta de libertad. En 1921 visitó Costa Rica, regresando en el siguiente año. En 1923 y 1924 apoyó la política de transacción con la fórmula Solórzano-Sacasa y fue electo Senador Suplente por el Departamento de Masaya. El 25 de Agosto de 1925 fue capturado con varios liberales en el Club Internacional y obligado a abandonar el país por el lomazo de Chamorro.

En 1926 de Costa Rica pasó a la Costa Atlántica y herido en el Río Escondido en un combate de esa región, regresó a Costa Rica y en Octubre de ese año, continuó en su empeño de establecer la constitucionalidad en Nicaragua. Se dirigió a Guatemala, en donde se encontraba el doctor Juan Bautista Sacasa, Presidente Constitucional, que nombró a Moncada representante personal en la Costa Atlántica de Nicaragua. De Puerto México se dirigió con armas a Puerto Cabezas.

Durante la guerra constitucionalista, fue figura central de la política nacional en Nicaragua, en lo militar, en la política nacional e internacional y aún en los problemas de la paz. Desde Puerto Cabezas hasta el Espino Negro, el 5 de Mayo de 1927 tuvo esa responsabilidad, incluyendo la de la supervigilancia electoral.

En los años de 1927 y 1928 visitó los Estados Unidos y a su regreso nominado Candidato liberal en las elecciones para Presidente supervigiladas por los marinos norteamericanos, elección en la que obtuvo una abrumadora mayoría de votos sobre su contrincante conservador.

El General Moncada tomó posesión de la Presidencia de la República el 1º de Enero de 1929. En su Mensaje dirigido al Congreso Nacional invoca a la Divina Providencia, llamando a la concordia de los nicaragüenses como suprema aspiración de la Patria. Los primeros actos de su Gobierno fueron exhortaciones a los periodistas liberales para tratar los asuntos del Estado con el menor apasionamiento posible. La religión católica durante su Gobierno, fue respetada y ayudada en la mejor forma. Varias son las obras de progreso que se llevaron a cabo, descollando entre ellas las construcciones de 103 kilómetros de línea férrea, de la Casa Presidencial, Instituto de Higiene, la terminación de los palacios Nacional y de Comunicaciones, destruidos por el terremoto, la pavimentación de ocho avenidas de la Capital, la aguadora de Managua, el Muelle de Corinto y otras tantas más. Su administración fue bastante abatida por las inclemencias de la época, tales como el bandolerismo al mando de Sandino que diezmaba los Departamentos del Norte. El terremoto del 31 de Marzo de 1931 que destruyó la Capital; pero a pesar de todo esto hizo una administración honesta. La política internacional de Moncada, como Presidente y como escritor, es extensamente conocida por lo que hace a los Estados Unidos; partidario de la política de "Buen Vecino" y franco opositor a la política del dólar, en Nicaragua. Durante su Gobierno un Gerente extranjero en el Banco se retiró de la Gerencia, y la Directiva residente en New York cambió por orden del Gobierno a los Banqueros y a la Compañía que administraba el Ferrocarril. Los minorías tuvieron representación y fue creado el Distrito Nacional.

En el tercer año de su Gobierno se celebró el tratado Stimson-Moncada para la desocupación del ejército norteamericano que permanecía en el país desde el tiempo de los conservadores, así como los

arreglos para el nombramiento de un nicaragüense para Jefe de la Guardia Nacional, una vez efectuada la desocupación de los marinos el año siguiente.

De 1929 a 1932 hubo libertad de prensa, con ligeras interrupciones y el Presidente de la República soportó en sus cuatro años el ataque diario y sistemático de sus opositores.

Durante el tercer año de su Gobierno se agitó fuertemente la opinión liberal por la escogencia del candidato presidencial. Moncada fue combatido por la prensa y aún personalmente en distintas reuniones que se celebraron en 1932 por prominentes liberales. Después de una intensa lucha, se inclinó primero por la candidatura presidencial del Doctor Leonardo Argüello y debido a que fue desconocida la Convención que nominó a éste, por el Consejo Nacional de Elecciones que fungía bajo la Presidencia del Almirante Woodward, Moncada apoyó la candidatura del Doctor Juan Bastista Sacasa, su ex-Ministro en Washington, a quien ayuó decididamente como liberal.

En los años de 1933 a 1943 del Gobierno del Doctor Sacasa, estuvo políticamente caído, intentó ser nominado por sus amigos candidato a Senador por el Departamento de Rivas, y no lo consiguió a pesar de su popularidad, debido a la fuerte oposición del Gobierno de Sacasa, que con el control electoral, negó la inscripción de la fórmula. En los citados años Moncada residió en Masatepe, aislado del Gobierno y su vida expuesta a las contingencias, que en esa época ocasionaba el descenso del poder y la preponderancia de que estaba investido el General Sandino, su más fuerte opositor armado, de parte del Gobierno del Doctor Sacasa, en virtud de los pactos celebrados el 2 de Febrero de 1934, época en que quiso abandonar el país por falta de garantías.

En 1935 estuvo al lado del General Somoza, Jefe Director de la Guardia Nacional en los sucesos del 31 de Mayo que culminaron con la renuncia del Doctor Juan B. Sacasa, Presidente de la República en ese entonces, quien en esa época aparecía celebrando pláticas de entendimiento con el conservatismo.

En 1936 fue nombrado Delegado a las Conferencias de Buenos Aires en el Gobierno del Doctor Carlos Brenes Jarquín, actuación diplomática que dió ocasión al General Moncada a presentar su ponencia, durante las sesiones de aquella Gran Asamblea, oponiéndose a la presentada por Chile y Santo Domingo, que solicitaban el desarme del Continente Americano, es decir, la limitación de armamentos. Las crónicas de estas conferencias aparecen relatadas y publicadas por el General Moncada. En este año escribió su folleto "Historia de Ayer".

En 1937, electo Senador por el Departamento de Masaya, continuó su lucha periodística como en años anteriores y en el Congreso fue destacada su actuación por la independencia de sus ideas.

En 1938 fue partidario de la Reforma de la Constitución, habiendo firmado la que actualmente rige en Nicaragua.

En 1939 las sesiones del Senado absorbieron la mayor parte de su tiempo.

En 1940 fue nombrado miembro de la Academia Nicaragüense de la Lengua y el 5 de ese año leyó su correspondiente discurso que fue contestado, en la sesión pertinente, por su Señoría Ilustrísima, Monseñor Lexcano y Ortega.

En 1941 dió a luz pública su libro "El Hemisferio de la Libertad".

En 1942 Apareció su libro "Estados Unidos en Nicaragua" que contiene relatos sobre la Guerra Constitucionalista, de política liberal internacional.

En 1943 y 1944, al agitarse la Reforma de la Constitución en el Congreso Nacional, no estuvo de acuerdo con las reformas proyectadas, que no creyó en tiempo, ni pertinente un nuevo período a favor del General Somoza; sin embargo, durante los días de agitación pública, en Julio de ese mismo año, consultaba su opinión en las sesiones celebradas en la Casa del Partido Liberal, el General Moncada manifestó a los liberales llamados independientes, que el partido debía de apoyar el período del Gral. Somoza hasta su terminación por haber sido electo con el voto de todos los liberales, ideas que le causaron opiniones contra su personalidad política. Nombrado Ministro de Gobernación por el Gobierno del General Somoza, permaneció varios meses sin tomar posesión y por motivos de salud hizo un viaje a los Estados Unidos, habiendo regresado en Diciembre. De tránsito para Los Angeles, visitó México en donde fue entrevistado por la prensa de aquel país sobre política nicaragüense. En pocas palabras manifestó que en los sucesos de Julio no se había derramado sangre en las manifestaciones de la oposición.

En los meses de Enero y Febrero de 1945, ya en posesión del Ministerio de Gobernación, tuvo una polémica con el Señor Presidente, abierta y franca, como era costumbre entre ellos, al discutir los problemas nacionales, polémica que fue publicada en los diarios de Managua. Cabe reproducir el último párrafo escrito por el General Moncada, el 15 de Diciembre de 1944, 39 días antes de morir y que fué con el que cerró su vida de periodista al decir: "Ud. me conoce mucho Señor Presidente. Soy lealmente amigo suyo. Fuera de este mal de humorista, que no lo cura ni la penicilina, yo aparecería mejor ante Ud. y mis conciudadanos. Con el mayor respeto de Ud., amigo sincero, J. M. MONCADA".

Al amanecer del día 23 de Febrero de 1945, el General Moncada saltó de su lecho con el fin de tomar el baño acostumbrado y en el momento preciso que se vestía, su cuerpo se desplomó en posición vertical, herido por la muerte, lanzó apenas un lamento al recibir el golpe mortal. Segundos después, faltó su respiración.

En su muerte, no necesitó de lucha, su agonía fué de segundos; muere a los 75 años, entre ellos 53 de dura lucha política. A los 59 años de edad fue Presidente de la República, colmando así una de las aspiraciones de su vida. Periodista de nota, irónico en sus frases, castizo en su lenguaje. Su pluma fué tenida como una de las más combativas, tuvo el mismo valor para escribir sus ideas, como para recibir los insultos. Fuerte, inflexible en la posición y comparativamente débil en el poder, de ideas generosas, reconocidas, aún entre sus opositores, y en fin, el fuerte de su vida fué la publicidad de sus ideas en el hombre más combatido en Nicaragua. La pasión más libros, folletos, periódicos, conferencias públicas y parlamentarias. Su obra en este sentido necesita muchos años para ser conocida totalmente. Como militar, victorioso en muchos combates, hay que sumar a su valor, su condición de estratega, sin ser de escalafón, vistiendo siempre de civil.

En los primeros años de su vida de adolescente ejerció el Magisterio, no habiendo podido obtener ningún título académico por falta de medios económicos.

Excesivamente cuidadoso en su persona, pulcro en el vestir, aún en las circunstancias más críticas de su vida, calígrafo, sus editoriales fueron escritos con la fluidez de su talento innato y trasladados al papel con su puño y letra y luego entregados originalmente a las cajas de sus diarios, no se sabe que el General Moncada alguna vez haya dictado sus ideas a otra persona, siempre pensó y escribió.

Su temperamento variaba, quizás porque su cerebro era un hervidero de ideas, serlo y fuerte en sus resoluciones, jovial pocas veces, de contestaciones rápidas, de continuo usaba la ironía, su pluma al dictado de su cerebro escribía cuartillas tras cuartillas, generalmente por las noches.

El suscrito solo pretende ser un narrador de los principales actos de su vida, con datos de sus libros y memorias.

FERNANDO CORDOBA.

CARLOS CUADRA PASOS,

Ex-Canciller Conservador
Mira a Moncada

El General José María Moncada fue un personaje que exteriorizó en actos de su vida pública una psicología complicada, tentadora para escribir su biografía. Su carácter complejo, rebasando la copa de las existencias normales, se derramó sobre diferentes cauces de las actividades nacionales que también se exhiben complicadas por muchedumbre de contingencia. El General Moncada, con sus cualidades, algunas de ellas eminentes, y con sus defectos, algunos de ellos graves, fue un verdadero nicaragüense. En su espíritu y en su carne libró y sufrió las luchas interiores y exteriores del alma nicaragüense.

Le traté de cerca por los años de este siglo. De cerca, marchando con él por el mismo camino; de cerca, yendo los dos por sendas encontradas. Algunas veces tratando con intención de cooperar en igual obra; otras tratando en franca contradicción. En uno y otro caso despertó en mi inteligencia gran curiosidad hacia los trabajos de su agigantada mente.

Quiero trazar aquí un capítulo breve y somero de esas averiguaciones mías sobre este espíritu inquieto. En la persona del General Moncada pelearon las letras y las armas por posesionarse de su ánimo y decidir la dirección de su vida; tal cual han peleado esas mismas actividades humanas en la historia de Nicaragua, también por saber cuál de las dos ha de marcar el destino de su pueblo. El General Moncada nació, a juzgar por las actitudes que Dios le diera, para seguir la carrera de las letras. Para ejercer influencia en la sociedad por obra y gracia del pensamiento, escrito o hablado, después de prepararse por el estudio. Pero el General Moncada desoyó su vocación y siguió la carrera de las armas, que ejerce sus influencias en nuestra sociedad por la vía de los hechos.

En su juventud creyó que en el periodismo y en el libro residían los instrumentos de sus justas ambiciones. Fué periodista y editó más de una obra. Pero un día guardó la pluma y tomó la espada. Escuchó quizás la viril palabra del caballero Don Quijote de la Mancha, pronunciada con la arrogancia de que tanto gustaba Moncada:

“Quítenseme de delante los que dijeron que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen”.

El General José María Moncada fué brioso caudillo en nuestras revoluciones. Capitán experto y valeroso que supo abrirse camino por la espada, para sus aspiraciones y para las aspiraciones de sus soldados. Pero se le notaba desde lejos, que sufría por la inconformidad de su alma en esas cruentas faenas. Escuchaba el llamado de las letras, en donde estaba el signo invariable de su primera vocación. Las armas y las letras. Muy pocas veces se envuelven esas dos actividades en una sola personalidad. Las armas reclaman audacia, ligereza física y mental, prontitud y aún arrebató. Las letras sólo brotan bellamente concertadas y expresivas de la reflexión, del estudio, de la meditación serena sobre las cosas, sobre los hombres y sobre los sucesos. Pero serían en realidad las letras vocación de individuo tan inquieto? No estaría en las armas la plaza natural de los movimientos de sus inquietudes?

En los días revolucionarios de 1910 se relatava en las tertulias de Bluefields esta anécdota: “El General Luiz Mena, militar por los cuatro costados, le decía entre bromas y veras al periodista José María Moncada, intelectual de la guerra, a quien profesaba admiración: “Si quieres ser Presidente, hazte General. Eres valiente, tienes talento; pero si no llegas a General te quedarás a la mitad del camino”.

El intelectual escuchó el consejo del soldado, y llegó a General. Aún más, obtuvo por fin el último ascenso a que aspiran los militares centroamericanos, y se sentó en la Presidencia de la República. Sin embargo en todo ese recorrido, de soldado, de General y de Presidente, no perdió el humor intelectual; se le salía la punta de la pluma por el borde del bolsillo derecho, y la volvía a coger a la primera tentación. Otras veces soltaba una frase de contenido literario y aguda intención satírica, dando al traste con la seriedad de su posición.

Como he dicho, las letras y las armas han estado en discordia de figuración oficial en Nicaragua. Las armas no han consentido a las letras sino como subordinadas, que sirven a la hora de la necesidad de comunicarse por palabra con la Nación. Las letras han sido al cabo pobres sirvientas de las armas, algunas veces insurrectas, las más sumisas. Sólo el General José María Moncada logró manejar las dos. Una en cada mano. Es fama que escribía con la izquierda, y la razón puede ser porque con la derecha disparaba.

El estudio psicológico estaría en averiguar cuál de las dos fue en realidad la vocación íntima del personaje. Cuando gozaba más su inteligencia; cuándo lograba expresar acertadamente un pensamiento profundo, o cuando obtenía sonada victoria sobre el campo de batalla? Cuando ordenaba frases expresivas, o cuando ordenaba ejércitos? A mi me parece que el escape natural de su espíritu tendía a las letras. Si alcanzaba la expresión de una frase feliz, se le veía el rostro iluminado por una satisfacción, que no tuvo ni aún el día en que alcanzó el ápice de su carrera militar, la Presidencia de la República.

Pero aquí salta la reflexión. Si el General hubiera seguido su pristina vocación de las letras, si se hubiera dedicado al estudio constante, para la mayor ilustración de su claro talento; si se hubiera detenido a filosofar sobre la humanidad, siquiera sobre las cosas, y los sucesos de la Patria; cabe preguntar, hubiera llegado en su carrera, por tales filosofías y primores, a donde llegó por las armas?

Este es el problema que plantea este capítulo de la psicología del General Moncada, personaje complicado, eminente e interesante de la Historia de Nicaragua. Fue indudablemente un hombre ilustre. Lo fue principalmente por las armas; pero pudo haberlo sido por las letras. Prefirió por romántico la carrera más arriesgada? La prefirió como positivista al comprender que se adaptaba mejor al ambiente en que tenía que luchar? El General José María Moncada fue un triunfador. A mí sin embargo, me parecía entrever cuando conversaba con él sobre estas cosas, que algo de la verdadera satisfacción le faltaba en el gozo de su triunfo. Tal vez su meta estaba en otra parte, que tuvo que dejar atrás en la fragorosa carrera de su ascenso. . . .

Pero en fin, es un hecho innegable de la Historia que el hombre llegó a la altura por su propio y arrogante esfuerzo.

CARLOS CUADRA PASOS.

EMILIO ALVAREZ LEJARZA,

Ex-Ministro Conservador

Mira a Moncada

El General Moncada

HALLABASE en Honduras—como emigrado político—el General José María Moncada, cuando dictó su Laudo S. M. Alfonso XIII.

Ya sea por lealtad o reconocimiento al Gobierno en que figuraba como Subsecretario en el ramo de Gobernación; o, porque no había ahondado el estudio de la controversia, es el caso que el General Moncada sostuvo entonces, por escrito, con la energía propia de su carácter, que su patria debía someterse al Laudo Real.

Persistió el Estadista nicaragüense en esta misma opinión cuando, en ejercicio de la Secretaría de Estado en el Despacho de la Gobernación, dirige un mensaje al Gobierno de Honduras, en el cual ofrece que Nicaragua dará cumplimiento a la decisión de Alfonso XIII.

No le detiene la idea de que con ese Laudo se perjudican los intereses de su patria y se aferra en su misma idea.

Es muy complicado eso de ahondar el espíritu de Moncada: para la generalidad de las gentes lo que se llama SENTIR UNANIME, OPINION PUBLICA, INTERES DE LA PATRIA, son cosas que hacen variar el criterio o por lo menos se oculta el verdadero pensamiento por temor.

Pero el General Moncada no procedió así. Se enfrentaba ufano y soberbio, sin pisca de temor.

Así era él y no es extraña su actitud desafiante, ya en ejercicio del poder supremo, cuando más tacto requería para no malquistarse con sus gobernados.

Y le vimos empeñado, desde las alturas del poder, con tesón y sinceridad en su mismo plan de que Nicaragua aceptase el Laudo Real.

En ese entonces presentó sus credenciales en recepción solemne un enviado de Honduras y en su discurso habló con énfasis y cuasi arrogancia del deber de Nicaragua de aceptar el Laudo.

Es sabido que, con el derecho en la mano, el Jefe de Estado de Nicaragua pudo obligar al Enviado a que se concretará a las frases rutinarias de protocolo y aun a exigirle que no tocase asunto tan delicado en recepción tan ajena a disenciones de tal naturaleza.

Pero Moncada no lo hizo por que su corazón abundaba de los mismos sentimientos e ideas del Enviado Doctor Angel Zúñiga Huete, quien rubricó, en su discurso de presentación de credenciales, con gestos de hombre fuerte, la impaciencia de Honduras.

Y es que, cuando Moncada estaba convencido de una idea, desafiaba impertérrito y digno adelante, hasta rubricar—como Presidente de Nicaragua

el Protocolo Irías-Ulloa, que ha de ser considerado como el triunfo de la diplomacia hondureña; pero las Cámaras Colegisladores de Nicaragua rechazaron el Protocolo Irías-Ulloa, y alejándose del sentir del Presidente Moncada, declararon nulo e ineficaz el Laudo de Alfonso XIII.

El General Moncada se sintió derrotado, aunque él había usado en la exposición a las Cámaras ciertos eufemismos ajenos a su férreo carácter, con el objeto de que el Protocolo fuese ratificado.

Habla suavemente de que Nicaragua ha de pasar por sacrificios en aras de la paz, dice que las horas son de prueba, invoca la confraternidad con Honduras, siempre con el propósito de salirse con su plan de que nos debíamos de someter a la decisión de Alfonso XIII.

El rechazo del Protocolo Irías-Ulloa nos trajo la ventaja del IMPASE por seis años.

Volvió la controversia de fronteras entre las dos Cancillerías y la prensa de uno y otro país se acometió con fiereza.

En ese entonces el General Moncada estaba alejado de la cosa pública, y hasta su retiro llegan las hojas periódicas que ahondan y divulgan la cuestión.

El dilecto espíritu del General Moncada estudia con serena tranquilidad de espíritu, apartado de ruidos, el derecho que invoca Nicaragua. Relee sus escritos de 1907, su mensaje telegráfico de 1910; medita acerca de su actuación, como Jefe de Estado, en 1931.

El General Moncada era un verdadero hombre de ciencias. De criterio ilustrado, su mente, despierta a la justicia, ávida de conocer la verdad, se ahonda en el estudio de la controversia, y al final, cae la venda de sus ojos, y con el mismo valor que antes tuvo para enfrentarse a la opinión pública de sus propios gobernados, rectifica ahora en su folleto: "NICARAGUA Y HONDURAS.—SU ANTIGUA CUESTION DE LIMITES.—1937.—TALLERES GRAFICOS PEREZ".

En uno de los párrafos de este estudio jurídico, dice así:

"La parte legal ha sido presentada por LA PRENSA, de Managua en este año de 1937, con una brevedad y una lógica dignas de mención, contestando a EL CRONISTA, diario semioficial de Tegucigalpa".

Se refiere el General Moncada al editorial de LA PRENSA del 4 de Septiembre de 1937, de la pluma del que estas líneas escribe, y como es natural y lógico suponer, el cambio de frente en personaje tan eminente, produjo en nuestro espíritu la más viva y honda satisfacción.

Buscamos como hacernos el contradicho con el General Moncada para tratar con mas hondura la cuestión—ya que él era un hombre a quien se pudiese fácilmente tomársele por el fiador; le hablamos del asunto, y nos repuso en una forma que refleja su complicado y dilecto espíritu:

"Así como sostuve mi opinión contra viento y marea por treinta años, y a veces en circunstancias complicadísimas como Presidente de Nicaragua, hoy que me he convencido de mi error, rectifico, pero no en el silencio de mi casa—lo cual sería cobardía moral—sino en la forma de publicidad y energía, cual corresponde a un ex-Jefe de Estado".

Así fue Moncada: firme, decidido, constante y tenaz, pero si rectificaba, lo hacía con la misma firmeza, con la misma sinceridad y con la misma entereza.

EMILIO ALVAREZ L.

ANTONIO BARQUERO,

Magistrado Liberal
Mira a Moncada

José María Moncada

Una de las más bellas virtudes de Moncada es que supo decir "sí" y "no" y mantener la afirmación y la negativa con la entereza de los hombres que hablan, ritmando sus palabras con el sentir de su corazón y la voz de su pensamiento. Cuando no procedió así se escondió tras la ironía prefiriendo ser víctima del mal pensar ajeno, antes que mistificar su opinión respecto a los hombres y a los acontecimientos.

Los días que pasan, como las olas por los peñascos, labrarán su personalidad inconfundible y grandiosa. Y ellos dirán que Moncada fue un ciudadano integérrimo, un político sincero en nuestro ambiente, y un nicaragüense que amó a Nicaragua estimándola como ara, y no como pedestal—que diría el cubano.

ANTONIO BARQUERO.

CARLOS MORALES,

Ex-Magistrado Liberal
Mira a Moncada

Se publicó en Washington un libro de Franklin Delano Roosevelt, intitulado "Por qué nos desarmamos" en el que se acumulan razones por las cuales los Estados Unidos se arman para defender a nuestro Hemisferio de cualquier tentativa para derrocar las instituciones democráticas o menoscabar la independencia de cualquiera de nuestras naciones.

Por asociación de ideas hemos recordado la pregunta "Por qué nos desarmamos?" que hiciera el Delegado de Nicaragua, General José María Moncada en 1936, cuando en la Conferencia Interamericana de Buenos Aires, la Delegación Chilena, en el seno de la Tercera Comisión, propuso la limitación de los armamentos, como base segura de la consolidación de la paz en el Continente.

El General Moncada, con la agilidad propia de su pensamiento de estadista experimentado, comprendiendo la gravedad de la proposición, pidió la palabra, y la hizo vibrar, señalando el peligro continental, con una visión profética, digna del mejor recuerdo y del mayor reconocimiento: "Nosotros en América estamos trabajando por la paz: nosotros con

toda buena voluntad y corazón, nos empeñamos en esta tarea nobilísima. Pero nosotros no estamos solos en el mundo: hay otros continentes que cada día se arman más. Nosotros podemos llegar en ciertos momentos difíciles para nuestra historia, a una lucha frente a Europa y Asia. Podríamos nosotros como amigos de la paz, entusiastas de corazón, porque no necesitamos de la guerra en este Continente, podríamos decir a Estos Unidos de Norteamérica: limite sus armamentos?"

Su palabra sencilla, concisa y tajante se perdía en el vacío. Había estallado contra ella, la conspiración del silencio. Con la tenacidad del hombre que sabe lo que debe hacer en un momento determinado, volvió a la carga, martillando en el yunque de la indiferencia: "La idea es hermosísima, pero la cuestión me parece que va a trascender tal vez a la conciencia de América, que no podemos hablar de limitación de armamentos en los momentos en que el antiguo Continente está armado hasta los dientes. . ."

Moncada, acorralado por el silencio, no se deja vencer. Argulle extremando el desinterés, para hacer resaltar la necesidad de la defensa. Se muestra epicúreo por el principio ecuménico de la libertad:

"Los nicaragüenses no estamos por armarnos: Constituímos una República muy débil y las demás repúblicas de Centro América están muy bien con sus armamentos. Me refiero a las necesidades primordiales del Continente, a saber, si éste es suficientemente poderoso para luchar contra Europa el día que ésta se una para la conquista, como se están uniendo algunos países de Europa".

Luego, frente a la amenaza de la conquista de Alemania, del llamado espacio vital, de "Mein Kampf", dice así:

"Acabo de leer en uno de los periódicos de Buenos Aires, "La Nación", un radiograma de Alemania, en el cual uno de los líderes de Hitler dice que ya Alemania está como botella de cerveza: ya no cabe más. De manera que cuando salte ese tapón, puede regar también a los americanos".

Las palabras se las lleva el viento. Moncada no retrocede. Recurre al espíritu del ambiente, al panamericanismo, a la solidaridad continental, a la defensa de los intereses comunes. Su palabra fluye con mayor confianza:

"Concretemos el caso, si algunas naciones de Europa se unieran para exigir tierras en América, para conquistar tierras americanas, indudablemente nuestros grandes hermanos los Estados Unidos, Brasil, Argentina, México, tendrían necesidad de armamentos para ayudar a los otros países a defenderse, porque el día en que una guerra de esas se pose de nuevo en América, ese mismo día nosotros tendremos que armarnos e ir a la guerra".

Moncada, estratega y sociólogo profundo, golpea de nuevo cambiando de táctica. Usa de las modalidades de la técnica objetiva y hiere el punto neurálgico de la cuestión:

"En las relaciones internacionales, ocurre como en las relaciones privadas: cuando se desarman los buenos, los malos se aprovechan". . .

.....
Pasarán miles de años, pero siempre los malos estarán contra los buenos; y vienen muy a propósito los versos del Romancero Español:

"Vinieron los sarraíenos
y nos molieron a palos,
Que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos".

Moncada, por fin se ha dejado oír. Su sólido sentido práctico, dejaba en los anales de la conferencia, el vivo testimonio de su pensamiento.

Días después de la conferencia, Arturo Brisbane, uno de los mejores periodistas americanos, comentaba la actitud del General Moncada, escribía en el "San Francisco Examiner", el 12 de Enero de 1937, un editorial, cuyos párrafos principales son los siguientes:

"En los últimos tiempos ninguna sugerencia ha sido hecha, tan peligrosa para los americanos, y particularmente los Estados Unidos, que la que debiéramos decretar nuestro desarme en el sentido crítico de los asuntos públicos en Europa y Asia.

Esta propuesta fue hecha, sin embargo, por la delegación chilena en la Conferencia Interamericana en Buenos Aires.

De Nicaragua llegó, en la persona del General Moncada, esta respuesta, la que merece ser estudiada y meditada por todos y cada uno de los habitantes de los Estados Unidos, como una muestra de buen sentido práctico de la América Latina".

Brisbane después de citar las palabras del General Moncada en la Conferencia, se expresó así:

"El General Moncada no aboga aquí por la agresión o por la guerra, sino por la obvia necesidad de la defensa contra un mundo guerrero. No hay país que desee desarmarse tanto como Estados Unidos, con tal de que el mundo demuestre que en verdad desea la paz. Ningún país tiene menos que ganar que este país en cualquier clase de guerra. . .

Ningún país desea la paz más cordial, más sincera, más profundamente que la única gran nación prepotente entre los grandes poderes de la historia universal, los Estados Unidos de América.

Más sería ilógico y aún una locura para cualquier nación deducir de esto que no estamos preparados a la defensa de nuestras instituciones, nuestro suelo y nuestra riqueza contra cualquier poder europeo o asiático que pudiese interpretar nuestra actitud "pacífica" como debilidad.

Y es justamente esto lo que el General Moncada vio y defendió. El hombre modesto por excelencia, se puso de pie e improvisó una razonada defensa de "HAY QUE ESTAR LISTOS Y PREPARADOS" por causa de América, y particularmente pa-

ra el guardián del mundo occidental, los Estados Unidos".

★★★

Hoy ya van corriendo cinco años. La tempestad se ha desatado. La visión de Moncada, panorámica del futuro, se ha realizado. Los Estados Unidos, a la medida de su poderío, con una celeridad fantástica, se arman para la defensa del Hemisferio.

Qué peligros correría la libertad si los Estados Unidos se hubieran desarmado?

CARLOS A. MORALES.

("Elite"—Junio de 1945.)

ANASTASIO SOMOZA,

Ex-Presidente Liberal

Mira a Moncada

José María Moncada

Los nombres que evocan la noción cabal del patriotismo, son los más dignos de la devoción nacional. Por ejemplo: José María Moncada.

En la historia de Nicaragua, el General Moncada tiene un lugar de honor. Está encendido como una llama indicando derroteros de justicia.

A mi juicio el verdadero carácter del General Moncada no está en el detalle humorístico, en la anécdota picaresca que se refiere en los círculos sociales y políticos con deleite y escozor, por más que en la brevedad de un gesto o de una frase se encierra a veces el corazón del hombre.

Y es que en Moncada la ironía—brusca o sutil—era la corteza de un espíritu hondamente humano y fraternal, inclinado siempre a las buenas causas y su amargura una especie de "cortina de humo" de su bondad, que pretendía esconder, como si fuera una falla.

Lo cierto, lo que tiene valor histórico, lo que lo define con perfiles vigorosos dentro y fuera de las fronteras nicaragüenses es que en su doble condición de pensador y militar fue defensor auténtico y valiente de las libertades ciudadanas.

Manejó la palabra con gracia, persuasión y fuego, ya en las tonalidades directoras del maestro o en las empresas agitadas de la Política. Sus libros, folletos, artículos y discursos, son constancias vivas.

Manejó la espada con valor y arrogancia magníficos. La causa de la Constitución y de la libertad conoce el paso heroico de sus botas de General de Bluefields a Tipitapa.

Como Presidente de la República, fue progresista, fue ecuánime, fue recto, porque en el análisis de fondo y honrado no han de contarse los defectos y errores que en ocasiones sirven para resaltar las virtudes en la comparación serena.

A. SOMOZA.

ESTADOS UNIDOS

MIRA A MONCADA

El fue un gran patriota quien mereció todo de su patria a la cual rindió inteligentes, valientes y efectivos servicios. Yo siempre estimaré en muy alto grado el recuerdo de mi cooperación con él en el restablecimiento de la paz de Nicaragua en 1927.

HENRY L. STIMSON.

MONCADA,

en "El Liberal"

Mira a "Opera Bufo"

Son dos gemelos en figura y alma. Zavala Urtecho es el doble de Coronel Urtecho y viceversa. En La Opera Bufo se diluyen armónicamente, como dos gotas de agua. Se comprenden, se complementan, se achican, se agrandan al unisono. La revista aparece más ilustrada cuando cada artículo se escribe en colaboración. Algo así como los hermanos Quintero. Mientras uno hace la spiquis de una víctima, el otro hace la caricatura, el lado flaco. Si puede, lo dibuja faquisimo. Este se enamora del cuerpo y sus miserias, aquél del alma, a la cual solo miserias suele también encontrarle. Podría decirse que el psicólogo hace la caricatura del espíritu. Terminada la visita, hecha la disección de la víctima, los disectores salen a la calle con la sonrisa irónica en los labios, y luego la Opera se convierte en Bufo, en los talleres de La Nueva Prensa. Gabry ríe igualmente, y los lectores. La risa se multiplica bajo la égida de José Frixione, otro psicólogo en ciernes, a lo Mussolini.

En lo que Zavala Urtecho y Coronel Urtecho comulgan más que en viernes santo, es en sus ideas reaccionarias. Suspiran por la monarquía, no creen en el sufragio universal y consiguientemente, en la democracia. Nacieron de y para familias privilegiadas, para el gobierno de unos pocos, es decir, oligarquía, de la clase conocida en Granada y León. En esto de producir oligarquías (entre paréntesis) las dos ciudadades rivales nacieron del mismo Conquistador. Sea Sacasa, Chamorro o Cuadra Pasos, las oligarquías reverdecen a cada cuatro años. Ignoro por qué —para ser más granadinos quizás— los dos jóvenes de La Opera, no aman, no aceptan la actual dinastía leonesa, que se parece a las otras, como una gota de agua a otra gota. Perdone el lector este pueril abuso de la comparación. Es el símil universal.

Parecen descendientes, nuestros dos intelectuales, por lo menos quieren serlo, de Felipe II o de Felipe el Hermoso quizás de Juana la Loca, porque tales son los tiempos cuya resurrección anhelan, en bien de Nicaragua. Pero se llaman a orgullo cuando proclaman la reacción no para adelante, sino para atrás. He visto dirigir sus ojos al cielo en extrema unción, cuando en tales fechorías piensan. Quisieran la resurrección de los muertos, por adelantado, no iluminados, sino envueltos en las tinieblas de la edad media.

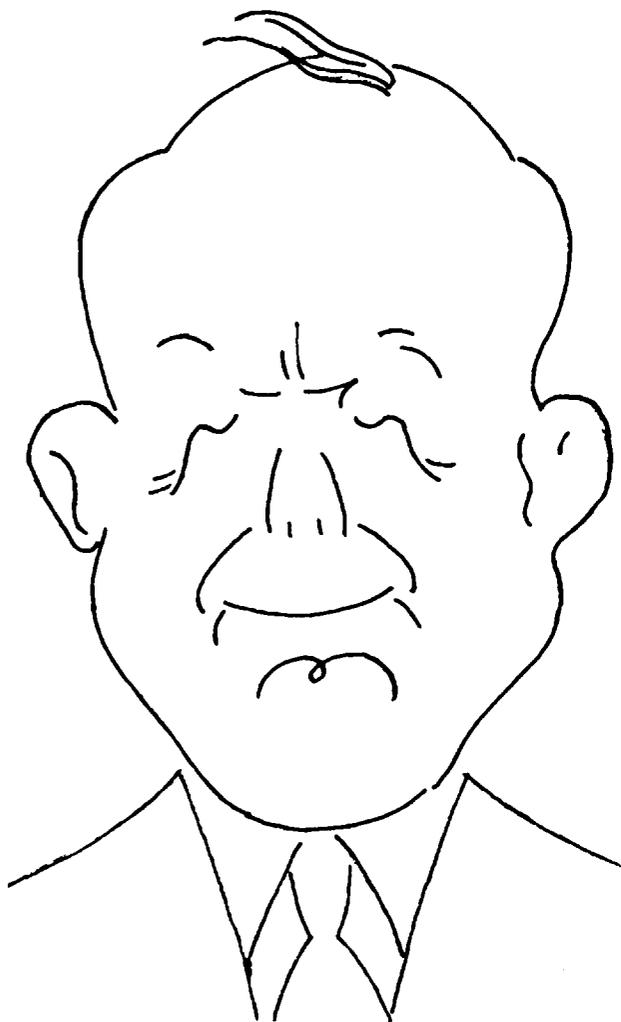
JOSE MARIA MONCADA.

OPERA BUFA

Mira a Moncada

EL EX-PRESIDENTE MONCADA

A QUIEN ENTREVISTAMOS EN 1936



Visto por la primera vez el General Moncada parece yankee. Pero al fijarse en él más detenidamente se comprende que ningún yankee puede tener esa expresión en el rostro. Esos pliegues recios, movibles y amargos de la piel pertenecen a tejidos cuyas células han estado luchando por milenios contra algo. Esas arrugas, esa expresión, solo se encuentran en algunos caballeros castellanos de los cuadros del Greco. Moncada es uno de los poquísimos nicaragüenses actuales que conservan en el físico algo de los conquistadores españoles. Pero es un conquistador renegado, convertido en fanático discípulo de Fray Bartolomé de las Casas y de todos los curas violentos que en América sostuvieron la causa de la libertad a punta de sermones políticos y de motines eclesiásticos. Más que Presidente de la República, debió haber sido Arzobispo de Nicaragua. Pero desgraciadamente es un cura laico, que se imagina que la sotana es una cárcel. Ignora que la sotana es una bandera.

Con lo que tiene de resuelto, de sutil y de intransigente —de hombre de acción, de letrado y de eclesiástico— este hombre parece una mezcla de Hernando de Contreras, del Licenciado Castañeda y del Obispo Valdivieso.

La juventud está dividida respecto a Moncada. Los jóvenes de Occidente tienen de él una idea legendaria semejante a la idea que tiene el propio Moncada sobre Pedrarias Dávila. Lo odian porque lo admiran demasiado y no es ni quiere ser Occidental. No le perdonan que haya subido al poder para hacer posible la subida de los leoneses y que haya bajado del poder para hacer posible la bajada de los leoneses. Piensan que si no fuera por Moncada continuarían para siempre en el mando. Los Camisas Azules son moncadistas violentos que se ignoran. En un tiempo entronizaron a Moncada como el único enemigo digno de ellos. Decretaron sanciones contra él porque lo creían el único viejo suficientemente caracterizado para dar importancia a su campaña contra los viejos. Escribieron sobre él artículos de alabanza, disfrazadas de injurias. Los Camisas Azules fusilarían a Moncada con devoción y entusiasmo con una salva de fusilería. Y luego rendirían a su memoria un culto secreto como el que rinden los japoneses a las divinidades infernales que fecundan la tierra negra y las raíces de los árboles.

Los jóvenes proletarios a quienes Manolo Cuadra enseña la poesía viviente y el lujo de la pobreza, han hecho de Moncada el modelo acabado del mequiavelismo capitalista y lo maldicen a cada paso con jaculatorias secretas compuesta por la Comisaría Literaria del P. T. N., que nunca conoceremos los hijos de burgueses.

Nosotros hemos tenido siempre viva curiosidad y extraña simpatía por Moncada. Nos atrae su temperamento, su espíritu anti-parlamentario. Pero lo creemos un hombre demasiado orgulloso para con-

fesar que la experiencia le grita que todos los principios filosóficos, sociales y políticos de que está llena su cabeza no valen nada. Tal vez lo sabe en el fondo y su talento penetrante le ha hecho comprender por dónde va la verdad en cuestiones de Estado, pero le tiene miedo al pueblo como viejo demócrata y prefiere decirle una cosa y hacer otra. Nosotros sabíamos los esfuerzos que hizo para quedarse en el poder. Comprendimos que tenía el sentido de la duración y que creía, con Macauley, que el primer deber de un gobierno es durar. Pero un día publicó cartas y documentos para mostrar al pueblo que nunca tuvo intenciones de quedarse un día más en el poder.

Ahora, no nos extraña ver a Moncada sincera y abiertamente al lado del Gral. Somoza. Creemos que el ex-presidente y antiguo combatiente desea de veras y está dispuesto a hacer todo lo que esté de su parte para que llegue a la presidencia. Este hecho, nos ha puesto en contacto con el hombre y nuestra curiosidad por él ha renacido.

Nos parece un hombre raro y pintoresco. Diríamos interesante, si su amarga ironía y su actitud continuamente desdeñosa no lo hicieran difícil de abordar.

Ayer, lo visitamos en su casa particular, a media cuadra del Campo de Marte. Fuimos a interrogarle sobre el momento político, seguros de que nos hablaría únicamente en el terreno de los principios, proponiendo y resolviendo los problemas a la sola luz de la razón sin entrar en los misterios psicológicos de la política práctica. De todos modos siempre es muy útil conocer la argumentación de Moncada porque sus raciocinios tienen gran fuerza lógica y claridad.

El gusto de transmitirlos al público, pensábamos, bien vale unas cuantas ironías a costa nuestra. Influidos por la idea que todos más o menos tenemos del Gral. Moncada, esperábamos ser abundantemente obsequiados de epigramas, de frases rápidas y punzantes y salidas ingeniosas y agrídulces. Pero no fue así.

Cuando llegamos acompañados de Dn. José Frixione, el Gral. Moncada nos recibe con amabilidad.

—Los señores de "Opera Bufo".

—Si, general, venimos a solicitarle una entrevista.

—Me hubiera gustado que me sometieran un cuestionario para responderlo sin apresuramiento — nos dice como seguro del valor de sus palabras y temeroso de no reconocerlas— Uds. son amigos de profundizar demasiado en las cosas.

—Si Ud. no lo desea, general, no profundizare-

mos. Únicamente quisiéramos conocer su apreciación general del momento político.

Enseguida se ve que el Gral. Moncada está de un humor plácido, complaciente, dispuesto a examinar las cosas con seriedad y elevación. —No se parece mucho ahora a las otras imágenes de Moncada que uno lleva consigo, ni al Moncada barroco y pintoresco de que hablabamos al principio, ni al atareado banderillero verbal que nos pensábamos encontrar.

Con un poquito menos del desdén habitual, congénito tal vez, quizás involuntario, que hay en su aire, en su expresión, en la posición ligeramente ladeada de su cabeza, lo encontraríamos sencillo y campechano como todo hijo de vecino.

Hasta encontraríamos sinceras sus palabras — claras llanas y bien pensadas— si no fuera porque las dice con cierto tono reposado y dogmatista de viejo fraile que explica a los novicios de su orden algún tratado de Santo Tomás de Aquino. Hábito que seguramente le ha quedado desde los tiempos en que fue maestro de escuela y que adquirió más elegancia y presunción cuando fue maestro de políticos en la Cátedra Presidencial.

—Para que puedan —nos dice como citando un texto de los Santos Padres— para que puedan arreglarse las cosas pacíficamente, es necesario que el Congreso convoque a una Asamblea Constituyente. La Asamblea podrá elegir al futuro Presidente. Para esto es necesario, sin embargo, que el pueblo lo elegir a la Asamblea Constituyente, le dé expresamente la facultad de elegir al Presidente porque esta facultad incumbe al pueblo soberano.

—He escrito constantemente que desde el tratado Bryan-Chamorro que vulnera nuestra soberanía, la Constitución quedó reformada, y que se puede convocar la Asamblea Constituyente. Sostengo además que el decreto del Congreso de facto del año veintisiete es valedero y que por lo tanto también se puede, fundándose en él, disolver el Congreso y convocar la Asamblea Constituyente.

—Si se quiere —agrega, después de una ligera pausa— conocer realmente la voluntad del pueblo y fundarse en la soberanía popular no queda más recurso que la constituyente. Solo así el pueblo quedará satisfecho porque podrá elegir sus autoridades.

—Tal es, General —le decimos nosotros— la situación vista a la luz de los principios democráticos. Eso es lo que debería hacerse conforme a la doctrina oficial de la política de la República pero ¿cuál es la situación prácticamente considerada?

—Por un lado —nos contesta— tenemos al poder ejecutivo y al señor Presidente de la República que persiguen ciertos intereses políticos. Por otro lado

el ejército y su jefe el General Somoza, candidato a la Presidencia que persigue otros intereses políticos. Este conflicto no puede resolverse de una manera satisfactoria si no es consultando la voluntad popular.

—Entonces, por qué no se consulta al pueblo por medio de un plebiscito?, le preguntamos.

—Parece, nos dice, que los sostenedores de la política del ejecutivo temen que la popularidad del General Somoza, gane cualquier plebiscito y posiblemente quieren sacar a algún otro candidato a quien quizá el pueblo no conoce. A propósito de esto, debo decir, que las nominaciones candidaturales deben ser hechas según la ley electoral en los primeros días del mes de Agosto. Ahora bien, no hay hasta ahora candidato liberal ni candidato conservador que esté en posición de lanzarse con garantía a su propaganda. Cuando sean nominados los candidatos ya será muy tarde para hacer una propaganda que alcance realmente a toda la masa de los votantes. Siempre se hará pues una imposición al pueblo porque le cogerán por sorpresa.

—Decía usted general, que hay un conflicto de tendencias políticas ente los seguidores del ejecutivo y los del General Somoza. ¿No podría resolverse este conflicto por un acuerdo privado entre el General Somoza y el Presidente?

—Nunca puede haber acuerdo entre políticos que representan tendencias diferentes. Tampoco puede haber un acuerdo privado porque el pueblo es el llamado a decidir. Debe consultarse al pueblo sobre este conflicto. Creo además que el General Somoza perdería sus prestigios si tratara de cederlos a un candidato escogido por una minoría.

—Pero, le preguntamos— tal como van las cosas ahora ¿creé usted que vayan en camino de solución pacífica?

—Sí— contesta con una sonrisa llena de malicia— a Dios rogando y con el mazo dando!

El fotógrafo ha tomado una foto de los presentes. Al general lo espera la visita de don Rafael Iglesias, hijo del ex presidente Iglesias de Costa Rica. Nos despedimos pensando que el general Montcada esconde en la curiosa protuberancia que adorna su cabeza, pensamientos más prácticos y más precisos que los que se ha dignado comunicarnos. Esa curiosa protuberancia debe intrigar bastante a los frenólogos políticos. Nosotros nos conformamos con decir que se parece mucho a la protuberancia occipital que tiene en la cabeza Daladier, el más inquieto, el más temido y el más nefasto de los políticos franceses. ¡Pero la frenología es una ciencia que produce sorpresas y decepciones.



1300. 77HP.

1600. 96HP.

DATSUN

CORRE CON EL
OLOR A GASOLINA

*EL DATSUN 1300 y 1600 tienen: cuatro puertas * llantas blancas * copas de lujo * doble bocina * radio * lavador de parabrisas a chorro * limpia parabrisas de dos velocidades * tapón de gasolina con llave * luces de retroceso * doble faro delantero * tapicería de Vinilo * circulación de aire forzada * etc. Aire Acondicionado Con grandes facilidades de*

NUESTRA SALA DE EXHIBICIÓN Y VENTAS EN CARRETERA NORTE, Km. 4 Y MEDIO

pago. Solamente en DISTRIBUIDORA DATSUN, S. A., 4 1/2 Carretera Norte, contiguo a Embotelladora MILCA — Teléfono: 23251 24803 y 24872.

DIDATSA ofrece también vehículos de carga de 1, 2 y 7 Ton.

ESTADOS UNIDOS Y NICARAGUA EN 1928

ELECCIONES PRESIDENCIALES SUPERVIGILADAS Y OTRA BASE PARA INTERESES ESTRATEGICOS

Thomas Dodd

Profesor de Historia Latinoamericana, Escuela de Servicio Exterior, Universidad de Georgetown, Washington, D.C.

La segunda intervención militar estadounidense en la República de Nicaragua a principios de 1927, ocurrió, básicamente, por la misma razón que la primera de 1912: Para preservar la estabilidad política.

En 1925, un golpe de estado organizado por el caudillo conservador, ex-Presidente de la República (1917-1921), General Emiliano Chamorro, dio al traste con el decididamente frágil gobierno de coalición encabezado por el Presidente Don Carlos Solórzano y el Vice Presidente Doctor Juan Bautista Sacasa. Normalmente, esta clase de lucha por el poder hubiera pasado inadvertida, ya que las cortas administraciones presidenciales eran harto frecuentes en Nicaragua desde la Independencia. Golpes y contragolpes ha sido por largo tiempo parte del proceso político en éste, el más grande de los Estados Centroamericanos.

Sin embargo, esta vez, hubo aspectos más serios en el golpe de estado de Chamorro. México, política y lógicamente, respaldó al ex-Vice Presidente liberal, Doctor Sacasa, en sus reclamos por la silla presidencial. Indudablemente, motivos ideológicos fueron los factores detrás de la proclamada lealtad para con el liberal Sacasa, claramente hubo un factor estratégico también.

Robert Olds, Asistente Secretario de Estado, consideró las actividades de México como una deliberada intrusión en lo que él aludía como el exclusivo dominio de los Estados Unidos. En opinión de este funcionario de los Estados Unidos, el gobierno de Sacasa, respaldado por México, pondría en peligro al recientemente instalado gobierno Conservador del Presidente Don Adolfo Díaz, respaldado por los Estados Unidos. Olds observaba además que "el asunto principal que está en juego



MONCADA SALIENDO DE INSCRIBIRSE.

en esta controversia Libero-Conservadora es nuestro prestigio. Si permitimos que se resuelva contra nosotros, permitiremos que por algún tiempo pasemos como poder de segunda clase en cuanto a influencia en Centro América se refiere". (1)

Decididamente, esta segunda ocupación se llevó a cabo para asegurar la estabilidad política. Esta vez, sin embargo, se dio un paso más para proveer por más tiempo una paz doméstica duradera. Se llevarían a cabo en 1928 elecciones supervigiladas bajo los auspicios del Ejército y los Marineros de los Estados Unidos. Se esperaba que este proyecto sería el comienzo de un proceso por el cual los Nicaragüenses aprenderían el arte de la "política de las urnas".

Un ejército nacional apolítico, en parte comandado y entrenado por Marineros norteamericanos, sería un significativo subproducto de esta segunda intervención.

Realmente, las posibilidades de una ordenada y pacífica elección parecían muy escasas en 1928. En las montañas norteñas de la República, Augusto C. Sandino, un ex-jefe liberal, ahora vuelto guerrillero, juró interrumpir las elecciones presidenciales si eran supervigiladas por los Estados Unidos. El vagaba por la campiña con pequeños grupos asaltando y aterrorizando numerosos villorios. Su meta primordial era forzar la remoción de los Marineros. Su objetivo secundario era dar publicidad a la presencia del poder militar de los Estados Unidos y su papel en la supervigilancia de las elecciones Nicaragüenses.

El movimiento de Sandino recibió un gran empuje en Febrero de 1928, cuando una serie de entrevistas con el guerrillero fue publicada en *The New Nation*. Lo poco de ideología que había en la campaña guerrillera nacionalista fue explicado con efectividad en esta revista de amplia circulación en los Estados Unidos. Se logró un objetivo principal: La campaña guerrillera de Sandino fue caracterizada mundialmente como un movimiento puramente autóctono que buscaba cómo libertar a Nicaragua del invasor yankee. Uno de los lugartenientes de Sandino, Pedro Altamirano, recibió el encargo de interrumpir las elecciones. Pedrón, como se le llamaba, hizo un bien organizado esfuerzo, acosando a los campesinos a y atacando cantones electorales durante las votaciones de 1928.

La meta principal de la segunda intervención de los Estados Unidos fue, por lo tanto, retada bajo la égida de un movimiento popular nacionalista nicaragüense. Este inusitado aspecto del compromiso yankee por medio de la supervigilancia iría derecho al desastre si las elecciones eran interrumpidas. Logísticamente, los Marineros se asignaron la tarea de dirigir las tácticas antiguerrilleras. Por primera vez se usaron aviones para reconocimientos aéreos y bombardeos. Sin embargo, estas operaciones sólo brevemente lograron que el movimiento rebelde nicaragüense se volviera un movimiento secreto de resistencia.

Mientras tanto, continuaban las preparaciones para la supervigilancia de las elecciones de 1928. Junto con las metas inmediatas de impedir las actividades de Sandino y asegurar la instalación de un Presidente elegido popularmente, se consideraba un objetivo la instalación de un Presidente elegido popularmente, se consideraba un objetivo a largo plazo para impedir futuros desórdenes. Una amplia posición establecida en el Caribe.

El Brigadier General Frank Ross McCoy, del Ejército de los Estados Unidos, fue escogido para encabezar la Junta Nacional de Elecciones. Este oficial desde hacía algún tiempo había probado su temple en los medios políticos latinos como buen administrador en Cuba y en las Filipinas bajo el General Leonard Wood. El Secretario de Estado, Frank Kellogg dio instrucciones a McCoy para organizar la debida maquinaria electoral y supervigilar las elecciones de 1928. Las instrucciones a McCoy y su personal fueron explícitas e inequívocas. Lo que no ha sido dado a conocer antes es que el Proyecto de Misión Electoral tenía un amplio campo de operaciones que el de simplemente supervigilar una elección.

Se tenía la esperanza de que McCoy y su gente serían el instrumento para atraer a Nicaragua, logísticamente, a una esfera más cercana de intereses estratégicos a los Estados Unidos. Los miembros norteamericanos de la Junta Electoral no sólo se empeñaron en organizar los cantones electorales y el procedimiento de votación en toda la República, sino que le dieron muy seria consideración a un plan para establecer una base militar permanente en Nicaragua. En privado, McCoy expresaba que "planes eventuales a largo plazo" deberían ser preparados por su personal, los que habrían de respaldar los objetivos estratégicos generales de los Estados Unidos en Meso América. Simultáneamente, pero en distinta forma, miembros del Congreso de los Estados Unidos públicamente expresaban su renovado interés en un segundo Canal Istmico. Se obtuvo autorización

del Poder Legislativo para estudiar la ruta de Nicaragua.

Presumiblemente, la construcción de una base militar en Nicaragua daría adicional protección al Canal de Panamá, apoyo logístico a la posible ruta de tránsito por Nicaragua y por último, y muy significativo, reenfrentaría las defensas estadounidenses en las naciones sureñas del Mar Caribe.

El proyecto secreto de estudiar y seleccionar una base militar adquirió mayor importancia cuando los ayudantes del General McCoy, asignados a la región nor-oriental de la República informaron los alarmantes avances del jefe rebelde Augusto C. Sandino. El caos se precipitó por las tácticas esporádicas de "hit and run" de este jefe guerrillero, las que causaron daños considerables a la Standard Fruit and Steamship Company en el Departamento oriental de Bluefields en 1928. (2). Numerosos ciudadanos norteamericanos en aquella área también informaron que las minas La Luz y Bonanza-Neptuno, de operadores y dueños norteamericanos, también habían sufrido severas pérdidas y daños.

A mediados de 1928, el General McCoy se dio cuenta de que una considerable porción de la Costa Atlántica iba cayendo rápidamente en el caos y la confusión, quizás aún en la anarquía. Las tan deseadas elecciones ordenadas parecían tener una dudosa posibilidad.

A medida que se aproximaba la elección presidencial de Noviembre, 1928, el General McCoy despachaba a sus asistentes de la Junta Electoral, —junto con las debidamente asignadas unidades de Marineros para su protección—, a las distintas partes de la República. Se esperaba que se realizaran las elecciones con la debida seguridad. Con todo, anticipándose, McCoy ponderaba el logro a largo alcance de llevar a cabo una elección si prevalecía la anarquía política, Qué guardaba el futuro para un desamparado Noreste plagado de guerrillas? Allí donde el derecho de los votantes podría ser embarazado o aún impedido totalmente.

En un despacho confidencial al Departamento de Estado, McCoy urgía a su gobierno aprobar el proyecto de estudio que habría de "ampliar la monografía Nicaragüense". Se esperaba que esta investigación seleccionaría el mejor sitio para una base militar a lo largo de las costas Este u Oeste. (3)

McCoy recibió pronta aprobación para su proyecto secreto en el Otoño de 1928. Personalmente designó a su leal confidente, el Capitán Mathew B. Ridway, para llevar a cabo la comisión. Este joven oficial estaba idealmente capacitado para la tarea. Primero que todo, McCoy confiaba en él, casi ciegamente. (4). Había servido bajo el General en San Antonio, Texas, de 1926 a 1927. Ridway ya estaba en el personal de la Junta Electoral y hablaba español confluencia. Era, por lo tanto, bastante capaz de llevar a cabo sus tareas, solo, sin llamar mucho la atención y sin necesidad de intérpretes. Y por último, y tal vez lo más importante, podría proceder con su trabajo en la capacidad de supervisor electoral, y no como un extraño en una nueva tarea ajena a la tarea pública de las elecciones.

Específicamente, el Capitán Ridway habría de explorar las diversas regiones costeras de Nicaragua y presentar sugerencias para la construcción de las futuras instalaciones militares. Este joven oficial salió quietamente de Managua en Septiembre, 1928. Después de unos

cuatro días de reconocimientos aéreos y de observaciones del terreno, el confiable personero de McCoy sometió un breve y bien organizado informe confidencial, el que agregó a la deseada "Monografía sobre Nicaragua" de McCoy.

Primero y sobre todo, el documento afirmaba que Nicaragua era, estratégicamente, el área más importante en el Caribe para la actual seguridad de los intereses y objetivos estadounidenses. Ridway señalaba que la presencia por tan largo tiempo de tropas norteamericanas en Nicaragua había creado una "especie singular de relaciones entre los dos Estados". Por lo tanto, a pesar de los planes para el retiro "político" de Nicaragua después de 1928, la República aún ocuparía "una posición especial" con respecto a la República del Norte. Ridway creía que las deterioradas relaciones con México y el terreno relativamente pobre de los otros estados centroamericanos, dejaban la región costera oriental de Puerto Cabezas en Nicaragua como el sitio más indicado para una nueva base militar.

Ridway observaba en su informe que si Puerto Cabezas habría de volverse una instalación fortificada, podría dominar la región inferior del Caribe. El confidente de McCoy, también afirmaba más adelante que:

La costa occidental de Nicaragua, especialmente en vista de nuestro posible uso del Golfo de Fonseca, asegurado para nosotros por el tratado anterior con Honduras, sería de gran importancia estratégica en las operaciones de una potencia enemiga contra nuestra costa occidental, el Canal de Panamá o cualquier otro canal que pudiera ser abierto a través del Istmo Centroamericano. (5)

El documento confidencial de Ridway señalaba dos posibles instalaciones militares, una en cada costa oriental y occidental de la República, cada una de las cuales debería asegurar los intereses estratégicos de los Estados Unidos sobre todo el área Meso Americana.

El asistente de McCoy concluía desde un punto de vista logístico, Puerto Cabezas era el mejor sitio para la construcción de una gran base militar, porque no tenía las bajas costas cenagosas como en el Norte ni el terreno montañoso del Sur. Idealmente, el sitio tenía la suave pendiente de la costa arenosa de arcilla rojiza, y los terrenos llanos y ondulados del interior. (6)

Ridway no escatimaba palabras al describir las obvias ventajas de Puerto Cabezas. Ofrecía los siguientes detalles para substanciar su selección: Primero, el "puerto" actual tiene una área de 1500 millas cuadradas con 45 kilómetros de vía férrea, la que podría proveer espacio para por lo menos 10 divisiones de combate en pie de guerra. Segundo, el comparativamente suave clima de la costa oriental no tiene las fiebres y enfermedades tropicales que ordinariamente serían un detrimento para las acampadas tropas norteamericanas.

Ridway estaba, además, convencido que la presencia de un enorme volumen de agua de los diversos sistemas orográficos era, también, un factor importante en caso que Puerto Cabezas llegara a albergar un elevado número de hombres. Por último, y desde un punto de vista logístico, observaba que los grandes pinares de la región, proveerían la madera necesaria para la construcción de cuarteles para las tropas y las otras facilidades, tales como, hospitales y centros de recreación.

Claramente, el agente de McCoy veía que el anterior desarrollo de Puerto Cabezas por la Standard Fruit and Steamship Company en 1923 facilitaría la ampliación del proyecto de construcción de los Estados Unidos. Esta compañía, era conocida localmente como la Bragman's Bluff Lumber Company. En cinco años había instalado un buen aserrio, un ferrocarril de vía estándar de 88 kilómetros de largo hacia el interior, varios centenares de casas de madera y una planta eléctrica. (7).

La proximidad de Puerto Cabezas a las principales áreas del Caribe fue una de las mayores consideraciones en la selección final de Ridway. Repetidamente hacía hincapié en que el puerto estaba solamente a tres o cuatro días de servicio marítimo de Nueva Orleans y a uno o dos de Panamá. Consecuentemente, el sitio estaba estratégicamente centrado, como lo señaló en el diagrama del mapa que le presentó al General McCoy.

El joven Capitán del Ejército era especialmente sensible al peligro potencial de llamar la atención hacia esta ciudad costera oriental. Seguramente no olvidaba que su superior, General McCoy, estaba preparando el aparato para una importante elección presidencial en un Estado donde la guerra civil entre Liberales y Conservadores era harto frecuente. Además, tratar de asuntos nicaragüenses con el propósito de aumentar las fuerzas estadounidenses en el país, no le haría ningún bien al proyecto electoral de su superior. Por lo tanto, Ridway sugería que su propuesta de obtener mayores datos sobre Puerto Cabezas se hiciera en forma tal como que "se tomen precauciones especiales para impedir que el propósito fuese divulgado". (8).

La elección presidencial nicaragüense, indudablemente, ofreció la mejor oportunidad para recoger información sobre Puerto Cabezas. El General McCoy y el numeroso personal norteamericano localizado por todas partes de la República como presidentes de las mesas electorales, pudieron, por lo tanto, suplir el Departamento de Estado la necesaria información con respecto a futuras instalaciones militares en Nicaragua. El Capitán Ridway se refirió a esta ocasión oportuna para recolección de datos en su informe e hizo hincapié en la necesidad de no llamar la atención sobre el asunto.

El General McCoy estuvo gratamente impresionado al recibir este informe confidencial. Logró mucho de lo que esperaba hacer en 1928, esto es, completar la "Monografía Nicaragüense durante la elección presidencial". Parece que el informe secreto de Ridway contribuyó en cierta forma a la decisión final para la supervigilancia de otras elecciones. Esta vez, en 1930, la votación era para Congresales.

El Informe Ridway fue mantenido en secreto por la Junta Nacional de Elecciones en 1928. Mientras se daban los pasos para supervigilar dos más elecciones generales en ésta, la mayor de las Repúblicas de Centro América, los prospectos de crecientes actividades militares de los Estados Unidos se destacaban en el horizonte, y Puerto Cabezas era la generalmente aceptada posibilidad para el aumento del papel estratégico de los Estados Unidos en Centro América.

La Junta Nacional de Elecciones, formada con oficiales norteamericanos, logró completar la "Monografía Nicaragüense". Igualmente significativas fueron las su-

cesivas elecciones supervigiladas de 1930 y 1932, las que necesitaron de la absoluta seguridad de la política doméstica de Nicaragua y, por lo tanto, de los intereses regionales norteamericanos.

La maquinaria electoral nicaragüense, formada y operada por supervigilantes electorales norteamericanos, produjo algunos resultados significativos. Eligió un Presidente en 1928 y comenzó un proceso lento para las sucesivas elecciones generales de 1930, 1931 y 1932. Definitivamente, el movimiento de Sandino no se había apaciguado hacia 1931. En muchos aspectos, sin embargo, su atractivo popular había disminuido, mientras más nicaragüenses gozaban del lujo singular de votar en unas elecciones con poca o ninguna intimidación. Por debajo del caos que había surgido en 1925 y el proceso ordenado para la supervigilancia de las elecciones, los Estados Unidos prepararon sus planes a largo plazo para mantener las posiciones estratégicas por lo menos en el "Lago Caribeño". Pero todo en secreto.

NOTAS:

- 1) Robert Olds, Memorandum sobre la situación nicaragüense, Enero, 1927, Archivos Nacionales, Grupo de Documentos 43, 817.00/5854.
- 2) Informe sobre el Departamento de Bluefields, 1928, Archivos Nacionales, Grupo de Documentos 43, D-1-A.
- 3) General Frank Ross McCoy al Ministerio de la Guerra, Agosto 28, 1928, Archivos Nacionales, Grupo de Documentos 43, D-5-d.
- 4) Ridway "era, probablemente, el más prometedor oficial de mi conocimiento". El General Mc Coy al Ayudante General, Agosto 28, 1928. Archivos Nacionales, Grupo de Documentos 43, Caja 1261.
- 5) Capitán Matthew B. Ridway al General Frank R. McCoy, SUFICIENCIA MILITAR DEL AREA DE PUERTO CABEZAS, Archivos Nacionales, Grupo de Documentos 43, D-1, p. 1.
- 6 y 7) Ibid. p. 2.
- 8) Ibid. p. 3.



Mapa usado por el Capitán Ridway para mostrar la importancia de Puerto Cabezas para los intereses estratégicos de los Estados Unidos en Centro América. Ridway a McCoy, Septiembre 25, 1928. Archivos Nacionales, Grupo de Documentos 43, D-1.



EL DIALOGO

En este mes, con motivo del conflicto y solución habidas en la Universidad Centroamericana se estuvo hablando mucho de El Diálogo y del valor ético del lenguaje y de la educación por la palabra.

El origen y la finalización de este conflicto ha venido a aportar más pruebas de que la palabra hecha realidad, el lenguaje del verdadero diálogo es la única, esencial e irreversible manera con que los hombres pueden entenderse y ponerse de acuerdo. Una escala para medir el poder del diálogo es la intransigencia con que se le considera sospechoso y se le persigue en los regimenes totalitarios.

Situándonos en el terreno que nos es propio como, el de nuestra responsabilidad de publicistas, aprovechamos la ocasión de escoger para reproducir en este número entre las varias veces centenaria suma de discursos pronunciados por el Dr. Carlos Cuadra Pasos, su famoso discurso sobre el Diálogo, pronunciado al recibir las insignias de la Orden de Ruben Darío el año de 1961. Fué uno de sus últimos discursos pero expresa hermosamente una de las actitudes y de los pensamientos fundamentales de la vida pública del ilustre político desaparecido.

Asimismo publicamos enseguida el extraordinario ensayo "La Educación para el Diálogo" del ilustre profesor Alemán Otto Friedrich Bolnow.

Discurso Sobre el Diálogo

A los Doctores Mariano Argüello Vargas y Luis Manuel Debayle y a mí, se nos ha hecho hoy grande honra por haber sido dignamente Cancilleres de la República, es decir palabra y gesto de nuestro Estado hacia el exterior. Hemos recibido un baño de agua lustral en la corriente azul de Rubén Darío, cuya fuente está en la región celestial de la poesía. No podemos menos los tres que agradecer sinceramente tal beneficio, mientras nuestros corazones se ufanan bajo la estampa de Rubén, proclamado universalmente personaje máximo de nuestra historia, cifra exponente de Nicaragua entre las Naciones.

No puedo sin embargo, dejar de estremecerme modestamente por la duda de si yo merezco semejante distinción por haber cumplido con mis deberes de funcionario.

Viene a mi memoria lo que me decía un viejo amigo cuando yo era joven y me trastornaban las aspiraciones: "No te afanes muchacho, que en Nicaragua nada acredita ni desacredita a los hombres públicos". Era el viejo de esta referencia hombre bien educado de larga experiencia, de elevada posición, pero había sufrido mucho en las contradicciones vehementes de nuestra política. Conmovía mi criterio tamaño pesimismo, porque era el tiempo feliz en que inflaba la vela de mi nave el viento de la ilusión y gustaba de dormir la siesta en el castillo que fabricaba en el aire de mi fantasía.

Plantea el problema de tal pesimismo respecto a las reputaciones de los hombres públicos, el Señor Presidente de la República cuando nos dice a los doctores Argüello Vargas y Debayle y a mí: "Que hemos sabido honrar a Nicaragua destacando nuestras personalidades con caracteres nacionales por encima de las diferencias políticas que suelen entorpecer o limitar el campo de nuestras apreciaciones".

En nuestra historia se nota que obra permanentemente algo que dificulta la convivencia de los nicaragüenses. Por razones o sin razones de nuestro exaltado temperamento, por circunstancias geográficas que determinaron el localismo en ejercicio de la democracia, el pueblo de Nicaragua se partió en dos tantos en virtud de una línea severa, profundizada más y más por nuestras guerras civiles. Los dos partidos históricos caminan cada uno por su acera sin pararse a conversar en las esquinas, y dejan a la Patria en la media calle expuesta a los rigores del sol y de la lluvia.

Al contemplar ese cuadro en esta noche viene a mi recuerdo un ensayo que leí el año pasado en la revista española Estudios Políticos. El ensayo se titula "Derecho y Diálogo" y demuestra que sólo en el cruce de afirmaciones y contradicciones de los hombres que dialogan ha sido posible ordenar las cifras de los derechos humanos y cita los diálogos de Antígona, la obra trascendental de Sófocles en la plenitud del teatro griego.

En esa pieza inmortal se plantea el eterno conflicto entre lo que modernamente se llama espíritu revolucionario, que atropella lo existente para progresar, y el reaccionario que desea descansar sobre la estabilidad de las esencias sociales. Se produce, en una de las escenas más emotivas, un diálogo entre el déspota Creonte y la bella Antígona, hija de Edipo, y marcada con el sello de la desgracia de su familia. Creonte sostiene la ineludible seguridad de las leyes que dicta el Estado; Antígona le opone el principio de que sólo son leyes ineludibles las que emanan de los dioses. La acción dramática culmina en otro diálogo aún más intenso entre Creonte y su propio hijo a quien adora y que es el novio enamorado de Antígona condenada a muerte. Ante la afirmación de su padre, de que su voz es orden a la cual no debe replicar la ciudad, es decir, la autoridad expresada en monólogo, replica el hijo que donde falte el diálogo se produce un vacío entre gobernantes y gobernados.

Aquí comenta el autor del ensayo, que con estas palabras quedó consagrado el diálogo como la estructura fundamental de la convivencia humana.

Si nos fuera dado en esta noche seguir el maravilloso desenvolvimiento de la filosofía política de Grecia, madre de nuestra cultura, veríamos que el diálogo ha sido el motor suave y armónico que impulsó sus movimientos hacia la libertad. Bastaría leer los diálogos de Platón y seguir las conversaciones de Sócrates que examina las cuestiones por sus afirmaciones y por sus contradicciones, que mide el más y el menos de las cosas, y siempre encuentra su dialéctica la cifra intermedia, la solución conciliadora. Así se consolidó la idea griega de libertad, florecida en el siglo V antes de Jesucristo y que, espiritualizada por el ideal cristiano, es hoy el fundamento de la llamada Civilización Occidental.

Reflexionando sobre estos conceptos y en lo que he visto prácticamente en mi larga vida, se ha formado mi convicción de que los cerrados monólogos partidistas, no llegan al goce de la verdad política, porque son ropas que envuelve el egoísmo; en cambio, el diálogo, en el cruce de ideales que parecen contradictorios, en el roce de un concepto afirmativo con un negativo, en el examen inicialmente apasionado de los acontecimientos y suavizado en el curso por la lima

de la buena palabra, se dislumbra la verdad en la relativa porción que le es concedida al pensamiento humano.

Ese diálogo sedante de la convivencia ha faltado por desgracia en Nicaragua. Los partidos se dan la espalda, los hombres públicos no discuten pero disputan. Quisiéramos hacer en esta noche, con la autoridad que pueda prestarnos la envoltura azul de Darío, una breve historia del fracaso del diálogo en Nicaragua, de las funestas consecuencias de ese mutismo, y del prodigio, en cambio, de su práctica para restablecer el nacionalismo en el alma del ciudadano y salvar las esencias de la nación. Me fijaré en un episodio, lección severa en el destino de nuestra patria.

A mediados del siglo pasado, estaban ya formados y en actividad los dos partidos históricos, en cada uno de los cuales militaba un hombre con cualidades para imponerse y dirigir a las multitudes. Eran ellos, Fruto Chamorro y Máximo Jerez. Electo presidente el primero, el otro se fué a la rebelión. Las dos ciudades rectoras, León y Granada, se inscribieron en causas diferentes y entre ellas se declaró una funesta guerra civil. Jerez con sus huestes puso sitio a Granada, y ocupó el templo de Jalteva, su barrio más consistente. Se luchaba en las calles y se emponzoñaban los corazones. Se llamaban los contendientes Legitimistas y Democráticos. Estos últimos desistieron de su empeño de apoderarse de Granada. Al tocar ellos retirada, murió el caudillo Fruto Chamorro de enfermedad natural. El Gobierno democrático quiso entrar en pláticas de arreglo y los legitimistas se negaron al parlamento. Los democráticos ante la posible venganza de los legitimistas trajeron auxiliares extranjeros, tropas mercenarias, que eran usadas para luchar por paga. El jefe William Walker, de los filibusteros que vinieron, tenía miras superiores. Estaba vinculado con la causa esclavista que operaba en los Estados Unidos.

William Walker en una nueva estrategia tomó Granada y pasando por varias facetas que da tristeza recordar, explotando las victorias interiores, se atrevió a elegirse Presidente de Nicaragua. No lo reconocieron los democráticos de León y con furia lo combatían los legitimistas, pero permanecían siempre aislados los unos de los otros.

León y Granada se daban las espaldas haciéndose impotentes de esa manera para vencer al bien armado intruso.

Entonces principiaron a sentir la necesidad de entenderse. Dos hombres de León fueron los iniciadores del proyecto de provocar un diálogo.

Eran ellos, Juan Bautista Sacasa y Pedro Cardenal. Hablaban a don Patricio Rivas y a sus colaboradores en León y escribían a los

que manejaban los asuntos legitimistas en Matagalpa y en Chontales. Venciendo intransigencias se logró que los patriotas generales Tomás Martínez y Fernando Guzmán fueran a León a celebrar una entrevista con los jefes democráticos. El diálogo fué abierto entre Máximo Jerez y el canónigo Apolonio Orozco, por el lado democrático y Martínez y Guzmán por el legitimista, asistidos estos últimos por el consejo de los conciliadores Sacasa y Cardenal.

El verbo del patriotismo pulió las aristas y salvó contradicciones y se llegó por último a suscribir el convenio de doce de Septiembre que debiera de estar grabado en mármol por su valor histórico y su trascendencia política. El doce de Septiembre es fecha valiosa como las otras dos hermanas en el mes de la Libertad.

Los condecorados nos atrevemos a insinuar que no se diga: "Días de la Patria", sino que se proclame a Septiembre el "Mes del Patriotismo". En fecha 15 de Septiembre fué bautizada nuestra soberanía con una independencia fácil obtenida pacíficamente; el 14 de Septiembre se confirmó con sangre. Pero esto fué posible por el diálogo del 12 de Septiembre que había estructurado la unidad de los nicaragüenses sin la cual carece de firmeza la soberanía.

En mi larga y agitada vida pública he visto tantas veces repetirse peligros de la patria por la falta de diálogo entre los partidos, que ha surgido en mi ánimo una devoción al procedimiento del trato previo entre los hombres de una y otra divisa, cuando se trata de resolver asuntos trascendentales, y me afirma en ese ideal el convencimiento de que unos y otros aunque distanciados, coinciden en el amor entrañable a Nicaragua.

Ya transito en las postrimerías de mi existencia. Estoy próximo a comparecer ante el Creador para rendir cuenta estricta de mis actos de hombre público que he sido. Insisto en el recuerdo del pesimismo del filósofo de marras y siento oscilar en mi conciencia la balanza en que han de ser pesados mis méritos y mis desméritos, pero me alienta poder afirmar con energía que entre los deméritos a mi cargo, no estará, por gracia de Dios, el odio, porque nunca he emponzoñado mi corazón contra ningún personaje ni contra ninguna colectividad nicaragüense, ni aún en las horas amargas y feroces de pelea.

Ahora, en esta noche, alentado por Darío, frente a las altas autoridades civiles y militares, pido a los de una y otra divisa, a los de una y de otra acera, una plegaria para que Dios nos ilumine a todos en el futuro, en nuestros anhelos de patriotismo.

Excelentísimo Señor Presidente de la República, he dicho, desde la tribuna vacilante de mi ancianidad!

La Educación para el Diálogo

OTTO FRIEDRICH BOLLNOW
Profesor alemán

El lenguaje sólo es efectivo en el diálogo. Claro que esto se dice fácilmente y casi parece indiscutible. Pero, en realidad, no es tan sencillo como parece. Si entendemos por diálogo la alternancia de hablar y escuchar, el mero hecho de hablar no es siempre un diálogo. Así pues, será conveniente hacer una distinción y preguntar: ¿Cuál es la forma de expresión que puede llamarse diálogo en su sentido absoluto? Lo mejor será partir de la distinción que puede establecerse provisionalmente entre el pensamiento monológico y el diálogo, según que uno de los interlocutores hable sin interrupción o que ambos se cedan la palabra alternativamente.

Para aclarar esta idea empezaremos tomando como un ejemplo un diálogo. Nos limitaremos al diálogo en el verdadero sentido del vocablo, es decir un diálogo que no sea una palabrería sin importancia, sino una conversación en que se trate de cuestiones profundas, que es preciso extraer trabajosamente de la zona del silencio. A guisa de preparación, he hablado antes del proceso que obliga a ir arrancando con esfuerzo las frases al silencio. Pero este proceso es imposible si cae en el vacío y depende sobre todo de que las frases sean escuchadas y comprendidas por otra persona. En cierto modo, esta persona es la que desata la lengua, y según sea su comportamiento, espontáneamente afirmativo, sólo vacilante o incluso contradictorio, me sentiré seguro de lo que digo. Pero cuando hablo para mí solo, nunca sé con certeza si me he extraviado siguiendo una idea exagerada o absurda. Únicamente cuando el otro me aprueba sé que he acertado a encontrar algo auténtico. Mas si el otro pone reparos, estoy obligado a modificar mi criterio; y con estas dificultades inesperadas, con estas "fricciones" del pensamiento brota la chispa del movimiento creador. El pensamiento solitario sólo puede avanzar en su continuidad rectilínea, se hace fecundo hablando con el interlocutor y alcanza la perfección cuando éste no se limita a oponer argumentos críticos o me anima a continuar, sino que trata de intervenir, y con este intercambio de ideas se desarrolla plenamente el diálogo.

Nietzsche no exagera cuando afirma: "Siempre hay uno que no tiene razón; pero la verdad empieza cuando son dos". En un sentido más riguroso esto puede interpretarse diciendo que la verdad no se encuentra en ninguna de las dos partes, sino que está presente en el diálogo, sin que pueda considerarse como una consecuencia de él. Por esta razón, el diálogo representa la suprema perfección a que

puede llegar el hombre, y por esto también el hecho de inducir al diálogo es un tarea pedagógica de una importancia incalculable.

Aquí podemos decir, naturalmente, que esto es tal vez verdad, pero que un diálogo así sólo es posible entre amigos. Yo estoy dispuesto a admitirlo, pero dando la vuelta a la frase, y entonces aparece ésta con toda su significación: en cuanto los hombres entablan el diálogo, se convierten en amigos. Eduquemos, pues, al hombre para el diálogo, es decir para que esté dispuesto al diálogo y sea capaz de sostenerlo, y entonces habremos dado un paso decisivo hacia la reconciliación de los hombres implicados en querellas.

Antes de proseguir, volvamos otra vez la vista hacia las formas del pensamiento monológico. El individuo es capaz de desarrollar un pensamiento. Esta es la obra progresiva y constructiva de que se sirve para explicarlo, fundamentarlo y demostrarlo al interlocutor (el pensamiento monológico se dirige también a un oyente), (lo que ya ha señalado Lipps) que estas formas no son las propias de un pensamiento fecundo, porque se refieren a situaciones bien definidas: para cimentar mi punto de vista aduciré argumentos que hablan en su favor. Sin embargo, la presentación de argumentos siempre es una cosa tardía, con la cual pretendo convencer a otros de una interpretación, de la que de todos modos yo estoy seguro. Y la demostración llega todavía con más retraso. La demostración ha de ser "concluyente" para impedir que el otro se esquivé. Sentimos la esfera en que esta forma de lenguaje es apropiada: la esfera donde se confirma la autoridad. En la demostración pretendo imponer mi autoridad al otro individuo. Por esta razón, el que habla no debe dejarse interrumpir con objeciones durante la demostración sino exigir que se respete su derecho de hablar hasta el fin, hasta que la demostración esté terminada y ya sea imposible la contradicción. Aquí las objeciones no tienen más función que la de suscitar aclaraciones suplementarias. La demostración es, pues, una forma de polémica combativa que está indicada en la esfera judicial, desde la cual se ha trasladado a la de las matemáticas.

Las formas monológicas, como la demostración, la argumentación e incluso la teoría de una conferencia con ellas relacionadas, no pierden su valor por ello. Son imprescindibles (y esto hay que decirlo para combatir a los fanáticos del diálogo didáctico); pero deben entenderse en su función decisiva, las que se relacionan con la vida de la comunidad. La reacción concluyente, es decir el pecado original, se produce allí donde se prohíbe el diálogo y el pensamiento monológico se impone como la única forma posible. De este modo se interrumpe la comunidad que nos une con el otro individuo. Este ya no es reconocido como hombre, sino sólo como objeto para el empleo de la autoridad. El lenguaje mismo pierde su verdadero sentido humano y se convierte en un medio para imponer la autoridad. El lenguaje monológico se convierte aquí en un lenguaje autoritario. Y esto puede entenderse también en un sentido político absoluto.

El sistema político autoritario se caracteriza precisamente por el hecho de no admitir el diálogo. El sigue hablando, pero de una manera bien definida, con la que se pervierte la facultad de hablar propia del hombre. Este sistema sólo reconoce el lenguaje como medio de dominación: en relación con sus partidarios, en forma de orden y de precepto, y en relación con sus adversarios, en forma de propaganda para ganarlos a su causa. Y así es como, de los problemas que plantea la voluntad de imponerse, nace la técnica de la propaganda, que analizaremos detalladamente.

Con esto hemos llegado a la idea decisiva: el lenguaje y el pensamiento monológicos como tales son sólo formas de comportamiento sublingüísticas e infrahumanas. Están justificados y son necesarios como funciones parciales (como muchas funciones infrahumanas integradas al conjunto de la naturaleza humana). Pero cuando se imponen con carácter absoluto se convierten en la expresión de lo inhumano. El lenguaje y el pensamiento monológicos, como forma de vida dominante, constituyen un comportamiento inhumano. Y casi me atrevería a decir que son sobre todo la quintaesencia de lo inhumano.

Y con esto me encuentro de nuevo ante la tesis decisiva. En la lucha por la conservación de la raza humana y por su realización en nuestra época, en la lucha contra lo inhumano, si queremos preservar a la humanidad de las mayores catástrofes, lo importante es inducir a los hombres a entablar el diálogo y a desarrollar en ellos la disposición y la capacidad de sostenerlo. Esto nos impone una tarea pedagógica concreta, en la que el educador está llamado a aceptar su responsabilidad humana. Pero se trata de una tarea imponente. Si miramos a nuestro alrededor, veremos cuán pocos son los hombres que han logrado hasta ahora iniciar el verdadero diálogo. Y habremos de preguntarnos en primer lugar: ¿A qué se debe esto? ¿Por qué se sustraen los hombres a la posibilidad del diálogo?

—Para esto hemos de intervenir de nuevo y preguntar cuáles son las condiciones previas del diálogo, a fin de comprender las dificultades que se oponen a su realización. Al principio, estas condiciones previas pueden explicarse fácilmente. Se hallan en la noble aptitud del hombre para hablar y escuchar. Pero si las analizamos con más detenimiento, no tardaremos en ver que, tomadas debidamente en serio, son dos actividades muy difíciles; ya que ambas exigen del hombre un esfuerzo particular para vencer su retraimiento natural. Así pues, será necesario considerar con más atención ambas funciones desde este punto de vista.

Empezaremos estudiando las dificultades que se encuentran al hablar. El que dice algo se lanza a una aventura precisamente cuando se trata de una palabra arrancada a fuerza de tanteos a lo inexpressado. El que habla se entrega en manos de su interlocutor, porque ignora como éste interpretará sus frases. El solo hecho de ser mal comprendido crea una situación incómoda, no digamos ya cuando nues-

tras palabras son recusadas o controvertidas. El que habla se expone, por lo menos, a desacreditarse, si no es a descubrirse; pero, además, cuando se trata de un interlocutor malintencionado, esto representa darle armas que puede emplear contra nosotros. Siempre es más prudente y "hábil" callarse, guarecerse detrás de un silencio que no comprometa. O si ya se ha empezado a hablar y se advierte que el otro no sigue, recoger la frase empezada, dándole un sentido vago y hacer como si no se hubiera querido decir lo que ya se había iniciado. Lo mismo sucede cuando se nos dirige una pregunta inopinadamente y nos negamos a dar una respuesta franca y decisiva, y así se malogra su intento de entablar el diálogo. Es posible que esta situación nos recuerde con vergüenza ciertas circunstancias de los tiempos de la dominación nacionalsocialista, en que no se aceptaba un diálogo sincero propuesto con titubeos, porque se desconfiaba del interlocutor, se temía que fuese un espía, y así se abandonaba por cobardía la posibilidad de un coloquio que tal vez hubiera sido fértil para ambas partes.

Esta es la razón de que el hecho de hablar requiera siempre cierto valor para renunciar a las seguridades "naturales" y presentarse ante el interlocutor a pecho descubierto. Ahora bien, el verdadero coloquio y, por ende la revelación del carácter humano del individuo, sólo es posible cuando éste logra liberarse del afán natural de seguridad, es decir, cuando consigue elevarse por encima del miedo de la criatura, de la nitidez y de la vergüenza cualquiera que sea el nombre dado a estas inhibiciones. Requiere cierta audacia por parte del orador. Y la educación para el diálogo puede tal vez realizarse enseñando a comprender esta situación.

Por lo que se refiere a la aptitud de escuchar, aparecen dificultades semejantes, porque para ello también hace falta vencer la propia inhibición natural. Supone abandonar la inocente seguridad en la propia opinión y aceptar francamente la explicación, admitiendo la posibilidad de que la razón esté de parte del contradictor. Es la relativación de la seguridad "natural" del hombre en sí mismo o, dicho de otro modo, la renuncia a la posición autoritaria. En realidad, esto es contrario a la "naturaleza" del hombre, si llamamos "naturaleza" el egocentrismo. Si queremos entablar un verdadero diálogo, hemos de prescindir de todas estas cosas. La renuncia puede resultar muy fácil cuando nos encontramos en el ambiente íntimo de un grupo de amigos que, en lo esencial, piensan como nosotros. Pero esta exigencia va más lejos, porque significa también iniciar el diálogo, estar dispuesto para el diálogo, cuando tropezamos con opiniones que, a primera vista, nos parecen totalmente descaminadas y reprobables y, de una manera general, suponer que no hay contradicción humana alguna que no pueda resolverse en último término, en un diálogo razonable. Esta es, en efecto, nuestra convicción. Y defender esta convicción es siempre una empresa arriesgada, porque no se realiza naturalmente sobre la base de la correspondiente comprensión recíproca, sino teniendo en frente a un adversario que a su vez elude el diálogo.

Así pues, no exageramos al decir que la forma humana de la convivencia, la forma humana de la vida en general sólo puede lograrse al nivel del diálogo.

Tampoco consideramos que todas las cuestiones humanas hayan de desarrollarse forzosamente en forma de diálogo, sino que para lo decisivo, se entabla el diálogo antes de que los antagonismos degeneren en lucha. Desde el punto de vista pedagógico, debería ser desarrollar en el hombre la predisposición, es decir, las citadas condiciones previas necesarias para el diálogo, y aprovechar y cultivar cuidadosamente la posibilidad que apunta en esta dirección. Pero lo más importante es la sincera disposición al diálogo por parte del educador; pues ésta es la que crea la situación que permite al otro, al niño y al adulto, desarrollar la disposición correspondiente.

Lo que tiene una importancia decisiva es que el propio educador se sienta predispuesto al diálogo. Mas para ello es necesario que intervenga con toda su energía y renuncie a toda autoridad protectora. En realidad, esta intervención, tiene una significación enorme y representa, en cierto modo, tomar la delantera. Repito que es renunciar a la autoridad y disponerse sin reservas a ser objeto de discusión, sin que por ello haya que estar discutiendo constantemente. Un diálogo de esta clase sigue siendo un hecho muy raro y, para que no degenera en palabrería, es indispensable que el hombre se consagre a él en cuerpo y alma. La enseñanza coherente y la instrucción objetiva, la conversación fácil y los largos silencios ocuparán una gran parte de su tiempo. Pero esto significa que, siempre que su posición o su manera de pensar resulten dudosas, el educador ha de estar dispuesto a hablar y a contestar francamente a las preguntas que se le dirijan seriamente. La apostilla "que se le dirijan seriamente" tiene mucha importancia, pues es muy fácil que en este caso la conversación pierda consistencia. La seriedad deberá demostrarse con el hecho de que el propio preguntante está dispuesto también a ser discutido. Y todavía debería hacerse otra restricción: el verdadero diálogo presupone que ambos interlocutores son mayores de edad, y esto sólo es posible en la medida en que es efectiva la mayoría del educando. Por consiguiente, el diálogo no debe presentarse como un postulado abstracto, sino que ha de adaptarse al grado de mayoría que el alumno haya alcanzado.

Pero basándose en la propia disposición al coloquio, es también indispensable que el pedagogo induzca al interlocutor a hablar, le impulse a dialogar, le ayude con paciencia renovada a superar sus dificultades. Hay que ofrecerle la oportunidad de entablar el diálogo y permitirle que haga la experiencia bienhechora de que el coloquio, una vez establecido, exalta su existencia.

Vista así, la aptitud para el diálogo no es una cosa que pueda "hacerse" con una preparación sistemática construirse, como quien dice, pero tampoco se desarrolla por sí sola. Únicamente puede ex-

playarse cuando el educador domina estas circunstancias y con una prontitud vigilante, reconoce y aprovecha las oportunidades. Y esto requiere, el perfecto dominio de sí mismo, tan necesario para el diálogo, y la capacidad de renunciar espontáneamente a su autoridad. Así pues, cuando el hombre ha pasado por esta aventura, el diálogo es lo más fecundo que pueda darse en la vida.

—Este diálogo no es una cosa que se ha realizado en el mundo de los adultos, en nuestra sociedad actual, para que nos baste con introducir a los niños en este mundo, como se les enseñan generalmente las técnicas llamadas de la civilización. Nuestro mundo adulto adolece sobre todo del desconocimiento del diálogo, o más exactamente: en nuestro mundo, el diálogo está confinado al ambiente particular del grupo de amigos íntimos y en la vida pública predomina el pensamiento monológico con su utilitarismo y su afán exclusivo de poder. Todas las desgracias del mundo se deben a que los hombres no están dispuestos a resolver sus contradicciones al nivel de la palabra, sino que desdeñan esta posibilidad y tratan de imponer sus pretensiones por la fuerza. Los peligros que esto entraña son tanto mayores, cuanto que los hombres se presentan cada vez más como los portavoces de las grandes instituciones, en las relaciones de los partidos, de las clases, de los Estados, etc. Y al final de este forcejeo se encuentra la guerra con bombas atómicas, cuyo resultado será el exterminio de todo el género humano. Sobre este fondo hemos de ver el problema que representa el abandono de las posibilidades de diálogo por parte del hombre. Y sobre este fondo aparece también la responsabilidad que corresponde a cada individuo, en este caso no sólo como educador, sino como garante de nuestro mundo.

En todas partes lo que interesa en primer término es que los hombres aprendan a escucharse y a hablar entre sí, porque, dicho sin rodeos, allí donde los hombres conversan no lanzan bombas atómicas ni tratan de sojuzgarse mutuamente con otros procedimientos. Si en los últimos tiempos ha habido un vislumbre de esperanza, ha sido en el momento en que Kennedy y Chruschov se pusieron de acuerdo para establecer una línea telefónica directa entre sus respectivos despachos, pues esto significaba que querían hablar antes de llegar al último extremo. Y de todos modos, la razón humana, a diferencia de la pasión ciega y violenta, es la disposición de los hombres a hablar entre sí y a escuchar al adversario.

Claro está que este cambio de impresiones no puede llamarse todavía diálogo en la acepción que le hemos dado antes, ni es aún la conversación en el sentido absoluto. En general, nos veremos obligados a preguntar cuáles son las formas corrientes de lo que provisionalmente hemos llamado conversación en el ámbito privado. Aquí es necesario establecer entre ellas una distinción, que nos es imposible analizar ahora en todos sus detalles.

Tanto en el ambiente político, como en el económico la negociación es lo que debe mencionarse

en primer lugar. La negociación es la manera por la cual dos partes tratan de llegar a un acuerdo sobre una cuestión litigiosa, valiéndose del discurso y de la réplica. Este programa establece la distinción entre la negociación y la discusión. Esta última sigue siendo una forma de lucha, si bien practicada con armas intelectuales y, por lo regular, dentro del dominio científico a raíz de los discursos. En la discusión tratamos de poner en manifiesto nuestros propios puntos de vista, argumentamos, queremos demostrar las propias tesis, etc. En el fondo se mantienen las formas típicas del pensamiento monológico que, en este caso, se aplican recíprocamente. La razón de esto es que la argumentación parte de una posición firme y que estas posiciones se enfrentan. Si su tensión es menor, se debe solamente al hecho de que no es necesario defenderlas hasta el último extremo. Pueden abandonarse, si parecen insostenibles, sin por ello sentirse humillado. El valor de la discusión consiste en que podemos oponer nuestras ideas a la crítica del adversario. De este modo se aclaran y consolidan, pero en realidad no se siguen analizando en una forma constructiva, y por esto también una vez que los puntos de vista de las dos partes aparecen bien definidos, se interrumpen a menudo las discusiones, sin haber obtenido un resultado positivo.

En esto se distingue la discusión de la negociación (y sólo para señalar esta distinción nos hemos referido aquí a la discusión). La negociación perdería su sentido, si no se llegara a un resultado. Y esto es lo que condiciona también la manera de hablar. Cada parte trata, naturalmente, de obtener las mayores ventajas posibles, sin retroceder ante la astucia y la baladronada; pero no es posible pasar de ciertos límites. El que se muestra demasiado intransigente en sus pretensiones pone en peligro el objetivo de la negociación y entonces se produce la ruptura, sin haber obtenido resultado alguno. Para evitar esta situación, uno de los contrincantes ha de "hacer concesiones" al otro. Como se dice al tratar de la facultad de dialogar, ha de "saber escuchar". Y entonces puede conseguirse una conciliación razonable con la cual se pone fin a un estado de tensión existente y, en determinadas circunstancias, a un estado de guerra. Cuando se llega a la negociación, triunfa la razón sobre el deseo absurdo de emplear la fuerza; y gracias al lenguaje, se impone una actitud específicamente humana.

Pero la negociación no es todavía un verdadero diálogo, y el hecho de que los hombres negocien no basta para que se realice lo verdadero humano. En el curso de la negociación, los hombres pueden permanecer distantes y hasta considerarse como enemigos, y sólo la voz de la razón reflexiva les permite seguir negociando, en vez de combatirse. De ahí el carácter problemático de la transacción, cuando se llega a ella. En todo momento puede volver a romperse el acuerdo. Precisamente por esto, en las cuestiones políticas, importa, no sólo discutir, sino entablar realmente el diálogo auténtico, el diálogo en el sentido que acabamos de exponer, en el que no sólo

se considera de antemano al interlocutor como un adversario, que se pinta de negro, mientras nosotros nos vemos blancos, sino que le respetamos como hombre y estamos dispuestos en el fondo a escuchar sus razones y permitir que se discutan las nuestras. Entonces ya no se trata sólo de una cuestión que afecta a los representantes de cada posición, sino también, y tal vez más todavía, a cada uno de los miembros de los dos campos. A este respecto, es indispensable que en la universidad se establezca el diálogo con los portavoces de los grupos de estudiantes extremistas.

Así es como la cuestión del lenguaje interviene en el acontecer político del momento presente. Y nosotros, en nuestra calidad de educadores, tenemos además la misión de crear, orientando a los niños hacia esta disposición al diálogo, las condiciones necesarias para reducir el peligro de explosión y conseguir una paz duradera. La educación para el diálogo es directamente la educación para la paz.

—Pero también es necesario tener en cuenta las fronteras que encuentran aquí la voluntad de entablar el diálogo pacífico: la disposición para el diálogo ha de ser recíproca e inspirar en igual medida a ambos interlocutores. El diálogo fracasa o no llega siquiera a iniciarse, si la otra parte se niega a intentarlo. Y esto puede producirse asimismo de dos maneras. Primero, porque la otra parte rehusa absolutamente el diálogo o lo interrumpe bruscamente con un pretexto cualquiera cuando ya está iniciado. Pero también puede producirse porque el interlocutor se niega a dialogar con la franqueza necesaria y transforma la conversación en un acto de propaganda disimulada bajo forma de "discusión", en la que sólo pretende imponer su propia opinión, incluso cuando ésta es ajena a la discusión, pero exigiendo que la otra parte le preste atención, sin mostrarse dispuesto a escuchar sus razones.

Aquí aparece también el problema fundamental de la tolerancia, que se opone a la intolerancia. Allí donde se hace un abuso evidente de la discusión, sólo queda la posibilidad de cortar el diálogo que ha perdido toda su razón de ser. En rigor, la discusión sólo es posible cuando ambas partes se aprestan a escuchar y ninguna pretende estar en posesión de la única verdad.

Y no obstante, el hecho de retirarse y de renunciar al diálogo no debe tener un carácter definitivo. A pesar de todos los fracasos, lo importante es hacer lo posible por reanudar el coloquio tantas veces como sea necesario, es decir, intentar de nuevo restablecer el contacto, a partir de posiciones firmes, mantener el diálogo auténtico y presentarse a pecho descubierto al interlocutor. Por tanto, no sólo conviene mostrarnos dispuestos a entablar el debate libres de prejuicios, sino también incitar al "adversario" a que acepte el diálogo, para ver hasta qué punto es posible llegar a una inteligencia. Esto es aplicable a todos los niveles en que el coloquio es posible, y necesario, desde el ámbito privado más íntimo hasta al dominio público más amplio.

SIMÓN BOLÍVAR Y EL NUEVO NACIONALISMO EN AMÉRICA LATINA

GERHARD MASUR
Crítico y ensayista alemán

LA MAYOR PARTE de los observadores de Latinoamérica están de acuerdo en que el nacionalismo es el fenómeno más importante en la historia del siglo XX. Desde la revolución mexicana de 1910, cada una de las repúblicas americanas, una tras otra, ha sido inundada por esta ola, que en la mayoría de los países ha desencadenado efectos de profundo alcance. Inevitablemente, tal fenómeno ha influido también de modo retroactivo la interpretación de la historia latinoamericana; ciertas tendencias y corrientes del siglo XIX las vemos hoy bajo una luz diversa.

Se ha planteado la pregunta de cuándo surge por vez primera el nacionalismo en la historia de Latinoamérica, y ha habido respuestas contradictorias. Algunos historiadores encuentran ya en el movimiento de independencia gérmenes del nacionalismo contemporáneo, mientras otros rechazan esta interpretación. Naturalmente, también las grandes figuras que capitanearon el movimiento de independencia fueron interrogadas acerca de su comportamiento ante el problema del nacionalismo, y tampoco aquí es inequívoco el resultado. En particular interesante y fructífero es, en este aspecto, el análisis del genio del movimiento de independencia latinoamericano, Simón Bolívar.

En la mayor parte de los libros que han sido dedicados al Libertador se califica a Bolívar de internacionalista. Junto con Francisco de Miranda y José de San Martín, se le atribuye la visionaria previsión de haber laborado por la unidad del Continente y no por su desmembración y "balcanización". Incluso si nos adherimos sin reservas a este criterio, queda aún sin resolver el problema de cuál fue la actitud del propio Bolívar ante la cuestión del nacionalismo, y en qué medida influyó dicha cuestión sus ideas y planes. Se trata de uno de los problemas de más peso en la historia del Libertador, pues contribuyó más que ningún otro al trágico final de su vida.

Al estallar el año 1808 la revolución latinoamericana, apenas si se puede hablar de nacionalismo. Las causas de la revolución han sido analizadas con mayor profundidad en los dos últimos decenios, y hoy día conocemos el clima ideológico de Latinoamérica alrededor del 1800 notablemente mejor que hace veinte años. Sabemos que el reinado de los Borbones contribuyó en su medida a modernizar el imperio español y a abrirlo a las ideas de la Ilustración. Sabemos que los grandes portavoces del racionalismo eran leídos en Latinoamérica, que sus nombres y sus doctrinas tuvieron entrada en las universidades. Sabemos igualmente que florecía el comercio con España, que muchos puertos estaban abiertos al intercambio y que, hablando en general, las colonias latinoamericanas disfrutaban de un extra-

ordinario bienestar. Pero sabemos también que los frutos de este bienestar eran recogidos por el estrato superior de la sociedad, por los llamados criollos, y que éstos creyeron llegado el momento de liberarse de la tutela económica de la metrópoli y completar su privilegiada posición social por medio de la conquista del poder político. Hasta qué punto estaban maduros estos deseos de poder político es cosa difícil de calcular.

Personajes aislados, como Miranda, pueden haber esperado seguir el ejemplo de la revolución norteamericana y de la francesa, pero la gran mayoría de los criollos se hubieran conformado, ciertamente, con menos. Lo que ellos querían era más bien una forma de autonomía política, una mayor participación en los altos cargos del Estado y la Iglesia y que se tuvieran más en cuenta sus aspiraciones de orden económico. Puede decirse por ello que la revolución, desencadenada en último término por la ocupación napoleónica de España, se realizó en primer lugar por una sola clase social y que, también en primer lugar, había de servir a esa clase: los criollos. Un historiador norteamericano, J. J. Johnson, llama a este fenómeno CRIOLLISMO y ve en él la raíz social del movimiento de independencia. ¿Cómo se comporta la figura de Bolívar ante ese movimiento? Bolívar mismo era miembro de la aristocracia criolla. Nacido en Venezuela, pertenece a dicha clase por ascendencia y por la hacienda heredada. Pero, pese a que a lo largo de su vida fue un gran señor y vivió como un aristócrata, su existencia y su obra no pueden abarcarse en la palabra criollismo. Bolívar sobrepasó las aspiraciones y los prejuicios clasistas, fue uno de los primeros en dar la libertad a sus esclavos, invirtió, por no decir derrochó, su gran riqueza en el servicio de la idea de la independencia latinoamericana. Es, pues, enteramente natural que también sus metas políticas rebasaran las de los criollos.

Los fines de la clase superior criolla no eran inequívocas al comienzo de la revolución latinoamericana. Prescindiendo por entero de aquellos que querían permanecer unidos a la metrópoli o que preconizaban una reconciliación con España, la mayor parte eran patriotas, deseaban libertad política dentro del territorio del imperio colonial español, en el que se habían criado y que les era conocido. Era la época de la patria chica o de la patria boba, un patriotismo regional con horizontes de campanario. Es cierto que al propio tiempo se alzan otras voces, y ello también desde el principio, voces que propugnan la libertad de todo el mundo iberoamericano. Miranda tenía siempre ante su mirada el Continente entero, cuando en París y Londres hacía propaganda y conspiraba por la independencia de los latinoamericanos. Los chilenos Juan Martínez de Rozas y Juan Egaña elaboraron un plan que abarcaba a toda América. En la propia Venezuela, los paladines del movimiento de independencia se habían dirigido ya en

1810 a los demás pueblos del mundo hispanoamericano convocándolos "a contribuir a la grande obra de confederación americano-española".

Bolívar era venezolano y conservó siempre el amor por su patria. Sus cartas están llenas de sentimientos de cariño por la tierra nativa. La llama "ídolo de su corazón"; allí se había criado, allí quería vivir y morir cuando quedara cumplida su gran misión. Pero sería un error interpretar estas palabras como nacionalistas. A medida que iba avanzando su vida, cuanto más alto le levantaba el genio, tanto más se elevaba sobre la patria chica, de tal modo que, en la cima de sus triunfos pudo decir: Ya no pertenezco a la familia de los Bolívar o a Caracas, pertenezco a toda la nación; lo cual comprendía él a la sazón como el mundo de los pueblos latinoamericanos.

Los primeros testimonios de su visión continental los hallamos en el año 1813, cuando, al deshacerse la primera república venezolana, huye a Nueva Granada, la actual Colombia, para continuar desde allí la guerra contra España. En el manifiesto de Cartagena se dirige a los americanos. Habla de la identidad de la lucha de Venezuela con la de América, llama a los venezolanos "los más ilustres mártires de la libertad de la América". Cuando pocas semanas después se decidió a liberar la tierra patria, habló con estas palabras a su pequeño ejército: "La América entera espera su libertad y salvación de vosotros". La idea de la libertad americana atravesaba como un toque de trompeta por todas sus alocuciones políticas de estos años; hasta en la famosa declaración de la "guerra a muerte", esa idea constituye el criterio decisivo por el que se separan entre sí europeos y americanos. "Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables".

En estos años de incesante lucha, su americanismo estuvo condicionado, ante todo y sobre todo, por necesidades de carácter militar; Bolívar quería "una sola nación americana", "un coloso de poder" que pudiera imponerse frente a la hegemonía europea. Así, puede decirse que el internacionalismo de Bolívar, al comienzo de su trayectoria, se halla orientado militarmente. "Para nosotros, dice en 1814, la patria es América", el hemisferio de Colón.

Pero es bien conocido que las más elocuentes de sus proclamas no alcanzaron a crear un frente unitario, que Bolívar sucumbió al ataque combinado de españoles, realistas y reaccionarios, y en 1815 hubo de abandonar el Continente y buscar refugio en Jamaica. Aquí se vio forzado a meditar de modo realista en el futuro de Suramérica y hubo de confesar que una unidad política de las primitivas colonias españolas, aunque no era cosa imposible, se hallaba todavía muy lejos. En la célebre carta desde Jamaica fue pasando revista a todos los países del mundo hispanoamericano. ¿Cuál sería el destino de éstos al final de la guerra de independencia? ¿Se consolidarían como una unidad quizás con un monarca a la cabeza, o cristalizarían diecisiete Estados independientes? Bolívar creía, y la Historia le dio la razón, que se formarían diecisiete repúblicas li-

bres. "Pienso que los americanos, ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirían las repúblicas a los reinos". Se declara además que las diferencias psicológicas, geográficas y económicas, las diversas circunstancias climáticas y la falta de comunicaciones hacían imposible la creación de UNA nación suramericana. Y sigue luego aquel famoso párrafo de la carta de Jamaica, en el que por vez primera se aborda la idea de una federación latinoamericana: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación. . . Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno. . . mas no es posible. . . Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos. Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos o imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo". Aquí tenemos IN NUCE la visión bolivariana del internacionalismo latinoamericano. Repúblicas libres que deliberan en un congreso de los pueblos, entre sí y con el mundo, sobre los grandes problemas de la guerra y la paz. Es una clara manifestación en pro de la idea internacional, de una federación de pueblos y de la cooperación supranacional.

Se ha expuesto recientemente la tesis de que el internacionalismo de Bolívar no fue una negación del nacionalismo, sino la confirmación de éste. El interrogante que el Libertador se propuso no fue el de si las colonias españolas se convertirían en Estados nacionales, sino cuántos de dichos Estados nacionales habrían de surgir del antiguo imperio español. No puedo adherirme a este criterio. Bolívar pretendía, más allá de los Estados nacionales y por encima de ellos, una confederación con claro derecho en el orden jurídico internacional. De ello tendremos ocasión de hablar más adelante. Pero ya en el año 1815 dijo el Libertador: "Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración". Con otras palabras: en tanto no se ganara la guerra, la cooperación latinoamericana quedaba en una visión, en un ideal que sólo podía realizarse en otra época más feliz.

A medida que se proseguía la lucha, Bolívar se convencía más y más de que sin la mutua ayuda de las naciones hermanas de Latinoamérica apenas si cabía contar con la victoria. En 1816, el Presidente de Haití, Petión, le prometió su apoyo si Bolívar daba la libertad a los esclavos negros del Continente. En 1818 recibió en Angostura un mensaje del Director de las Provincias Unidas del Plata, Pueyrredón, en que éste se declaraba partidario de la solidaridad de los pueblos americanos. La respuesta de Bolívar fue terminante: "Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad". Cuando los combatientes de la libertad hubieran alcanzado la victoria sobre España, sería concertado un tratado de toda América que presentaría al Nuevo Mundo con majestad y grandeza, ante las naciones de otros continentes, como la reina de las repúblicas. "Nuestra divisa sea unidad en la América Meridional". Fácil-

mente se podrían desacreditar estas palabras como retórica latinoamericana, pero los actos de Bolívar en el decenio siguiente demuestran la seriedad con que procedía. Ya en 1819, con la batalla de Boyacá, se produce el hecho militar decisivo en favor del movimiento de independencia.

El mismo año se constituye la República Colombiana, que había de abarcar Venezuela, Nueva Granada y el territorio del Ecuador. Las batallas de Carabobo y Pichincha sellan el destino de España en el Norte de Suramérica. Bolívar asume la presidencia de la nueva Gran Colombia y ya en 1821 se dirige al Perú con el proyecto de un "pacto de federación". También en México son emprendidas parecidas gestiones diplomáticas. Este pacto de federación debe ir mucho más allá de los tradicionales tratados de alianza de la época; ha de constituir el fundamento de una "sociedad de las naciones hermanas". El pensamiento de Bolívar parte del propósito de incorporar a este pacto de federación a todos los países latinoamericanos; escribe a San Martín, que era ya el protector del Perú, escribe a O'Higgins, que tenía en sus manos el destino de Chile, diciendo ha llegado la hora de poner la primera piedra para un tratado "que debe formar de este Mundo una nación de repúblicas".

Ya en julio de 1822 firman los diplomáticos del Perú y Colombia tratados de unión, liga y confederación perpetua. En estos tratados se habla ya del futuro Congreso de Panamá, en el que se reunirán los representantes de las naciones latinoamericanas para deliberar sobre su futura confederación de pueblos. La quinta etapa de la guerra de independencia llevó a Bolívar a Perú, donde coronó la obra que había comenzado San Martín. Las batallas de Junín y Ayacucho dan a las armas colombianas la victoria definitiva sobre las tropas españolas. Antes de la batalla de Junín expresa Bolívar nuevamente, de modo insuperable, su fe en la misión americana, cuando grita a sus soldados: "La libertad de América es la esperanza del universo". Palabras de un visionario y de un político realista que ayudó a abrirse paso a su avizora concepción de la historia universal. La batalla de Ayacucho tuvo lugar el 5 de diciembre de 1824. El 7 de diciembre dirigió Bolívar su escrito circular a los gobiernos de las repúblicas americanas.

"Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América. . . es tiempo ya de que los intereses y relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas. . . tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. . . Tan respetable autoridad no puede existir sino en una Asamblea de plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras repúblicas". Tal asamblea habría de actuar como organismo deliberador en el caso de producirse grandes conflictos, como mediador entre los Estados de América y como intérprete de los tratados. "El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes se fijará en la historia diplomática de la América una época inmortal".

En los años siguientes, Bolívar llevó adelante su gran plan y solicitó el apoyo de Santander y de otros estadistas. Pero el magno proyecto tenía también sus dificultades, que Bolívar, en el primer entusiasmo, no había estimado quizás en todo su valor. ¿Debía requerirse a todos los Estados americanos a participar en el Congreso, y también a aquellas naciones europeas que tenían aún posesiones territoriales en el Nuevo Mundo? ¿Cuál era el caso del Brasil, que constituía un imperio, y cuál el de Paraguay, regido por un dictador, el célebre Dr. Francia? ¿Qué pensaba Bolívar acerca de Haití, con su población negra y cómo había de procederse con Cuba, todavía no liberada? Eran, en fin, estos problemas los que habrían de poner en grandes dificultades internacionales al Congreso. Tampoco debemos olvidar que Bolívar, al convocar el primer congreso panamericano, perseguía determinados fines de política exterior. Quería presentar América a Europa como un continente unido. "Yo creo que nosotros debemos imitar a la Santa Alianza en todo lo que es relativo a seguridad política. La diferencia no debe ser otra que la de los principios. En Europa todo se hace por la tiranía; acá es por la libertad". Las cartas de Bolívar escritas en estos años están llenas de avisos y conminaciones a no dejar pasar la hora de integrar a América en una federación de pueblos. Pero en las cartas se encuentran ciertas manifestaciones que señalan el hecho de que Bolívar consideraba también otras posibilidades. "Nuestra federación americana —escribía el 28 de junio de 1825— no puede subsistir si no la toma bajo su protección Inglaterra". Esta idea parece rara y contradictoria. ¿Cómo iba a convertirse en realidad una alianza libre de las repúblicas americanas en calidad de protectorado de la Gran Bretaña? De hecho, la idea de un protectorado apunta ya hacia la siguiente etapa del pensamiento bolivariano, de la que será preciso hablar.

El Congreso se reunió por fin en Panamá el 22 de junio de 1826. Su composición apenas si correspondió a las esperanzas que Bolívar había puesto en esta asamblea. En ella sólo estaban representados México, los Estados de Centroamérica, Colombia y Perú. Inglaterra envió un observador. Brasil y los Estados Unidos habían prometido su comparecencia, pero al final no estuvieron presentes en el Congreso. Bolivia no era todavía nación soberana, y Chile y la Argentina habían preferido no incorporarse a las deliberaciones.

El 15 de julio de 1826 se firmó un tratado que tomaba en cuenta las ideas de Bolívar en el orden internacional. Se acordó una alianza eterna para el mantenimiento y defensa de las repúblicas, una asamblea de representantes de las naciones había de reunirse cada dos años (en caso de guerra, cada año) para tratar de las relaciones internacionales de los Estados latinoamericanos. Estos se prometieron mutua ayuda en caso de un ataque y se declararon dispuestos a someter al consejo de la liga las diferencias entre las distintas repúblicas. El tratado de alianza eterna prevía aún otras obligaciones: la supre-

sión de la esclavitud y de la piratería y la creación de un ejército y una flota federales para la protección de los miembros de la liga.

Pero este tratado se adelantó a su tiempo en muchos decenios y sólo fue ratificado por Colombia. Incluso las repúblicas que habían tomado parte en el Congreso no estaban interesadas en hacer realidad los grandiosos planes de Bolívar. Como es natural, el Libertador quedó profundamente decepcionado del fracaso de su gran idea. Llegó hasta negar que hubiera creído alguna vez en la posibilidad de realizar dicha idea, comparándose a sí mismo con aquel insensato griego que afirmaba poder dirigir desde una roca el rumbo de las naves en alta mar. Posteriormente, fue aún más lejos en su menosprecio del Congreso de Panamá. El año 1828 dijo que lo había convocado para atraer la atención e introducir en el mundo el nombre de Colombia. Pero estas manifestaciones proceden de los últimos años de su vida, en los que trató en vano de detener la destrucción de su obra; tales asertos no deben ser tomados, por tanto, muy al pie de la letra.

En efecto, en esta época de su vida afrontó una vez más la empresa de evitar lo inevitable; entonces fue cuando pretendió impedir la desmembración de Latinoamérica, y ello con un magnífico proyecto: la alianza de las repúblicas andinas. Después del fracaso, pues así hay que calificarlo, del Congreso de Panamá, Bolívar hizo planes para una federación de los Estados de los Andes, o sea una alianza entre Bolivia, Perú y Colombia. Alianza no es quizá expresión suficientemente exacta para caracterizar el modelo que Bolívar tenía ante su vista, pues se trataba más bien de una federación de Estados, con un presidente y un vicepresidente, con un ejército, una bandera y una constitución, la constitución bolivariana que él mismo había elaborado en 1825 para la joven república de Bolivia y que consideraba insuperable. Nadie le secundaba en su opinión, pues no existía quien quisiera tener nada que ver con esta fantasía política. Podemos tener por cierto que en tal idea de la federación andina se introdujeron motivos de ambición personal. Bolívar daba por descontado que se le elegiría como presidente de la alianza.

La idea no era precisamente feliz y se oponía a lo que el propio Bolívar había expresado en 1815 en su carta desde Jamaica, en la que argumentara contra una unión política de los pueblos latinoamericanos. El motivo más importante de que la federación de los Andes hallara entre las naciones liberadas tan escasa acogida como la unión de pueblos latinoamericanos era otro y de mayor profundidad. Ese motivo estaba en el incipiente nacionalismo de los pueblos que se oponían a los planes de Bolívar. Dichos pueblos eran enemigos de un protectorado británico que Bolívar preveía también para la alianza andina no se les daba un ardite de la llamada Constitución bolivariana. Querían la independencia de España y no otra cosa, y no reconocían los peligros de la anarquía y la balcanización que habían de seguir a la guerra de independencia.

Bolívar y San Martín estaban harto convencidos de los obstáculos que encontraría el pacífico desarrollo de las repúblicas latinoamericanas y, cada uno a su modo, habían intentado eliminar ese dilema. San Martín renunció a la esperanza antes que Bolívar y se retiró al exilio. Bolívar se lanzó, como le fue posible, contra la oleada de la disolución y la destrucción. Pronto hubo de convencerse de que la federación andina era una utopía en cuya realización nadie estaba interesado. En lugar de ello, se propuso evitar la disolución de la Gran Colombia o, por lo menos, hacerle frente, pero también esto mostró ser imposible. Ante sus ojos comenzó a producirse la disolución de la Gran Colombia. No necesitamos ocuparnos aquí de cada una de las fases de este proceso. Dichas fases fueron sobre todo de índole económica y social y constituyeron las consecuencias inevitables de la disolución del imperio mundial español, que había vivido tan largamente tras las protectoras murallas del mercantilismo y que ahora se hallaba expuesto al embate del movimiento del libre comercio y de la competencia de la industria europea occidental. A esto se agregaron dificultades financieras. La mayoría de los jóvenes Estados echaron sobre sí la carga de grandes deudas que hicieron gravitar sobre su futuro económico una pesada hipoteca, convirtiendo a todo el continente en deudor del capitalismo occidental. El propio Bolívar vendió las minas de Bolivia a un trust extranjero. Su visión económica era limitada, como la de la mayor parte de los estadistas a principios del siglo XIX, y quizá hubiera declarado incluso como cosa necesaria la dependencia respecto de los países capitalistas de Europa occidental. Hablando en términos generales, puede decirse que en la idiosincrasia de Bolívar no estaba el ocuparse de los espinosos problemas de la reconstrucción social. Su mirada tenía agudeza al desmenuzar la realidad política y social de América, pero sólo de cuando en cuando vemos aparecer planes de superar el pluralismo étnico de Latinoamérica los profundamente enraizados males de la producción agrícola o del "propósito económico". El mismo lo sabía al decir que "lo único bueno que había logrado era la independencia".

Pero bien se anticipó en la visión de que su querida América había de caer en las manos de tiranos y caudillos, y así concluyó su vida con la trágica confesión de que América no era gobernable: "Hemos arado en el mar".

Y ¿quién sabe si la mayoría de los observadores le hubieran dado la razón? Sin embargo, el legado que Simón Bolívar dejó a Latinoamérica no se limitó a la conquista de la independencia; su internacionalismo siguió viviendo, y todavía hoy constituye un fermento en el desarrollo ideológico, político y social del continente. Para fundamentar esta tesis debemos echar una rápida ojeada a la evolución de Latinoamérica desde la muerte de Bolívar.

En la mayor parte de las historias de Latinoamérica, el período que se inicia en 1830 es llamado el período nacional. ¿Pero puede hablarse ya real-

mente de naciones? Tiende a parecerme que de lo que aquí se trata es de un proceso de formación de naciones; éstas llegarían a existir, por fin, en el siglo XX. Sólo si se tiene conciencia de tales esfuerzos en busca de una identidad nacional pueden comprenderse las luchas que tienen lugar en primer plano y que aparentemente llenan la historia de Latinoamérica. La discordia entre liberales y conservadores, la lucha entre centralistas y federalistas, la pugna entre Estado e Iglesia, todo esto constituía, considerado en el fondo, no más que una serie de hechos encaminados a hacer de la sociedad colonial diecisiete Estados nacionales. Hasta qué punto se logró esto, es cosa que constituye otra cuestión, la cual no tenemos que dilucidar aquí. El proceso de la formación de naciones se complicó además en el enfrentamiento con el capitalismo europeo y norteamericano. Pero en este enfrentamiento despertó también en Latinoamérica una conciencia histórica propia, y con esa conciencia el internacionalismo de Bolívar volvió a revivir en otra esfera. Alrededor de 1900 ese internacionalismo de Bolívar halla eco en los escritos del uruguayo Rodó. Este, en un brillante trabajo, ha descrito la grandeza y miseria bolivariana. Mas no en dicho ensayo, sino en su famoso ARIEL, encontramos un renacimiento de las ideas de Bolívar.

ARIEL se escribió en un momento en que los Estados Unidos trataban de penetrar por los lados más diversos en el mundo latinoamericano. Rodó ve en la civilización anglosajona la encarnación de Calibán, en tanto que en la cultura iberoamericana encuentra la presencia de Ariel, el espíritu de la luz y la verdad. Rodó conminó a los suramericanos a no rendirse al influjo de un mundo materialista y a conservar, en cambio, los valores iberoamericanos obtenidos como herencia. Las ideas del uruguayo ejercieron profunda influencia y pudieron interpretarse como llamada a la creación de un nacionalismo latinoamericano; pero era un nacionalismo dirigido a muchos pueblos, un nacionalismo continental de tinte latinoamericano, un nacionalismo internacional. Es cosa bien conocida que los Estados Unidos hicieron a la vez el intento de utilizar la doctrina Monroe como lema ideológico de su propio imperialismo y que propugnaron un panamericanismo que habría de ser dirigido desde Washington. Pero el eco de este propósito fue escaso. La mayoría de los latinoamericanos vieron en el panamericanismo un instrumento de la política imperialista, y al edificio de la "Pan American Union" le llamaron "El Ministerio Colonial americano". Muchos sintieron al unísono con Rubén Darío, el cual se expresó contra Theodore Roosevelt y habló de América como país de Cristóbal Colón, de Moctezuma y de la Iglesia católica apostólica romana, rechazando el imperialismo sin Dios.

Este nuevo internacionalismo, que, no obstante, podría considerarse como un nacionalismo cultural de Latinoamérica, se ha convertido desde principios de siglo en un firme componente de la ideología latinoamericana. Se le encuentra en todas las revoluciones que han bullido sobre el continente. Estas re-

voluciones, a mi entender, constituyen el más destacado fenómeno de Latinoamérica en el siglo XX. Se distinguen de los levantamientos y pronunciamientos del siglo XIX en que no sólo preconizan un cambio de las personas, la substitución de un partido por otro o la de un dictador por otro dictador, sino que tienen una finalidad social y económica. Su objetivo es llevar adelante, si no llevarlo a culminación, el proceso de la formación de las naciones, integrar en el cuerpo del país la masa de la población de color, ya se trate de indios, negros o mestizos, hacerlos ciudadanos y despertar su propia iniciativa. En diferente magnitud, y condicionado todo ello por las circunstancias históricas y la tradición, estos esenciales rasgos comunes pueden hallarse en todas las revoluciones latinoamericanas. Estas se caracterizan por un socialismo nacional o un nacionalismo social; es de escasa importancia dónde y cómo se quieran colocar los acentos.

Como ya hemos anotado, el proceso comienza en México en 1910 y luego se va apoderando de un país tras otro: Uruguay, Colombia, Brasil, Venezuela, Argentina, Bolivia, Perú y, finalmente, Cuba, para citar sólo los más importantes. Era inevitable que estas revoluciones fueran influidas por los grandes acontecimientos registrados en el mundo fuera de Latinoamérica: la revolución rusa, la gran depresión, el fascismo italiano y el nacional-socialismo alemán. Frecuentemente los modelos europeos han servido de muestra a las medidas revolucionarias introducidas. Pero ello no es lo decisivo en estos fenómenos.

Importante es, en cambio, que Latinoamérica, de punta a punta, se ha abierto a nuevas ideas para resolver sus problemas, problemas profundamente enraizados. El que desee comprender la Latinoamérica contemporánea debe tratar de entender en su carácter peculiar cada una de aquellas revoluciones. La revolución mexicana, que hoy puede considerarse concluida, es ciertamente la que ha logrado mayor éxito. De modo ecléctico, ha enlazado la tradición nacional del pueblo mexicano con experimentos sociales en el problema agrícola y en el de la industrialización, convirtiendo así a México en guía de todo el Continente. Pensadores como Vasconcelos y Leopoldo Zea han creado la doctrina de la "raza cósmica", que intenta responder a la diversidad étnica de Latinoamérica. El arte mexicano, más que ningún otro de Latinoamérica, se ha convertido en expresión de la conciencia nacional de nuevo despierta.

La revolución nacional del Brasil comenzó con Vargas y ha seguido un rumbo en zigzag, que a menudo parece inducir a confusión, pero su meta es semejante a la de la revolución mexicana; hay que esperar para ver cuándo y cómo alcanza estabilidad institucional.

En la Argentina Perón intento imitar a Hitler y Mussolini después de que éstos, al acabar la segunda guerra mundial, cayeron víctimas de su insensatez. El dictador argentino no tuvo más éxito que aquellos que le sirvieron de dechado, pero sí logró

mayor fortuna al poder salvar su vida y su dinero del derrumbamiento del peronismo. La revolución argentina está tan inconclusa como la del Brasil.

Fidel Castro pretendió en Cuba seguir el modelo ruso del socialismo estatal y, por un breve tiempo, fue foco de crisis internacionales; pero, en la medida que se puede juzgar desde fuera, ha superado ya su momento de auge. De él apenas puede esperarse una nueva influencia ideológica sobre el Continente.

Al lado de lo expuesto encontramos aún los intentos, no mucho menos importantes, de algunas políticas cristiano-demócratas en el sentido de impulsar la revolución por la vía de la pacífica legislación y evitar así el caos y el tumulto de los levantamientos revolucionarios. Costa Rica, Venezuela y Chile son los ejemplos más significativos. También en estos casos es necesario aguardar a los resultados finales. Pero esto es bien cierto, el mundo de Latinoamérica no se puede concebir sin las revoluciones del nacionalismo social, lo mismo que no será posible borrar sus resultados. Incluso cuando, como en el caso de Bolivia, un dictador suceda al movimiento revolucionario, ese dictador se verá obligado a continuar, y hasta a ampliarlas, las medidas tomadas por la revolución.

¿Cuál hubiera sido la actitud de Bolívar ante estas revoluciones social-nacionalistas? Puede decirse quizás que hubiera afirmado sus fines y condenado sus medios. En su historia se hallan muchas resoluciones y leyes con las que en Venezuela, Perú y Bolivia trató de mejorar la suerte de los oprimidos. Pero, naturalmente, era hijo del siglo XIX y se vio restringido a las perspectivas económicas del mismo. Si un historiador puede, en suma, pensar a nivel de tales categorías, yo me atrevería a suponer que Bolívar, en fin de cuentas, hubiera entendido esas revoluciones como pasos inevitables dentro del proceso de formación de las naciones.

Sólo aparentemente contradicen tales revoluciones el ideal internacionalista del Libertador. En efecto, el nuevo nacionalismo de Latinoamérica únicamente en pocos casos ha irrumpido en el terreno de la política internacional. Perón y Castro son excepciones. Contemplados en conjunto y en general, los países iberoamericanos son partidarios de la comprensión entre los pueblos y de la cooperación internacional. Todos ellos pertenecen desde el principio a las Naciones Unidas, y además, dentro de éstas, poseen su organización propia, la O.A.S. Pero la cooperación internacional entre los pueblos latinoamericanos no se reduce a esas estructuras institucionales. Los mantiene unidos un sentido de solidaridad y parentesco, que se manifiesta a menudo y de forma espontánea.

Durante la segunda guerra mundial la mayor parte de los Estados latinoamericanos pertenecieron al bloque de las naciones aliadas. No todos respondieron voluntariamente al requerimiento de Washigton, y algunos hubieran incluso preferido que las

grandes potencias se peleasen sin que ninguna lograra alcanzar la victoria. Frecuentemente se expresó la idea de que Latinoamérica, en tal caso, se hubiera encontrado desempeñando el papel de un aliado solicitadísimo al que acudirían todas las potencias. La historia decidió de otro modo.

En los años de posguerra algunos Estados han coqueteado con la idea de pasarse al lado de las naciones neutrales como la India, Yugoslavia y Egipto, pero tampoco en esto se ha llegado a nada; el declive económico y el cultural han hecho a los iberoamericanos retornar siempre a una política de afinidad con las potencias occidentales. La Cuba de Fidel Castro constituye la gran excepción, pero, como ya queda anotado, su hora llegó y pasó sin operar profundamente en el destino de Latinoamérica. Si todo no induce a engaño, Iberoamérica se contará todavía por largo tiempo al lado de los Estados occidentales. Dentro de esta agrupación, por supuesto, los Estados latinoamericanos tratan de hacer valer sus propias voces como miembros independientes en el ámbito del mundo iberoamericano. Pretenden además unirse más fuertemente entre sí y obtener una mayor independencia económica.

Los Estados centroamericanos han fundado un mercado común según el modelo europeo, y se han elevado considerablemente la producción y el consumo. Junto a esto, existe una zona de libre comercio a la que actualmente pertenecen la mayor parte de los pueblos latinoamericanos. Pero la evolución se emprenderá, sin duda, mucho más lentamente que en Europa, toda vez que los presupuestos geográficos, económicos y psicológicos están planteados de modo tan diferente. Tal vez, a este respecto, puede citarse también el intento de hacer de Latinoamérica una zona libre de energía atómica. Ello muestra una vez más que esos pueblos desean seguir sus propios caminos, los caminos del nacionalismo continental, que es, en verdad, la vida del internacionalismo tal como lo esbozara Bolívar hace siglo y medio.

Si al final nos preguntamos otra vez cómo se comportan recíprocamente el nuevo nacionalismo y Bolívar, puede decirse que los pueblos de Latinoamérica, en los siglos XIX y XX, han atravesado y todavía atraviesan la fase del nacionalismo, la cual constituye un inevitable estadio en el proceso de desarrollo de las naciones jóvenes. El que Bolívar quisiera saltar por encima de esta fase resultó funesto para sus planes políticos y para él mismo en definitiva. Pero los pueblos que liberó, o en cuya liberación tomó parte, han retornado al final de su ideal del internacionalismo latinoamericano. Si fuera permisible hablar sobre el futuro del Continente, podría decirse que nacionalismo e internacionalismo llegarán a equilibrarse entre sí, en el espíritu de la dialéctica hegeliana. Finalidad de ambos fue, en última instancia, tratar de consumir en el mundo iberoamericano la libertad y dignidad del hombre; y lo intentaron por medios diferentes y, a menudo, contradictorios. Pero los objetivos en sí no son inconciliables y, así lo creemos, acabarán por imponerse.

CONTRA LAS GUERRILLAS DE SANDINO EN NICARAGUA

NACIO UN CONJUNTO AEREO TERRESTRE
DEL CUERPO DE MARINOS
DE LOS ESTADOS UNIDOS

NI AUN LA DURA EXPERIENCIA OBTENIDA EN LA LARGA Y RENCOROSA CAMPAÑA DE HAITI PODRIA PREPARAR AL CUERPO DE MARINOS DE LOS ESTADOS UNIDOS PARA LA SEGUNDA CAMPAÑA QUINQUENAL NICARAGUENSE PORQUE NICARAGUA ES CINCO VECES MAS GRANDE QUE HAITI. UNA NUEVA ARMA TENIA QUE ENCONTRARSE, Y ASI FUE QUE NACIO EL CONJUNTO AEREO-TERRESTRE DEL CUERPO DE MARINOS.

por el General Vernon E. Magee, USMC, Ret.





El General Vernon E. Megee se alistó en el Cuerpo de Marineros en 1919 y fue comisionado en 1922. Su servicio expedicionario en la década de 1920 incluyó: Haití (1923-1925), China (1926-1928), y Nicaragua (1929-1931). Durante

la Segunda Guerra Mundial, sirvió como Jefe del Estado Mayor, Tercera Ala Aérea, y como Comandante de las Unidades de Control del Apoyo Aéreo Marino. Comandó la primera Ala Aérea en Corea durante 1953. Fue Sub Comandante de la Flota de Fuerzas Marinas en el Pacífico, y posteriormente, de la FFM en el Atlántico, antes de ser Comandante Asistente y Jefe del Estado Mayor, Cuartel General del Cuerpo de Marineros desde Enero, 1956 a Noviembre, 1957. Al momento de su retiro en Noviembre, 1959, comandaba la FFM, Pacífico. Autor de numerosos artículos, el General Megee es co-autor del MANUAL DE GUERRILLAS y del MANUAL PARA OPERACIONES DE DESEMBARQUE del Cuerpo de Marineros de los Estados Unidos.



Las noticias de las actuales dificultades en la provisión de un efectivo e inmediato apoyo aéreo para las fuerzas vietnamesas empeñadas en operaciones de guerrillas contra las infiltraciones de unidades del Viet Cong, traen a la memoria de los viejos oficiales las condiciones similares de servicio en las abruptas montañas de Nicaragua desde 1927 a 1932. Para aquellos oficiales jóvenes, ahora real o potencialmente inquietos por las llamadas actividades contra-insurgentes, una revisión del primitivo desarrollo de las técnicas de apoyo aéreo contra las esquivas fuerzas irregulares puede, posiblemente, llegar a tener más que un pasajero interés histórico.

El altamente efectivo sistema de apoyo aéreo inmediato desarrollado por la Marina y el Cuerpo de Marineros durante la Segunda Guerra Mundial y más tarde perfeccionado en Corea, tuvo su génesis en las operaciones de guerrillas de los Marineros contra el "General" Sandino en Nicaragua. En el proceso de esta evolución, sin embargo, tanto el equipo como las técnicas se han hecho menos adaptables a la guerra de guerrillas de lo que fueron al principio. Es hora, quizás, de revisar los requisitos con el ánimo hacia la simplificación de los medios. Alguna reorientación a la luz de la perspectiva histórica pueda servir como prelude a recomendaciones definitivas. Las lecciones aprendidas durante la Segunda Campaña Nicaragüense bien pueden resultar válidas para Viet Nam.

A principios de 1927, la guerra civil que entonces ardía en Nicaragua amenazaba extenderse más allá de sus límites. Los Marineros y los Chaquetas Azules de los anticuados cruceros del Escuadrón de Servicio Especial que habían estado observando la situación por algunos meses, no eran ya adecuados para la tarea. El Comandante del escuadrón, Contra Almirante Latimer, solicitó ayuda substancial. Los Marineros respondieron llamando a los guarda correos para reorganizar el Quinto Regimiento, el que fue despachado poco a poco al puerto de Corinto. Los últimos elementos, incluyendo al recientemente nombrado Comandante de Brigada y su personal, llegaron en Marzo 7. Como elemento de apoyo, el Primer Escuadrón Marino de Observación había sido también ordenado de San Diego para proveer misiones de "reconocimiento y comunicación" para la brigada expedicionaria.

El primer contingente de aviación que fue enviado, bajo el comando del entonces Mayor Ross E. (Rusty) Rowell, llegó al puerto de Corinto el 26 de Febrero y descargó los aviones que venían en sus embalajes, del barco a los carros pelones, para ser transportados a Managua. Eran seis biplanos DH-4, dotados de motores Liberty con enfriamiento de agua, recuerdos de la Guerra Mundial I, armados de dos ametralladoras calibre .30 y adrales para 10 bombas de fragmentación de 17 libras cada una. La máxima velocidad de estos aparatos no sobrepasaba en mucho las 100 millas por hora, pero su

velocidad de aterrizaje era correspondientemente baja. Los otros aviones complementarios del escuadrón eran OL-6, el modelo primitivo de los anfibios Loening, dotados de un sólo motor con enfriamiento de agua, el Packard V-12 invertido. El autor no recuerda que estos aviones llevaran algún otro armamento que no fuera las ametralladoras Scariff-Lewis en la cabina del observador. Se incluyeron en el complemento del escuadrón con la esperanza de que serían útiles en un país subdesarrollado de muchos lagos y ríos. Y cómo fueron de útiles!

La única semblanza de aeropuerto que podía obtenerse en Managua era un potrero inculto, entonces en uso por la Fuerza Aérea Nicaragüense, —una organización cuasi-militar que sólo consistía de dos biplanos Laird-Swallow dotados de motores Curtiss OX5, y dos pilotos norteamericanos, Brooks y Mason. Puesto que a ellos deben acreditarse los primeros esfuerzos de apoyo aéreo en la campaña nicaragüense, estos dos caracteres tomados de las páginas de una novela de Richard Harding Davis, merecen al menos una breve mención.

Durante la batalla de Chinandega, librada a principios de Febrero entre las fuerzas Liberales (insurgentes) y las Conservadoras (gobiernistas), encuentro salvaje que

virtualmente destruyó la ciudad y causó la muerte de centenares de nicaragüenses, la mayoría de ellos no combatientes incluyendo mujeres y niños, Brooks y Mason participaron en ella al extremo de volar sobre el área y dejar caer unas cuantas bombas de dinamita hechas a mano, las que, supuestamente, encendían con la brasa de los puros habanos que fumaban, a pesar de la cortedad de las mechas. Aunque estos proyectiles eran más aterradores que letales, lograron hacer huir a los soldados Liberales y darle la victoria a los Conservadores, quienes hasta entonces habían llevado la peor parte. Los desconcertados Jefes Liberales inmediatamente acusaron a los "aviadores americanos" de conducta inhumana en la guerra y de masacre de inocentes. Aunque parezca muy improbable, considerando lo inadecuado de su equipo, que esos aviadores mercenarios realmente hayan causado muchas bajas, el efecto psicológico en los soldados rebeldes y los aterrizados ciudadanos, fue, sin duda, considerable. El consiguiente alboroto en la prensa resultó, también, embarazoso para el Ministro americano. Los señores Brooks y Mason fueron poco después retirados quietamente de la escena, dejando, empero, a los aviadores Marinos que les sucedieron, una desagradable herencia polémica y dos decréditos biplanos Laird-Swallow.



El Mayor Rowell se apropió del aeropuerto nicaragüense y ensambló sus aparatos tan pronto como pudo. Aunque esta tarea no requiere sino unos cuantos días, debe señalarse que los aparatos expedicionarios deben llegar a la escena en condiciones de vuelo. La técnica de guerrillas moderna, corrientemente, no permitiría tal holgura en obtener facultades combatives.

La primera misión de combate del recién llegado escuadrón que consta en los archivos, fue en Marzo 18, cuando dos de los DH-4 informaron el progreso de la batalla de Muy Muy, manteniéndose escrupulosamente a distancia, no así los omnipresentes Brooks y Mason, quienes volaban su última misión al servicio del Gobierno de Nicaragua. En su colorida reseña de la acción, — para THE NEW YORK TIMES—, se quejaban de que sus aparatos, resollando con dificultad, apenas si podían sobrevolar las colinas del paso de Boaco, de mil metros de altura; que sus bombas de dinamita y amoníaco dejaron de explotar y que sufrieron severos daños en sus aparatos a causa de los disparos de pequeñas armas de fuego. En realidad, ellos apenas pudieron papalotear de regreso a una pista de emergencia después de varios aterrizajes forzosos. Parece que los insurgentes habían aprendido mucho después de Chinandega y pudieron arrojar a los Conservadores del terreno a pesar del apoyo aéreo.

En Marzo 28, en León sobre el ferrocarril de Managua a Corinto, Marineros y nicaragüenses chocaron brevemente en un inofensivo intercambio de tiros, y uno de los aviones de observación Marino fue alcanzado por disparos de armas de fuego mientras pasaba sobre Ciudad Darío. Al siguiente día un DH-4 armado, patrullando la línea ferroviaria cerca de León fue alcanzado 12 veces, —probablemente por una ráfaga de ametralladora—. El piloto, Capitán H. D. (Spud) Campbell, a pesar del daño a su aparato, inmediatamente picó sobre sus asaltantes y los dispersó con fuego de ametralladora. Estas dos acciones breves marcaron el final de la fase de observación neutral y el comienzo de la verdadera participación estadounidense en la guerra civil de Nicaragua.

Luego siguió una calma en las hostilidades mientras la Comisión Stimson buscaba una tregua entre las facciones en lucha. Como resultado de las conferencias en Tipitapa, los jefes insurgentes, menos uno, acordaron entregar sus armas... a un precio. Mr. Henry L. Stimson, quizás un poco prematuramente, informó a Washington que la guerra civil en Nicaragua había definitivamente terminado y que el derramamiento de sangre había cesado. Los escépticos Marineros se asentaron en una vigilante espera. Los aviadores continuaron patrullando esporádicamente.

El mensaje del señor Stimson apenas había sido descifrado en el Departamento de Estado cuando el Ministerio de la Marina recibía noticias de más siniestro significado. No todo estaba bien en Nicaragua. Sangre norteamericana había sido derramada de nuevo. El énfasis pasaba ahora del campo de la diplomacia a las

manos de los militares. Una vez más el Cuerpo de Marineros de los Estados Unidos (USMC) se encontraba empuñado en una guerra de guerrillas tropical, la que, en escala, duración y ferocidad había de poner a dura prueba su valor y su capacidad.

La chispa que provocó el incendio fue un encuentro nocturno en la villa de La Paz Centro entre unos 300 insurgentes armados bajo el General Cabulla y un destacamento de Marineros bajo el Capitán R. B. Buchanan. En la confusa lucha callejera que siguió, el Capitán Buchanan y otro Marino fueron muertos, dos más heridos. Catorce insurgentes muertos fueron dejados en las calles y un indeterminado número de heridos escapó. Los Marineros conservaron la villa contra una pesada superioridad numérica gracias a su mejor disciplina y puntería. Esto se logró, por supuesto, sin apoyo aéreo. Los aviadores Marineros de esa época no estaban aptos para vuelos nocturnos, ni existían los aparatos de comunicación para tal apoyo. Nunca se le hubiera ocurrido al Capitán Buchanan, o a cualquier comandante terrestre contemporáneo, esperar asistencia aérea en tales circunstancias.

En las semanas siguientes, los Marineros se desplegaron en el montañoso interior del norte de Nicaragua, acicateados a esta acción agresiva por las depredaciones del General Sandino, el jefe insurgente que había rehusado someterse al pacto de Tipitapa, y subsecuentemente, había "cogido la breña" con unos 200 seguidores armados. Los aviadores Marineros habían intentado cubrir sus movimientos sin éxito notable. Las veredas montañosas a menudo resguardaban sus secretos de los observadores aéreos.

Los aviadores, sin embargo, mantuvieron contacto con las pequeñas patrullas de Marineros y guarniciones de villorios alejados por medio de vuelos de reconocimiento y de enlace. Los Marineros en tierra cooperaban limpiando pistas de emergencia cerca de las guarniciones principales, apreciando en su aislamiento este periódico contacto aéreo con Managua.

Puesto que los aparatos de 1927 no tenían equipo de radio y que las fuerzas terrestres sólo tenían equipos de señales engorrosos e inconfiables, el problema de la comunicación aero-terrestre se volvía agudo. Los experimentos hacia la solución incluían, piezas de telas extendidas sobre el suelo en posiciones claves que habían de ser contestadas por los aviadores con señales de alas y motores. Un ingenioso método de recoger mensajes fue perfeccionado, por el cual el piloto con un garfio al extremo de una cuerda procuraba garfear una bolsa suspendida de un poste alto. Los aviadores podían, también, comunicarse dejando caer una vara con mensajes. Ninguno de estos métodos, por supuesto, era muy efectivo en una áspera zona montañosas. Todos requerían que los aparatos se mantuvieran en excesiva proximidad a la unidad terrestre en contacto, lo que tendía a indicar su presencia y su avance al enemigo.

Por esta razón habían muchos jefes de patrullas que deliberadamente evitaban establecer contacto con aparatos de reconocimiento. Por otra parte, habían



Seis DH-4 biplanos (arriba izquierda), los primeros aparatos Marinos asignados a la Campaña Nicaragüense, fueron enviados en jabas a Managua, donde fueron operados en un potrero inculto (foto centro). Otros aviones empleados fueron los OL-8 anfibios para dos pasajeros (arriba derecha), los OC-1s (abajo, izquierda), los que llegaron en 1929, y los O2C's (abajo, derecha), los que reemplazaron a los DH-4s.

otros que invariablemente ponían señales para recoger mensajes, bajo cualquier pretexto, ya fuese que sus necesidades tuviesen o no validez militar. Por ejemplo, allí estaba el Mayor de la vieja escuela, con una sed perenne, que pedía y recibía, su ración diaria de hielo. Otro jefe de patrulla exigía un aterrizaje de emergencia en una pista marginal con el único objeto de familiarizar al aviador, demasiado indiferente, con la frecuente falta de papel higiénico en su campamento.

A pesar de éstas, a menudo divertidas, frustraciones y malentendidos en cuanto al verdadero papel del apoyo aéreo, este corto período de despliegue fortaleció los lazos entre el aire y el suelo, resultando al menos una apreciación parcial de los problemas mutuos. La utilidad de la aviación en reconocimiento, enlace y para transporte de emergencia había sido demostrada y aceptada. Pocos comandantes terrestres, sin embargo, estaban decididos a admitir que la fuerza aérea era capaz de efectivo apoyo militar. No obstante el empleo previo de las unidades aéreas de los Marineros en la ocupación de Haití y Santo Domingo, no había habido oportunidad, —salvo en unas pocas ocasiones—, de demostrar la capacidad de ataque terrestre.

Este prevaleciente escepticismo había de ser dramáticamente rebatido el 16 de Julio en Ocotal, una ciudad de montaña en el Río Coco superior. El Capitán Gilbert D. Hatfield, con una fuerza mixta compuesta de 37 Marineros y 47 Guardias nicaragüenses, había establecido recientemente una guarnición dentro de la ciudad. Se sabía que Sandino estaba en la vecindad pero se creía que tenía sólo unos cuantos seguidores. Nadie lo tomaba como una amenaza seria, y menos que todos, el Capitán Hatfield, quien en realidad se había divertido intercambiando insultos por medio de mensajes con el jefe guerrillero. Sandino, así provocado, desafió a los Marineros a que llegaran a agarrarlo; luego, pensándolo bien, decidió ir él a agarrar a los Marineros. Con una fuerza que después se estimó consistía de 500 a 600 hombres, Sandino se movió rápidamente tras su último mensaje retador y durante las primeras horas de la noche del 15 de Julio logró acercarse cautelosamente a Ocotal. Aunque el Capitán Hatfield no esperaba un ataque, no fue —en el sentido militar de la palabra—, sorprendido; un centinela alerta detectó la aproximación de hombres armados y disparó avisando, lo que puso sobre las armas a la guarnición dormida. Protegidos por las gruesas paredes de mampostería de sus cuarteles separados, los Marineros y los Guardias pudieron rechazar a los atacantes hasta por la mañana. Sandino, entonces, suspendió el ataque mientras reagrupaba sus fuerzas y exigía la rendición de Hatfield. La contestación entregada a los portadores de la bandera de tregua, puede haber sido un tanto deficiente en términos corteses acosumbrados en el Viejo Mundo, pero no dejaban duda alguna en la mente de Sandino en cuanto a las intenciones de Hatfield. La batalla se reanudó.

A las 10:00 apareció sobre la ciudad una patrulla de dos aviones de reconocimiento pilotados por el Teniente Hayne Boyden y el Artillero "Mike" Wodarczyk, un formidable y pintoresco par de aviadores. Sospechando de algún modo que había dificultad, el Teniente

Boyden aterrizó en una pista adyacente mientras Wodarczyk lo cubría desde el aire. Los excitados nativos le dieron a Boyden algún indicio de la verdadera situación y él inmediatamente levantó vuelo sobre disparos desperdigados de rifletería. Se juntó a su compañero y ambos gastaron sus municiones ametrallando las posiciones de los guerrilleros antes de regresar a toda máquina a Managua a dar la voz de alarma. Hasta ese momento, el Capitán Hatfield había estado incapacitado de comunicarse con los cuarteles de la brigada. Los aviadores regresaron a su base a las 12:15.

En menos de una hora, los cinco DH-4 asequibles habían sido armados con bombas livianas de fragmentación y fajas completas de municiones para ametralladoras. El Mayor Rowell, comandante del escuadrón, encabezó el despegue sobre el césped de la pista de 400 yardas de longitud, sobre el Lago de Managua y sobre la cadena de montañas de 5,000 pies de altura hacia Ocotal, no pequeña hazaña en sí durante cualquier tarde de la temporada de lluvias nicaragüense. Hacia las 15:00 la flotilla estaba sobre Ocotal, dando vueltas sobre la ciudad a los 1,500 pies de altura y recibiendo disparos de armas de fuego livianas. El Mayor Rowell informó más tarde:

Yo inicié el ataque y salí de la columna en picada desde los 1,500 pies saliendo cerca de los 600. Luego terminamos descendiendo de los 1,000 pies y saliendo a los 300. Puesto que el enemigo no había sido sometido a ninguna forma de bombardeo aéreo que no fuera las cargas de dinamita arrojadas desde los Lalrd-Swallows por la Fuerza Aérea Nicaragüense, no nos temía. Se exponían de tal manera que pudimos ocasionarle daños que estaban fuera de proporción a los que pudieran haber sufrido si se hubieran puesto bajo cubierta.

El Jefe Político de Ocotal, que fue un testigo ocular del ataque aéreo, también contribuyó a la historia con su versión:

A las 10:00 A.M. se ven dos aviones volando bajo... disparan sobre las fuerzas de Sandino y se van... A las 3:00 P.M. cinco aviones aparecen en formación de batalla, forman línea y abren fuego con sus diez ametralladoras... Dejan caer bombas sobre el ejército de Sandino, que ahora comienza a retirarse... 5:00 P.M., todo quieto.

Esta acción aérea, generalmente reconocida como el primer bombardeo en picada organizado y el primer ataque aéreo a baja altitud hechos en apoyo de tropas terrestres, fue decisivo. Sandino y los sobrevivientes de sus fuerzas, huyeron, dejando atrás de 40 a 80 muertos y probablemente el doble número de heridos. La lucha en Ocotal duró, por todo, más de 16 horas, y si no hubiera sido por las paredes gruesas de las casas, los Marineros y la Guardia apenas hubieran podido sobrevivir aquella noche. Aunque el total de sus bajas fue pequeño, ellos estaban en realidad en una situación desesperada con muy pocas municiones de sobra cuando llegó la flotilla de Rowell, quien ha sido plenamente justificado al informar que la aviación de los Marineros "había

librado a la guarnición de una gran pérdida de vidas y de una casi segura destrucción". Los aviones atacantes fueron alcanzados repetidamente por armas de fuego livianas. El Mayor Rowell descubrió 44 perforaciones de balas en su aparato, mas afortunadamente todos escaparon serios daños y pudieron regresar a Managua. Esta demostrada resistencia a las averías dio a los aviadores mayor confianza en sus aparatos, y esto, indudablemente, los animó a mayores temeridades en los encuentros subsiguientes.

La batalla de Ocotal estableció a la aviación de los Marinos como un seasonado participante en lo que más tarde habría de cobrar tanta fama como el conjunto aero-terrestre de los Marinos. El sorprendente éxito de la pequeña flotilla de Rowell fue particularmente extraordinario en que se logró por medio de aparatos obsoletos con inadecuados armamentos.

Enseguida del encuentro de Ocotal, el cuartel general de la brigada despachó al Mayor Oliver Floyd con un contingente de 100 Marinos y Guardias en activa persecución de las fuerzas remanentes de Sandino que huyeron en desbandada. El Mayor Floyd fue apoyado por vuelos de reconocimiento, los que repetidamente informaban concentraciones de guerrilleros en Chipote, cerca de Quilalí, en la vecindad de Telpaneca, Jícaro y otros sitios al sureste de Ocotal. No obstante estas advertencias, que fueron arrojadas desde el aire a la patrulla de Floyd, pequeños grupos de Sandinistas atacaron desde unas emboscadas a la columna de Marinos en dos ocasiones, pero fueron rechazados sin mucha dificultad. El Mayor Floyd completó su patrullaje sin encontrar grandes grupos armados, lo que le animó a informar que "la región se encuentra desierta, los habitantes probablemente escondidos". Este informe puramente negativo estaba en contradicción con la información aérea en los archivos del Cuartel General, pero sin embargo, fue aceptado en Managua como indicio de la derrota completa de Sandino, —una conclusión de lo más desafortunada.

A principios de Agosto, aquellos en el mando se hallaban convencidos de que la rebelión de Sandino había sido subyugada. La fuerza expedicionaria de los Marinos fue reducida a unos 1,300 hombres y las guarniciones fueron redistribuidas en conformidad. Apenas suficientes hombres fueron dejados en el área norte para resguardar las ciudades principales y patrullar sus líneas de abastecimiento; ulteriores acciones ofensivas eran consideradas impracticables.

Mientras tanto, Sandino se había ganado una lección de simpatizantes y había podido organizar una fuerza bien armada de posiblemente, 1,000 hombres. Ahora podría echar números superiores contra las reducidas guarniciones de Marinos en cualquier punto que escogiera. A fines de Agosto y en Septiembre, ocurrieron numerosos ataques contra los puestos de Marinos y emboscadas de hostigamiento contra las debilitadas patrullas y los trenes de abastecimiento. El apoyo aéreo de estas unidades fue drásticamente restringido debido a las inclementes condiciones atmosféricas durante la temporada de lluvias.

A principios de Octubre, Sandino tuvo la oportunidad de devolver el golpe a los aviones Marinos que habían sido su Némesis en Ocotal. Aun cuando los aviadores no habían, hasta entonces, sufrido bajas por razón de fuego enemigo, tan frecuentemente recibido, su buena suerte, de pronto, cambió. El 8 de Octubre, una patrulla de dos aviones descubrió y atacó a una concentración de guerrilleros de unos 200 hombres cerca de la serranía del Sapotillal, matando a "muchos" y dispersando al resto. Poco después, uno de los aviones, aparentemente alcanzado, fue observado haciendo un aterrizaje forzoso en la falda de una colina cubierta de malezas. El piloto, Teniente E. A. Thomas, y su observador, Sargento Dowdell, fueron vistos correr fuera del destrozado aparato poco antes de que se incendiara. Nunca fueron vistos vivos de nuevo, y su desgracia inició una serie de encuentros sanguinarios, pues las fuerzas terrestres de los Marinos hacían heroicos esfuerzos para rescatar a sus hermanos del aire. La aviación de los Marinos, por esa época, no podía darse el lujo de un servicio de rescate aéreo, —los helicópteros estaban aún a alguna distancia en el futuro.

Una patrulla mixta de 40 Marinos y Guardias, bajo el Teniente George O'Shea, salió de Jícaro en Octubre 9 en búsqueda de los desaparecidos aviadores. Unas horas después, mientras se acercaban a la vecindad del accidente, sufrieron una emboscada por una fuerza numerosa de guerrilleros bien armados. Después de una desesperada lucha que duró más de dos horas, la patrulla logró desembarazarse bajo la oscuridad de la noche y regresar con dificultad a Jícaro. La misión no hubiera podido tener éxito en todo caso. Thomas y Dowdell fueron muertos dinamitados en una cueva y sus cadáveres despedazados con machetes.

Un segundo intento de rescate tuvo un desgraciado fin similar en Octubre 27, seis millas al sureste de Jícaro. El Teniente C. J. Chappell y su patrulla de 35 hombres fueron atacados desde una emboscada por una fuerza de unos 250 Sandinistas, los que, afortunadamente, no fueron tan valientes como los que habían estado en el encuentro de O'Shea. El Teniente Chappell fue apoyado por una patrulla aérea, —la que atacó las posiciones guerrilleras dirigida por señales terrestres—, y fue reforzado, en el momento crítico, por el Teniente Moses Gould y su destacamento de Marinos montados. Los atacantes fueron rechazados después de 35 minutos de intensa lucha, sólo para volver más tarde en el día para un segundo rechazo.

Los valientes esfuerzos de rescate por estas patrullas terrestres, aunque sin éxito, cancelaban la deuda con los aviadores Marinos por el apoyo en Ocotal, y cimentaron el comienzo de esa coordinación aero-terrestre, que habría de desarrollarse en la combinación letal contra los Japoneses, y más tarde, contra los Norecoreanos.

Los aviadores Marinos, mientras tanto, habían continuado su agresivo patrullaje de las áreas infectadas de guerrilleros y habían confirmado los informes del servicio de inteligencia sobre que la fuerza principal de Sandino, consistente de varios centenares de hombres, se

estaban concentrando en un cerro reclamatione fortificado al oriente de Nueva Segovia. Se planeó una intensa ofensiva de bombardeo. Los viajeros fueron advertidos a mantenerse fuera del área. Antes de que algún ataque aéreo efectivo pudiera ser ejecutado, sin embargo, las reducidas fuerzas terrestres sufrieron ulteriores desastres.

El 19 de Diciembre, el Capitán Richard Livingston salió de Jinotega para Nueva Segovia con un destacamento de 115 Marineros de reemplazo, acompañado de un tren de mulas de más de 200 animales con sus correspondientes muleros. La ruta seguida llevaba a través de una región áspera y selvática en la que Livingston o sus subordinados no estaban familiarizados. Un segundo destacamento de unos 60 Marineros y Guardias, bajo el Teniente M. A. Richal, salió hasta el Este de Pueblo Nuevo con órdenes de reunirse con Livingston en Quilalí.

Diez días después de su salida de Jinotega, mientras se acercaba a Quilalí por un angosto desfiladero, la desgarrada columna de Livingston cayó en una emboscada tendida por un numeroso grupo de guerrilleros. En la consiguiente lucha, cinco Marineros y un Guardia fueron muertos, 25 resultaron heridos, incluyendo a Livingston y Gould, y la recua de mulas huyó en estampida llevándose consigo los abastos y las municiones de reserva. El Teniente Gould logró sacar la columna del desfiladero y desplegarla para la batalla en campo más abierto. Los guerrilleros fueron finalmente rechazados con la ayuda de una patrulla aérea que fortuitamente apareció en la escena, pero los Marineros estaban en su mayoría paralizados y en ninguna posición para reclamar victoria. Más tarde del mismo día, —Diciembre 30— la columna de Richal cayó también en una emboscada mientras se hallaba todavía a varias millas al Oeste de Quilalí. El asalto inicial fue rechazado con sólo un Marino herido, pero los guerrilleros continuaron los ataques esporádicos al vivac durante la noche. Al siguiente día, el Teniente Richal fue de nuevo emboscado por una fuerza de 400 guerrilleros. La lucha que siguió duró más de una hora antes de que los guerrilleros se retiraran dejando 30 muertos en el campo. También dejaban atrás una bastante estropeada patrulla con el Teniente Richal gravemente herido, Bruce —el comandante de la Guardia— muerto, y otros tres Marineros seriamente heridos. El Sargento de Artillería Brown asumió el comando, avanzó a lo largo de una serranía y esperó ayuda. Al siguiente día, una columna de auxilio, apoyada por una patrulla aérea, logró sacar la columna de Richal y regresar con ella a Quilalí. Así se efectuó la planeada reunión de las columnas de Livingston y de Richal, pero de manera muy diferente a los planes.

El problema inmediato era la evacuación de los 30 hombres heridos, entre los que estaban incluidos los dos comandantes y el oficial médico. La evacuación aérea era la única posibilidad, pero no había pista de aterrizaje en Quilalí. Los Marineros sobrevivientes improvisaron una pista marginal de 250 yardas de largo, demoliendo todas las construcciones endebles a uno de los lados de la desierta calle principal de Quilalí. El Te-

niente Christian F. (Frank) Schilt se ofreció voluntariamente para la misión de evacuación. Volando un avión llegado biplano Vought O2U Corsair, equipado con un gran tren de aterrizaje pero sin breques, el Teniente Schilt hizo repetidos vuelos a Quilalí durante el 6 al 8 de Enero, 1928, todos sobre fuego enemigo. Su carrera de aterrizaje tenía que ser detenida por Marineros que se cogían de las alas; sus despegues eran "catapultados" por Marineros que sostenían el avión en posición hasta que el motor desarrollara toda su potencia. Que todos los vuelos se realizaran con felicidad, puede considerarse nada menos que milagroso. Por esta hazaña de "destreza casi sobrehumana", al Teniente Schilt le fue concedida la Medalla de Honor del Congreso por valor "más allá del cumplimiento de su deber". Los Marineros en servicio, tanto aéreo como terrestre, estuvieron de acuerdo en que nunca una condecoración fue más dignamente merecida.

Un ataque combinado aero-terrestre contra el campamento fortificado de Sandino en el Cerro del Chipote, se planeó entonces para el 14 de Enero. En el ataque, la unidad terrestre, bajo el mando del Mayor A. Young, dio contra una fuerte posición de avanzada, y perdió considerable tiempo. Los aviadores siguieron adelante con sus planes de bombardeo y de ametrallamiento, ocasionando considerables daños a las fortificaciones y reportando serias bajas a los guerrilleros. El progreso del Mayor Young sobre el terreno fue retardado aún más por su metódica insistencia en bloquear todas las rutas de escape antes de dar el golpe final. Cuando por fin llegó, el 26 de Enero, 12 días después del ataque aéreo, el pájaro había volado. El evasivo Sandino había triunfado otra vez.

Esta falta aparente de coordinación entre las unidades terrestres y aéreas, puede ser atribuida en gran parte, aunque no completamente, a defectuosas comunicaciones. Los aviones estaban todavía sin radios, y por días estaban incapacitados de hacer contacto con las patrullas terrestres en las veredas de las espesas selvas. Sin embargo, existe la sospecha de que los aviadores estaban demasiado impacientes por realizar el diferido ataque al Chipote y de que nadie en el comando de la brigada se sentía suficientemente informado para insistir en un ataque coordinado.

A finales de Enero, se concedía de que Sandino había organizado una fuerza de cerca de 1,500 hombres armados operando en el Norte de Nicaragua. El Undécimo Regimiento de Marineros fue ordenado entonces al Área del Norte. El movimiento del regimiento y su abastecimiento por medio de carretas y mulas, con la poca asistencia de dos aviones de transporte Fokker, recientemente llegados, se llevó más de un mes. La aviación de combate cubrió el movimiento con patrullas diarias de reconocimiento.

Un escuadrón adicional, incluyendo tres aparatos más de transporte, fue agregado entonces a la brigada; las pistas de aterrizaje se mejoraron por toda el área. Los obsoletos aeroplanos DH-4 fueron reemplazados por O2Us y los nuevos aparatos de ataque Curtiss Falcon. Los nuevos aviones venían equipados de mo-

tores con enfriamiento de aire, de mayor potencia y confiabilidad, y eran capaces de llevar mayor cargamento de bombas. Las bombas originales de 17 libras dieron paso a las de 30 libras y a las de 50, y más tarde hasta a las de 100 libras. Sin embargo, todavía hacían falta los medios efectivos de comunicación aero-terrestre; los nuevos aviones no tenían equipo de radio. La organización original del escuadrón se convirtió ahora de hecho en un grupo aéreo, y mientras tanto se había pasado a un más amplio y mejor equipado aeropuerto. La pista principal de césped tenía ahora unos 2,000 pies de largo con amplios accesos, suficiente distancia para aún los trimotores Fokkers. Se construyeron talleres y hangares, barracas repusieron a las tiendas de campaña y la base aérea de los Marinos gradualmente asumió un aire de semipermanencia. Faltaban, por supuesto, los medios de asistencia a la navegación, o luces para vuelos nocturnos. Todo vuelo se efectuaba por navegación de punto a punto, usando los mapas inexactos que existían. El piloto fortuito que regresara al caer la noche tenía que aterrizar por medio de parpadeantes candelias, a veces usando como punto de referencia el caballo blanco que habitualmente pastaba en el campo de aterrizaje.

Hubo numerosos encuentros con los guerrilleros durante el resto de 1928. El brazo aéreo continuaba apoyando estas acciones terrestres donde era posible, embrazado todavía por la falta de adecuadas comunicaciones. El 19 de Marzo, los aviadores encontraron y dispersaron una numerosa fuerza de Sandino, cogida por primera vez a campo raso, proporcionándole severas bajas durante repetidos ataques. Un observador aéreo, el Capitán F. E. Pierce, fue herido en un pie; una bala se alojó en el paracaídas de su piloto; y otros aviones en vuelo fueron alcanzados. Todos regresaron salvos a Managua. Después de ese incidente, una plancha de blindaje fue colocada debajo los asientos de todos los aparatos.

A principio de Mayo, un destacamento de anfibios fue establecido en Puerto Cabezas, en la costa oriental de Nicaragua, para apoyar mejor las operaciones en esa área. Aquellos eran OL-8s, armados, con espacio suficiente en la amplia quilla para dos pasajeros más o su equivalente en carga aérea. No existía mejor aparato para ese propósito, una combinación ideal para la observación, el ataque y el transporte, nunca indeciso para encontrar un sitio donde aterrizar. Los "patos", como fueron inevitablemente apodados, resultaron de gran valor, a Merritt A. "Red Mike" Edson durante su famosa patrulla del Río Coco, así como a los otros comandantes de patrullas operando en el Area Oriental. A ellos debe dársele el crédito por su asistencia en haber detenido los avances de Sandino en esa área.

A finales de 1928, la coordinación entre las unidades terrestres y aéreas había mejorado grandemente con la práctica. Los nuevos tipos de aviones habían aminorado las dificultades de los vuelos sobre las selvas, y los aviadores fueron extendiendo sus patrullas hasta los más remotos confines de Nicaragua. Particularmente notable fue el empleo de los transportes Fokker, —más tarde reemplazados por Fords— en vue-

los de rutina establecidos entre Managua y Ocotal, los que grandemente facilitaron los movimientos de personal a y de las zonas de combate, evacuación de los heridos, y el abastecimiento de artículos indispensables a las tropas.

El año de 1929 fue un año quieto en Nicaragua, un período de transición entre el control de los Marinos al control de la Guardia. La aviación de los Marinos continuó el apoyo rutinario de ambas fuerzas, con muy pequeñas variantes en la forma de los contactos hostiles. Las tropas en el campo eran ahora corrientemente pagadas por medio de valijas de dinero arrojadas desde el aire, —ninguna de las cuales se perdió. Un departamento de carga aérea regular se organizó en Managua, donde se preparaban esta clase de entrega a las más remotas guarniciones, entregas que variaban desde paquetes de periódicos a órdenes especiales de zapatos de tamaño extraordinario. Los observadores pronto adquirieron inequívoca puntería con estas entregas, errando muy pocas veces con el blanco. Hubo una vez, sin embargo, que un Marino fue golpeado con un saco de frijoles y que un toro sucumbió cuando le cayó encima un paquete de THE NEW YORK TIMES.

En Junio de 1930, los aviadores tuvieron su última oportunidad contra Sandino, atrapado en la Montaña de Saraguasca en una de sus correrías hacia el distrito cafetero de Jinotega. Como en Ocotal, el primer contacto fue hecho por una patrulla de dos aviones que pasaba de regreso, la que respondió a las señales de ayuda de un pelotón de la Guardia. Los Tenientes Byron Johnson y Jesse Young fueron los pilotos que acometieron el ataque aéreo inicial, el que sorprendió a los guerrilleros en campo abierto encima de la montaña y el que les hizo considerable daño mientras duraron las municiones. El ataque siguiente, llevado a cabo por la tarde de ese mismo día, consistió de cinco aviones dirigidos por el Mayor Ralph Mitchell el entonces comandante del grupo aéreo. Por este tiempo, sin embargo, los guerrilleros se habían puesto bajo cubierta, dejando solamente un área para blanco de los aviadores, la que fue debidamente bombardeada y ametrallada con resultados desconocidos. Sandino, herido en una pierna por un fragmento de bomba, se escapó de las patrullas de la Guardia que lo rodeaban, bajo las sombras de la noche y desapareció en la espesura de las selvas de Nueva Segovia. Los aviadores creían que la Guardia debería haberse movido con mayor rapidez, pero de nuevo la falta de comunicación impidió la coordinación aero-terrestre.

A principios de 1931, los Marinos fueron retirados de los distritos lejanos y reconcentrados en Managua, Matagalpa y Ocotal, donde continuaron actuando como reserva de las unidades de la Guardia, las que habían tomado a su cargo el patrullaje terrestre activo. Hubo muy poca acción por parte de las fuerzas terrestres de los Marinos, pendientes de su total retiro a finales de 1932. Por otra parte, los elementos de la brigada de aviación de los Marinos continuaron el apoyo decidido de las actividades de la Guardia hasta el fin de la ocupación. Hay constancia de numerosos contactos duran-

te este último período, y un avión se perdió debido al fuego hostil que lo alcanzó durante un ataque a los guerrilleros en Siclin, en el Area Oriental, en Julio 23, 1931. El piloto realizó un aterrizaje forzoso, incendió el avión, y con su observador logró escapar después de una odisea de 40 millas cenagosas y varios días de tiempo transcurrido, siendo éste, probablemente, el ejemplo pionero de escape y evasión.

Es digno de hacerse notar que solamente dos aparatos fueron realmente bajados por fuego terrestre durante los cinco años de operaciones de guerrillas en Nicaragua, aunque algunos de ellos regresaron a su base literalmente pasconeados. Sólo dos aviadores fueron muertos y uno herido en acción directa del enemigo; accidentes operacionales debido al mal tiempo y a otras causas hicieron los mayores daños.

En resumen, los logros de nuestra coadyuvante pequeña fuerza aérea en Nicaragua contribuyeron eficazmente a los esfuerzos de la brigada de Marinós. Hay algunos que piensan que los Marinós no hubieran podido restaurar el orden y la ley en la turbulenta Nicaragua, ni hubieran podido mantener considerables fuerzas terrestres en las montañas abruptas de Nueva Segovia sin la ayuda del brazo aéreo. Sandino gozaba de superior movilidad en su propio terreno; podía concentrar fuerzas superiores en los puntos de contacto. Solamente las patrullas aéreas podía embarazar sus movimientos, forzándolo a viajar de noche o durante la estación de las lluvias. Solamente el reconocimiento aéreo podía descubrir la presencia de grandes concentraciones de guerrilleros en tal aérea —aún la fuerza aérea, en ocasiones, era incapaz de mantener la vigilancia sobre el astuto enemigo, el que después del incidente de Ocotal aprendió el arte de ocultarse y el del camuflaje. Solamente la fuerza aérea podía concentrar armamento pesado sobre un objetivo determinado; los Marinós carecían de artillería. Y finalmente, fue el transporte aéreo el que ligó los puestos lejanos con Managua, y dio a las aisladas guarniciones y patrullas, la flexibilidad de operaciones que hubiera sido imposible por medio de carretas y de mulas. Y había también el factor moral, definitivamente presente aunque difícil de evaluar, el de saber que la fuerza aérea amiga nunca estaba muy lejos. La aviación de los Marinós desempeñó sus diversas misiones con una verdadera economía de fuerza. Solamente en tres ocasiones, Ocotal, Chipote y Saraguasca, podríamos alardear de una concentración de hasta cinco aparatos de combate en cada uno de esos días ese número representaba la actual lista en servicio. La total fuerza aérea del grupo rara vez excedió de 20 aparatos, incluyendo transportes y anfibios. Las patrullas diarias y de reconocimiento consistían de dos aparatos consignados a cada zona de combate; el cuadro de servicio de transporte variaba de acuerdo al cúmulo de solicitudes por atender. Los problemas —mayores y menores— de mantenimiento de los comparativamente simples y recios motores y estructuras, estaban siempre dentro de la capacidad de los hábiles técnicos que habían en el aeropuerto central. El rol del personal del grupo tenía menos nombres de los que podrían encontrarse en un moderno escuadrón operando bajo control de grupo.

Puede decirse que la aviación de los Marinós llegó a la mayoría de edad durante la campaña nicaragüense. Las lecciones aprendidas fueron incorporadas a los manuales de entrenamiento preparados más tarde para guía de las nuevas generaciones; los oficiales y alistados que volaron en Nicaragua estaban destinados a ser los líderes en la gran guerra del Pacífico; la doctrina del íntimo apoyo aéreo fue refinada a una ciencia exacta por medio de una instantánea y confiable comunicación radial; nuevos y mucho más efectivos aparatos fueron logrados bajo el ímpetu de una guerra total, para así enfrentarse mejor a las condiciones de mayores operaciones anfibas. Todo esto se vertió, por supuesto, en las subsiguientes hostilidades Coreanas.

Desde entonces, sin embargo, los nuevos tipos de aparatos, se han hecho crecientemente menos adaptables a las condiciones de actividades guerrilleras en pequeña escala, exigiendo extensas pistas pavimentadas y excesivo espacio aéreo para sus maniobras a alta velocidad. El actual sistema de aterrizaje controlado y acelerados despegues requiere equipo elaborado, el que no se puede, quizás, obtener u operar en regiones montañosas. El helicóptero es muy vulnerable al fuego terrestre. Tal vez el nuevo VTOL, tipo convertible de aparatos, sea la respuesta. En todo caso, el aparato ideal para el apoyo inmediato de las tropas en operaciones de guerrillas, será un tipo especializado, liviano, durable, altamente manejable, con la velocidad como consideración secundaria, operable sobre pistas de tierra, con un armamento versátil. Tal aparato, no necesita ser particularmente útil para algún otro fin. Sin duda alguna nuestra industria aérea puede enfrentarse a este reto.

Los escuadrones de aviación, especialmente equipados y entrenados contra insurgencia guerrillera, deben bastarse a sí mismos y ser capaces de acciones independientes en el campo. No lo son bajo la actual organización, estando amarrados a los delantales del grupo madre. Su equipo terrestre debería ser diseñado sobre bases más austeras, capaz de operar en regiones por lo general sin caminos. Las fuerzas terrestres apoyadas deberán proveer la seguridad local y el abastecimiento de artículos corrientes. Contra operaciones aéreas y la defensa aérea del área debería ser proveída por otras unidades aéreas, equipadas adecuadamente, preferiblemente por escuadrones Marinós y navales de los portaaviones. Los escuadrones especializados de apoyo terrestre, para ser efectivos, deben olvidarse del encanto del azul infinito; mientras vuelen más bajo en sus misiones de apoyo en regiones montañosas, vivirán por más tiempo.

Lo que necesitamos en materia de un aparato para apoyo inmediato, es una versión moderna de lo que nos sirvió tan bien en Nicaragua. Un utensilio que probó sernos útil hace 35 años, no dejaría, necesariamente, de sernos menos útil ahora. Creemos en el progreso de la aeronáutica, pero, en este caso, nuestros diseñadores y técnicos harían bien si acuden a la historia en busca de inspiración.

Derechos reservados (c) 1965 United States Naval Institute Proceedings.



LIBRO DEL MES

ESTADOS UNIDOS EN NICARAGUA

Por

J. M. MONCADA
Ex-Presidente de Nicaragua

PROLOGO

Este libro es nuestra historia de ayer. Refleja en sus páginas la acción de un pensador cuyo credo personal es la libertad; la férrea voluntad de un hombre, que ajeno a los problemas de la guerra, resuelve como estratega las acciones militares, y la inequívoca actitud de un diplomático, que frente a la desviada interpretación de ciertos convenios internacionales, adopta resoluciones adecuadas con profunda calma y serena inteligencia.

Fue escrito hace mucho tiempo, al ritmo histórico de una época en que el estrépito de la violencia de la guerra civil y de la intervención americana, dejaron profunda huella en el espíritu nicaragüense.

Ha movido al autor al escribir este libro, según mi juicio, el propósito sustantivo de crear un nuevo ambiente en nuestra vida interna y el de afianzar los sentimientos de respeto y fraternidad en nuestras re-



laciones con los países de América y muy particularmente con los Estados Unidos.

•
•

Liberales y conservadores en 1926, cruzaron sus aceros en los campos de batalla; los primeros para defender las Instituciones republicanas y los otros para mantenerse indebidamente en el poder, cavando ambos con sus propias manos abismos en cuyos fondos se ha despeñado el crédito de la Nación.

La lucha se enciende vivamente. El espectro múltiple de la guerra, con su signo de fatalidad y de desgracia, recorre todos los ámbitos del país.

El movimiento inicial de Bluefields, fracasa brevemente. El desaliento del fracaso no priva a los liberales de las fuerzas que la fortuna deja. Por el contrario, vuelven a la carga, enardecidos, con más im-

petu, con mayor coraje. Forman dos ejércitos: el uno para el Pacífico y el otro para el Atlántico. El primero es abatido en Cosigüina y el segundo constituye el alma combatiente del Partido.

La victoria favorece nuestras armas. Los Estados Unidos, garantes de los Pactos de Washington, se inclinan al Partido Conservador, no obstante que éste, por medio de su Jefe el General Emiliano Chamorro, había roto la Constitución y lanzado al país a la guerra.

Vienen cosas durísimas y terribles. Zonas neutrales, armisticios forzados, bloqueo de los aprovisionamientos, comiso de armas y municiones, hambre, miseria, limitaciones y padecimientos inenarrables.

Todo movimiento del Ejército provoca un conflicto con el Interventor. El militar tiene que cambiarse rápidamente la guerrera por la casaca del diplomático y en el choque debe triunfar con la prudencia, hija del valor y la experiencia.

Sangre noble y generosa se derrama por todas partes. Los sacrificios se suman a los sacrificios y la rebeldía ciudadana, como una bandera al viento, desafia cara a cara a la muerte.

Y pasan a través de la óptica funesta de la tragedia, con gestas épicas de grandeza, Laguna de Perlas, Río Grande, Matiguás, Muy Muy, Palo Alto, Las Mercedes y por último Tipitapa, en el antemuro de la Capital, en el Centro del país.

En este lugar, parlamentan dos pueblos: el uno grande y fuerte, el otro pequeño y débil. El uno con el lenguaje de su poderío, el otro con el del vigor de su derecho. Brilla en la escena, como un relámpago, la amenaza, y fulge como una estrella, la inteligencia—El Ejército Liberal triunfante, debe desarmarse.

Moncada, con la fe en la libertad, con el honor sentido de la responsabilidad—que son fuerzas indomables que limpian el camino de la victoria—se allana al desarme a base de elecciones libres, con la garantía de la palabra del honor del Presidente de los Estados Unidos.

Esta es la historia.

★
★ ★

En Tipitapa se liquida la política antigua y empieza una nueva era para Nicaragua al amparo del Gobierno Americano que hace posible el recuento mecánico de los votos ciudadanos, como expresión genuina de la voluntad de la mayoría del pueblo, piedra primogénita de la Democracia.

En los comicios de 1928, el Partido Liberal asienta su fuerza en el país por medio del ejercicio libre del sufragio, tan necesario en la renovación de los

Poderes Públicos y cada vez más indispensable para mantener la paz, el orden y el prestigio de la República.

En la Asamblea Constituyente de 1939, el Liberalismo Nicaragüense suelta sus amarras con el pasado y hace un viraje hacia el Socialismo idealista, imbuido de Cristianismo, como un medio sabio y saludable, para no descentrarse del espíritu, en medio de esta enorme crisis moral que agobia al mundo.

De manera que los convenios de Tipitapa son el precio de la Libertad Electoral en Nicaragua y la fuente fecunda de la vida nueva de la República.

El General Moncada autor de este libro es el padre de esa gran victoria democrática.

★
★ ★

Muchos pensarán que este libro se publica fuera de tiempo, por el cambio sustancial operado en la política de los Estados Unidos con el advenimiento de Roosevelt al poder, quien, rectificando los errores del pasado, ha hecho posible el entendimiento sincero de los pueblos de América, en términos de mutuo respeto y de solidaria cooperación. Pero nosotros pensamos que no obstante la realidad de esos hechos, el libro debe publicarse, para que no se vuelva a usar de la violencia sobre pueblos que ostentan la cifra heráldica del señorío que da la autonomía; pues si es verdad, que los problemas mecánicos de la intervención pasan como estados de fuerza, ellos dislocan el ambiente del espíritu y quiebran el júbilo de la vida, en forma tan honda, que los hombres de pensamiento se preocupan en estudiarlos, marcándolos con énfasis y analizándolos en sus detalles y repercusiones, a fin de evitar que no se repitan jamás.

Fuera de esto, quién nos garantiza, a pesar de nuestro optimismo sincero, que la política del Buen Vecino sustentada por Roosevelt, Hull y Welles, no va a ser modificada en su estructura en el devenir político?

Quién nos asegura que esa política genial y providencial que ha favorecido la defensa del Continente va a permanecer inmutable, si Roosevelt, por la democrática renovación de los poderes del Estado, abandona la Presidencia de la República?

Iguales consideraciones hicieron los Delegados de América en las Conferencias de Lima, frente a la incertidumbre de esa política, en el dinamismo eterno del tiempo.

De ahí el interés palpitante de este libro, lleno de enseñanzas de nuestra historia y de sugerencias de gran valía, dignas de ser recogidas por su duro realismo y su gran fondo de bondad y de justicia.

CARLOS A. MORALES

INTRODUCCION

Las últimas páginas de este libro se escribieron en 1936. Tradújolo al inglés el Ingeniero José Andrés Urtecho, muy conocido por varios distinguidos norteamericanos, entre ellos el General Frank R. Mc Coy, Jefe de la Misión Electoral de 1928, convenida en Tipitapa con Henry L. Stimson, representante personal del presidente Coolidge. No se dió la obra a la publicidad en aquel año, ni en los siguientes, porque ya se enrojecía el horizonte con la imagen del espantoso drama que en 1939 había de estremecer al mundo. Su autor, convencido partidario desde 1911 de la necesidad de que la Doctrina de Monroe se extendiera al Nuevo Mundo en forma multilateral para su propia defensa y de que la debían aceptar sin recelo todas las repúblicas americanas, tuvo el temor de dar a conocer las circunstancias históricas de la intervención armada de Estados Unidos de América, en Nicaragua, en los momentos precisos y psicológicos de consagrarse la solidaridad continental por las Asambleas de Buenos Aires, Lima, Habana, Panamá y Rio de Janeiro.

La intervención armada de que habla el autor terminó en Enero de 1933, año del nacimiento esclarecido de la nueva doctrina de Roosevelt, la cual convirtió por manera total la expresada Doctrina de Monroe en amparo y guía, no solamente de Estados Unidos de América, sino del Hemisferio Occidental entero.

Una pequeña ampliación sobre este desiderátum de las Américas no molestará al lector. La Doctrina de Monroe nació, se sabe, en 1823; pero su gestación se vislumbró en 1815, cuando en el Viejo Mundo, a iniciativa del Zar Alejandro de Rusia, firmóse el tratado de la Santa Alianza, en el cual tomaron parte todas las naciones esclavistas de Europa, con excepción de Inglaterra que no reconocía santidad alguna en semejante pacto.

Estados Unidos de América estaba vigilante, de 1815 a 1823. No quería, aborrecía el sistema esclavista de Europa. Era sentimiento, alma y vida del pueblo norteamericano y así quería que fuera para las tres Américas. Por fortuna consiguió el apoyo interesado de Inglaterra, tierra en donde ya germinaban también la libertad y la democracia.

La piedra de toque, la voz de alarma, dióla el tratado secreto de 1822 firmado por Austria, Francia, Prusia y Rusia. Como contrario al sistema monárquico, declararon al republicano representativo de la soberanía popular, verdadera base, principio y fin de las repúblicas de América. Restituyeron en su trono a Fernando VII, por medio de Francia.

Amenazaba de nuevo la conquista al Continente de Colón.

Inglaterra y Estados Unidos, desde entonces hasta hoy, han salvado al Continente de Colón.

Como la amenaza del sistema esclavista recomenzara con Guillermo de Prusia en 1914, y en 1933 con Adolfo Hitler, las dos naciones de la libertad y la de-

mocracia se unen de nuevo y con ellas México, Centro América y toda la América del Sur.

Conocedor de la historia antigua y moderna, que se repite a décadas y a siglos, el autor escribió en New York, el año de 1913, en una revista por él fundada, en español e inglés, intitulada EL HERALDO AMERICANO, lo que el lector leerá a continuación. A pesar de los reveses y contrariedades, sus ideas no cambian, las mantiene y las exalta con sincera fe.

DOCTRINA DE MONROE

“Algunos espíritus pocos observadores y otros demasiado prácticos podrían decir que estas ideas son utópicas y que no es cosa hacedera el señalar un destino común a las naciones de América, ni menos armonizarlas bajo la Doctrina de Monroe. Es muy fácil, sin embargo, demostrar que los tales carecen de razón.

“La Doctrina de Monroe ha sido de hecho desde antes de su promulgación, es decir, desde que se hallaba en gestación la carta constitutiva del Continente de Colón y el fundamento de las actuales nacionalidades americanas. No nació esa célebre Doctrina en la soledad de un escritorio, ni por el sólo esfuerzo genial de su fundador, sino de una suprema necesidad de existencia colectiva, obedeciendo a razones legales y a la vez sociológicas.

“Bien sabido es que Estados Unidos se constituyó primero que las repúblicas de Centro y Sur América, y que éstas consiguieron su independencia el año de 1821, mejor dicho, en el siglo pasado. No tienen un siglo todavía de existencia nacional. Mas, no por el esfuerzo heroico de Simón Bolívar, solamente y de los próceres de la independencia suramericana, ni tampoco por el esfuerzo de Hidalgo y los patriotas mexicanos exclusivamente, México, y el Centro y Sur de América consiguieron la independencia, sino también por la quebrantada situación de España, a la cual derruía su propia grandeza, suscitándole los celos de Inglaterra y el resto de Europa. Pesaba ya mucho en Europa el poderío de aquella orgullosa nación en cuyos dominios solía brillar el sol noche y día.

“Inglaterra principalmente favoreció en mucho a los patriotas americanos. Pero después de la independencia suramericana y mexicana, las potencias del Viejo Mundo volvieron en mucho a su política y ambiciones. La Casa de Austria fraguó la conquista de México, y España quiso reconquistar sus ricas colonias de América. Por fortuna las naciones se rigen por acciones y reacciones, como los planetas, e Inglaterra se puso celosa y Estados Unidos de América vió el terrible peligro para lo porvenir.

“Defendiéndose a si misma, trabajó esta República, la hermana mayor de las Repúblicas Americanas, ya crecida y poderosa, en favor de México, y de resultas, Juárez y los patriotas mexicanos desterra-

ron al conquistador de la tierra de Moctezuma. La Casa Blanca de Washington fue factor principal en aquella contienda.

"Así tomó forma la Doctrina de Monroe. Para salvar a Estados Unidos de semejantes peligros en lo futuro y al mismo tiempo al resto de América, el Presidente Monroe envió al Congreso Americano el célebre Mensaje con la no menos célebre doctrina referida. Nunca se ha pensado ni mantenido con más fe por nación alguna un principio tan hermoso y mejor fundado en derecho internacional! Conociéndolo, el Libertador Simón Bolívar acogió al punto la idea y propuso la reunión de un Congreso en Panamá.

"Algunos jurisconsultos van a sonreír al leer este calificativo de principio de derecho internacional aplicado a la Doctrina de Monroe. Es fácil, igualmente, convencerles de su yerro. Las naciones bien constituidas, por ejemplo Estados Unidos de América, Argentina, Brasil, Chile, no tienen acaso derecho de existencia?"

"Este es principio reconocido en derecho internacional.

"Pasando, pues, de la unidad al conjunto, se concluye lógicamente que igual derecho de existencia tiene la colectividad llamada Continente y el principio fundamental que une a todas sus nacionalidades, y este principio es sin duda alguna la Doctrina de Monroe.

"Resulta de esa verdad que también se eleva a la categoría de derecho perfecto una doctrina similar para los Estados de Europa, y andando los años, para Asia, al constituirse, y andando los siglos para Africa, cuando por esfuerzo de la civilización, sus nacionalidades se hayan constituido.

"Desde que existe, pues, la Doctrina de Monroe, existe la independencia del Continente de Colón. Gracias a ella han conservado su soberanía las Repúblicas hispano-americanas y en consecuencia existen deberes y obligaciones recíprocas entre todas las nacionalidades de América, y la Doctrina que las une debe ser amada y consagrada por igual desde el Canadá hasta la Tierra del Fuego. Ella ha sido de hecho la Constitución Política del Continente, y en resumen tiene la fuerza vital necesaria para servir de guía y derecho de existencia de una veintena de Repúblicas y de ser reconocida como tal por las Naciones de Europa". (Enero de 1913)".

Con esta nueva Gran Guerra que la tiranía del Reich ha desatado sobre todos los confines de la civilización, el Presidente Roosevelt y los hombres de Estado que le rodean, la política del dólar que antes maldecíamos, se ha convertido en la del Buen Vecino, en fraternidad continental.

No solamente el Presidente de Estados Unidos de América habla en sus discursos y mensajes de la unión indisoluble de las Américas. El Secretario Cordell Hull decía el 22 de Julio de este año, 1942:

"Desde que aparecieron en el horizonte los primeros signos de la amenaza a la paz del mundo, el Gobierno de los Estados Unidos luchó más tesoneramente que nunca por fomentar la paz sobre la sólida base de la ley, la justicia, la no-

intervención, la no-agresión y la colaboración internacional. Con creciente insistencia, predicamos los principios de un amplio y constructivo orden mundial en las relaciones políticas, económicas, sociales, morales e intelectuales de las naciones—principios que deben constituir las bases de todo satisfactorio orden mundial del futuro. Pusimos en práctica estos principios en nuestra Política del Buen Vecino, válida en el mundo entero, y que tratamos de aplicar no sólo en el Hemisferio Occidental, sino también en la región del Pacífico, en Europa y en todas partes". "Siempre hemos creído —y creemos aún—que todo pueblo, sin distinción de raza, color o religión, que esté preparado y deseoso de aceptar la responsabilidad, tiene derecho a ella. Siempre hemos tratado—y lo haremos hoy—de alentar y ayudar a todos aquellos que aspiran a la libertad de establecer su propio derecho a la misma, preparándose a aceptar sus obligaciones. Siempre nos hemos empeñado en dar cabal satisfacción a nuestra responsabilidad en ese sentido, en Cuba, en las Filipinas, y donde quiera que nos ha tocado hacerlo. Ha sido nuestro propósito en el pasado—y continuará siéndolo en el futuro—utilizar toda nuestra influencia para facilitar el alcance de la libertad de todos los pueblos que, por sus actos, se hayan mostrado dignos de ella y preparados a disfrutarla.

"Nosotros, que hemos heredado de las generaciones que nos precedieron los inestimables frutos de la milenaria lucha por la libertad, con placer aceptamos hoy los sacrificios que sean necesarios para legar a nuestros hijos un patrimonio aún más grande".

Y del Sub-secretario Welles se sabe:

"Según demuestra su historia, Summer Welles se opuso constantemente, y en actitud belicosa, a la concepción de la "diplomacia del dólar" y en 1925 salió del Departamento de Estado. Pero desde fuera del gobierno continuó laborando por la Unificación y la Colaboración Americanas, y cuando Franklin Delano Roosevelt llegó a la Presidencia en 1933, él y el Secretario Hull trajeron a Washington de nuevo a Mr. Welles como Secretario de Estado".

De esa manera piensa hoy día de la gran mayoría de los Estados Unidos de América, la prensa toda y los miembros del Poder Legislativo. En el año de 1932, cuando el retiro de los marinos, el mismo Henry L. Stimson, Secretario de la Guerra del Gobierno de Roosevelt, en una carta dirigida al autor de este libro, entonces Presidente de Nicaragua, decía que ya no era posible continuar en la política de intervención porque el pueblo estadounidense se había pronunciado contra ella. Al descender del poder el Partido Republicano, que trajo la intervención armada a varios países de América, obedeció a la opinión pública de la tierra de Washington. Honor para todos, honor que debiera ser envidiado por los gobernadores de pueblos.

J. M. MONCADA

ESTADOS UNIDOS NO PUEDE
COMETER ERROR

Nos preparábamos en Boaquito, a dos jornadas de Managua, para el avance, con el ejército y el tren de guerra, el 1º de Mayo de 1927, cuando recibimos de parte del Almirante Julián L. Latimer, Comandante de la Escuadra de Marineros del Pacífico, la visita de tres oficiales americanos. Su jefe, el Mayor Humphrey, nos mostró la siguiente esquela: "En unión del Teniente H. J. Morán, U. S. Navy, Teniente Frisbie, del Cuerpo de Marineros y Mr. J. Willey, intérprete, procederá Ud. de la mas expedita y practicable manera a buscar el lugar en que se encuentra el General J. M. Moncada y entregará a él personalmente la adjunta carta de los representantes del Dr. Sacasa. Ud. dará informe al General Moncada que el General Stimson, representante personal del Presidente Coolidge, tendría mucho gusto en conferenciar con él y que Ud. tiene un salvo conducto para él y cuatro compañeros, del Presidente de Nicaragua, para llevar a cabo la conferencia entre el General Stimson y los referidos representantes; y además, se servirá Ud. acompañar a él o a su representante, al lugar que pueda convenir en la vecindad de Tipitapa, notificándome, tan pronto como sea posible, el sitio designado. Una escolta o una compañía acompañará a Ud.—(f) J. L. LATIMER".

Parecía persona de nosotros conocida el Mayor Humphrey, no sabemos a ciencia cierta si en aguas de Bluefields, o en otra parte y a Willey le conocimos tiempo hace. Le vimos en Muy Muy, cuando con el Ejército Constitucional salíamos de la montaña y los junglares. El acompañaba a otros dos oficiales americanos y dos periodistas para hacernos proposiciones de paz. Sabíamos de él con certeza que era conservador y muy amigo especialmente de Chamorro y Díaz. No se le quería bien en el país, por decirse públicamente que en una fiesta, en Matagalpa, había dado de puntapiés a nuestra bandera nacional.

Dijimos por ese motivo al Mayor que nos causaba desagrado la presencia de Willey en la comisión, refiriéndole el por qué.

El Mayor dió excusas, asegurando que el Almirante Latimer no tenía conocimiento de este asunto.

A primera vista comprendimos, por el tono de la citación, que no solamente deseo había, sino la voluntad determinada de Stimson de llegar a la paz, por bien o por fuerza. Hubo vacilación en aceptar semejante requerimiento, especie de invitación sin cortesía, porque el Almirante Latimer había cambiado muy amable correspondencia epistolar con nosotros en aguas del Atlántico. Solía decirnos allá con cariñosa frase que el Jefe del Ejército Constitucionalista —el autor de este libro—era el hispano americano que había batido el récord por sus viajes en destroyers americanos, dada la frecuencia con que el señor

Almirante nos invitaba a conferenciar con él, poniendo a nuestras órdenes sus vapores de guerra. Habría podido, pues, dirigir una corta carta, en vez de un orden militar. Nos pareció demasiado militar el procedimiento. Los españoles solemos decir que se cazan más moscas con miel que con hiel.

Empeñóse el Mayor en llevar en persona al autor a Tipitapa, que no a un representante.

Difícil parecía dar una contestación categórica. Obligada, lógica y necesaria parecía la consulta con los otros jefes. Todos desconfiaban, recordando la intervención de 1912 y el viaje forzado del General Luis Mena a Ancón. Hubo acalorada discusión, pero vino el convencimiento de que se trataba de un representante personal del Presidente Coolidge y que lo cortés no quita lo valiente.

Emprendimos la marcha en unos autos de Willey. Al pasar por los retenes, uno de nuestros generales quiso detenernos, y sonaron disparos; pero le convencimos de la imperiosa necesidad de la conferencia, para conocer en todas sus proporciones la voluntad del gobierno americano, y no dar coces contra el agujón.

Cruzamos Teustepe en medio de fuerzas enemigas, vendados, por precaución militar del jefe de la plaza. No pareció conveniente al adversario que conociéramos sus posiciones, cosa innecesaria, porque siguiendo nuestra táctica, habíamos resuelto el paso del Rio Tipitapa sin pelear, cruzando entre Masaya y Managua, hacia las Sierras. A poco cayó un torrencial aguacero, los camiones se atollaron en la ciénaga y hubimos de marchar a pie. Por fortuna, tal había sido el camino recorrido desde Rio Grande a Matiguás. En Las Banderas, Mr. Willey tenía otros carros y de esta manera pudimos llegar a Tipitapa, hoy Villa Stimson, fuimos recibidos, el cuatro de Mayo, en el llamado Espino Negro, el autor y los cuatro compañeros que llevaba, por el General Stimson, el señor Ministro Eberhardth y el Almirante Latimer, con muy corteses maneras, como a las ocho de la mañana.

Los marineros que acompañaban al Almirante habían arreglado una estancia pintoresca con algunos asientos, a la sombra de unos grandes árboles, que en Nicaragua se llaman Espino Negro, a la vera del lago de Managua.

El señor Stimson mostróme deseos de hablar a solas. La conversación comenzó con la insinuación de que estábamos en el deber de hacer la paz, rendir las armas y reconocer al Presidente Díaz. Dijo que por el Almirante Latimer sabía de mí que era hombre capaz de cumplir con el deber y muy fácil para un entendimiento favorable a mi Patria, tan devastada por la guerra civil.

—Pero el Presidente Constitucional de Nicaragua es el Dr. Sacasa, respondió. Don Adolfo usurpa el

Poder. Reconocer a Díaz equivale a decir que hemos derramado sangre por ambiciones egoístas y no por la legitimidad.

Stimson.—Mi Gobierno ha reconocido al Presidente Díaz y Estados Unidos de América no puede cometer error.

Moncada.—Lo ha cometido y esto hará perder gran crédito al Gobierno Americano en la opinión pública de Hispano América.

Stimson.—Es imperiosa la paz. Tengo instrucciones de conseguirla por bien o por la fuerza.

Perdió un poco la paciencia el fiel narrador de los hechos, pero cobrando ánimo y templanza repuso:

—Me es imposible tratar con Ud. Yo soy el Jefe del Ejército. Mi honor se halla de por medio. Ud. debe llamar a los representantes del Dr. Sacasa y repetirles lo que acaba de decir.

Stimson.—Lo haré con mucho gusto.

El cuadro adjunto representa a lo vivo la escena. Hago constar que fue tomado por un fotógrafo que la misión del Presidente Coolidge llevaba. Me fue obsequiado después por los americanos mismos.

Sentados todos, el señor Stimson repitió su conminación. Los representantes de Sacasa se demudaron, y con algunas palabras fuertes respondían negativamente.

Después de recobrar un poco el ánimo y dirigiéndome al Almirante Latimer, repuse:

—A bordo del "Rochester", señor Almirante, en aguas de Bluefields, cuando Ud. me mostraba un radiograma, el cual decía del reconocimiento de Díaz por parte de Washington, ¿no pregunté a Ud. que si su Gobierno estaba dispuesto a apoyar esa resolución con las armas, yo diría al Ejército Constitucionalista que se rindiera, y Ud. dijo que eso no sucedería, el auxilio a Díaz?

Latimer.—Es verdad.

Stimson.—(Muy serio). No lo sabía.

Moncada.—Solamente siento, por mi patria, señores, que durante ocho meses se haya derramado tanta sangre, para ser detenidos los que defendemos la ley y la libertad, cuando victoriosos estamos a las puertas de la Capital. Pero todavía, señor Stimson, estoy dispuesto a rendirlas, porque sería inhumano aceptar una guerra con una nación de ciento veinte millones de habitantes, teniendo apenas Nicaragua ochocientos mil. No quisiera ver marinos ni nicaragüenses muertos en desigual combate. No sería humano.

Y luego proseguí con énfasis:

—Pero no las rendiremos, sino a condición de elecciones libres, presididas por marinos y de tratar con el Gobierno Americano, y no con el de Díaz, que no cumpliría con su palabra.

Stimson.—(Poniéndose de pie y con solemnidad). En nombre del Presidente Coolidge doy mi palabra de honor.

Concluyó la entrevista proponiendo Stimson que se firmara un convenio. No creo en papeles escritos, le repuse, entre una República poderosa y una débil. Confío mejor en la plabra de honor del Presidente Coolidge, dada por Ud.

.
.
.

Los tres delegados del Dr. Sacasa, dijeron:

—Nosotros no aceptamos esa responsabilidad. Tenemos instrucciones del Presidente de dejar esto a la resolución del Jefe del Ejército.

—Pues yo la acepto, respondí.

Luego entré en detalles con el señor Stimson, que él mismo explica en las cartas que aquí se copian:

"Tipitapa, 4 de Mayo de 1927.—Señor General Moncada.—Estimado General Moncada.—Confirmando nuestra conversación de esta mañana, tengo el honor de comunicarle que estoy autorizado para declarar que el Presidente de Estados Unidos tiene la determinación de acceder a la solicitud del Gobierno nicaragüense para supervigilar la elección de 1928; que la permanencia en el Poder del Presidente Díaz durante el resto de su mandato se considera como indispensable para dicho plan y se insistirá en ello; que el desarme general del país es también necesario para el buen éxito de esta elección, y que las fuerzas de Estados Unidos serán autorizadas para hacer la custodia de las armas de aquellos que quieran entregarlas, incluyendo las del Gobierno, y para desarmar por la fuerza a aquellos que se nieguen a hacerlo. Con todo respeto.—Henry L. Stimson".

La última parte de esta carta es clara y conminatoria: para desarmar por la fuerza a aquellos que no quieran entregarlas. Se comprende que había la resolución completa de hacerlo, y en efecto, mientras bajo la fronda del Espino Negro se discutía el desarme y la continuación de Díaz en el Poder, ya circulaba entre los nicaragüenses y los marinos una proclama del Almirante Latimer, en la cual se exigía a ambos ejércitos, del llamado Gobierno de Díaz y el de Sacasa, la entrega de sus armas, ofreciendo diez córdobas, por cada rifle, a quien quisiera entregarlo, y veinte por cada ametralladora.

Fué una de las bases exigidas por Stimson bajo el mencionado árbol.

Como se dijo, los representantes de Sacasa estuvieron de acuerdo en rechazar todo lo que significara la continuación de Díaz en el Poder.

Ellos se expresaron así, el 5 de Mayo en la siguiente carta: "Managua, 5 de Mayo de 1927. Señor General Dn. José María Moncada.—Nuestro estimado amigo.—Tenemos el gusto de acompañarle una copia firmada por los suscritos, de la carta que hoy hemos dirigido como representantes del Excmo. Señor Presidente Constitucional de la República, Doctor Juan B. Sacasa, al Honorable Señor General Henry L. Stimson, representante personal del Excmo. Señor Presidente Coolidge, en la que reiteramos nuestra protesta, formulada en la reunión que tuvimos ayer en Tipitapa, por el nuevo e injustificable atentado que se intenta cometer contra el honor de nuestro Gobierno y la dignidad de la República. Ayer nos dirigimos por Radio al Excmo. Señor Presidente Sacasa y también a nuestros representantes en el exterior, poniendo en su conocimiento lo sucedido. Por lo que pueda convenirle, repetimos a Ud. en la presente que estamos plenamente autorizados y tenemos instrucciones del Presidente Sacasa, de no aceptar ninguna solución que tenga por base la continuación del Señor Díaz en el Poder.—Muy atentamente saludan a Ud. sus afmos. amigos.—Rod. Espinosa.—Leonardo Argüello.—M. Cordero Reyes".

No se si sea justo decir que la frase, por lo que pueda convenirle, indica que los compañeros desaprobaron mi conducta.

Ciertamente no me encontraba en un lecho de rosas. En mi alma había una profunda rebelión, y lo demuestra el manifiesto publicado entonces, que aqui se reproduce en parte:

"A mis Conciudadanos.

Al Ejército Constitucionalista.

"Después de nueve meses de patriótica, pero sangrienta lucha, las armas victoriosas del Presidente Sacasa se hallan en las cercanías de la Capital, en Teustepe y Boaquito.

"Ya no ignoran los nicaragüenses todos que desde Laguna de Perlas hasta La Cruz de Teustepe, en cerca de veinte combates, el Liberalismo ha demostrado su energía y su poder derrotando en todas las formas a su antagonista, el Partido Conservador.

"Mas todas estas victorias y este grandioso esfuerzo de la libertad y el honor, ha sido a última hora anulado por mandato del Gobierno de Estados Unidos y de su ejército, uno de los más grandes de la tierra.

"Los delegados del Presidente Sacasa, doctores

Argüello, Espinosa y Cordero Reyes, como el suscrito, declararon de manera enfática y terminante que las fuerzas de los Estados Unidos, expresión inequívoca de ciento veinte millones de habitantes, son suficientes para hacer de nuestra pequeña Patria, que tiene a lo sumo ochocientos mil, lo que a bien tengan, y que no es humano el oponerse ni obligar al pueblo nicaragüense a derramar su sangre generosa en estéril y triste sacrificio. Que el honor del ejército y el nuestro, en lo personal y en lo colectivo, por las declaraciones hechas al mundo y la sangre derramada en los campos de batalla, por la defensa de la Constitución y de las leyes, vulneradas por Emiliano Chamorro y su sucesor Adolfo Díaz, nos obligaban a rechazar lo propuesto; que podíamos inclinarnos ante la fuerza y rendir quizá las armas, pero no la dignidad y el decoro.

"El señor Stimson contestó que también el honor nacional de Estados Unidos estaba comprometido con la permanencia del señor Díaz, porque al reconocerle, el Gobierno Americano había obrado de buena fe, a conciencia clara de que la Presidencia del señor Díaz era constitucional. Agregó que con profunda tristeza cumplía el deber que su Presidente, el señor Coolidge, le había impuesto, al hacer semejante declaración.

"Jamás he tenido en la vida momentos y horas de más angustiosa meditación. Una pesadilla horrible pesa sobre mi alma de patriota, y no tengo valor ni me considero con derecho para resolver por mi solo lo que el ejército y país entero deben hacer en este día de luto y de zozobra.

"Me dirijo a mis conciudadanos por medio de estas líneas, y preguntaré su opinión al ejército victorioso en los campos de Teustepe, victorioso en todos los campos, pues ni un solo combate importante ganó el ejército de Chamorro y Díaz, no obstante la protección manifiesta de los marinos americanos, que le proporcionaron la posibilidad de arrojar todas las tropas de que podían disponer, contra nosotros, en Palo Alto, Muy Muy y Las Mercedes, donde el poder conservador resultó como siempre irrisorio.

"Recomiendo a mis conciudadanos la mayor calma, aunque esto sea más fácil decirlo que hacerlo, pues yo mismo tengo en el pecho el mayor tormento de mi vida.

"Hemos cumplido con nuestro deber. De gloria se han cubierto los liberales en los campos de batalla. Su honor resplandece mejor ahora ante el mundo. Puede ser que la justicia llegue a triunfar alguna vez!"

Y el Dr. Juan B. Sacasa:

"Puerto Cabezas, Mayo 7 de 1927.—Señores Doctores Leonardo Argüello, Rodolfo Espinosa y Manuel Cordero Reyes.—Managua.—Con la aprobación unánime de mi Gabinete, contesto al radiograma que

Uds. me mandaron por medio del señor Almirante J. L. Latimer el que fue recibido antes de anoecer. La digna actitud de Uds. merece mi completa aprobación, la que está completamente de acuerdo con su deber de patriotas. Yo estoy completamente de acuerdo con la protesta que Uds. presentaron por la intimación hecha por el Representante del Presidente Coolidge, Mr. Henry L. Stimson, cuya intimación fue confirmada por escrito al General Moncada, amenazándolo con desarmar al Ejército Constitucionalista por la fuerza en caso nosotros no aceptáramos a Díaz; semejante acto que humilla al pueblo nicaragüense y que significa la imposición de un Gobierno contra el deseo de la opinión pública, me hace ponerme completamente de acuerdo con la opinión expresada por Uds.; pero en las presentes circunstancias, el General Moncada está en mejor posición para resolver el problema concerniente al Ejército. En el mensaje que Uds. me mandaron no encuentro claramente expresada la opinión del General Moncada. Yo sinceramente deploro que el Gobierno de los Estados Unidos, apartando el principio de justicia y olvidando los intereses de la gran nación americana, persista en nulificar los derechos de una nación débil, únicamente por mantener un régimen nacido de un golpe de Estado, el que no sólo violó y deshizo la Constitución de la República, sino también el Tratado Centroamericano firmado en Washington, D. C. En consecuencia, es enteramente imposible para nosotros aceptar dicho régimen, fuera del respeto que nos merece nuestro propio honor y nuestra dignidad nacional.—(f) Juan B. Sacasa”.

CAPITULO II

NOS VEREMOS EN MANAGUA

Stimson y Latimer, unas veces juntos y otras por separado, y el autor, siguieron conversando sobre los arreglos de paz, hasta convenir en lo que al día siguiente se hizo, dejando constancia escrita en la Legación Americana.

A Latimer le recordé otras palabras mías vertidas a bordo del Rochester, en las mismas aguas de Bluefields y en la misma circunstancia, atrás referida, del reconocimiento de Díaz.

—Además dije a Ud. que no tenía la intención de resistir la fuerza de Estados Unidos; que cuando su Gobierno resolviera apoyar a Díaz con armas americanas o marinos, se sirviese comunicármelo, y cuando Ud. contestó que no lo creía, me despedí diciendo:

—Nos veremos, pues, en Managua.

—Me pareció ver que Ud. guiñaba un ojo a su Ayudante Clarn.

—Probablemente se equivocó, repuso el señor Almirante.

—De todas maneras, señor, ya estamos aquí, y

luego estaremos en Managua, pues me ha invitado el señor Stimson a acompañarle esta tarde y he aceptado. Y, además, Tipitapa es la puerta de Managua, por el lado del Atlántico.

Y proseguí:— No creo que me reciban bien. No es lo mismo entrar a la ciudad victorioso, como Ud. sabe que realmente venía, que con la noticia de haber prometido convencer a mi ejército de consentir en el desarme. Me siento humillado, pero no tengo, en lo humano, fuerzas para resistir. Probablemente me alejaré de Nicaragua.

Latimer—¿Y para dónde quiere Ud. dirigirse?

—Moncada—Para Costa Rica.

—Yo le ofrezco un vapor de guerra.

Moncada—Quizás se lo acepte.

Continué hablando de la difícil situación en que la suerte me colocaba. Creía que el ejército constitucionalista se negaría a rendir las armas y que me obligaría a acompañarle en el sacrificio (recordando mentalmente el 1912).

Repitió el Almirante que él me consideraba capaz de convencer al Ejército y que así lo esperaba.

Durante estas pláticas hubo momento en que de acuerdo con Stimson y antes de que él solemnemente comunicara la solución inquebrantable del Presidente de Estados Unidos pasé a conversar con los Delegados de Sacasa para referirles lo que pasaba.

Ellos dijeron que no aceptarían, pero que traían autorización del Presidente de proponer a Stimson mi nombre para la continuación del periodo de Solórzano, pues a Díaz no lo consideraban sino como usurpador. Que yo era Senador de la República, como lo era Díaz cuando el Congreso lo eligió, y que además ellos creían en la posibilidad de que Stimson me aceptara por tratarse de persona amiga de la influencia americana en Nicaragua.

—Yo les prohíbo hablar de eso, amigos míos, repuse. Los mismos liberales me atacarían de traidor, y con justicia.

Ellos me lo prometieron.

En verdad, habría dudado todo el mundo de la rectitud de mi proceder.

Después del lunch, con que nos obsequiara Stimson, salimos para Managua. En un automóvil me llevaron, sentado entre el Almirante Latimer y el Ministro Eberhardt. Desde medio camino conocí que Managua casi entero se agolpaba en la carretera para encontrarnos, viviendo al vencedor. Detenían el auto, me abrazaban, las mujeres se enternecían, algunas lloraban de alegría. Era una apoteosis. Pero mi cora-

zón no estaba por saborear semejante popularidad. Al contrario, sentía en mi alma la profunda ironía de las cosas. En silencio maldecía. Nunca en mi larga y enconstrada vida había sentido la opresión de mi pecho, de tan intensa manera.

Y así lo expresé al llegar a Managua desde los balcones del Hotel ante una inmensa muchedumbre. Llegué al punto de exclamar en mi discurso, al hablar de Díaz: Presidente infeliz y cobarde que no habiendo podido vencer en el campo de batalla, ha pedido el auxilio de los marinos americanos.

Una tropa de marinos guardaban el frente del Hotel. Soldados de Díaz asomaban en las esquinas laterales, y detenían y golpeaban a la muchedumbre. Entonces, empujándome, sobre el balcón, grité a los marinos que guardaban el orden:

“¡Confiado en la palabra de honor de los representantes de vuestro país he venido a Managua, y observo con tristeza que los soldados del usurpador están atropellando al pueblo!”

Los marinos retiraron a los soldados del gobierno, y pude continuar.

Al día siguiente hubo conferencia en la Legación Americana entre Stimson, Eberhardt, Latimer y si mal no recuerdo Feland y yo.

Se convinieron las siguientes bases principales.

I. Retiro de las fuerzas de Díaz de Boaco y Teustepe, extendiendo el armisticio hasta medio día del lunes, mientras se efectuaba la retirada.

II. Las fuerzas de Moncada conservarán sus actuales posiciones y no avanzarán hacia la Capital.

III. Libertad de Moncada para explicar los sucesos al pueblo nicaragüense.

IV. Las fuerzas americanas ocuparán Tipitapa y el Río (El Río Tipitapa es una estrecha garganta, difícil de cruzar si un pequeño ejército defiende el paso).

V. Nombramiento de seis Jefes Políticos liberales.

VI. Moncada garantizaría la tranquilidad de Boaco hasta la llegada de las fuerzas de Estados Unidos.

VII. Moncada volvería a su ejército para tratar del desarme en tanto cuanto le fuera posible, dando aviso al Almirante Latimer para recibir las armas y municiones.

Hecho el convenio, los altos personajes americanos me propusieron que firmara con ellos y contesté que no, exabrupto.

Insistieron diciéndome que lo hiciera simplemente para confirmar un hecho histórico, y así lo hice.

CAPITULO III

EL REGRESO AL EJERCITO

En las mismas pláticas y discusiones habidas a la sombra del Espino Negro, Stimson y Latimer me daban aliento para el desarme. Repetían que tenían ellos confianza en mi voluntad y esfuerzo para cumplir con la palabra empeñada. Esto es algo singular de la política americana. Obedeciendo a la fuerza de la promesa de esforzarme en convencer al Ejército, pero constituía una obligación sagrada para mí el convencerlo.

No paré mientes en ello y pedí ocho días para ir a Boaco y persuadir a los jefes y las tropas de la imposibilidad de continuar la guerra. Hice salvedad respecto de uno de los jefes, de Sandino. “Creo que él se alzaré con las armas, dije, pues tiene ideas muy diferentes de los demás y de las mías. Después de la batalla de Laguna de Perlas, descendiendo del mineral de San Albino, este jefe llegó a Puerto Cabezas y pidió armas al Presidente Sacasa. De ese puerto pasó a Prinzapolka, en busca mía. Le recibí, habló bien de mí. Dijo que en Nicaragua no se acordaban de Sacasa sino de Moncada. Presentóme una memorial. Lo leí delante de él. Hablaba de la necesidad de la guerra de los trabajadores contra los ricos, de que éstos detentaban la propiedad y de otras cosas que son el lenguaje del comunismo.

Razones tuve, consiguientemente, para negarle las armas; por desgracia, él encontró algunas en Puerto Cabezas de las que abandonaban nuestros soldados cuando los marinos ocuparon la Costa Atlántica con las zonas neutrales, y con ellas hizo la marcha para Jinotega. Al salir el ejército al interior, envié varios correos a Sandino para que se incorporara al grueso de las tropas, y se negó siempre, dedicándose a exacciones. El General Parajón le obligó a obedecer, y de esta manera ambos se juntaron conmigo en Las Mercedes.

Volví a Teustepe, y luego a Boaco, encontrando esta ciudad saqueada por mis propias tropas. Sentí pena y vergüenza, por el compromiso de que hablé atrás. Había exigido, para el desarme, la desocupación de Teustepe y Boaco por las fuerzas de Díaz y así se hizo. Solamente puedo alegar en mi defensa que el saqueo se efectuó durante mi ausencia y que hice todo esfuerzo por rescatar lo robado, entregándolo a sus dueños.

Después reuní el ejército en la plaza y desde lo alto de una casa hablé de los sucesos y leí la carta de Stimson, de la determinación de desarmar por la fuerza a los que resistieran. Nosotros somos tres mil hombres, dije, con escasas municiones y ametralladoras. Ellos son por ahora cinco mil, armados a la manera moderna. No dudo del éxito en el primer mo-

mento. Sé que sois denadados, pero yo no tengo valor para llevaros al sacrificio, por que detrás de cinco mil marinos vendrán millares más, como en 1912. A la victoria segura os llevaría, como siempre lo hice, pero a la muerte segura, por ninguna manera. Mas, como Jefe, estoy en la obligación de consultar a las tropas. A esto he venido. Si queréis pelear, no os abandonaré, iré con vosotros al sacrificio.

El Ejército entristecido me vitoreó, contestando que rendiría las armas.

En la reunión de Jefes, Sandino aparentó consentir en el desarme; pero al reunirse con los suyos dirigióme una carta en la cual me autorizaba para el arreglo, diciendo que volvería con sus tropas a Jinotega y que allá se desarmaría.

Bien comprendí la estratagema, pero no podía evitarla. Más todavía, en la conferencia con los jefes, comprendí su falsía y cruzó por mi mente la idea de ponerlo en prisión; pero un sentimiento de humanidad y de honor me detuvo. Bien o mal, él había compartido con todos la fatiga de la guerra. Yo también creía que los representantes de Coolidge hacían mal en desarmarnos; que ellos bien hubieran podido guardar Managua y las otras ciudades, para defender los intereses extranjeros y entregarlas después al vencedor. De modo que entre Sandino y yo había la diferencia de sus instintos y de su desconocimiento del poder de Estados Unidos, de sus exaltaciones y fanatismo, mientras que en mí debía obrar la voluntad, la conciencia de mi responsabilidad. Que obré como patriota, lo demostraré en el decurso de esta verídica historia.

Los Jefes del Ejército dieron su aprobación en el acta siguiente:

“En la ciudad de Boaco, a las 10 de la mañana del día nueve de Mayo de mil novecientos veinte y siete: reunidos los suscritos Jefes y Oficiales del Ejército Constitucionalista para deliberar sobre la aceptación o no de las bases que en oficio de cuatro de los corrientes enegó personalmente el señor General Henry L. Stimson, representante personal del Presidente de los Estados Unidos, Mr. Calvin Coolidge, al señor General don José María Moncada, Delegado del Ejecutivo Constitucionalista, a cargo del Dr. Juan Bautista Sacasa. Con tal fin, por unanimidad resolvemos: Primero—Dar amplias e irrestrictas facultades al señor General José María Moncada para que dentro de los términos de los dos proyectos presentados al Consejo de Jefes y Oficiales, arregle con el representante personal del Presidente Coolidge o el señor Almirante Latimer, o el señor Ministro Americano los términos definitivos del desarme general. Segundo—Los arreglos que celebre el señor General Moncada serán ad—referendum con relación a la aprobación de las autoridades de nuestro partido y del pueblo libera, en forma de plebiscito o de reuniones políticas. Leida esta acta, la firmamos.—Luis B. Sandoval.—J. F. Baltodano.—F. Parajón.—

C. Sandoval Irias.—S. Cerda G.—Carlos Pasos.—Alejandro Plata.—José Ramón Téllez.—Aug. J. Caldera.—H. Castellón.—Heberto Correa.—Salvador Sobalbarro.—Daniel Mena.—Juan Escamilla.—C. Castro W.”.

Las autoridades del Partido prestaron también su aprobación a los arreglos de paz atrás referidos y numerosos plebiscitos de toda la República.

El 9 de Mayo, después de haber participado al señor Stimson la buena voluntad del Ejército, recibí de él, un telegrama que decía:

“General José María Moncada.—Boaco.—Automóviles con escolta saldrán de Managua, mañana martes diez de Mayo, por la mañana a traer a Uds. a Tipitapa, en donde nos encontraremos. Se impone mayor urgencia para concluir este asunto dentro de los ocho días convenidos por Ud. El armisticio se ha hecho general y se ha prolongado por el tiempo que duren las conferencias”.

No era la tarea tan fácil, como Stimson creía. Los soldados llorando rompían los rifles. Ciento sesenta hombres dejaron sus armas en el cuartel de Boaco, sin esperar el pago de los diez pesos ofrecidos. Se oían entre los Jefes voces de rebeldía. El Dr. Carlos A. Morales, Magistrado de la Corte Suprema, había encontrado en las puertas de Boaco al General Luis Beltrán Sandoval, el segundo en el mando del Ejército, en camino para Granada con ametralladoras y soldados. Le convenció de que volviera a los cuarteles.

El señor Almirante Latimer había enviado a Boaco un camión con tres oficiales americanos, de quienes recuerdo solamente al Teniente Challacombe, con algunos marinos, los cuales acompañaban al expresado Dr. Morales y a don Ramón Solís, para hacer el pago de los soldados, según lo convenido.

Challacombe pretendía que me hiciera cargo del dinero, treinta mil córdobas más o menos, y que yo efectuase el pago. No estuve en ello de acuerdo y contesté que hicieran ellos la distribución. El primero en presentarse fue el guardalmacén del cuartel exigiendo el pago de mil seiscientos córdobas por los ciento sesenta rifles que los soldados habían dejado, según referí anteriormente. La comisión americana estaba inclinada a pagar. Fui consultado y dije que “por ninguna manera, porque eran rifles de otros soldados; que el reclamante podía ser pagado en diez pesos, valor de un rifle”.

Del seis al nueve de Mayo pude salir bastante bien en Boaco. Faltaba Teustepe. Marchaba para este lugar el mismo nueve, en donde habían por desarmar trescientos hombres con rifles y ametralladoras. No quise aprovechar el ofrecimiento de Stimson, atrás referido. Preferí marchar a caballo al ciudadano de las tropas, por haber comprendido que se hallaban al borde de la insurrección, lo cual se podía evitar con mi presencia y abnegación.

Los comisionados dieron comienzo al recibo de rifles y ametralladoras, después de haber mandado formar en la plaza una parte de la fuerza.

De pronto sonaron tiros de ametralladoras y de rifletería. Salí al corredor y vi a la fuerza en rebelión completa. Unos disparaban al aire y otros en dirección del camión que conducía a los Americanos. Sacando fuerzas de flaqueza, desde la pequeña altura en que me hallaba colocado, grité con toda la energía de mis pulmones:

“Soldados: Vosotros que habéis desafiado la muerte tanta veces, triunfando en todos los encuentros, con ardimiento y heroísmo, ¿por qué queréis deshonoraros, en un momento de locura, disparando al aire y contra unos cuantos extranjeros? Deponed las armas y confiad en que la promesa de Estados Unidos será cumplida”.

Los bravos muchachos se serenaron y con tristeza que yo compartía, entregaron sus armas.

Al día siguiente, diez de mayo, emprendí la marcha para Tipitapa, a caballo, con algunos ayudantes, ya entrada la tarde. En el camino pasaba por entre las fuerzas de Boaco que habían salido temprano. Caminaba sin descanso. En la senda, veía a los soldados rendidos, dormir en el prado, sobre la húmeda hierba.

Meditaba en el suceso de Teustepe. Pensaba en el grave peligro de aquellos americanos, en escaso número comprometidos. Pensaba en los míos, en mí mismo. Todos tenían razón. Las armas eran nuestras. La tierra que pisábamos nuestra. La Patria nuestra.

Pero en mi presencia no se podía cometer asesinato. Había dado mi palabra y tragaba el acibar con voluntad y resignación.

A las seis de la mañana cruzaba por el puente de Tipitapa, a las orillas del Espino Negro. Desde las diez del día, de Boaco a caballo, marchando sin descanso para cumplir lo prometido y satisfacer a Stimson en lo que atrás se ha transcrito: “Se impone mayor urgencia para concluir este asunto, dentro de los ocho días convenidos por Ud. . .”

Eran órdenes siempre conminatorias. Pero cumplí con el deber. Al descender del alba, el 11 de Mayo de 1927, entraba a Tipitapa.

No nos encontramos, como él ofreciera. Fui recibido por el Coronel Gulick y llevado a su cuartel con algunos otros oficiales americanos. Cuando pasaba por la plaza de Tipitapa, vi a una señora que se lanzaba sobre mí, la madre de Pasos Díaz, que en un encuentro había muerto allá en las aguas del Río Escondido. Yo no tenía culpa, sino la guerra misma, la abominable contienda entre hermanos.

Por la noche vi al Coronel Gulick, dando ciertas órdenes, para que se arreglara mi cama con la de algunos oficiales al rededor.

Cruzó por mi mente una sospecha. Me creí arrestado, prisionero. ¿Temieron los Jefes americanos que no cumpliera con mi palabra? Y si no hubiera cumplido, ¿qué habría sucedido? No lo quiero saber. Vi no la sospecha rápida, insistente por unos instantes. Y luego dormí, si mal no recuerdo, profundamente, confiado en el honor americano, en la palabra del Presidente Coolidge.

CAPITULO IV

EL EJERCITO ENTRA VICTORIOSO A MANAGUA

El día 11 del mismo mes de Mayo, llegaron a Tipitapa el señor Stimson, Mr. Eberhardt, el Almirante Latimer y el General Feland; y continuamos las interrumpidas conferencias.

Una de mis condiciones para deponer las armas consistía en el restablecimiento de las autoridades existentes antes del golpe de Estado de Chamorro. El señor Stimson había dado su asentimiento y el 11 mismo me entregó la carta siguiente:

“Tipitapa, Nicaragua, Mayo 11, 1927.—General José María Moncada: Complacido he tenido conocimiento de la autorización que se ha puesto en las manos de Ud. para efectuar el desarme general. También me complace el declarar a Ud. y a su Ejército la actitud del Presidente de Estados Unidos sobre este asunto. Al buscar la manera de terminar la guerra, el Presidente Coolidge procede solamente por el bien del pueblo nicaraguense y para asegurarle una libre, honesta e imparcial elección. El cree que solamente por medio de tales honestas y libres elecciones puede establecerse en Nicaragua una paz permanente. Para conseguir esto en 1928, él ha consentido en la requisitoria de que representantes americanos escogidos por él deben supervigilar la elección. Ha consentido también en designar oficiales americanos para educar y comandar una Guardia Nacional no partidarista, para Nicaragua, la cual tendrá el deber de asegurar esta libre y honesta elección, previniendo cualquier fraude o intimidación para los votantes. Tiene también la voluntad de dejar en Nicaragua, hasta después de la elección, una fuerza suficiente de marinos para apoyar la obra de la Guardia y asegurar paz y libertad en la elección.

“Como posterior evidencia de la buena fe del Gobierno Americano en este asunto, tengo el placer de decir a Ud. lo que ya se ha hecho. Es una contestación a los puntos contenidos en la carta de sus soldados, que Ud. me mostró. Amnistía general ha sido declarada por el Presidente de Nicaragua. He recomendado al Presidente Díaz que la Corte Suprema sea reconstruida con la eliminación de los jueces ilegales colocados en ella por Chamorro. El Presidente Díaz ha llamado desde luego a estos jueces para enviar su dimisión y yo creo que esto se conseguirá. También he aconsejado que el Congreso se reconstituya por medio de elecciones especiales en aquellos distritos liberales, en los cuales no tuvieron efecto en

1926, en condiciones que aseguren que los votantes liberales serán protegidos en sus derechos. Igualmente le he recomendado que los miembros del Congreso de manera ilegal expulsados por Chamorro, cuyos términos no hayan expirado, sean reinstalados. Se me ha ofrecido que esto se hará.

“He recomendado que jefes políticos liberales sean nombrados en los seis departamentos liberales de Bluefields, Jinotega, Estelí, Chinandega y León. También se ha ofrecido cumplir con ello.

“En resumen, he recomendado que se tomen las medidas necesarias, en lo posible, para restablecer las condiciones políticas existentes en Nicaragua antes del golpe de Estado de Chamorro y yo creo que esto se hará.

“Espero que estas medidas asegurarán a Ud. y a su ejército de la fidelidad del Gobierno de Estados Unidos en sus deseos de restablecer la paz, la justicia y la libertad en Nicaragua, sin deshonestidad o favoritismo hacia ningún partido, en completa equidad para liberales y conservadores. Muy respetuosamente suyo.—Henry L. Stimson”.

Igualmente, dice el señor Stimson en esta carta, le he recomendado que los miembros del Congreso, de manera ilegal expulsados por Chamorro, cuyos términos no hayan expirado, sean reinstalados. Se me ha ofrecido que esto se hará.

Debe de haber comprendido el enviado del Presidente Coolidge, que representantes ilegales habían completado el quórum para la elección de Díaz y que el Departamento de Estado había padecido engaño al reconocerle como Presidente Constitucional. ¿Por qué no confesar el error?

Tomé por verdaderas estas declaraciones y confié en que se cumplirían en lo posible.

Al llegar desarmado el ejército a Tipitapa, el señor Stimson le dirigió una corta y expresiva alocución, felicitándole por su buena fe en el cumplimiento del deber. Dijo con entusiasmo que las elecciones libres eran la esperanza de Nicaragua, para poner fin a las guerras civiles, que la paz de Tipitapa debía considerarse como el comienzo de una nueva era para nuestra patria.

Se ha dicho por el mismo Dr. Sacasa y sus representantes en Tipitapa y algunos escritores norteamericanos, que no hice bien en la rendición de las armas y aún se ha querido acarrear sobre mí la responsabilidad de la intervención en las elecciones, a lo cual accedí, se dice, por interés personal.

Además de la carta que el 5 de Mayo los Delegados referidos me dirigieron de Managua, copio de la dirigida a Stimson, firmada por ellos mismos, uno o dos párrafos principales:

“El General Moncada y nosotros protestamos de este nuevo e injustificable atentado contra un pueblo débil, lamentando que nos hiciera semejante notificación ya cuando nuestro ejército estaba triunfante a las puertas de Managua y después del copioso derramamiento de sangre, de la ruina de la propiedad y de tanto sufrimiento acumulado por el pueblo nicaragüense, que quizás habría podido evitarse si el Gobierno Americano hubiese declarado con anterioridad su propósito de mantener nuevamente, con la fuerza de las armas, al señor Díaz en el Poder. Manifestamos, además, que el Gobierno que preside el Excmo. Señor Sacasa y el Partido Liberal, que tan grandes sacrificios han hecho por la libertad de Nicaragua, no podrán aceptar lo propuesto, por lo que tal aceptación lesionaría intensamente su honor y la libertad de la República....” (Cubren las firmas de Leonardo Argüello, Espinosa R. y Cordero Reyes).

Yo participaba y participo en muchas de esas ideas; pero al pactar en Tipitapa el Jefe del Ejército no tenía la determinación necesaria y humana para tratar de potencia a potencia. Cuando un representante de Estados Unidos de América decía el 4 de Mayo en Tipitapa, en nombre del Presidente Coolidge, que el ejército de Estados Unidos desarmaría por la fuerza a todos aquellos que no quisieran hacerlo; y el señor Almirante Latimer ya conminaba con el desarme a los beligerantes, el mismo 4 de Mayo, el Jefe del Ejército tenía una verdadera responsabilidad ante la historia, rindiéndose, y otra más grande aún si exponía a su país a la muerte, con la seguridad completa del fracaso de la libertad y la independencia.

Creo que hay un deber más alto y excepcional en la vida. El de persistir, el de no sucumbir por heroísmo o locura, para encontrar más tarde la libertad y defenderla siempre. Los muertos solamente tienen el sepulcro y la nada. No pueden hablar en la tumba.

Los hechos lo han comprobado. La misma opinión americana ha reaccionado de manera profunda, y Nicaragua tiene hoy día una bella perspectiva de nación independiente, si sabe conservar la paz.

Cuando en Tipitapa conversábamos Stimson y yo del desarme, exigí que aún desarmado el Ejército entrara a Managua como victorioso. Sólo de esta manera, le dije, puedo convencer a los míos de que los arreglos aseguran nuestra libertad, porque el hombre gusta de la gloria, y para esos pobres soldados será un acontecimiento de su vida.

Stimson accedió, y en cumplimiento de esto hicimos una marcha verdaderamente triunfal. Encargué al General Escamilla la dirección del Ejército y con el clarín de órdenes, sobre briosos corceles, siguieron la senda, hacia Managua, con vítores atronadores.

A propósito, como en Estados Unidos se decía que de México había llegado a ayudarnos algún mi-

llar de comunistas, en Tipitapa el 11 de Mayo, al entrar las fuerzas desarmadas, dije a uno de los representantes de Estados Unidos:

—Quiere Ud. conocer el ejército mexicano que traigo a mis órdenes?

—Con mucho gusto, contestó.

Llamé entonces al General Escamilla, y agregué, presentándole:

—Este es el único ejército mexicano, el General Escamilla.

El americano sonrió, y después celebraba con gusto la ocurrencia.

CAPITULO V

MUY MUY

Observará el lector que esta historia, con toda fidelidad referida, no va desenvolviéndose en la forma y método que la gran mayoría de los historiadores usa, por el relato de los acontecimientos desde sus comienzos, con la narración sucesiva de los hechos. Aquí, al contrario, la relación principia desde el suceso culminante, Tipitapa, y luego sigue el camino recorrido, desandando lo andado, para mejor conocimiento del lector.

Porque la historia de esta guerra civil de Nicaragua y de la intervención americana, durante este lapso, tiene tres puntos culminantes: la Costa Atlántica, en donde dió principio; Matiguás y Muy Muy, en donde aparece ya en el interior; y Tipitapa, en donde la detienen en su marcha y en sus victorias las fuerzas de Estados Unidos de América.

Hemos conocido los sucesos de Tipitapa, falta el conocer cómo llegamos a Boaquito, allá donde los oficiales de Latimer nos encontraron.

De la Costa Atlántica, en fragorosa marcha, cruzando sobre montes, ríos, suampos, desfiladeros y juncuales, llegamos a Matiguás, pequeña aldea situada en la boca de la montaña y al entrar de los llanos de Chontales y Matagalpa. Se dividió el ejército en tres columnas, en forma de triángulo, haciendo centro en el lugar mencionado y colocando una ala en Tierra Azul y Cerro del Caballo, y la otra en Muy Muy. Así debíamos hacerlo forzosamente, porque el tren de guerra había de tardar como un mes en cruzar la montaña.

Apenas habíamos tomado posiciones, se recibió aviso de que a Muy Muy llegaba una fuerza adversaria con trescientos hombres. Nosotros teníamos doscientos a lo sumo.

Se ordenó la reconcentración del pequeño destacamento, para batir a las fuerzas de Díaz al entrar

a la ciudad, sin dejarla calentar el nido, según nuestra costumbre.

En efecto, sólo una noche pudo dormir en la ciudad. En la madrugada estaba deshecha y a las ocho de la mañana ya corría desbandada por los campos de Matagalpa, con su jefe herido.

Comprendimos que aquella fuerza era la poca que Díaz había podido reunir en el primer momento, y que era posible marchar sin estropezo, tal vez hasta Managua. Matagalpa había quedado abandonada, y el General Escamilla quería continuar y pedía permiso.

Pero todo el tren de guerra estaba en la montaña. Díaz tenía en Boaco fuerzas. Con alguna inteligencia de su parte, podía cortarnos en Matiguás. Conservamos por eso nuestro centro y alas, reforzándolos cada día más con los contingentes que llegaban.

Pocos días después, nuevas tropas al mando de los mejores jefes contrarios se dirigían de nuevo a Muy Muy. Preferían la ruta de Matagalpa porque allí tenían a sus órdenes los camiones de Willey, el americano que acompañó a los tres oficiales de Latimer a Boaquito.

Como siempre, nuestro ejército presentó la batalla en el camino, ruda y porfiada, y las fuerzas de Díaz fueron completamente derrotadas en El Chompipe, a una legua de Muy Muy.

Algunos jefes impacientes, y correos y gente amiga que llegaba, quería el avance —pero como se dijo antes, no habían llegado todas las fuerzas. El jefe que había quedado en Laguna de Perlas, de divisa conservadora, no quería obedecer a los correos que se le enviaban.

Resolvimos esperar. Se comprendía que el Gobierno de Managua quería desbaratar las fuerzas constitucionalistas en la boca de la montaña.

Pocos días después recibimos aviso de Matiguás de que llegaba a Muy Muy una comisión de paz, con dos oficiales americanos que la acompañaban y el consabido Willey de quien varias veces hemos hablado. Llegaban también los Magistrados Carlos A. Morales y Antonio Medrano, un joven Ramírez Abanza y un señor Argüello Cervantes. Además dos periodistas americanos, uno llamado Winston Will y el otro Alexander.

Se ordenó que retiraran alguna fuerza de Muy Muy y que después de eso se diera entrada a la comisión. El jefe del Ejército iría a Muy Muy. No permitiría el arribo de extraños a Matiguás. Se deseaba que la comisión no conociera nuestras verdaderas posiciones ni el número de nuestras tropas.

Llegamos a Muy Muy. Los primeros en recibirnos fueron los corresponsales armados de Kodaks.

Tomaron las fotografías que quisieron, pescando al Jefe del Ejército caballero en una mula.

Saludamos primero. A los conocidos, Morales y Medrano, abrazos; a los menos conocidos un apretón de manos; a Willey, con indiferencia. Presentación de los dos traviesos corresponsales enseguida.

Objeto de la comisión, la paz. Esta vez iba apadrinada por el señor Ministro Eberhardt, quien había hablado en Managua en su despacho, con bastante claridad al Dr. Morales, ofreciendo todo. Dinero para las tropas, para los jefes y el reconocimiento de Díaz. Mucha Sangre derramada! Los intereses de la Patria!, todo lo que en estos casos se usa. . . para convencer.

Contestamos que también estábamos ansiosos de llegar a la paz, no a cambio de dinero, sino de elecciones libres, pero garantizadas por el Gobierno Americano.

Enseguida se dirigieron los corresponsales al autor de este libro, casi al asalto. Pedían declaraciones, cada uno para sus periódicos.

De pronto Winston Will, dijo:

—¿Qué tal le parece un Gobernador Americano para Nicaragua?

El autor estuvo a punto decirle: me sabe a rejalar: pero se dominó y repuso algo que debe andar publicado por allí en los periódicos americanos: que se había de consultar con el pueblo, su libre determinación, como aconsejó para estas cosas en Europa el Presidente Wilson en sus catorce puntos.

Luego la despedida. Muchos deseos de prosperidad y éxito.

En el camino, de regreso a Matiguás, los compañeros decían:

—Esto demuestra que Díaz está débil.

—Si, repuse, pero también demuestra que ahora vienen otras zonas neutrales, para proteger los intereses americanos: en Chinandega, León, Managua, Masaya, Granada y toda la línea férrea; destacamentos de marinos en todos estos lugares—y luego todas las fuerzas de Díaz, en número más o menos de seis mil hombres sobre nosotros. La refriega va a ser terrible y es preciso velar de sol a sol y bajo las estrellas y la obscuridad de la noche.

En verdad, los marinos norteamericanos nos aparecían en la tierra, en el mar, en los puertos, ciudades, en los ríos y montañas y en el cielo con sus aeroplanos, rifles, ametralladoras y cañones, y conminaciones y proposiciones de paz al mismo tiempo. Mientras tanto Díaz se rehacía.

Después de Tipitapa, platicando el autor con el

Magistrado Morales en Managua, hubo las dos siguientes rápidas frases:

Moncada—¿Y Mr. Eberhardt qué dijo de mi contestación de Muy Muy?

Morales—Alzándose Eberhardt sobre su escritorio y dando un puñetazo, dijo:

No se dará al General Moncada el honor de tratar con mi Gobierno. Debe tratar con el Presidente Díaz.

Pasando sobre esta digresión, continuemos el hilo de nuestra historia.

Seguimos acopiando elementos, haciendo prodigios para transportar todo el tren por la cruda montaña. Causóme un día tristeza ver llegar un buey con la cureña de un cañón sobre su lomo, la lengua fuera. Los arrieros le aliviaron de la carga, luego del aparejo, e inmediatamente cayó fulminado, muerto. Tenía casi partida la columna vertebral.

Era un héroe, que valía tanto como el soldado desconocido, o los cruzados que morían en el camlino de Jerusalem. A éstos, sus compañeros consagraban una cruz. El autor consagró al pobre buey una plegaria, allá en lo más hondo de su alma.

¡Así eran, héroes, todos aquellos inclitos soldados que cruzaban a pie una de las montañas más escabrosas del mundo, en demanda de libertad y de honor!

Dejando Matiguás con poca fuerza, el Estado Mayor pasó a Tierra Azul. Ya las columnas del enemigo se movían hacia Cerro del Caballo y Muy Muy; y el Ejército constitucionalista, a lo sumo de mil doscientos hombres, quince ametralladoras y dos cañones se reconcentraba al mismo Cerro, guardando un pie en Muy Muy y otro en Palo Alto, ambos lugares situados a corta distancia del centro y comunicados por medio del telégrafo.

Una fuerza enemiga se colocó en alturas vecinas hacia el Occidente, compuesta más o menos de tres mil hombres. Su Jefe principal, General Viquez acampaba en Boaco.

Otra columna de Díaz, de más o menos tres mil hombres al mando de dos jefes se aproximaba a Muy Muy.

El General Sandoval mismo, de nuestro ejército, se ofreció para la defensa de Muy Muy. Se le dieron seiscientos hombres, mientras el Jefe del Ejército se quedaba con otro tanto distribuidos entre Cerro del Caballo y Palo Alto.

Para el día de la batalla, el mando en Jefe determinó reconcentrar sigilosamente sus seiscientos hombres a Palo Alto, abandonando las posiciones del referido cerro.

Por la tarde, el General Sandoval daba señales de inquietud, de temor de una derrota. Se le ordenó la reconcentración inmediata y el envío de Escamilla con cien hombres a proteger las últimas noventa cargas del tren de guerra que debían entrar por Matiguás, y de otros cien al mando de otro Jefe hacia Cumaica, en camino de Boaco para amenazar la retaguardia enemiga.

En Palo Alto, no bien organizadas las fuerzas atacó el contrario a las seis de la mañana, tomando ciertas posiciones a mayor altura, que las nuestras. Hubo confusión entre nosotros. Las ametralladoras ametrallaban de verdad nuestras posiciones. Hombres y animales caían heridos. Algunos jefes se escondieron. El asistente del mando en Jefe ensilló las bestias y dijo a su jefe:

—Están las cabalgaduras listas.

El jefe ordenó que todo el mundo fuera a las trincheras. De aquí nadie se va, gritó.

Ayudantes, capitanes y coroneles corrieron a las alturas, emplazaron las ametralladoras y a las ocho de la mañana el enemigo corría a la desbandada, dejando muchos muertos y heridos y a nosotros dueños del campo de batalla.

En el bolsillo de uno de los muertos encontramos un papel que decía:

“Depositado en Casa Presidencial a las 4:30 del 7 de Febrero.—Recibido en Boaco a las 4-35 del 7 de Febrero.—Isidoro Sandoval—Enemigo está con una pequeña fuerza entre Río Blanco y Matiguás.—Procure ejecutar el plan ordenado. Deséole buen éxito. Ofrecemos por la captura de Moncada diez mil córdobas. Comuníquelo a los demás jefes.—Afmo.—J. Solórzano Díaz”.

Tal incentivo llevaba el desaparecido. Cayó muerto a doscientos metros de la casa que ocupaba el mando en Jefe.

El 7 de Febrero de que habla el telegrama, el autor se encontraba ciertamente, en el lugar mencionado. La palabra ofrecemos salía pues de la Casa Presidencial de Managua y puede deducirse con toda lógica que los altos empleados del Gobierno de Díaz la conocieron. Tal vez algunos otros extranjeros. . .

Allí nos fué muy útil el cañón que a Matiguás condujo el manso y tardo, pero heroico buey, fulminado al quitarle el aparejo. Durante todo el día disparó doscientas granadas aquella histórica cureña contra la tropa enemiga que se hallaba al frente. A nadie hizo daño, pero infundía temor y demostraba que nuestro ejército se hallaba fuerte.

La fuerza enemiga que asediaba a Cerro del Caballo, marchaba a tientas hacia su cima, de montículo en montículo, risco en risco, y peña en peña. Em-

pleó tres días en llegar al vértice para encontrar el nido vacío. Su enemigo iba ya camino de Las Mercedes, en dirección de Boaco y de Managua.

Por la noche, a las seis de la tarde, comenzó la marcha. A poco, una densa obscuridad cubrió los cielos, la angosta senda se perdía a las veces sinuosa en el monte, espesa y enmarañada. Nuestras cabalgaduras vacilaban, los soldados animosos rompían las breñas. Mortecinas luces, lámparas de gas, iluminaban de repente el sendero en las aberturas de la montaña. La noche en vela, de filo a filo, de crepúsculo a crepúsculo. A las 7 de la mañana tomábamos café en una hospitalaria casa amiga; y proseguimos la marcha hacia Cumaica, en donde nos esperaba una sorpresa.

Subimos a lo alto como a las diez de la mañana. Alguna hora de reorganización, tropa de avanzada centro y retaguardia. Una inmensa hondonada o cuenca separaba una altura de otra. Más allá estaba la rica hacienda “Las Mercedes”, del otro lado las ricas tierras de “Italia” al decir de Bonaparte. Descendimos, con la vista alerta, el ojo escrutador. En la cuesta opuesta sonaron disparos. Habría batalla. La aceptamos, tomando posiciones rápidamente. En una hora el enemigo estaba derrotado, esto llamaban los muchachos la batalla de Cumaica, peligrosa, en verdad, pero con poco esfuerzo se convirtió en victoria.

El día siguiente, después de fatigosa marcha, llegamos a Las Mercedes, rica hacienda de ganado. Allí recobramos fuerzas con abundante leche, queso, carne y tortilla, algunos frijoles encontrados en los alrededores. Aquello era Capua para nosotros, pero el enemigo no nos dejó gozar mucho. Se comprende que era cruel, que no daba punto de reposo a sus hermanos, quienes diferían solamente en opiniones.

Era Abril, Semana Santa. No hubo temor a la Pasión de Cristo, no obstante que los conservadores de Nicaragua son tenidos por más católicos que los liberales.

Martes Santo, Miércoles, Jueves, Viernes Santo, cuatro batallas, palmo a palmo, todas ganadas, gracias a Dios, por nosotros. El Sábado Santo resolvimos cantar gloria en Teustepe sin molestar a Boaco, por razón de humanidad. Porque paseando entre los retenes escuchó el autor a unos soldados que decían: El viejo no quiere entrar a Boaco. Qué lástima! Allí nos remendaríamos!

El autor en verdad no participaba de la misma opinión, no sabía de remiendos.

Siguiendo nuestra táctica, de dejar siempre al enemigo atrás, ordenamos la marcha. Las noventa cargas de Escamilla habían llegado, después de peligrosa cruzada. Nada había que temer.

En los preparativos y disposiciones de la mar-

cha estábamos, cuando se oyeron tiros en el campo contrario. Creímos en el primer momento que el enemigo se convertía en liberal, por unas banderas rojas tremoladas.

Pero no. Eran Parajón y Sandino que ilegaban con más o menos seiscientos hombres. Entraron al campamento. Fraternalizamos. Nuevos arreglos y la marcha para el día siguiente. Proveímos de rifles, ametralladoras y municiones a los recién llegados.

Se ordenó luego que Sandino, tenido por valiente y arrojado llevara su caballería a la vanguardia y fuera el primero en salir, por la tarde, para pasar en una vereda de Boaco, sin ser visto. Cuando ordenaba Sandino su caballería, el autor vió una bandera roja, con una cinta negra en el centro y en esta una cruz y una calavera entrelazadas. El guerrillero fue llamado y se le ordenó que destruyera esa bandera. Balbuceando dijo que era su insignia, la bandera roja y negra, en la cual creía como símbolo de las ideas que profesaba. Una lágrima corrió por su mejilla.

Pero la orden fue cumplida.

Por la noche, en la marcha, estuvimos a punto de romper fuego contra una caballería que avanzaba hacia nosotros. Fue requerida y reconocida.

Sandino se volvía, porque al pasar frente a Boaco había visto luces. No le gustaba la luz ni los campos claros y llanos. El prefería la emboscada.

Se le ordenó que marchara a retaguardia, y lo hizo.

El 25 de Abril estábamos en Boaquito con posiciones tomadas, listos para el combate, habiendo dejado atrás al enemigo. Escamilla se había batido con los de Teustepe y nosotros en tres combates diferentes vencimos a los de Boaco, quienes con los restos de Palo Alto y Las Mercedes habían cobrado ánimo y nos perseguían. Estuvimos a dos fuegos.

Lo demás de esta jornada ya se sabe. El ejército victorioso fue derrotado por Stimson y Latimer en Tipitapa, por la voluntad todopoderosa de Estados Unidos de América.

CAPITULO VI

DE PUERTO MEXICO A NICARAGUA

El Vicepresidente, Dr. Juan B. Sacasa, legítimo sucesor de don Carlos Solórzano, permaneció por mucho tiempo en Washington empeñado en recordar al Departamento de Estado los tratados de Washington y su deber de apoyarle en la reconquista del Poder.

Con motivo de la revuelta del 2 de Mayo de 1926 en Bluefields, el Vicepresidente se movió de la Capital de Estados Unidos y poco después pasó a Mé-

xico a buscar auxilios del Presidente de esta República.

En Julio y Agosto del mismo año Sacasa se hallaba en Guatemala, para donde se dirigió el autor de esta obra, residente entonces en San José de Costa Rica. Allá recibió instrucciones y algún dinero para trasladarse a Puerto México con la siguiente carta poder:

“Guatemala, 6 de Agosto de 1926.—Señor General Don José María Moncada.—Ciudad.—Estimado correligionario y amigo:—Teniendo confianza en su decisión por el restablecimiento del orden constitucional en Nicaragua así como en su patriotismo y aptitudes, —aunque en carácter privado por ahora— le confiero a Ud. mi representación personal en la Zona Atlántica de Nicaragua para llenar la misión de Director de la campaña armada que el ejército constitucionalista emprenderá en aquel territorio.—Sirvase aceptar las expresiones de aprecio con que tengo el gusto de subscribirme de Ud. muy atento servidor y afmo. amigo, (f) Juan B. Sacasa”.

Por la frase, un poco tímida, —aunque en carácter privado por ahora— comprenderá el lector que la carta poder no daba al autor plena, autoridad, pues no podía mostrarla a sus segundos, ni asumir la Dirección de la campaña, sino de hecho, como lo hizo después de ganar la batalla de Laguna de Perlas.

Las armas se recibirían en Puerto México, para embarcarlas en el vaporcito Foam, comprado en New York a personas de no muy reconocida ocupación.

La marcha a Puerto México fue corta y agradable. Allí encontramos a Beltrán Sandoval a quien el Dr. Sacasa había nombrado General en Jefe del Ejército. Le acompañaba un agente del Gobierno de México, con mil quinientos rifles y municiones suficientes, y seis mil pesos plata mexicana, según decía.

El levantamiento general se había arreglado en Nicaragua para el 17 de Agosto, por la noche. Fue causa de zozobra para nosotros el saber en Puerto México que el Foam se hallaba retrasado y que no llegaría sino el 12 o 13 de ese mes. Caminaba el vaporcito a lo sumo diez millas por hora. Para hacer el viaje a Bluefields se necesitaban siete u ocho días. Llegaríamos tarde indudablemente. Dirijimos entonces un radiograma a México al Dr. Cordero Reyes, representante allá del Vice Presidente Sacasa, previniéndole del grave peligro a que se verían expuestos nuestros amigos del interior, pues el otro vapor, el Tropical, que maniobraría por el Pacífico, no había llegado todavía a Salina Cruz. Se pedía que pospusiéramos el movimiento para la siguiente semana, dándole aviso oportuno a nuestros amigos del interior.

Por contestación llegó la orden de marchar inmediatamente.

Notoria en la tripulación del barco era la insubordinación. Parecía gente reclutada en alguna contrabandista nave.

Conservamos la siguiente carta original del Capitán del Foam:

"August 27th. 1926.—Dear General: The second assistant engineer is leader of revolting our crew. Please take care of him for a few in jail while the ship is in port.—Respectfully yours, Genj Jsopki.—Captain of Foam".

Así se procedió. Este documento auténtico descalifica en mucho el reclamo introducido a la Comisión de Reclamaciones de Managua por el dicho Capitán y su tripulación, fundado en que a la fuerza fueron llevados a las costas de Nicaragua, pues el propio Capitán se entendió voluntariamente con los jefes de Sacasa.

Desde el primer momento se negaron los del Foam a descargar el vapor. En lugar de mil quinientos rifles disponibles solamente setecientos cincuenta cupieron y la mitad de municiones de las tres armas, rifles, ametralladoras y cañones. Uno de estos, de tiro indirecto, sin mira, ni aparato para calcular las distancias; de tal manera, que cuando en presencia de los marinos del Rochester, andando los días, el artillero disparaba contra El Bluff, las granadas estallaban en la Laguna de Bluefields, zona neutral, y no por dicha en el vapor insignia americano.

La expedición del Pacífico iba mejor dotada, pues había de caer muy cerca de Managua, en el centro mismo del gobierno conservador.

La navegación no fue mala, mas desde el primer día dieron muestras los jefes del barco de resistencia a una marcha regular. Unas cuantas millas habríamos navegado cuando al jefe ingeniero se le ocurrió decir que le faltaría carbón para llegar a Cabo de Gracias y que debíamos conseguirlo en Progreso. Se detuvo el barco allí por más de treinta horas y no hubo carbón. Resolvimos decir al Ingeniero que hablara con franqueza, que nos bastaría llegar a Puerto Cabezas o Río Grande en donde encontraríamos el combustible. Hizo sus cálculos o aparentó hacerlos y nos dijo que había suficiente.

Queríamos entrar en aguas nicaragüenses por la noche, y seguir la costa del Cabo Gracias a Dios. El Capitán dirigió la nave con suma habilidad, a pesar de que jamás había pasado por aquellos difíciles arrecifes y escollos. Cruzamos temprano de la mañana, frente a Puerto Cabezas y en la madrugada del 21 anclamos en la bahía de Prinzapolka. A diferencia de la expedición del Pacífico, que se proponía tomar Corinto, si era posible, nosotros pensábamos hacer sin ruido y sin combate el desembarco, y así fué hecho, enviando de Prinzapolka una pequeña expedición para La Cruz, en Río Grande, y dirigiéndonos nosotros con todo, el mismo día, para La Barra, en la cual

tiene sus establecimientos y bananales la Cuyamel Fruit Co. Fue tomada La Barra sin dificultad, y al día siguiente La Cruz, y cuatro o cinco días después estaban los rifles empuñados.

Vacilábamos en la idea de avanzar primero hacia El Bluff, o tomar Puerto Cabezas en donde había alguna gente enemiga y dos ametralladores. La idea de la zona neutral de Bluefields, siempre declarada por el Gobierno Americano, a la hora de nuestras luchas intestinas, nos obligaba a meditar. Por otra parte, teníamos confianza en el éxito o por lo menos en que una gran cantidad de fuerza perdería Chamorro hacia el Pacífico, con motivo de la otra expedición. Nuestras municiones eran pocas para mantener un sitio a la fortaleza de El Bluff, que es una de las buenas de Centroamérica y se dice que del mundo.

Preferimos tomar Puerto Cabezas para abrir un lugar seguro al Presidente Sacasa. Lo tomamos y se lo participamos inmediatamente. Desde nuestra salida de Guatemala le habíamos dicho: "No es solamente el triunfo militar el que nos llevará al éxito, sino su inmediata llegada a tierra nicaragüense y la organización de su gobierno".

La batalla de Puerto Cabezas no fue de importancia, pero duró algunas horas, debido a la impericia del jefe nuestro. El oficial chamorrista de la plaza se defendió bravamente, cayendo por fin prisionero.

El Foam tenía un aparato inalámbrico. Durante el combate tomamos un radiograma que decía más o menos:

"Puerto cabezas.—Almirante Escuadrón del Pacífico.—Desde esta mañana estamos sometidos a un fuerte bombardeo. Ruégole auxilio (relieve me) - (f) Scott".

Era el Gerente de la Bragman Bluff Co., persona muy apreciable y apreciada, que nos recibió en Puerto Cabezas con delicada cortesía, después de la batalla.

Parece que el Almirante Latimer contestó In a hurry.

El autor vió entonces venir sobre él las zonas neutrales con todos sus marinos.

Resolvimos el avance, a principios de Septiembre hacia El Bluff, tomando primero Laguna de Perlas. Se nos anunció, por medio de amigos residentes en Costa Rica, la llegada de un barco de Chamorro a San Juan del Norte. Supimos que Chamorro pedía permiso para usar el Río Colorado, transportar gente y elementos, y de Laguna de Perlas enviamos al Foam a vigilar San Juan del Norte mientras con pequeños barcos desembarcábamos gente y viveres en el Falso Bluff. En la noche siguiente la alarma

cundió entre nosotros. El Foam había encallado a doscientos o trescientos metros del Falso Bluff. No se había obedecido la orden de marchar a San Juan del Norte. El Capitán y el jefe expedicionario había resuelto volverse de El Bluff, y al cruzar por Falso Bluff vieron una pequeña embarcación junto a la playa y resolvieron tomarla, dirigiendo hacia ella el Foam. Allí terminaron las habilidades del Capitán del Barco. Tenía carta geográfica perfectamente detallada, y precisamente en donde mayores peligros se marcaban echó el vapor con toda la fuerza, sepultándolo para siempre entre unos cayos.

Esta historia del Foam es interesante, pero huelga el referirla aquí.

Quedamos sin nave de guerra, solamente con los vapores de Río tomados a la Cuyamel. Por fortuna el tiempo era espléndido y pudimos transportar todo frente a El Bluff.

Es El Bluff un peñón bastante alto, unido a la tierra por una garganta estrecha y pantanosa llamada el Tortuguero.

Por el lado del mar, hacia el canal que penetra en la bahía y da paso a vapores de regular tamaño, tiene en frente la isla del Venado y a la otra parte, hacia la ciudad de Bluefields, la extensa laguna de este nombre, por la cual transitan libremente embarcaciones menores. En ella desembocan o de allí salen angostos canales, en dirección de Laguna de Perlas y el Río Escondido, ancho y profundo, por el cual pasan las embarcaciones bananeras sesenta millas adentro, hacia El Rama.

Lógico parecía desarrollar para la toma de El Bluff un plan militar que aprovechara las ventajas del terreno, cortar al enemigo hacia el lado de El Rama; pero no podíamos cortarlo hacia Bluefields, por la amenaza de la fuerza americana de repeler cualquiera intentona de violar la zona neutral. De Bluefields le llegaba todo a la fuerza enemiga de El Bluff y por mar también; pues habiendo tenido nosotros noticias de que el vapor Senador, procedente de New Orleans, llevaba para El Bluff elementos de guerra, lo detuvimos a la entrada, y el señor Almirante Latimer nos impidió el registro del detenido vapor, si no se hacía con la presencia de oficiales americanos. Lo hicimos así y encontramos buena cantidad de dinamita y bombas para aeroplanos, y gran porción de víveres para el Gobierno de Chamorro, que el señor Almirante nos prohibió tocar.

Era pues hartó difícil tomar El Bluff. Temíamos avanzar en el Río Escondido con nuestras fuerzas, hacia El Rama, pues la zona neutral nos podía cerrar de un momento a otro el tránsito de provisiones y de elementos de guerra, de todo lo cual carecíamos. Mandamos un jefe expedicionario a tomar la dicha población de El Rama y no lo supo hacer, retirándose casi sin combate.

En esta ocasión del registro del vapor Senador, el Almirante nos invitó a pasar a su barco de guerra, el Rochester. Allí nos dijo un ayudante del Almirante que el Dr. Dana Munro les había hablado de los sentimientos amistosos que siempre hemos abrigado con respecto de Estados Unidos de América y su influencia en los destinos republicanos del Continente de Colón.

La entrevista con el Almirante fue cordial. Desde aquel momento quedamos en constante comunicación. Las embarcaciones nuestras estaban a poca distancia, frente a la difícil entrada del Tortuguero, con nuestras tropas en la angosta playa del mar Atlántico que por ese lado existe, y del otro lado de la ensenada del suampo fatal.

Un día llamó el aitor del Almirante para decirle que se quería arreglar un armisticio entre el jefe de las fuerzas chamorristas, General Gustavo Argüello y el jefe del Ejército constitucionalista. Entonces se dirigió a Guatemala el siguiente radiograma:

Doctor Juan Bautista Sacasa.—Guatemala.

“Por medio legación americana en Managua y Almirante Latimer he recibido de Chamorro proposiciones de armisticio como sigue:

PRIMERO—Depósito de Chamorro en un designado electo por el Congreso, pero de filiación conservadora.

“SEGUNDO—Este Presidente procederá a dar organización constitucional al país.—Después convocará a elecciones libres para presidente y representantes.

“TERCERO—Participación al liberalismo en ese Gobierno.

“CUARTO—Ofrecimiento de dinero para jefes, oficiales y soldados del Ejército liberal.

Mi contestación, como sigue: “Yo reconozco como Gobernante constitucional de Nicaragua al Dr. Sacasa y él es el llamado a dar organización constitucional al país.—Respecto del armisticio cumpliré con el deber de consultar con el Presidente Sacasa”.

Preguntado por mi opinión personal, dije:—“Considero poco serias las proposiciones del señor Chamorro.—El no tiene Congreso Constitucional, él detenta el Poder, sin embargo, aparenta desconocer las resoluciones tomadas por el Gobierno de los Estados Unidos y las declaraciones del Encargado de Negocios Denis.

“Considero, además, ofensiva para la dignidad del Ejército libertador la cláusula de pagar con dinero sus anhelos de libertad, constitución y derechos políticos. Por la fuerza ha tomado el señor Chamorro lo que tiene y no puede ofrecer lo que no posee legalmente”.

Resolvimos hacer el ataque a El Bluff y tomarlo. El asalto debía comenzar a las dos de la mañana del 20 de septiembre para capturar la fortaleza por sorpresa; pero nuestros planes no contaban con la huésped, como se dice en español. El Rochester, el vapor insignia del Almirante, abrió sus potentes focos de luz hacia El Bluff en el momento en que un vapor nuestro con varios hombres y armas pretendía el desembarco, amparado por la obscuridad. Entonces los de la fortaleza rompieron sus fuegos contra el barco asaltante.

Empeñada, sin embargo, la batalla, ella quedó indecisa.

El Almirante Latimer urgió con más esfuerzo el armisticio, al mismo tiempo que de Guatemala recibamos aviso de haber sido aceptado por el Dr. Sacasa.

CAPITULO VII

EL ARMISTICIO

El armisticio lo propuso pues, Chamorro. Solamente le interesaba en la Costa Atlántica porque estaba con menores atenciones en el Pacífico. La expedición encomendada por el Dr. Sacasa a los Drs. Julián Iriás y Crisanto Sacasa había tenido mala suerte. Su marcha fue conocida, no pudo tomar Corinto, hizo desembarco en Cosigüina, y no tuvo gente, sino una poca para empuñar las armas, deshecha fácilmente por las fuerzas de Chamorro, superiores en número, no sin perder éste como trescientos hombres entre muertos y heridos.

Como se había previsto, nuestros amigos del interior se movieron por todas partes el 17 de Agosto y la expedición del Pacífico no llegó sino hasta el 23 a playas nicaragüenses.

Agentes de Chamorro cometieron con estos pobres hijos del pueblo numerosas crueldades. El joven Luis M. Rivas fue colgado de las manos en las vigas de una casa de El Cardón. Era robusto, pesaba más de doscientas libras. Le bajaron exhausto, y le fusilaron luego en la playa del mar Pacífico. El Dr. Sotomayor, Magistrado de la Corte de Apelaciones de Occidente, cayó prisionero en la Penitenciaría de Managua, habiendo sido colgado también de las manos, hasta descoyuntarle los brazos.

Lo dejaron casi exámine. Creían que poseía secretos del movimiento constitucionalista y quisieron obligarle a revelarlos.

Sería tarea ingrata el relatar las barbaridades cometidas.

Se ha dicho que ambas fracciones cometieron crueldades. Es posible; pero por la parte que el autor corresponde cabe protestar porque la verdad debe decirse siempre. Sin duda alguna sus subalternos

cometieron ciertos abusos, contra los soldados y jefes chamorristas y aún dieron muerte a unos prisioneros de guerra, mas en ninguna ocasión se fusiló de orden del autor ningún soldado u oficial enemigo. En la batalla de Puerto Cabezas, el Coronel Marcelo Gómez, chamorrista, dio orden de voltear sus ametralladoras contra cuarenta liberales prisioneros, de los cuales fueron sacrificados varios, entre ellos un apreciable joven, cuya muerte la misma colonia americana lamentó. Nuestros soldados querían fusilar al prisionero y el autor de estas líneas le salvó ordenando que fuera conducido a la Barra de Río Grande y de allí a uno de los barcos de la Cuyamel en el cual el autor se hallaba, y cuando hubo canje de prisioneros fue entregado a los suyos, con otros muchos, por medio del Almirante Latimer.

En los momentos de la muerte del General Humberto Pasos Díaz, requerido el autor por el mismo Almirante para que dejara pasar el cadáver por las aguas de San Juan del Norte y Río San Juan, accedió gustoso mandando hacer honores de General de División al jefe chamorrista muerto, no obstante que el ejército y el país entero aborrecían a Pasos Díaz, por las crueldades que en León cometió cuando la persecución de Chamorro contra Sacasa.

A veces algunos jefes y oficiales de nuestro ejército cometieron crueldades, pero nunca con nuestra aprobación. En Puerto Cabezas gente del pueblo y soldados recién incorporados asesinaron a tres o cuatro chamorristas, arrojándolos al mar, y se mandó seguir el proceso correspondiente.

El ejército más o menos disciplinado, valiente, sufrido, disimulaba su hambre, su desnudez y las crueles necesidades que por las zonas neutrales padecía y no recibió sueldo sino un día, durante los nueve meses de la guerra.

Como se decía, Chamorro necesitaba más que nosotros el armisticio. Las fuerzas de El Bluff estaban por rendirse. El suplicaba que esperaran. Pero también nosotros habíamos quedado sin municiones, después del combate de El Bluff, y no hubiéramos podido avanzar, ni lo permitían los Americanos y no teníamos embarcaciones para cruzar el Río Escondido. Pensamos entonces que obligando a Chamorro a retirarse a Rama y declarando zona neutral también El Bluff, a él y a su ejército les llegaría el desastre, dadas las dificultades del terreno. Y así fue, en efecto, según se sabrá más adelante.

Concluido el armisticio de quince días, propuso una prórroga el Almirante Latimer para tratar de paz en Corinto. Por la causa de la paz, siempre noble y generosa, nosotros sentíamos grandes anhelos, pero exigiendo siempre el reconocimiento del Gobierno de Sacasa.

Por la especie de camisa de fuerza que el ejército constitucionalista sufría con la neutralidad de El Bluff y de Bluefields, la batalla contra la fortaleza

parecía imposible, y así lo dijo el Delegado de Sacasa en la siguiente carta:

"Río Grande, 20 de Octubre de 1926".

"Señor Almirante Latimer.—Estimado Almirante:—En conversaciones diferentes, habidas con Ud., le he dicho que la declaratoria de zonas neutrales en Nicaragua, hecha por parte del Gobierno de Washington, dificulta y a veces hace imposible los movimientos militares de ambos contendientes.

"En el movimiento revolucionario de Mayo anterior las fuerzas norteamericanas solamente declararon neutral la ciudad de Bluefields, y al comenzar este otro movimiento constitucionalista, bajo mi mando, el Gobierno Americano siguió el precedente. Tomar El Bluff por la fuerza, sin tener base en Bluefields y en las islas vecinas; tomar El Rama sin embarcaciones estando Bluefields y el Río Escondido neutrales; bombardear El Bluff, requiriendo a los artilleros que no dañen intereses americanos, colocar fuerzas unas contra otras, y medir la distancia con toda precaución para que las balas no alcancen la zona neutral, en un radio tan estrecho; dar una batalla en fin, sin libertad para los movimientos militares, Ud. comprende, Señor Almirante, que es absolutamente imposible.

"El anhelo del Departamento de Estado, del cual yo participo también, es el de que los intereses americanos no padezcan; que el embarque de frutas de las Compañías americanas se haga libremente; que no se tomen sus vapores, ni se dañen sus edificios ni sus propiedades, ni se les solicite contribución alguna, ni se acuerden nuevos impuestos. Estoy de acuerdo con todo esto. Ud. sabe bien que durante las pláticas de armisticio Chamorro pidió que se pagara a sus autoridades el presupuesto correspondiente, yo en cambio no pedí nada. Nuestras fuerzas, por anhelo de ser libres, se conforman con las provisiones, y alguna ropa. Pasan la campaña sin sueldo. Ha habido errores o faltas, sin duda; pero en el fondo, en todos los terrenos la conducta del enemigo, su mala conducta mejor dicho, tiene mayor peso en la balanza.

"Parece favorecer, pues, los intereses americanos, y para que el Gobierno de Washington conceda al pueblo nicaragüense el derecho de pelear por libertad y honor, yo propongo por medio de Ud. al Señor Encargado de Negocios Denis, lo siguiente:

"1º—Que la Costa Atlántica sea declarada neutral, que no haya más peitos en este mar ni en este litoral mientras se restablece el orden constitucional.

"2º—Que cada parte contendiente domine y ejerza el gobierno civil y político y administrativo en las respectivas jurisdicciones que actualmente tiene, durante la presente guerra.

"3º—Que todo comercio, navegación, industria, de nacionales o extranjeros, sean absolutamente li-

bres, sin más restricciones que las ordinarias, en esta Costa Atlántica.

"4º—Que en ambas regiones, cada fracción beligerante tenga el derecho de disponer para el pago de empleados, de las partidas que el Presupuesto General designa.

"Desde ahora aseguro a Ud., Señor Almirante, que toda modificación, ampliación o detalle en estas proposiciones, que se halle de acuerdo con los deberes de la humanidad y la civilización y que la otra parte, o el Señor Ministro Denis, quieran hacer, serán aceptados por el suscrito".

El Señor Almirante contestó así:

"U. S. S. Rochester Flagship, 21 de Octubre de 1926.—Mi estimado General. Tengo el honor de acusar recibo de su carta, de 19 de Octubre de 1926, en la cual Ud. propone al Encargado de Negocios de Estados Unidos ciertos términos para la neutralización de la Costa Atlántica de Nicaragua. Será un placer para mí el enviar al Encargado, como Ud. lo desea, los términos propuestos.—Cordialmente suyo.—(f.) J. L. LATIMER.—Real Almiral U. S. Navy Commander Special Service Squadron".

El autor no supo nada del Señor Denis a este respecto. Solamente averiguó que en aquellos días se hallaba muy fatigado en la buena obra de hacer Presidente de Nicaragua a don Adolfo Díaz. Para realizar este alto interés se había solicitado el armisticio y se hacían las conferencias de Corinto.

Aprovechando el armisticio enviamos al General Beltrán Sandoval a Guatemala a requerir al Dr. Juan Bautista Sacasa, nuestro Presidente Constitucional, para su regreso a Nicaragua, temeroso el autor de que un día a otro, el Encargado de Negocios Denis, consiguiera en Managua el retiro de Chamorro, la elevación de Díaz al Poder de Nicaragua y el reconocimiento de Washington.

Llegando Sacasa a Puerto Cabezas, antes de la elección de don Adolfo, las dificultades del tratado de las cinco repúblicas centroamericanas se habrían multiplicado para el Departamento de Estado.

Con Sandoval se envió un vaporcito a Sacasa, para su viaje y el siguiente memorándum:

Memorándum para Sacasa

"El armisticio, firmado entre el Representante de Chamorro, General Gustavo Argüello y el Delegado de Sacasa, General Moncada, es puramente local y sólo compromete a las partes concernientes a la Costa Atlántica. En ninguna manera restringe ni se opone a los derechos del Presidente legítimo ni a la causa constitucionalista. Solamente provee la manera de respetar los intereses extranjeros, a la neutralización de El Bluff, al igual de Bluefields y al em-

bargo de elementos de guerra que transiten por la zona neutral.

“Tampoco interviene en los asuntos de la Costa del Pacífico ni en lo que otros caudillos liberales puedan hacer y ejecutar. Al contrario, el Almirante Latimer, testigo del convenio, cree que el Presidente Sacasa puede llegar a cualquier punto del Atlántico o del Pacífico y especialmente a las zonas declaradas neutrales en uno y otro océano. Ha dicho que probablemente se á declarado neutral el puerto de Corinto para las conferencias y que en todo caso el Señor Chamorro dejará el Poder.

“La opinión nuestra es sencilla. El Presidente Sacasa debe llegar a Nicaragua a cualquier punto de la República a organizar su Gobierno, para comunicarlo luego a las Repúblicas firmantes del Tratado de Washington y las demás naciones amigas. Con esto sabrá defender su derecho a la Presidencia y cumplir con la Constitución cuyos preceptos juró defender. Durante el armisticio puede llegar a Bragman, Bluff o Puerto Cabezas, lugar completamente seguro, porque conforme a los convenios, nosotros estamos en posesión completa de la Costa Atlántica, menos Bluefields y El Bluff.

“El pueblo nicaragüense del interior y el de esta Costa reclama y exige la presencia del Presidente Constitucional”.

CAPITULO VIII

TERMINOS DEL ARMISTICIO

Como hemos hablado de los términos del armisticio, conviene reproducirlos.

“De la Legación de Estados Unidos en Managua al U. S. S. Rochester.—1121—El Gobierno puede aceptar el siguiente armisticio:

“(1)—Armisticio por quince días sujeto a prórroga por mutuo consentimiento si se necesitase mayor tiempo para las conferencias.

“(2)—Suspensión de hostilidades durante el armisticio.

“(3)—La zona neutral que ahora comprende a Bluefields, se extenderá a Bluff, (1) bahía, islas y caños, dejando esta zona bajo el control militar de marinos americanos; administración civil por el gobierno de facto; rentas de aduana en depósito del Colector Ham, para gastarse en el presupuesto de Bluefields; como también los Bonos de 1909, no sujetos a uso militar. Prohibido el tránsito de materiales de guerra en la zona.

(1)—Este era el principal punto pedido por nosotros, incluir El Bluff en la zona neutral.

“(4)—Las fuerzas del Gobierno se trasladarán de El Bluff a El Rama sin molestia.

“(5)—Tropas de Moncada se retirarán de Lagu-

na de Perlas a otra parte conveniente fuera de la Zona.

“(6)—No habrá refuerzos en las posiciones actuales de Moncada en la Costa, ni para el Gobierno en El Rama, excepto para seiscientos hombres, no más, que llegarán allí en pocos días.

“(7)—La navegación del Río Escondido libre para embarcaciones americanas en legítimo comercio.

“(8)—Libertad de los prisioneros será propuesta, pero pueden ser canjeados con Moncada.

“(9)—Para cualquier disputa el Almirante Latimer u oficiales designados por él, servirán de árbitros.

“El armisticio debe comenzar el 23.—(f.) Denis.—U. S. S. Rochester, off Bluefields, Nicaragua, Sept. 23, 1926.

Luego las firmas del Jefe Político de Bluefields, General Gustavo Argüello y José María Moncada, Jefe del Ejército Constitucionalista, el Almirante Latimer y C. Guebranson Teniente Comandante de U. S. Navy”.

Cuando el Señor Almirante presentó al autor este documento con la firma de Denis, hubo de parte de aquél alguna vacilación al leer el punto 6 relativo a los seiscientos hombres que marchaban hacia El Rama. Se comprendía su temor de que ésto no fuese aceptado.

Dijo entonces el autor que no tuviera cuidado el Señor Almirante, pues bien podía decir al General Chamorro que enviara a la Costa no solamente ese número, sino lo que le pluguiera. En nuestra mente se alimentaba el plan de la batalla de Laguna de Perlas, atrayendo al adversario hacia los swamps.

Habia colocado el Señor Almirante al General Argüello en el cuarto del Capitán del Rochester y al Jefe Constitucionalista en el suyo propio.

De uno a otro cuarto se cambiaban las impresiones. Ya reunidos, poco después Argüello y el autor, se presentó la lista de los prisioneros que el gobierno de facto tenía en El Rama, y se mostró también la que nosotros teníamos para el canje. Era mayor el número de aquéllos y fué preciso escoger entre todos. Había nombres conocidos y otros no. Al leer el autor, pensativo, quería adivinar quiénes no. En el aire el lápiz, leyó un nombre conocido. No quiso marcarlo. Repasaba la lista. Volvía al consabido nombre y el lápiz se resistía a caer sobre el papel. Por fin, no hallando más nombres conocidos fue marcado a instancias del General Gustavo Argüello, el temido personaje.

Este dudoso prisionero fue causa más tarde de desazones y molestias en el ejército.

El Almirante tuvo la atención de entregar los

prisioneros al bajar del Rochester al Jefe Constitucionalista.

No había más que esperar el resultado de las conferencias, los quince días y los otros quince días de la prórroga.

Preguntado el autor sobre su opinión respecto de la paz, el propio Señor Almirante tuvo la bondad de traducir, entre varios puntos, estos dos principales:

"I—La Presidencia debe pasar al Doctor Sacasa, por la legitimidad de su elección.

"II—Si esto no fuere posible, que se convoque una Asamblea Constituyente, para reorganizar el país eligiendo los representantes bajo la supervigilancia de los marinos".

La misma idea, más o menos, aceptada el 4 de Mayo de 1927 en Tipitapa.

Dichas propuestas no fueron tomadas entonces en cuenta.

Los treinta días de espera se pasaron en organización de nuestras fuerzas y en la llegada, por fin, del Señor Presidente Sacasa a Puerto Cabezas, en donde por aquellos días organizó su gobierno, nombrando al autor Ministro de la Guerra. Hasta ese momento se hizo en verdad el nombramiento de Delegado del Ejecutivo.

"Puerto Cabezas, 1º de Diciembre de 1926. Señor Ministro de la Guerra y Marina, General Don José María Moncada.—Río Grande.—Para su conocimiento y demás efectos, tengo el gusto de transcribirle el acuerdo que dice: "El Presidente de la República, en uso de sus facultades, Acuerda: Unico—El Señor Secretario de Estado en el Despacho de Guerra y Marina, General Don José María Moncada, continuará desempeñando las funciones de Delegado del Ejecutivo que se le confirieron antes de su nombramiento de Ministro.—Comuníquese.—Dado en la Casa de Gobierno. Puerto Cabezas, 1º de Diciembre de 1926.—SACASA.—El Ministro de Gobernación.—Argüello".—(f.) Leonardo Argüello".

Así llegó a tener el autor el mando del Ejército sin discusión ni protesta y pudo operar bajo su propia responsabilidad, como Dios le ayudara a pensar y ejecutar.

Recordamos con gusto en esta obra las pláticas y conferencias que hubimos con el Señor Almirante, unas serias y otras jocosas, pero dignas de referencia.

Hombre sagaz y culto, el Almirante no se hacía sentir, no obstante la fuerza que representaba. No tenía más facultades que las que le transmitía la Legación de Managua, como acontece con el régimen americano y de otras grandes potencias de la tierra. Es el Departamento de Estado el que opera, por medio de sus representantes en cada país. Sin derecho ni

capacidad para censurar tal sistema, solamente podremos decir que de los altos oficiales americanos rara vez podrá conseguirse aquella útil libertad de acción que puede hacer prodigios en momentos dados o corregir la mala actuación o las injusticias por otros cometidas.

El Almirante, según se colige, obraba por indicaciones de Denis y lo prueba el documento del armisticio en este capítulo publicado.

Interesante es su lectura porque con poco estudio se comprende que en todo favorecía a Chamorro, quien después de la batalla de El Bluff, había quedado con sus tropas en situación precaria, sin municiones y sin ánimo.

Como la expedición constitucionalista del Pacífico había sido deshecha, la intervención maniobraba para colocar a Díaz en lugar de Chamorro, creyendo al mismo tiempo muy fácil el concluir con el movimiento de la Costa Atlántica. La determinación del Departamento de Estado parecía clara y evidente y así solía el autor declararlo a los amigos que le rodeaban.

No quería el Departamento de Estado a Chamorro, pero no deseaba que fuese vencido por la revolución, para salir airoso en la contienda y la presidencia de Díaz.

Entre los sucesos divertidos del armisticio hay uno que se relaciona con el Señor Almirante Latimer, el Jefe Político de Bluefields y el Autor. Dijo el segundo al primero que en La Cruz de Río Grande, bajo la jurisdicción del tercero, vivía la esposa de don Julio Leal, uno de los prisioneros conservadores canjeados. Que ella se desvivía por reunirse con su dueño y señor. El Señor Almirante, condolido, interpuso su buena amistad con el Jefe Constitucionalista para que permitiera la salida de la señora Leal y le diese pasaporte. El Jefe accedió, y aprovechando la oportunidad de un viaje a La Cruz, pasó a visitarla, le dijo lo que sus amigos deseaban y el Señor Almirante especialmente. Ella contestó que saldría al día siguiente y el Jefe le ofreció pasaje en la gasolina que a él conduciría.

Por la mañana el Jefe envió a un ayudante para preguntar a la señora si aprovecharía la embarcación, y si estaba lista. Ella contestó que no quería salir para Bluefields.

Por medio del radio de la Cuyamel, en la Barra de Río Grande, el autor envió el siguiente telegrama al Señor Almirante:

"Siento decir a Ud. que la señora de Leal ya es desleal y que no quiere ir a Bluefields".

Una de las contradicciones más notables de aquellas célebres jornadas saltó a la vista el día en que las fuerzas constitucionalistas tomaron los fondos de la Aduana de Cabo Gracias. Mr. W. J. Crampton, en El Bluff entonces, montó en cólera y protestó de

acuerdo con el Recaudador General Mr. Ham, ante el Sr. Almirante Latimer. Este fue servido de apoyar a los recaudadores.

Todos éstos se mostraban muy partidarios de Chamorro y Díaz y se convirtieron en corresponsales de la Prensa Asociada, unos desde El Bluff y otro de Managua, contribuyendo a desfigurar los hechos en la opinión de Estados Unidos. No obstante, el hecho claro es éste. El Departamento de Estado había declarado de facto el Gobierno de Chamorro y si no se podía considerar legítima la revolución, porque el Dr. Sacasa, el Presidente, no pisaba tierra nicaragüense, por lo menos podía equipararse al Gobierno de Chamorro, como de facto también.

Se lee en las condiciones del armisticio que "las rentas debían depositarse a la orden del Alto Comisionado Ham, para emplearse en el gasto del presupuesto en el Departamento de Bluefields".

La ciudades de Bluefields y El Rama se hallaban bajo la jurisdicción de Chamorro y el resto de la Costa Atlántica con la revolución constitucionalista. Si en la ciudad mencionada Mr. Ham podía destinar las rentas para el pago del presupuesto, justo y lógico nos pareció que la revolución tomara para el mismo objetivo de los fondos colectados en las Aduanas del Cabo, de Puerto Cabezas y los impuestos que por pie de madera exportada en Río Grande y en Laguna de Perlas se cobraban.

Esto fue causa de largas discusiones. Hombre con hombre marchaban el Almirante, el Alto Comisionado y el Encargado de Negocios, Denis, pues de éste fue la redacción del armisticio y el ordenador de varias otras injusticias cometidas. El señor Almirante impidió que la revolución viviera a la manera que Chamorro vivía, usando los fondos de sus respectivas jurisdicciones.

Salta más a la mente el desaguado cuanto más se recuerda el cómo Mr. Denis aconsejaba la guerra en Managua a los constitucionalistas, diciendo que el gobierno de Chamorro no se podía tolerar.

Hablando otra vez del Señor Almirante Latimer, repetiremos que no le juzgamos culpable de las sinrazones referidas, desde luego que la armada y el Ejército de Estados Unidos obedecen fielmente las instrucciones del Departamento de Estado.

Otro de los hechos dignos de memoria es el de la opinión de algunos comisionados del Dr. Sacasa en las Conferencias de Corinto, que deseaban entenderse con Díaz y le enviaban mensajeros con este objetivo.

¡Cuánatas cosas habrían sucedido sin la tenacidad aragonesa de aquel pobre ejército constitucionalista, desnudo y sin zapatos, que en la Costa tenía por techo el cielo y las estrellas de la noche y por cama la ciénaga y las ondas del mar y de los ríos!

Da tristeza pensarlo.

CAPITULO IX DECLARACIONES DE DENIS EN MANAGUA

El Almirante a Moncada, Octubre 24 de 1926.— Conferencia en Corinto cerrada hoy sin arreglo. Por consiguiente el armisticio terminará en la media noche del 27.—(f.) Latimer.

Una vez concluido el armisticio en las conferencias de Corinto, el Encargado de Negocios Denis volvió a Managua e hizo a una Junta de Conservadores las declaraciones que aquí se copian en la parte principal:

"Como representante diplomático de mi Gobierno, tengo grandes responsabilidades en todo cuanto diga, declare e insinúe. No entraré en discusión sobre estas materias, precisamente porque la naturaleza de ellas no me lo permite. Si, es bueno que se sepa, que el Gobierno Americano reconoce la libertad, soberanía e independencia de los países de la América Latina; y como una acción amistosa, he llamado a los prominentes hombres del Partido Conservador nicaragüense para que oigan la opinión de mi Gobierno, una opinión que doy ahora en nombre del Gobierno Americano sobre el punto a que me he referido; deberé hablar directamente a los hombres influyentes de Nicaragua, a los jefes políticos de la agrupación conservadora. Declaro que no es mi intención criticar la Administración del Gral. Chamorro; que nosotros los Estados Unidos, somos enemigos de la revolución y amigos decididos y consagrados de la paz. Uds. saben que existen unos pactos suscritos por los gobiernos de Centro América, incluso Nicaragua, que nosotros somos garantes de tales pactos y que tenemos, por ende, obligación de velar por el honor y la santidad de tales pactos. Ustedes conocen sobre todo, dos artículos de esos pactos, conocen ustedes igualmente la actitud del Gobierno Americano cuando el General Chamorro dio a entender que tomaría posesión del Poder público de Nicaragua. Me permitirán leer el párrafo de la copia de una comunicación que la Legación Americana pasó en aquel entonces y que declara que las consecuencias quedarían a cargo de ellos. Esta fue la primera declaración del Departamento de Estado en relación con los acontecimientos de que vengo ocupándome. Como aquí se ha dicho que hay una opinión favorable a la situación que encabeza el General Chamorro, opinión que culminaría con el reconocimiento cercano, en fuerza de una buena administración en el Gobierno, yo he sido instruido por el Departamento de Estado para declarar con exactitud y en su nombre, todo cuanto se relaciona con sus puntos de vista ya enunciados en la carta de Mr. Kellog para el Dr. Castrillo. Tengo la pena de decirle que el Departamento de Estado no reconocerá al General Chamorro, como ya se ha dicho a éste. Ahora al salir de Nicaragua Mr. Eberhardt, hace pocas semanas, me dijo que aquí en Nicaragua se creía que en el Departamento de Estado, había opinión favorable a un reconocimiento del General Chamorro; pero es bueno advertir como un deber mío que eso no es exacto en cuanto a la opi-

nión del Departamento de Estado. El Gobierno Americano no amenaza, y si ha tomado medidas de fuerza armada, lo hace para defender los intereses americanos y mediando una provocación. El hecho del no reconocimiento es perjudicial por causas que a Uds. no se ocultarán; pero aquí es también oportuno volver a declarar que el Gobierno Americano no quiere usar medidas de fuerza, en consonancia con su política esencial. Repito: en ciertas ocasiones hemos tomado medidas de hecho, pero eso en fuerza de defender los intereses americanos. La opinión del Departamento de Estado es la opinión de todo el mundo en consonancia con un principio invariable de política, es que el actual orden de cosas no debe existir. El principio invariable de política americana está estrechamente vinculado con los principios del derecho moderno. Ahora, insisto en advertir que el mío es un consejo, una opinión amistosa del Departamento de Estado. Téngase por sabido que no queremos emplear presión contra la situación actual de Nicaragua, porque eso sería un ejemplo indigno. Esperamos si, que la constitucionalidad acabará por triunfar en Nicaragua y declaro que la actitud del Departamento de Estado terminantemente declarada antes, cambiará.

“Yo no indico ninguna solución del problema que los nicaragüenses tienen entre manos. Cuando Uds. arreglen sus asuntos, cuando hayan llegado a una conclusión definitiva y justa, yo estaré dispuesto y listo para coadyuvar con Uds. en el arreglo honorable de estas cuestiones; yo, entonces, comunicaré a mi Gobierno el final de este arreglo de Uds. y les ayudaré a seguir el camino que deben seguir. Repito y declaro que yo no tengo candidato. Mi candidato es neutral. Declaro que el Gobierno Americano no fomentará ninguna revolución y que procuro y procuraré el bien general de Uds. Tenemos sí, que decir al mundo que velamos por un compromiso internacional, serio y solemne; y que procuramos que impere la Constitucionalidad en Nicaragua. El Departamento de Estado tiene una actitud ya definida, que mantendrá firme e invariable; actitud que no modificaré en el porvenir. Repito que estoy a las órdenes de Uds. para aclarar si pueden aclararse estas declaraciones que esta Legación hizo anteriormente. Las consecuencias serían serias al negarse. Repito que el Departamento de Estado no variará su actitud. La situación actual de Nicaragua no es la que debe continuar”.

Así cayó Chamorro. Su sentencia fue pronunciada por Denis en la Legación Americana y en la Capital de Nicaragua.

El Congreso estaba compuesto de muchos senadores y diputados legítimos y otros de facto. Cuando el 25 de Octubre de 1925 Chamorro dió el Golpe de Estado, depuso a varios representantes del régimen pasado, reemplazándolos con los candidatos conservadores que habían sido vencidos en los comicios del año anterior.

Bajo la influencia de Denis se pudo arreglar es-

to en parte, llamando a muchos de los depuestos, pero conservando algunos de los irregulares. Este nuevo Congreso, así vestido, de regulares e irregulares, eligió Presidente a un señor Uriza, Senador, y luego definitivamente a don Adolfo Díaz.

CAPITULO X

LAGUNA DE PERLAS

El 26 de Noviembre de 1927 decía el autor á su amigo el General Carlos Pasos lo siguiente:

“Entiendo que leiste el telegrama relativo a arreglos de paz y que ahora leerás la contestación de Sacasa. Dice que debemos estar juntos y yo comprendo que esto es lo mejor. Si el Dr. Sacasa viene, él tomará la dirección de esas conferencias, y si no llega, estamos obligados a resolver el problema. Si quedara allí algún Jefe dirigente, me gustaría que vinieras, sobre todo con hombres y elementos de guerra. Tú sabes que no me ciego, que no estoy dispuesto a derramar inútilmente la sangre de mil quinientos amigos por culpa de pasiones y malos instintos; pero sí quiero caer con ellos honrosa y dignamente. Creo que los americanos no están con nosotros, por celos del apoyo de México y que quisieran que nosotros cediéramos el campo al enemigo, mas no han tenido valor de darme declaración escrita sobre el reconocimiento de Adolfo Díaz. Se la pedí al Almirante y se negó a dármela y sólo pudo escribir la nota que ya conoces, sobre términos de paz. Yo le dije que pocos años de vida me faltaban y que jamás podría consentir en deshonorar mis canas, y así te pido como amigo de mi mayor intimidad que me mandes por cualquier medio doscientos hombres de infantería con cien tiros cada uno, guardando allí ametralladoras para último extremo, pues yo estoy obligado a jugar la última partida en bien de la causa que defendemos.

“En San Juan del Norte, el enemigo ha sido vencido, y espero que lo será también en Tasbapowney, si los amigos me ayudan con algún esfuerzo. De todas maneras tengo confianza completa en que, en cualquier momento, se podrá firmar un tratado de paz que garantice la vida y la propiedad de los constitucionalistas.

“En todo momento he querido esperar la llegada del Dr. Sacasa para tener siquiera ese orgullo. Quiero entregarle el ejército intacto y no derrotado. Toda nuestra paciencia se debe a eso, a la espera del Dr. Sacasa. Si hubiera venido a tiempo ya no pasaríamos dificultades; mas siempre que se le pregunta sobre su venida ofrece llegar, y por esto no podríamos abandonar la Costa a pesar de mi convicción de que solamente en el interior está el triunfo. Te he tomado la palabra de acompañarme en esto, por eso te ruego me mandes la gente inmediatamente”.

Los marinos del Señor Almirante Latimer supervigilaban la Costa Atlántica, especialmente Bluefields, Río Escondido y Rama; Barra de Río Grande, Puerto Cabezas y Cabo Gracias a Dios, antes, durante y después del armisticio, pero no pusieron aten-

ción en los hechos siguientes, de los cuales, hablé en carta del mes de Octubre, durante el armisticio.

“Los chamorristas han inspeccionado las posiciones de Loma de Mico, en el Río Escondido, aguas abajo del Río Escondido”.

“No cumplieron pues con lo estipulado en el armisticio de no avanzar de El Rama hacia Bluefields.

“Han llevado dos mil hombres al Rama, en lugar de seiscientos que se le permitieron en el armisticio y mil más a Guadalupe, aguas abajo también de El Rama”.

“Han abierto un camino para Laguna de Perlas, aprovechando el armisticio, para llevar sus tropas contra ella en cuanto el armisticio expire”.

En cambio, el Jefe Constitucionalista no quiso permitir que las armas de México llegaran a sus manos durante el armisticio”.

El Señor Almirante no contestó la referida carta.

Eran los jefes de aquellas fuerzas contrarias:

General Humberto Pasos Díaz, Delegado; General en Jefe, Carlos Rivers Delgadillo; Coronel Moraga y otros.

Desde New York, siempre dentro del llamado armisticio, recibí Chamorro abundante cantidad de rifles, municiones y ametralladoras. De estas capturamos algunas en Palo Alto y habían pertenecido al Ejército americano.

Requerido de palabras el señor Almirante, abordo del Rochester, contestó que estando él en Corinto no lo habría permitido.

Por estas razones, no hemos tenido inconveniente en asegurar que si el armisticio no se había pedido para ayudar a Chamorro o a Díaz, las apariencias todas condenaban al Encargado de Negocios, Denis.

Fuera de esto, después de reconocido Díaz, las zonas neutrales le seguían a donde él lo solicitaba. Así se declararon zonas neutrales Corinto, Managua y San Juan del Sur y más tarde otras.

Por nuestra parte, llevando la defensiva, al finalizar el armisticio, armamos y equipamos bien cerca de mil hombres y nos redujimos a las posiciones más centrales y de fácil e inmediata comunicación. Laguna de Perlas y sus márgenes hacia el Río Escondido, Tasbapowney y Barra de Río Grande; y como retaguardia hacia Matagalpa, La Cruz en el extremo navegable del Río Grande. Con una ojeada al croquis aquí publicado, el lector comprenderá fácilmente nuestras posiciones.

Llegado el momento decisivo fuimos retrocediendo palmo a palmo, de emboscada en emboscada. En la primera, cerca de la mencionada Loma de Mico cayó muerto el Delegado Don Humberto Pasos Díaz, sobrino del Gobierno de Managua, quien marchaba

en un vaporcito haciendo reconocimiento. Al llegar a Fruta de Pan, en donde se hallaba el General Hogson, nuestro, de raza criolla, el jefe diista dirigió sus anteojos hacia la emboscada, y una bala certera le hirió fatalmente en la frente.

Hubo consternación en Managua, abordo del Rochester y entre nosotros también por la importancia del jefe conservador. El señor Almirante solicitó del jefe constitucionalista el permiso, en nombre del Presidente Díaz, de que el cadáver pasase por San Juan del Norte que ya estaba en nuestro poder. Se accedió con gusto, ordenando los honores militares debidos, pero la familia del infortunado militar prefirió llevarlo por Costa Rica, en aguas del Río Colorado.

No hicimos nosotros tales honores. No quiso la suerte, para no permitirnos ese rasgo de pundonor e hidalguía.

Decía el Almirante: “U. S. S. Rochester, Diciembre 7 de 1926.—General Moncada.—Río Grande—Se ha recibido insinuación de la Legación Americana en Managua para arreglar el paso del General Humberto Pasos Díaz y escolta a través de las líneas liberales, de San Juan del Norte al Castillo. Mucho apreciaría el permiso de Ud.—(f.) Almirante Latimer”.

De Fruta de Pan, las pequeñas columnas nuestras retrocedieron hacia el Silico y Laguna de Perlas; y el adversario avanzaba y avanzaba, seguro de su superioridad en número, elementos de guerra y de su victoria final.

Al General Johnson se le ordenó luego la retirada de Laguna de Perlas.

Los criollos de la Costa Atlántica tienen un amor extremo por sus tierras. Laguna de Perlas era la Capital del Rey Mosco, aquel que Inglaterra hizo coronar, celebrando él su monarquía encaramado sobre un árbol. El General Johnson participaba de esta herencia singular y obedeció con tristeza. Hizo observaciones, pero el Comando ordenó por segunda vez, lacónicamente, la retirada a Tasbapowney.

Mientras el plan maduraba, Puerto Cabezas dudaba, pues un día arribó a las márgenes de Río Grande una comisión con papeles que decían: “Puerto Cabezas, Diciembre 9 de 1926. . . .A última hora he resuelto enviar también, formando parte de la comisión que se dirige a esa, a nuestro amigo el Dr. Cordero Reyes. Ya Ud. conoce la absoluta confianza que me merece el Dr. Cordero Reyes; y le ruego hablar íntimamente con él sobre todos nuestros asuntos.—(f) Sacasa”.

La comisión se componía de los Ministros Modesto Armiño y Arturo Baca.

La comisión dudaba del éxito en Laguna de Perlas. Se puso ante sus ojos el plano de la batalla para llevarlo al Presidente Sacasa, asegurándole el triunfo. Que después de alcanzado, se sirviera aceptar la

renuncia de Ministro de la Guerra y Delegado del Ejecutivo.

Por ellos mismos se supo que otro Ministro del Gobierno Constitucionalista desconfiaba del autor por su vieja amistad con Don Adolfo Díaz, y deseaba que una parte del Ejército se confiara a otro jefe.

El Jefe Constitucionalista se opuso, pero invitó cortésmente a los comisionados para que le acompañaran a Laguna de Perlas, a presenciar la batalla. Tuvo el pesar de ver que la comisión declinara el honor de acompañarle en lo que para nuestras armas debía ser gloriosa jornada.

Agregaba el Señor Presidente: "El Dr. Baca, como Subsecretario de la Guerra, hablará más íntimamente con Ud."

Se comprendía que cada uno llevaba diferente comisión.

Más o menos sucedía esto el 15 de Diciembre. Ya era tiempo. El General Johnson había dejado una pequeña embarcación y había ésta presenciado la llegada del contrario a la ciudad, sus posiciones, sus trincheras.

Durante las Conferencias de Corinto, la fuerza constitucionalista permanecía en la Barra de Rio Grande, Costa Atlántica de Nicaragua; pero una vez concluido el armisticio, y poseedores de Laguna de Perlas los lugartenientes de Díaz, el Mando en Jefe, el autor de este libro, comprendió la hora del ataque comenzando por trasladarse con embarcaciones y todo a Tasbapowney, una pequeña lengua de tierra situada entre Laguna de Perlas y el mar, única entrada que nos quedaba para la de Laguna de Perlas, a presentar batalla a nuestros adversarios. Por un pequeño caño o creek trasladamos pequeñas gasoilinas, lanchas y canoas, sobre las cuales pasaron novecientos hombres, artillería, cañones y parque.

Pintoresca travesía, a la luz de una espléndida luna, con animación, pero en discreto silencio, mirando todo, animando a los desalentados, conteniendo a los temerarios, llenos de fe en el triunfo y en la justicia de nuestros derechos, en la busca de la ciudad, para atacarla por la espalda presentando un ala de la tropa al adversario que por el Rama, el Escondido y el Silico llegaba. Nuestros soldados llevaban sus rifles y mochilas en alto, hundido el cuerpo en el suampo y la vista alerta hacia la centinela enemiga.

El propio autor describió la batalla de Laguna de Perlas el 30 de Diciembre de 1926.

"Es la ciudad de Laguna de Perlas una pequeña población recostada en la margen de la laguna del mismo nombre. Tiene hacia al Norte, y el Este y en parte al Oeste solamente agua que la circunda y para el Sur, una llanura, la cual fue el verdadero frente de batalla.

"Hacia el Sur, a una milla, se hallaba el caserío

de Hallower, el cual, como la ciudad estaba fuertemente atrincherado, con muros formados de arena y tablas, de un metro de espesor y otro de alto.

"Todos los contornos de la ciudad, desde la punta que mira a Raitipura, hasta la que se acerca a Hallower, se hallaban completamente defendidos, para resistir un dilatado sitio.

"Por el lado de Bluefields y el Rio Escondido, la ciudad de Laguna de Perlas tiene dos entradas, verdaderamente llaves de la llanura y la población. Viene la una entrada de Loma de Mico en las márgenes del hermoso Escondido pasa por el caserío de Cucra, un puente mal construido sobre el arroyuelo de Esicreek, el cual tiene su boca o desaguadero en la laguna y su nacimiento en la llanura Sur de la ciudad hacia el punto llamado la Laguna.

"La Bodega, es la otra entrada para la ciudad. Ha tiempos que se usa el caño de Silico para comunicación entre Bluefields y la ciudad de Laguna. Cruzan por el caño pequeños vapores de gasolina, lanchas y botes de escaso calado desembarcan sus provisiones y mercaderías, y elementos de guerra, en caso necesario, en La Bodega y de allí por tierra se trasladan a la ciudad, pasando por Hallower Boiton y luego Hallower.

"Estaba La Bodega defendida como un castillo, por cien hombres y dos ametralladoras, al mando de un General Méndez, en peligrosa posición para fuerzas asaltantes, pues los contornos son pura llanura.

"En todos estos lugares se alojaban en buenas posiciones de combate, formando un semicírculo muy abierto, desde Raitipura, nombre que significa "del otro lado del Cementerio", hasta La Bodega, teniendo además, fuerzas regulares en la Barra de Laguna, o sea la entrada del mar, en el sitio denominado Bar Point, contra el cual nuestra cañonera "Carmelita" había peleado cuatro días antes de la batalla, para llevar al enemigo la impresión de que deseábamos efectuar un desembarco por mar.

"Pero nuestro plan era distinto. Todo el ejército constitucionalista se movería en una escuadrilla de botes y pequeñas gasoilinas por las aguas de Laguna de Perlas, desde Tasbapowney, al Norte, hasta el cabo de Creek, primero por agua, y bajando después a tierra, a pie, desde Bronws Bank hasta el mencionado caño. De aquí, aprovechando una montañita que corre a la margen del riachuelo, pasaríamos a dormir, la noche del veintidós de Diciembre, junto a los vivacs del enemigo. Lo que logramos sin ser vistos.

"Por agua mandamos colocar la misma noche en la isla de Hog Cay, Isla del Cerdo, un cañón y una ametralladora para atacar de frente y por el Norte de la ciudad. También blindamos una lancha de gasolina, poniendo en ella un cañón de cinco, y en otra, la llamada Leoncito, una ametralladora.

"El ejército, compuesto de mil hombres más o menos, tenía instrucciones fijas de tomar en primer

término el Puente de Esick Creek, Raitipura y La Bodega. De la primera parte se encargaría el General Daniel Mena, con los Coroneles Abel Gutiérrez y Gilberto Morris, y de la toma de La Bodega, el General Escamilla y los Coroneles Alejandro Plata y Nieman Connor.

“Con exacta precisión se ejecutó el movimiento, a las cinco de la mañana del veintitrés, dando comienzo el cañón de la Isla del Cerdo.

“Cayó Raitipura después de un cuarto de hora de combate; el Puente, al cabo de media hora, y La Bodega, tras de reñido y denodado fuego de asalto dirigido por el Coronel Plata, quien entró en duelo personal, tiro a tiro de pistola, con el Jefe chamorrista, el dicho General Méndez, muriéndose éste y quedando nuestro valiente jefe ileso. Hubo rico botín de provisiones, de dos ametralladoras, la guarnición prisionera, con excepción de tres individuos de tropa que escaparon, muchos muertos y heridos del contrario y varias bajas de los nuestros. A larga distancia de la ciudad se encuentra La Bodega, y por esto el combate, como el del Puente, no fueron oídos por el enemigo. El General Escamilla y el Coronel Plata, después de colocar una fuerte columna en La Bodega, para rechazar cualquier facción usurpadora, que por el Falso Bluff viniera, pudieron juntarse al General Mena, como a las cuatro de la tarde, en las posiciones que el adjunto croquis señala, en los momentos en que de Hallower atacaban a Mena. Reñido el combate, irresistible el ímpetu de nuestros, derrota consiguiente de los chamorristas, luego persecución contra sus propias trincheras de Hallower, terminando con la toma de este fuerte, rico botín de armas, provisiones, prisioneros, parque y todo.

“Entre seis y siete de la tarde, con la toma de Hallower, la batalla estaba virtualmente ganada, y reducido el enemigo al recinto de la ciudad, pues el mismo día veintitrés, a las dos de la tarde, los nuestros, en el Puente, habían derrotado y puesto en precipitada fuga una tropa auxiliar contraria que del lado de Cucra venía, dejando armas y ropas.

“El día siguiente, el General Juan Moraga, hermano del caudillo Emiliano Chamorro, quiso recobrar Hallower, a la cabeza de trescientos hombres y ametralladoras, con tan mala suerte que nuestras armas todas cruzaron sus fuegos contra la columna atacante, deshaciéndola completamente, con el desastre de más de doscientas bajas, entre muertos y heridos.

“Desde este momento no dió señales de vida el adversario. Se cuenta del General Rivers Delgadillo, que la noche del veinticuatro enfermó por la derrota de sus armas. Aprovechando la noche huyó en unos botes por la ciénega, hacia el Falso Bluff, con alguna tropa y otros jefes. Abandonó sus muertos y heridos.

“Pero habían dejado en el campo cerca de quinientos hombres dispersos, trescientos prisioneros, otras tantas bajas efectivas, heridos municiones, un cañón, cinco ametralladoras, otras deshechas en la

batalla, como cien mil cartuchos de todas armas, cuatrocientos rifles.

“Dejando en Laguna de Perlas al General Beltrán Sandoval, volvimos a Tasbapowney el 25 de Diciembre para saber algo exacto de lo sucedido con las nuevas zonas neutrales creadas por el Gobierno Americano, y de allí dirigimos al señor Almirante Latimer, la oferta de entregar por su medio todos los heridos conservadores a las autoridades de Bluefields, sin más obligación que la de llegar a Laguna de Perlas a recogerlos, lo mismo que a un norteamericano que sin recibir ofensa alguna de nicaragüenses, peleaba en Laguna contra nosotros.

“Hicimos eso no sólo por natural sentimiento humanitario, sino para demostrar de la parte liberal el reverso de la medalla en cuanto a educación de unos y otros en Nicaragua. Todos saben en Centro América que nuestros heridos de El Bluff fueron enviados a Bluefields y de allí el enemigo, al curarse ellos, los hizo prisioneros.

“Con la lectura de esta sencilla crónica se comprenderá la causa de haber dejado nosotros Laguna de Perlas al contrario. Cayó en el lazo y fue deshecho el gran ejército usurpador de casi tres mil hombres, diez y seis ametralladoras y un cañón que nos amenazaba en la costa, en una sola, completa, decisiva y memorable batalla, algo parecida a la del Recreo en la guerra de 1909, contra Zelaya, librada el mismo mes de Diciembre y en las mismas fechas, al cabo de diez y siete años, más funestos que los de Zelaya, más ruinosos para nuestra pobre patria.

CAPITULO XI

LAS TEMEROSAS ZONAS NEUTRALES

En Laguna de Perlas recibimos aviso de que habían declarado zonas neutrales la Barra de Río Grande y Puerto Cabezas; y en Tasbapowney hallamos las siguientes notas del señor Almirante Latimer.

“Man of War Cay, Nicaragua, 23 de Diciembre de 1926.

Mi estimado General: Tengo el honor de dar informe a Ud. de que he establecido una zona neutral en Barra de Río Grande para la protección de las vidas y propiedades de ciudadanos de Estados Unidos y extranjeros en ese puerto.

“La zona comprende el área situada al alcance de un tiro de rifle de la arriba mencionada propiedad.

“Las naves armadas o fuerzas no podrán penetrar en esta zona.—Respetuosamente suyo, (f.) J. L. Latimer.—Contra Almirante, etc.”

Y el mismo 23 de Diciembre, otra nota igual con relación a Puerto Cabezas.

Es decir, que se cerraban por completo los ver-

daderos centros del movimiento constitucionalista, Río Grande y Puerto Cabezas, puesto que con Bluefields no se contaba; ya era neutral desde Agosto de 1926.

Con una simple ojeada del mapa de Nicaragua se comprende que el ejército constitucionalista, vencedor en Laguna de Perlas, teniendo cerrada la salida hacia el mar y Bluefields; cortada también esta vía hacia el interior; se comprende que solamente le quedaba abierta la montaña, casi infranqueable, para Matagalpa y Chontales. Las noventa millas quizás navegables del Río Grande, para embarcaciones de pequeño calado, quedaban cortadas igualmente en la barra por la zona neutral. Embotellado, pues, el Ejército Constitucionalista, vencedor en Laguna de Perlas, sin más horizonte que aquellas tinieblas de los junglares, la selva virgen, pero adusta, enmarañada, con profundos suavos y peligrosos desfiladeros, ríos intransitables, es decir, por horizonte único las horcas caudinas, la tumba, o la retirada de los diez mil de Jenofonte.

Pero sacando fuerzas de flaquezas y orgullo resolvimos el avance de los mil y más héroes de Laguna de Perlas hacia Matiguás, en los linderos de Chontales y Matagalpa.

¿Pensaría bien el señor Almirante Latimer, en lo que valian el honor y la vida de mil quinientos hombres? ¿El Almirante o el Departamento de Estado?

¿O nunca conocieron, sino desde las nubes, en aeroplanos, la tenebrosa montaña de aquellos lugares, precipicios llenos de vivoras y malaria?

No nos dejemos llevar por la recriminación y copiemos las notas dirigidas por el Comando en Jefe al señor Almirante Latimer:

“Almirante Latimer.

U. S. S. Rochester.

“Ud. sabe que yo había pedido a Ud. mismo la zona neutral que acaba de declarar; pero me quejo de que no se haya dado tiempo suficiente a mi gente de Río Grande para sacar las provisiones y las municiones de guerra. En esta costa el único medio de comunicación es el de barcos y no teníamos ninguno en la referida fecha.—(f.) Moncada.—Diciembre, 24 de Enero 1926”.

Tasbapowney, Diciembre 26 de 1926.

Almirante Latimer.—U. S. S.—Rochester.

“Su mensaje sobre neutralidad de la Barra de Río Grande y Puerto Cabezas llegó tarde a mis manos, durante la batalla de Laguna de Perlas. Después de derrotar completamente a los adversarios de la Constitución y las leyes de Nicaragua, he regresado a estas aguas para encontrarlas completamente cerradas, aún para las provisiones y tiendas de campaña

pertenecientes al Ejército Constitucionalista. En las notas que he recibido de Ud. no se hace mención sino de prohibir el tránsito de embarcaciones o de hombres armados. Se me da informe también de que nuestras municiones y elementos de guerra han sido confiscados. Supongo que esto es un error del Comandante de las fuerzas de desembarco, y confío en que se aclarará para mí el motivo. . .

“Las tropas de Díaz derrotadas en Laguna de Perlas huyeron hacia el Falso Bluff y Bluefields, de acuerdo con el último arreglo firmado a bordo de uno de los destroyers. Después de declarar Ud. que era justo, el árbitro se halla obligado a desarmar esas tropas tan pronto como penetren en la zona neutral. . .

“Estas tropas han abandonado sus muertos y heridos. Por razones de humanidad, ruego a Ud. dar aviso al Jefe Político de Bluefields de que puede enviar por ellos a Laguna de Perlas sin otra obligación que la de usar una bandera blanca y hombres sin armas con cualquiera de los jefes de la Cruz Roja conservadora o americana.

“Uno de los americanos que han peleado contra nosotros fue hecho prisionero. Lo pongo a la orden de Ud. con la condición de que no debe pelear más contra las fuerzas constitucionalistas, que nunca le han ofendido.—(f.) J. M. Moncada”.

El señor Almirante contestó así el 30 de Diciembre, en aguas de Río Grande: “Mi estimado Gral.: En contestación a su cortés ofrecimiento de que desea poner a mi disposición un americano que ha hecho prisionero, con tal de que no pelee más, doy a Ud. informe de que con mucho gusto me haré cargo del americano de que me habla y de que garantizo que no peleará más contra las fuerzas que Ud. comanda.

“Si Ud. tiene la bondad de decirme en dónde puedo encontrar a este hombre, con gusto enviaré por él. Muy respetuosamente, (f) J. L. Latimer”.

El hombre se hallaba en Laguna de Perlas y allá fue entregado. Sabíamos que él y otros americanos habían dado consejo al Jefe Chamorrista para los atrincheramientos de la ciudad. Se dijo que eran marinos, pero no nos consta la verdad de la especie.

Además de tan rudo golpe, debemos agregar que el Comandante de las fuerzas de intervención en Río Grande, mandó hundir en las aguas mil y más rifles, Springfield, un millón y ochocientos mil tiros de esta arma, y millares de granadas y otros proyectiles de cañón y ametralladoras.

Se mostraban tan ofendidos los marinos con nuestros rifles que en las riberas del mar rompían esas armas contra los árboles.

Nunca supo el autor si del mismo modo se eno-

jaron en la zona neutral de Bluefields contra las armas de Adolfo Díaz, ni si fueron a éste entregadas, en virtud de ser el Gobernante reconocido. Es de suponer que sí porque según el modo de hablar de Mr. Denis, "tal era la opinión, no solamente de su Gobierno, sino del mundo entero. . . Este principio invariable está estrechamente vinculado con el derecho moderno" decía él en Managua.

El orden de cosas que existía en Nicaragua, cuando tales declaraciones, era el de Chamorro en el interior y el de los constitucionalistas en la Costa Atlántica. Este era el caso.

Pero cuando don Adolfo fue electo en Managua y subió al Poder, la luz se hizo, la Constitución renació y las armas podían y debían ser entregadas a nuestro redentor.

Comprenderá el lector la terrible situación de nuestro ejército. Aún la gasolina estaba prohibida para nosotros, de orden de los marinos. Las compañías no debían vendernos una gota.

¡Qué abismo de pensamientos y dudas para el autor sobre la justicia y la libertad humana y el derecho!

Todas las ideas juntas se agolpaban a nuestra mente. Ora montábamos en cólera, como en los cuatro caballos del Apocalipsis; ora clamábamos al cielo; ora caíamos en angustia profunda y desaliento, pensando en abandonar la jornada, en economizar una tragedia siquiera para Nicaragua.

¡Pero el orgullo, el honor. . . !

Era un sonámbulo en esos días el autor de este libro. Bajo fiebre semejante resolvió la marcha a Prinzapolka, no hecha zona neutral todavía.

El mismo Dr. Sacasa, que en su vida ha pronunciado una interjección, ni buena ni mala, salló de sus casillas dando informe desde Puerto Cabezas a la prensa mundial de lo que pasaba:

"Puerto Cabezas, Diciembre 28 de 1926.— Prensa Asociada.

"Refiriéndome a su radiograma. Ciertamente, sin un solo récord de abuso contra intereses extranjeros, los vapores de guerra DENVER y CLEVELAND, desembarcaron fuerzas violentamente, ametralladoras, cañones y con belicosa actitud mi pequeña guardia presidencial y mi residencia privada fueron rodeadas. Enseguida recibí la siguiente comunicación:

"Memorándum para el Dr. Sacasa.—Confirmando la conversación de esta tarde, se declara desde ahora zona neutral el siguiente territorio: Puerto Cabezas y Bilway incluyendo los suburbios, a una distancia de dos millas. No habrá tránsito de armas, municiones, cuchillas, etc. en la zona neutral, ni reclutamiento ni alguna otra actividad que parezca persecución u hostilidad. El Dr. Sacasa y sus fuerzas pue-

den salir de la zona neutral a las 4 pm. del 24 de Diciembre de 1926, por agua, con sus armas si así lo desean. De lo contrario, deben desarmarse y entregar tales armas al Comandante de las fuerzas de desembarco del Cleveland. La estación del radio puede transmitir mensajes claros y estos mensajes no deben tener sabor a hostilidad y persecución.—(f.) Spencer S. Lewis L.— Comander, etc."

"La consecuencia de la ocupación fue el desarme de mi guardia, retención de elementos de guerra, que todavía lo están antes de la expiración del término señalado. Todos mis movimientos prohibidos, y el de mis botes y el uso de mis claves. Este mismo mensaje ha sufrido la censura. Estoy aislado y relegado a indefinida inacción. Intereses extranjeros no están ni han estado nunca en peligro, por lo cual entiendo que la declaración de zona neutral para la protección al Gobierno de facto de Adolfo Díaz, quien cuenta con efectiva influencia entre los banqueros de Wall Street. Al mismo tiempo, igual procedimiento ha ocurrido en la Barra de Río Grande, principal depósito de nuestro material de guerra. En 1912, Díaz solicitó también, como ahora lo hace, el apoyo del Gobierno Americano para mantenerse en el Poder por tal apoyo. . ."

En efecto, el 24 de Diciembre, de Managua se envió a la Prensa Asociada el siguiente radiograma:

"Las fuerzas rebeldes de Sacasa han sido victoriosas en tres días de combate en la costa Este y están ahora persiguiendo a las fuerzas de Díaz hacia el interior. Díaz pide socorro, dice que no puede mantenerse contra los liberales rebeldes apoyados por México".

No estaba Díaz satisfecho con toda la voluntad de Estados Unidos en su favor. La concordancia de las fechas es fatal para Díaz y la intervención: batalla de Laguna de Perlas el 23 de Diciembre y zonas neutrales el mismo 23.

También el autor envió sus quejas a la prensa del exterior y al Comité de Relaciones de Washington, en más o menos iguales términos:

"De Managua y de extranjeros enemigos, salen noticias para falsear la opinión pública en EE. UU., México y Centro América. La batalla de Laguna fue decisiva en la Costa Atlántica. Restos del usurpador marchan en retirada hacia el interior. Nuestras fuerzas detrás. No hay mexicanos en el ejército, sino seis; ocho centroamericanos; el resto nicaragüenses. Nunca hubo en la Costa mayor garantía para la vida y propiedad de nacionales y extranjeros. Bolseviquismo no lo conocemos.

"La neutralidad de la Costa la pedí desde Septiembre pasado, para proteger intereses americanos y extranjeros. No nos daña. Solamente protesto contra la teoría del Departamento de Estado de que en Nicaragua los liberales son malos y los conservadores

buenos. Esto es apasionamiento impropio de los representantes de una nación tan poderosa como Estados Unidos de América. Si México es muy fuerte contra Nicaragua, Estados Unidos es capaz de luchar contra todos. Por qué engañar al mundo con literatura?—(f.) Moncada”.

Al Comité de Relaciones exteriores de Washington, entre otras declaraciones:

“No hay memoria en Nicaragua de un cuerpo de ejército que mejor haya cumplido con los deberes internacionales como el que se haya bajo mi mando. Respeto grande nos merecen extranjeros y nacionales. A aquéllos hemos dado completa protección y garantía, en la exportación de frutas y maderas, como ellos mismos pueden declararlo, en unión del propio Almirante Latimer y el Cónsul Americano en Bluefields.

“Nuestra mayor justificación consiste en el aliento que para la guerra constitucionalista, el Departamento de Estado nos dio con el no reconocimiento del usurpador Chamorro.—(f.) Moncada”.

CAPITULO XII

POR LOS RIOS KURINGWAS Y PRINZAPOLKA

(HACIA MANAGUA)

De Tasbapowney dimos órdenes a Laguna de Perlas para que el Ejército se trasladase a la Cruz de Río Grande aprovechando las embarcaciones que nos quedaban. Iban a recorrer cien millas de la propia Laguna y el Río bastante caudaloso del Kuringwas. En un desembarcadero de éste recibieron la carga bueyes y mulas, que ya recogía en aquellas comarcas y bananales el General Carlos Pasos, quien en toda la guerra fue el brazo derecho del autor, por su energía y actividad.

LA CARMELITA, nuestra hombre de guerra, como dicen los ingleses, no estaba en el mar, sino en Laguna, a donde había penetrado después de la batalla.

Nos dirigimos a Prinzapolka. Frente a sus aguas encontramos una embarcación amiga que penetraba en la barra. Un amigo de abordó, nos dio informe de lo que pasaba en Puerto Cabezas, lo mismo que en Río Grande: decomisadas las armas y municiones. Todo allá era confusión.

Eu autor había pensado en ir a Puerto Cabezas, para cambiar ideas con el Dr. Sacasa. Desistió por de pronto, pues no quería caer en las zonas neutrales, y se resolvió a obrar con independencia, continuar su camino como se ha dicho, a lo sonámbulo.

Bien recibido por los amigos en Prinzapolka; pero no por el tiempo, pues contragimos en la travesía del mar una fuerte influencia de 39 a 40 grados de fiebre. Así habíamos de marchar, por el Río, a bus-

car la Cruz de Río Grande, el nuevo punto de reconcentración. Con amigos conseguimos la gasolina necesaria, para el transporte de elementos de guerra de Laguna de Perlas. El Ejército marchaba sin vacilaciones.

Habíamos requerido al señor Almirante Latimer por las provisiones, municiones y rifles de Río Grande, y en Prinzapolka recibimos la siguiente contestación, el 3 de Enero de 1927:

“Mi estimado General:—Tengo el honor de acusar a Ud. recibo de su carta de esta fecha, por medio de la lancha ANNIE, requiriéndome para dar órdenes que permitan remover las provisiones y municiones de las fuerzas que Ud. comanda en las zonas neutrales de Puerto Cabezas y la Barra de Río Grande; y doy a Ud. informe que di consejo al Capitán del ANNIE, antes de que saliera de aquí (aguas afuera del Río Grande) que vapor no armado, con hombres desarmados únicamente, puede entrar en la Barra en cualquier momento del día para sacar las provisiones que allí haya.

“Las armas y municiones de Puerto Cabezas y Río Grande pueden de igual manera removerse por sus representantes debidamente autorizados, con botes y hombres desarmados. Estos botes deben entrar a Puerto Cabezas y Río Grande durante el día, únicamente. No conozco de provisiones de Ud. en Puerto Cabezas, pero si las hubiere pueden ser transportadas. Respetuosamente.—(f.) —. L. Latimer.—Contra Almirante, etc.”

Trascribiendo esta carta al Comandante K. B. Chapell, del Cuerpo de Marinos, en la Barra referida, dimos la debida autorizada comisión al General Carlos Pasos, quien al penetrar en Río Grande solamente encontró a unos buzos a quienes el Oficial Chapell pagaba para extraer del fondo del río el millar de rifles de que hemos hecho mención, y el millón ochocientos mil cartuchos. La tarea resultó imposible.

¿Conocería estos hechos el señor Almirante cuando dictó la contestación que hemos leído? Tal vez no, pues no le juzgamos entonces capaz de tan cruel ironía. Le conocíamos caballero y militar pundonoroso.

Por nuestra obsesión respecto de las zonas neutrales, resolvimos la marcha inmediata a La Cruz, no obstante la fiebre y una tos pertinaz y violenta. Por fortuna, a Prinzapolka había llegado el Dr. Hildebrando A. Castellón, médico distinguido, con un cuerpo de Cruz Roja y con él hicimos la travesía hasta Matiguás.

Salimos de Prinzapolka el 7 de Enero de 1927, en una pequeña nave, subiendo el río que da su nombre a la ciudad.

Teníamos prisa de salir. La zona neutral nos pisaba los talones.

En efecto, el día 9, un oficial de nuestro ejérci-

to nos decía lo siguiente, en una carta de la misma fecha:

"Hónrome en comunicarle que hoy, a las 9.35 am. desembarcaron cincuenta marinos americanos al mando del Capitán de Navío Haymann, para neutralizar este puerto. De acuerdo con nuestra política y con las instrucciones superiores recibidas, no se opuso resistencia, pero a salvo el parque, el cañón y los rifles sin empuñar, que existían en la plaza. Dos horas me concedieron, para desocupar la plaza con las fuerzas estacionadas aquí".

Le llevábamos, pues, dos días de delantera al señor Almirante. Desde entonces solamente de las nubes pudo vigilarnos. Se recordará que en Octubre de 1926 propusimos al Encargado de Negocios, Denis, la Neutralización total de la Costa Atlántica, que nuestro constante afán se concretaba a marchar al interior en busca de nuestros adversarios. Se habría evitado así las molestias y desazones que padecieron los marinos y también el Departamento de Estado, a quien acusaba de imperialismo y de conquista la opinión del mundo, y de provocación a Hispano América. Se habría ahorrado el volcán de odios que dio vida y aplausos, meses después, al bandolerismo de Sandino, terrible y destructor.

Pero Mr. Denis se hallaba empecinado en sacar al frente a Don Adolfo Díaz, y prefirió los caminos largos y tortuosos, las conferencias, el Congreso y el cansancio de Chamorro y de nosotros.

El autor iba despertando de su sueño poco a poco. Se curaba del sonambulismo, recordando que esto precisamente, —la marcha al interior—, era su ardiente deseo, no realizado por causa de los armisticios y conferencias de Corinto y la tardanza del Dr. Sacasa en poner el pie en cualquier peñón de Nicaragua, para inaugurar su Gobierno. En su despertar, el autor agradecía al señor Almirante sus zonas neutrales, sin precaver que, una vez en el interior, las malditas zonas asomarian su fatídica cabeza en aguas y ciudades del mar Pacífico.

No sentíamos la fiebre. Inyecciones del Dr. Castellón, una tras otra, y quinina, y aspirina, y adelante.

El río tranquilo, el tiempo lluvioso, húmedo en extremo, la montaña abrupta con las grandes ramas de los árboles y enmarañadas lianas, colgando a las veces sobre la cubierta de la pequeña nave.

Dormimos sobre el río. Llegamos el 8 a Bisbila, sobre la ciénaga. El 9 en marcha a La Cruz, cruzando el río Macantaca y el 10 en La Cruz, junto a las plantaciones y bananales de la Cuyamel.

En esta ciudad nos confortamos, sacamos fuerza de flaquezas y empujamos el ejército que victorioso de Laguna salía. Monturas, aparejos, bueyes, mulas y botes, todo listo con el auxilio generoso y decidido de Carlos Pasos.

El 23 de Enero salimos de La Cruz sobre las aguas del Río Grande y nos dirigimos a Palpunta, el extremo navegable del mencionado río.

El 26 por la mañana, el Estado Mayor todo a lomo de mula sobre el suampo y la montaña abrupta. Rodábamos en los principios con cabalgaduras y todo. En lo hondo de una grandísima pendiente llamada Aymamá, vimos demudarse al Dr. Castellón, no acostumbrado a tales marchas, ciudadano que había vivido solamente en las clínicas y en los parlamentos, pues ha sido político nunca arrepentido y siempre deseoso de ascender. Otra vez las patas de su cabalgadura, un machón desenfrenado, se enredaron entre unas grandes raíces. La bestia pateaba y el autor, angustiado, ordenaba a un ayudante que cortara la raíz.

Rodando, levantando, cogidos de la maleza, cruzando los ríos a nado, o a pie, con la pertinaz calentura, llegamos a San Pedro el 28, sin encontrar sino las huellas de la pequeña columna enemiga que Díaz había enviado por Chontales, para poner en jaque nuestra ala de La Cruz.

En San Pedro permanecimos varios días recibiendo los rifles, ametralladoras y cañones, que en botes empujaba Carlos Pasos desde La Cruz para Matiguás.

Salimos el 4, siempre a lomo de mula y sobre la montaña cenagosa y cruel. La misma marcha, monótona, sombría, arreglando cargas y aparejos a cada momento, cortando ramas y obstáculos, por modo tenaz, perseverante, como si una grande obra, digna del aplauso humano, había de realizarse, con fe incabable, con denuedo a las veces, teniendo siempre en la cabeza la figura alta y risueña del señor Almirante, abordo del Rochester, con los destroyers de veinte y dos nudos, y las tremebundas, terribles, odiosísimas zonas neutrales.

Era un espectro que nos perseguía y nos obsesionaba, poniéndonos acicates.

El 10 de Febrero, por la mañana, el autor caía en una misera choza, con el pulso alterado, algo desalentado el cuerpo, pero no el espíritu. Una tizana del doctor, una aspirina, otra inyección y a Matiguás. Por la tarde en tierra firme, en los llanos de Matagalpa y de Chontales, después de treinta y tres días de marcha fatigosa, indescriptible.

Y luego los combates de que hemos hablado en la primera parte.

Batalla en Muy Muy el 13 de Febrero, en Marzo 4, conferencia de Muy Muy; Marzo 14, batalla otra vez y triunfo en Muy Muy y El Chompipe; Abril 5, derrota de Beltrán Sandoval; el 6, Palo Alto y triunfo completo; hazaña de Escamilla y Diego López contra el tren de guerra.

Batalla peligrosa de Cumaica; cuatro más en Las Mercedes, los días 15, 16, 17 y 18.

Y luego Boaquito. . . y Stimson. . . y Tipitapa. . . y saludos nuevos al señor Almirante, quien con una tenacidad inhumana y terrible, en aguas del mar océano, ya había cruzado el Canal y nos asediaba de nuevo con sus zonas neutrales en el Pacífico, en el interior de Nicaragua. Había salvado felizmente las temidas sirtes del océano con los adelantos modernos, cinco mil marinos a sus órdenes y naves de guerra, y el apoyo total de ciento veinte millones de habitantes de Estados Unidos de América; y nosotros, a la intemperie y al sol, en la jornada más cruel y fatigosa que en muchos siglos se verá.

La América Latina se quejaba, unida en el alma y el corazón con Nicaragua, pero sin naves de guerra, ni nada. Nos quejábamos al cielo, y el cielo tampoco escuchaba.

CAPITULO XIII

LA LEY DE JESUCRISTO

El verdadero concepto de la imparcialidad y la justicia no se ha descubierto en el mundo todavía.

Juzgamos aún al prójimo no por comparación de nuestro interior, de las cualidades o defectos de nuestra alma, habida cuenta de los delitos o faltas que hayamos cometido, sino solamente por las faltas y delitos de aquél.

Si amamos, no queremos que el otro ame como nosotros hemos amado.

Si aborrecemos, intensamente deseamos y queremos al mismo tiempo, no ser correspondidos de modo idéntico. El mal para nuestro semejante, cuanto sea posible, el bien para nosotros, de persona a persona, de familia a familia, de sociedad a sociedad y de nación a nación.

Si envidiamos el haber ajeno, no quisiéramos que los otros padecieran la tristeza del bien nuestro.

Solemos adquirir el hábito funesto de esperar todo los demás y de pedir favores, aún de manos que quisiéramos ver ardidas, pero miramos con recelo y como dignos de acre censura a todos aquellos que padecen el mismo hábito funesto.

Si alguno o algunos reciben dádivas, eso es malo; si nosotros recibimos, bueno.

Siempre nos creemos superiores al resto de la humanidad, de raza a raza, de civilización a civilización, de inteligencia a inteligencia, de hermosura a hermosura. Nunca, dice el proverbio español, vemos la paja en nuestro propio ojo, solamente en el ajeno.

Estas reflexiones conducen a la imposibilidad de que en este mundo reine la ley de Cristo: amaos los unos a los otros.

Si hay distribución de golosinas o de premios a los niños, preguntad a una madre si no quiere para su hijo lo mejor. ¿Qué cuál supera en inteligencia? La

madre quizás se reprima en contestar, o disimule diciendo que el otro niño; pero en su fuero interno sabe y comulga con las cualidades y adornos morales y físicos de su adorado hijo.

Preguntad a una persona si no ha pensado en que sus bienes sean dejados en herencia a la comunidad, para escuelas, industrias, instituciones que beneficien al mayor número y siembren la simiente del progreso.

Contestará que no. El dejará sus bienes todos a su familia, aún a sabiendas de que después de su muerte sus funerales serán sangrientos, como los de Alejandro de Macedonia.

Recordad las disputas de ciudad a ciudad, los viejos rencores de Roma y Cartago, de aquélla y Constantinopla; de las modernas naciones. Cada una cree tener la perfección y no le concede nada a su rival.

¿Y no es lógico que el animal acaricie más a sus cachorros que a los ajenos; que quiera la misma sangre de éstos para sustento de los suyos?

Es verdad que la educación influye por mucho en modelar al hombre o en corregir sus instintos; pero como hasta hoy, el hombre y las naciones, después de tantos siglos de educación, se han corregido bien poco, lo probable para lo porvenir es el fracaso completo de la ley de Cristo, tan celebrada por lo sublime y hermosa.

Habrà necesidad de recordar en este punto, la Gran Guerra de Europa y de mirarnos en el proceloso espejo del mundo actual?

Nos inclinamos por estas razones a creer que no es buena política de los pueblos poderosos la de proteger y seguir con la bandera a sus súbditos, buenos o malos, donde quiera que se encuentren, y se observa que los protegen más cuando emigran a naciones débiles, sea Nicaragua, el Transvaal o Marruecos, que cuando se trata de Inglaterra, Alemania o el Japón.

En esto se reconoce mayormente que tal precedente es malo porque no puede practicarse con igualdad en todas las circunstancias; y por consiguiente no debe entrar en los cánones del Derecho Internacional.

Por idénticas razones, mala es la práctica de zonas neutrales y el desembarco de fuerzas, para ayudar a los connacionales, puesto que esto es fácil de hacer en Puerto Cabezas, Río Grande o Corinto, pero no en Liverpool, Hamburgo o el Havre.

Se dirá que en esta última existe la civilización, pero es hacedero el contestar, después de la terrible guerra europea: ¿dónde existe la civilización? ¿en qué rincón del planeta los hombres son iguales ante la ley, el connacional y el extranjero?

Hemos de pensar siempre, por una larga y copiosa experiencia de los siglos, que el poderío perverte el corazón humano y que se envilece más el ciudadano y más duro tiene su pecho contra otros hombres y otros pueblos, cuando se siente apoyado por la tremenda fuerza de escuadras de guerra y acorazados. Igual cosa acontece con nuestros hijos, cuando llegamos a tener la debilidad de querer más a uno que no al otro y de obligar a éste al servicio de aquél, a la obediencia ciega.

Así acontece con la mayoría de ciudadanos de países poderosos, cuando emigran a lejanas tierras. Negocios y dinero buscan, a las veces por medio de concesiones odiosas y monopolios onerosos. El país que les da albergue queda doblemente castigado, en el caso de una reclamación, porque se le explota o se detentan sus haberes, y luego será preciso sumar aquel mal menor con el mayor de la reclamación, como sucedió en Nicaragua cuando el reclamo Emery.

Tal vez sería más generosa y de suprema igualdad, fácil de penetrar en los cánones del Derecho Internacional, la teoría de que: el ciudadano, una vez fuera de su patria, se ha de arreglar y comportar como a bien tenga, en la nueva tierra adoptada por su propio y libre albedrío, obediente a sus leyes en sus haberes, sin derecho a reclamaciones diplomáticas..

Tal doctrina aliviaría de manera trascendental las ansiedades del mundo y las guerras de unos pueblos contra otros.

Es ley comprobada por la historia que más justo y ecuánime es el hombre cuando sabe forjarse por sí mismo y menos suele pensar en el daño de los demás y en la protección ajena, aún de sus padres o de su patria.

La expresión de Stimson en Tipitapa de que Estados Unidos de América no podía cometer error, nos reveló en toda su fuerza, el alcance de la palabra nacionalismo. La Nación es todo; y al pensar y creer fanáticamente que no yerra, se establece un círculo de acción que se roza en un punto con cada otra nación vecina. La que se halla en la tangente, en el lindero, ha de pensar lo mismo; México, por ejemplo, o el Canadá, o en nombre de éste Inglaterra; y mirando en lontananza, el Asia, a través del grande océano Pacífico, el Japón tiene derecho a pensar de idéntica manera; y acaba de pensarlo y ejecutarlo, penetrando por fuerza en Manchuria y en el viejo solar de la raza amarilla, China.

Inglaterra no comete error, generalizando la expresión de Stimson, en mantener un pie en la India y en sus otras posesiones. De igual manera, Francia y España, no han cometido error en Marruecos. Pueden tomarlo para su propio beneficio, aunque a las veces sucede que el beneficio se convierte en maleficio.

Se comprende que en Tipitapa, el hombre que más tarde fue Secretario de Estado, Stimson, exaló de su alma, del fondo de su sér, todo el amor que

existía por su país, el fanatismo supremo de la patria. El mundo nunca ha mirado mal esta exaltación del ciudadano, este amor que excluye todos los otros amores de la tierra. Pero la humanidad misma no ha comprendido que este egoísmo nacionalista es la causa suprema de las guerras. Que al colmar Estados Unidos de América su poderío hasta el punto de no cometer error, se enajena el cariño del resto del mundo lo cual es gran peligro para su propia existencia.

De allí el fracaso de la ley de Cristo aquí en la tierra, porque quien se ama tanto a sí mismo, o a su propia tierra, no puede amar a otras porciones del planeta, al resto de la humanidad.

Por eso nosotros, que hemos visto y estudiado a Estados Unidos en Nicaragua, comprendemos ahora con claridad, que los americanos del Norte, es decir, los marinos y los civiles, no han amado a Nicaragua en lo general, porque le han causado muchos dolores y tristezas, a causa de creer siempre, de manera intensa, que ellos piensan mejor que nosotros, y que no pueden equivocarse en los medios empleados para la intervención y para la defensa de sus intereses en el Continente.

Caminamos todos de esta manera en el mundo, perdido el rumbo e inconscientes del escollo. El amor humano, el justo medio, el respeto de lo ajeno, la igualdad social, el supremo y divino alcance del Evangelio, caen destrozados, y viene la tristeza de la irredución, la silueta desnuda y sepulcral del Calvario, padecido por el Hijo del Hombre en Galilea. Renace, resucita Jesucristo, macilento siempre y con la Cruz a cuestas por una eternidad, no solamente el tercero día. Este es el supremo martirio del hombre.

El Departamento de Estado, en Washington, como en Londres, Berlín, París y Tokio, piensa que dondequiera que se encuentra un connacional, merece respeto y protección, de parte de su patria, y ésta, por la fuerza, ha de obligar a la otra a padecer en igual forma por el bienestar del extranjero, más que por sus propios hijos.

¿Y si el representante es injusto? ¿Por qué pensar que ese emigrante, buzo de concesiones y privilegios, no puede equivocarse y que una vez equivocado expone a su país a error e injusticia y abuso de la fuerza imperialista que Dios le ha dado?

Y el representante diplomático de ésta o aquella poderosa nación ¿no se halla, acaso, expuesto a error, por ser humano? ¿No podrá cegarle el interés y el amor de sus connacionales? Porque el juicio se perverte cuando el interés propio se apodera de la conciencia.

¿No sería posible aquí en la tierra reparar todo error, una vez cometido?

Para nosotros el Derecho, sea Privado, Público o Internacional, debe descansar en la igualdad. Si el Almirante Latimer a nombre de su Gobierno, hundía en aguas de Río Grande las armas y municiones del

Ejército Constitucionalista, de idéntica manera debió hundir en aguas de Corinto las armas y municiones que a Chamorro y a Díaz llegaban. Habría ahorrado a su patria el odio del resto de América y habría hecho un gesto de nobleza y de hidalguía, como lo hacían los Cruzados y caballeros de la Edad Media.

En Estados Unidos, para entrar los campeones de boxeo al ring, se pesan en una balanza. Algunas libras más de peso puede tener uno de los contendientes, pero más o menos se busca igualdad. Esto es en Estados Unidos una costumbre justa, ¿por qué no lo ha de ser en Nicaragua? Si Washington ha tenido algún empeño—que no lo creemos—en que nosotros los nicaragüenses nos matemos los unos a los otros, se nos debía dar a los contendientes iguales armas, a semejanza de los caballeros de la Edad Media. Y si no tenía ese interés, habría acertado su camino de Tipitapa, desarmando de antemano a ambos contendientes obligándoles con la sola presencia de sus escuadras a la paz.

Cuando nos hemos referido al señor Almirante Latimer, comprendemos en la expresión al Departamento de Estado, porque en las grandes potencias no mandan, sino que ejecutan los militares las órdenes de sus respectivas cancillerías. Son máquinas, y aunque no lo sean, las leyes militares obligan a no pensar, a perder el dón sublime de la inteligencia que Dios nos dió y el generoso impulso de la conciencia.

CAPITULO XIV

EL TERMINO MEDIO

Empero, no nos ceguemos. No argumentemos pensando en lo que la humanidad debiera ser, según la ley de Cristo, sino en lo que es. Una nación poderosa, de la clase y calidad de Estados Unidos de América, no puede cruzarse de brazos ante el destino. Tiene que forjarlo ella misma. Su historia es de aver. Es arteria desprendida de Inglaterra. En más de cien años de existencia ha crecido lo que nadie habrá podido prever, por la influencia de los inmigrantes de Europa, que buscan tierra y trabajo. Se ha llenado tanto de población, que al cabo se ve obligada a extender su esfera de acción, como lo han hecho siempre las naciones de Europa y Asia.

Por las premisas sentadas en esta obra, el autor debe pensar de Estados Unidos de igual manera que respecto de otras naciones poderosas. Tiene necesidades, ideal de grandeza que realizar en el mundo, aunque sea a costa de Nicaragua, aún a costa de otras naciones del Caribe, del Asia y de Europa igualmente.

Nicaragua, por suerte o por desgracia, nadie sabe los designios del universo, se encuentra en plano equidistante de Estados Unidos, Europa y Asia. Su geografía no la hizo Colón, ni los indios, ni nosotros sus descendientes. Nació del Creador, con el río San Juan y el Gran Lago, es decir, el probable canal. Su situación conviene a la defensa de Estados Unidos y del Continente entero. Error puede haber en la esco-

gencia de los medios. El problema es claro, en cuanto a que Estados Unidos de América tiene una misión que cumplir, como todas las naciones, por su propia existencia y por el bien de todas las otras naciones de América, si le fuere posible, ya que ha sido la primera República bien constituida en el mundo moderno.

Los medios podrían ser diferentes. Como en todo, los intereses han vuelto el seso tal vez al Departamento de Estado, procediendo con violencia o autocracia; pero de todas maneras el porvenir del Continente se vería amenazado si descuida las posiciones militares y estratégicas que el destino le ha señalado.

No hay equilibrio, ni en el sistema solar sino por contrapeso, con el fiel de la balanza en la mano para no perecer. Por desgracia, solamente una mano poderosa puede y debe mantener ese fiel de la balanza y ese ha sido el destino de Estados Unidos en el Continente de Colón. Defender estas tierras y prever las consecuencias de otra invasión europea o asiática.

¿Ha previsto sablamente?

No queremos saberlo. La evolución humana es tardía y la experiencia necesita de siglos para alumbrar el camino. Ha vacilado, ha cometido errores; pero con firmeza y obstinación en el propósito. La historia de Nicaragua lo demuestra, en este último cuarto de siglo.

No sabemos qué presunciones tenía el Secretario de Estado, Philander C. Knox contra el Dictador Zelaya, en 1909. Lo cierto es que aquél apoyó la revolución contra éste, alegando su sistema de gobierno. Ciertamente, era tenebroso el sistema, mas por idénticas razones puede ayudar a cualquiera rebelión en Turquía. Pero allá en Stambul no le interesaba el aparecer como salvador de las instituciones republicanas. En la pequeña nación que da albergue al Río San Juan y al Gran Lago, es decir, al probable canal que podría rivalizar con el de Panamá, le convenía la intervención, con el pretexto de la república.

Mr. Knox no tuvo el dón de pensar en otro sistema que el empleado por Teodoro Roosevelt en el Darién: tomar Panamá. El Secretario Knox quiso, pues, partir a Nicaragua y se refiere que ya había hecho una raya roja en el mapa de nuestra patria, que cercenaba nuestra costa Atlántica.

Estando el autor en Estados Unidos, en el año 1911, después de la guerra de Bluefields, temeroso del mal que se pretendía hacer a su patria, escribió una carta a Mr. Thomas C. Dawson, el de los Pactos Dawson con el Gobierno revolucionario de Estrada y Díaz. En la carta se hablaba, mejor dicho, se suplicaba al Departamento de Estado que se nos tratara como a hermanos, que no se nos mutilara; que bien podría Nicaragua ceder a perpetuidad, a Estados Unidos, el derecho de construir el canal, para evitar todo recelo, y las estaciones navales necesarias a la defensa del Continente.

Mr. Dawson contestó de manera expresiva: "He leído y releído su interesante carta".

Y más tarde se firmó el tratado Bryan-Chamorro, no muy de nuestro agrado, pero bastante para quitarnos del pecho el incierto porvenir, el nublado de la secesión de nuestra Costa Atlántica.

Tal es el término medio de que hemos hablado. Las naciones pueden comprenderse sin destruirse. El poderoso puede hacer el bien. El daño es siempre ingrato.

No pagó Estados Unidos en lo que vale la opción al canal, con tres millones de pesos; pues se estima cien veces más nuestra costa Atlántica y mil veces más el honor.

Tales son nuestras objeciones. El Departamento de Estado debiera velar mejor por nosotros. Lo que le hemos dado, la opción del Canal, no solamente vale la cantidad referida. Vale la tranquilidad de Estados Unidos por doscientos años, y ante el Derecho Internacional mucho más que los tratados Clayton—Bulwer y Hay—Pauncefote, celebrados entre naciones que ningún derecho tenían en el referido Canal. Nicaragua con la opción abandona una grata esperanza, porque Estados Unidos no construirá el Canal nuestro, sino cuando algún cataclismo destruya el de Panamá. Tenemos, pues, bastante tiempo los nicaragüenses, para trabajar a la sombra de nuestras tristezas, y no para llorar bajo los sauces de Babilonia.

Estos recuerdos obligaron al autor, hallándose de Presidente de Nicaragua, a decir al señor Ministro Americano Eberhardt, al Recaudador General, Lindberg y a otros interesados en estos asuntos, hablando con ellos:

"Los Banqueros han hecho con nosotros lo que un hermano mío refiere que le aconteció con un compadre.

"Tenía mi hermano una pava sola, y el compadre un pavo. Se propuso hacer una compañía para la crianza de pavos, y el bueno del compadre aceptó.

"Andando los días, si mal no recuerdo a mi regreso de Estados Unidos, en 1913, mi hermano quiso obsequiarme con una cena en Noche Buena, y me convidó a acompañarle, a casa del compadre, para llevar algún pavito y guisararlo.

"Una vez allá, mi hermano vió una parvada de pavitos que en el patio piaban y dijo: "Compadre ¡cuántos pavos tiene!

"Por única contestación, el hombre repuso: "¡Ay! compadre, su pava no pone".

"Devuélvala, pues, dijo mi hermano, para comérmela con José María esta noche".

Y la comimos. Pero no se parece un indio campesino de estos a los Banqueros de Wall Street. Costaría mucho a Nicaragua el conseguir que le devolvieran la pava, y todavía le cuesta.

El autor refirió otra anécdota a los circunstantes, un poco serio.

"Era muy joven y se me ocurrió casarme. Siempre sucede que el recién casado quiere mucho a los de la casa de su mujer. Esto es en la luna de miel, después ya no.

"Propuse un negocio a uno de mis cuñados. Formáramos un gallinero. Yo sería el socio capitalista. El, el industrial. Yo conseguiría el dinero necesario.

"Lo conseguí en Managua. Volví a la tierra con la plata y lo participé al cuñado.

"—Y cuánto trajiste?, repuso éste.

"—Seiscientos pesos plata, le conteste.

"—Pues de eso, José María, trescientos son míos.

"—Pero hermano, repuse amoscado, si no han puesto las gallinas todavía.

El, colérico:—¿Y qué se entiende, pues, por sociedad?

"—La unión de dos o más, repuse, que se dedican a cierta empresa, y de los productos se reparten por iguales partes; pero de los productos y no del capital, que yo traigo, el cual debo pagar muy pronto con el uno por ciento de interés mensual".

Y no hubo sociedad. El socio había enseñado muy a tiempo las orejas.

"El término medio, pues, para llegar a una inteligencia verdadera entre Nicaragua y Estados Unidos, estaría en no llegar a los extremos apuntados. Que no tengan los norteamericanos la mejor parte en la sociedad y nosotros nada.

Se debiera tratar por parte de Washington a Nicaragua como a hermana preferida. Que no vengan acorazados a nuestras playas, ni Almirantes con marinos. Si llegan, que lleguen desarmados.

Nosotros tenemos abundantes y ricos frutos para la exportación. Que se nos rebaje en Estados Unidos los aranceles de importación. Que haya vínculos intelectuales e intereses comunes. Que el Departamento de Estado sea mediador y no mandador.

CAPITULO XV

LA INTERVENCION ARMADA DE 1912

Desde el tratado Clayton—Bulwer de 1850 y el Hay—Pauncefote, que abrogó aquél, celebrados entre Estados Unidos de América e Inglaterra, el Gobierno de Washington se halla en Nicaragua y es el árbitro de los destinos de Centro América, especialmente de nuestra patria. Pero esta historia no es bien conocida.

Nicaragua ha sido la manzana de discordia, sin haber tenido la oportunidad de ser oída, que como dueña del territorio que el canal cruzará, es lo justo en derecho, al decir de los juriconsultos.

Es innecesario referir los trabajos, proyectos y esfuerzos del Departamento de Estado, durante largos años, para asegurar de manera permanente ciertos derechos en la construcción del canal nicaragüense, o para evitar que otra nación poderosa ponga el pie en nuestra vida nacional, llevando a cabo la obra.

Durante el Gobierno de Teodoro Roosevelt, hubo la compra del canal de Panamá a la Compañía francesa de Lesseps, y después de que el Gobernante, el empeño del Departamento de Estado se delineó de manera clara y perseverante, con respecto de Nicaragua.

Encontraba resistencia en los Gobernantes nicaragüenses, no en los conservadores llamados de los treinta años, sino en el General José Santos Zelaya a quien en Diciembre de 1909, el Secretario Knox le declaró fuera de toda ley internacional.

Habiendo querido tratar con el Dictador, un Ministro Americano llegó a Managua a proponer los convenios consiguientes, y fue desoído, con alguna descortesía. De igual manera o peor se recibió al Ministro Coolidge, negándole un día el agua, el pan y el servicio en la Legación.

Los adversarios conservadores del Dictador aprovecharon este incidente, pero no como generalmente se cree, iniciando ellos en Bluefields la revolución de 1909, sino apoyando el levantamiento del General Juan J. Estrada, Intendente de la Costa Atlántica, llevado a cabo con liberales y con Don Adolfo Díaz y Luis Mena, únicos conservadores, en los principios de la revuelta. Díaz envió informe al General Emiliano Chamorro, quien se hallaba en Guatemala, protegido por el Dictador Estrada Cabrera, émulo de Zelaya.

Chamorro llegó de incógnito a Bluefields, en los días más o menos del levantamiento. El y el General Luis Mena ocupaban segundo lugar en el ejército. El jefe, bastante fuerte de temperamento y de carácter, General Pedro Fornos Díaz, atrajo a Zelaya a sus fuerzas a la montaña, hacia el suampo y le presentó batalla en El Recreo, venciendo de manera sangrienta y reñida y capturando los restos del Ejército zelayista.

Los vapores de guerra americanos ocuparon El Bluff y ofrecieron dar alimento y algún albergue al ejército prisionero.

En los Consejos del Presidente Provisional Estrada, tomaba participación el Cónsul Americano Moffat, quien daba continuo informe al Departamento de Estado sobre la marcha, éxitos o descalabros de la revolución. Había ésta, en verdad, sufrido en San Juan del Norte, en donde un jefe de Zelaya, el General Salvador Toledo, derrotó al General Emiliano Chamorro.

Estrada Cabrera auxiliaba con víveres y elementos de guerra a la revolución; pero al conocer la derrota de Chamorro detuvo las armas que ya tenía a bordo de un vapor en Puerto Barrios, en donde em-

barcarian también el autor de este libro, llamado por el Dictador guatemalteco para encargarle de la conducción de estos auxilios y de un cheque de quince mil pesos oro, destinado al General Manuel Bonilla de Honduras residente en Belice, para que comprara elementos de guerra en New Orleans y los enviara a Bluefields.

Al regreso de Belice a Puerto Barrios, el autor encontró un vapor noruego listo para zarpar, y allí embarcó.

Alegremente fue recibido en Bluefields con vitores a las armas que llegaban. Entraron al vapor Estrada, Chamorro y Díaz preguntando por los rifles, ametralladoras y cañones.

—¿Dónde están, José Maria, dijo Chamorro.

El autor contestó que en las bodegas. Así lo suponía; pero al registrar el cargamento sólo encontramos harina, galletas y otros comestibles. El desencanto fue grande. En verdad, las armas habían sido embarcadas en Puerto Barrios, pero durante el viaje del autor a Belice, se supo de la derrota de San Juan del Norte, y el Presidente Cabrera mandó sacarlas del vapor, dejando solo las galletas, para alimento de los derrotados. Obraba con su prudencia habitual, pues si tras la derrota Bluefields caía en poder de Zelaya, aquellos elementos de guerra se habrían perdido. El autor sintió pena profunda, más había hecho buena amistad con un enviado confidencial del Presidente guatemalteco y se consiguió el envío de las armas, las cuales llegaron poco antes de la mencionada batalla de El Recreo.

El Gobierno provisional de Estrada había enviado a New Orleans a comprar elementos, después de que el Secretario Knox abrió las puertas de Estados Unidos, declarando de facto a ambos gobiernos, al de Managua y el de Bluefields, un agente revolucionario.

Llegaron también por esta parte mil rifles y algunas ametralladoras. El agente comprador recordó en New Orleans al General Manuel Bonilla, de los quince mil, pidiéndole solamente seis mil. Los otros nueve pasaron a otras manos sin beneficio para la revolución.

Alegrísimos los revolucionarios corrieron a la Intendencia a empuñar las armas, mas un soldado curioso quiso probar el cartucho y el cartucho no entró en la recámara.

“—Vea, General, gritó, no entra!”, mostrando el cartucho y el rifle.

Era verdad. El agente compró rifles de un calibre y cartuchos de otro.

Con todas estas peripecias, como el 22 de Diciembre de 1909 vino la dicha batalla de El Recreo y por suerte hubo victoria, porque el plan de ataque fue malamente concebido.

Con la victoria, Zelaya entregó el Poder a Madriz y éste propuso a Estrada la paz. El Provisional se inclinaba a los arreglos y todos los liberales, especialmente el General Fornos Díaz, quien pidió autorización y poderes para ir a Managua.

Embarcó de noche en Bluefields. El tiempo era tenebroso, la mar terrible. Por esto, doña Salvadora de Estrada dijo al atrevido viajero: "No salga esta noche, General. Espere buen tiempo".

"Yo venceré a los elementos", contestó el guerrero.

Pero los elementos desencadenados lo vencieron en San Juan del Norte; y la guerra cambió de jefes, tornándose de liberal a conservadora. Esta fracción no quería la paz: se hizo dueña de la situación. Los liberales se retiraron, excepto el Presidente Provisional Estrada y el autor. Tomó el mando en jefe, el General Chamorro, quien con un ejército de más de mil hombres, bien equipado, con cañones y ametralladoras y buenos soldados, hizo su marcha al interior, sobre el río Escondido y el Siquia. Concibió el plan de desconcertar a las fuerzas de Madriz, dirigiéndose hacia el Norte, a Matagalpa, de volver rápidamente a Managua y presentar batalla decisiva en Tisma, en donde fue completamente derrotado, perdiendo todo el ejército.

Tisma es un pequeño lugar, situado hacia el río Tipitapa, a cuatro o cinco millas de Managua, muy fácil para ser arrollado por las fuerzas del Gobierno de Managua.

Se dijo que Chamorro había adoptado este plan para tomar Managua y adueñarse del Poder, en lugar de Estrada. Sólo él y Dios lo saben.

Al juntarse con nosotros en Acoyapa, Chamorro dirigió a Estrada el siguiente telegrama: "He perdido el ejército. Vengo a que me juzgue". Llegaba solamente con cuatro ayudantes.

Apenas conocieron la derrota las fuerzas victoriosas, se desbandaron, reduciéndose a noventa hombres y un pequeño número de ametralladoras.

El autor, en los días de la batalla de Tisma, había dado informe por radio de Bluefields al Presidente Estrada Cabrera de las victorias de San Vicente y Tisma, y como ésta no era cierta, recibió la siguiente dura contestación:

"La guerra no se hace con palabras. Chamorro ha sido derrotado en Tisma".

El autor guardó en su pecho por muchos días el amargo de la frase, pero él no era militar. Redactaba en lenguaje revolucionario un Boletín de la Revolución y en la expedición al interior acompañaba al General Mena en su Estado Mayor y le servía de secretario y consejero cuando él así lo requería.

Durante la retirada, los generales Chamorro y Mena, una noche, llamaron al autor y le dijeron:

"—Necesitamos que salgas inmediatamente para Bluefields para que hables al General Estrada de proclamar la independencia de la Costa Atlántica de Nicaragua y solicitar el reconocimiento de la nueva República".

El autor se mantuvo sereno, dominándose y comprendiendo que era conveniente ir a Bluefields a marcha forzada, no para pedir a Estrada semejante afrenta, sino para prevenirle y rogarle que no lo hiciera.

Lo encontró patriota. Contestó que jamás lo haría. Un día, ya de regreso al Rama, medio organizadas las tropas, peleando en Bluefields y El Rama contra fuerzas numerosas de Madriz, visitó a Mena Don Adolfo Díaz y le refirió que el Cónsul Moffat había presentado a Estrada el borrador de un radiograma dirigido al Secretario Knox, que contenía la declaración de Independencia de nuestra Costa Atlántica y su Reconocimiento como República. Pedía consejo a Mena y al autor. Este sabía la opinión de Mena, favorable al proyecto. Si mal no recuerda, también a Díaz había exhortado para que no apoyara tan penosa resolución. El General Mena guardó silencio. El autor se indignó y protestó.

Más tarde se supieron bien los hechos. No solamente el borrador referido le presentó Mr. Moffat a Estrada, sino que los principales conservadores le llevaron una acta, para que la firmara, con la misma petición, dirigida al Departamento de Estado.

Es conveniente referir en este punto, porque ello viene a colación en cuanto al Departamento de Estado, que Madriz, el sucesor de Zelaya, había cobrado energía después de la batalla de Tisma, y que dirigió dos ejércitos a Bluefields, al mando de los Generales Godoy y Chavarría, por tierra, y una expedición por mar, en un vapor comprado en New Orleans llamado Fénix, bajo el mando del General Julián Irias.

La situación revolucionaria se vió seriamente comprometida. El General Godoy se hallaba a las puertas de Bluefields; Chavarría amagaba a Mena en El Rama, e Irias había llevado a cabo felizmente su expedición tomando El Bluff.

Aquí echó sus restos el Departamento de Estado en la balanza, declarando zona neutral la ciudad de Bluefields y prohibiendo el combate a tiro de rifle, como se dice, y permitiendo la creación, por parte de los revolucionarios, de un nuevo puerto, con lo cual se le ahogó la victoria al General Irias y por consecuencias al Gobierno de Madriz.

Añádase a esto que Moffat se oponía, después de las victorias de Bluefields y Rama, a nuestra marcha al interior. Así le habló al General Conrad de New Orleans, que peleaba a nuestro lado. Que el problema debía resolverse en Bluefields. Nada para el interior.

El lector se imaginará lo que esto significaba para un hijo de Nicaragua, enamorado de su patria y de su integridad. Ya el autor había padecido

el alcate del radiograma de Estrada Cabrera. La guerra no se hace con palabras. . . Y ahora caía la montaña, el diluvio, la secesión de la Costa Atlántica, la tierra que orgullosamente Zelaya había recobrado.

Dame armas, dijo el General Luis Mena, quiero pelear.

Y de igual manera que de Prinzapolka a Matiguás en 1927, así entonces, como sonámbulo, con cuarenta hombres que Mena le diera, comenzó la marcha al interior, cortando al ejército de Madriz en el Muelle de los Bueyes, en Acoyapa, en el río Tipitapa y entrando a Managua. A esta ciudad llegaron el Presidente Provisional, Estrada, Don Adolfo Díaz, el Cónsul Moffat; y tras ellos, procedente de Washington, un Delegado del Departamento de Estado, Thomas C. Dawson, y con su mediación se firmaron los llamados Pactos Dawson, de 1910, que por los trascendentales para Nicaragua merecen coplarse aquí, más o menos:

1º Convocatoria de una Asamblea Constituyente.

2º Elección del General Juan José Estrada para Presidente Provisional por dos años, y Don Adolfo Díaz para Vice.

3º Compromiso de los firmantes para escoger un candidato, dos años después, y trabajar con la elección de tal candidato.

4º Obligación de solicitar los buenos oficios del Departamento de Estado, para conseguir un empréstito en Estados Unidos de quince millones de pesos oro.

Firmaban estos Pactos cinco dirigentes de la Revolución, cuatro conservadores y un liberal. Este era el Provisional, Juan J. Estrada y los otros, Díaz, Chamorro, (Emiliano), Mena y Solórzano (Fernando). Garantizador de los Pactos, el Delegado Dawson.

¿Había cambiado de táctica el Departamento de Estado? No provenía de Washington el pensamiento de secesión de la Costa Atlántica? ¿Eran ideas éstas de Moffat y los conservadores solamente?

E lector juzgará por los hechos y la relación de ellos, imparcial y lógica. Por de pronto se ha de poner en atención, en el parecido que existe en el procedimiento del Departamento de Estado, con relación a los Pactos Centroamericanos de 1923, en los cuales Washington solamente aparece como garantizador, pero con la mano fuerte para que se cumplan. Ese proceder se siguió con los Pactos Dawson. Se habrían de cumplir por la razón o la fuerza y la intervención armada se cernía en el horizonte, ya con un derecho o cuasi derecho. Igual procedimiento se había usado por Teodoro Roosevelt en Panamá, que produjo la desmembración de Colombia y una nueva República independiente.

Siendo garantizador de los Convenios o Pactos Dawson el mismo Departamento de Estado, quedaba

comprometido el honor de Estados Unidos en su cumplimiento. Esta fue la culminación de los trabajos de Washington para obtener derechos en la vida doméstica de Nicaragua y el verdadero principio de la intervención armada en nuestra patria.

En virtud de los referidos convenios, el Gobierno Provisional de Estrada y Díaz fue reconocido.

En este Gobierno solamente dos liberales quedaron: el Presidente Estrada y el autor, quien fue llamado a la Secretaría de la Gobernación. Todo lo demás, el ejército mismo, pertenecía al Partido Conservador. En Hispano América, tal vez en Estados Unidos también, se sabe lo que esto significa, lo que los españoles definimos diciendo: perros y gatos en un saco. Y el autor ha visto, a pesar de todo, que perros y gatos, poco a poco, aprenden a jugar juntos, mientras que los partidos no, sino para engañarse mutuamente.

La lucha comenzó muy sorda. Chamorro quería desposeer a Estrada, y por rivalidad Mena apoyaba a éste, para librarse de Chamorro, el más poderoso en el Partido Conservador, por ser jefe muy querido entre ellos.

Hubo la Constituyente. Pugnaba en ella Chamorro por no elegir a Estrada y Díaz. El día de la elección, Mena subió a Tiscapa y se preparó con cañones para apoyar a Estrada; mas no hubo necesidad de ello. Chamorro estaba con menos amigos en la Asamblea, y Estrada fue electo por aclamación.

Los conservadores continuaron en su empeño y propusieron una ley, la cual establecía una especie de gobierno parlamentario, el derecho de llamar a censura a los Secretarios de Estado cuando la Legislativa lo quisiera. El Gobierno de Estrada entonces, apoyado por Mena y el autor, emitió el decreto de disolución de la Constituyente, el 5 de Abril de 1911. Al firmar el decreto, Estrada y sus cinco Ministros, Mena, el de la Guerra, decía, dirigiéndose a Estrada: Si quiere mando preparar un tren para Chamorro, que salga del país. El de Fomento, Don Salvador Calderón, agregaba: estos me deben un freno. El autor callaba; siempre ha gustado del silencio.

En el decreto se convocaba una Asamblea Constituyente, en la cual, ni Estrada ni Díaz tuvieron partidarios, solamente el Ministro de la Guerra, Mena. No poseía éste grandes cualidades de inteligencia, pero sí de astucia. Ya no tenía a nadie en frente. Chamorro había emigrado voluntariamente para Honduras y sólo quedaban, Estrada, Díaz, y Calderón Ramírez, todos de carácter apático, muy ajenos a la diaria batalla. El autor era amigo de Mena.

Dueño de las armas y del Congreso, Mena pensó en sí mismo.

El día en que Chamorro salió para Honduras, Mena recibió una comisión de políticos granadinos, la cual le ofrecía hacerle Jefe del Partido Conservador, en vez de Chamorro.

Mena tuvo confianza para hablar sobre esto con el autor, y la contestación fue la siguiente:

“Te engañas, o te engañan, Mena. Los Pactos Dawson no te permitirán ocurrir a la fuerza. No es de cañas huecas la lucha (así llamaba Mena los fusiles) sino de cumplimiento de los Pactos Dawson”.

Mena no respondió. Comenzó a desconfiar de su amigo más íntimo, porque no le apoyaba en su deseo de arrojar a Estrada del Poder.

Entre paréntesis, Mena gozaba de todo. Distribuía los dineros de la Tesorería Nacional a su antojo. Era dueño del ejército. El Presidente Estrada le quería, confiaba en él, y este amigo del lector también.

Don Adolfo Díaz, Vicepresidente y a la vez Ministro de Hacienda, descuidaba la oficina, dejándola en manos del Subsecretario José Rosa Sandino, hechura de Mena.

El Tesoro Nacional tenía solamente papel moneda. De una emisión del Gobierno de los revolucionarios todavía encontramos siete millones de pesos, los cuales se distribuyeron rápidamente en Granada por exacciones y no exacciones de guerra.

El Gobierno de Estrada resolvió editar quince millones más, y lo hizo en efecto con las formalidades legales. Y siguiendo el ejemplo del Gobierno, por su propia responsabilidad los Ministros de la Guerra, General Mena, y el de Hacienda, Sandino, ordenaron la emisión de otros diez millones, sin las formalidades legales. Fueron hechas todas en Chicago, como también la llamada falsificación de Seecret, porque un día, en medio del estupor del Gabinete, se recibió del Ministro en Washington, Salvador Castrillo, un cablegrama que más o menos decía:

“Departamento de Estado desea saber si es verdad que un americano de apellido Seecret, quien se halla prisionero en Chicago, por falsificación de cinco millones, moneda de Nicaragua, ha obrado de acuerdo con importantes personajes de la revolución de Bluefields”.

Hubo Consejo de Ministros, a consecuencia de este mensaje.

Mena, el de la Guerra, guardó silencio, Don Tomás Martínez, de Relaciones, protestó diciendo que el Gobierno debía rehuir toda responsabilidad en este asunto; don Adolfo Díaz, el de Hacienda, se opuso igualmente a la declaración de que los revolucionarios de Octubre tuviesen parte en el negocio. El autor, Ministro de la Gobernación, apoyando esta tesis, agregó: “Recuerdo que a Bluefields llegó una carta del Dr. Adán Cárdenas ex-presidente, quien residía en Costa Rica, carta en la cual incluía otra precedente de Granada que aconsejaba para el servicio de la revolución, la emisión de doscientos cincuenta mil pesos billete nacional (había un ejemplar de un billete de cinco pesos de la emisión Madriz). El Dr.

Cárdenas se oponía con palabras dignas de un honrado ciudadano”. Don Adolfo Díaz hizo las mismas referencias, diciendo que de acuerdo con Estrada se había opuesto a la negociación y que así debía contestarse al señor Ministro de Nicaragua en Washington.

Y así se hizo.

Causó sorpresa en Managua la llegada inmediata, del mismo día, del autor de la referida carta, a rogar a Estrada, a Mena y al autor que le salvaran de la deshonra, declarando a Washington que la emisión había sido ordenada por el Gobierno revolucionario.

Y luego se supo toda la verdad. Seecret había fraguado el plan de falsificación en casa de un pariente político del Cónsul inglés Martin, en Managua. Se proponía doscientos cincuenta mil, pero Seecret iría a Chicago para contratar la emisión, aprovechando para ellos, el sobrante de cuatro millones y setecientos cincuenta mil.

El de la carta no daba tregua a sus ruegos. En la casa del mismo suegro político del referido Cónsul inglés Martin, en donde vivía Mena, el autor vió que aquél se le arrodillaba llorando y rogando que le salvara de la deshonra.

Hubo allí discusión. La oposición del autor continuaba más fuerte y se notaba contrariedad en Mena.

Como en esos días se tratara del nombramiento de un Agente Financiero, para la emisión de los quinientos millones de pesos del reciente decreto del Gobierno de Estrada, atrás referido, el señor Ministro de la Guerra, visitó a su colega de la Gobernación y le dijo: “Hagamos el nombramiento” de Agente Financiero para el Dr. (el cómplice de la falsificación).

Se leyó con calma el borrador Hubo alguna pausa; y después, sin preámbulos, el autor dijo:

“¿No sabes, Mena, que los cinco millones de Seecret, de que habla en su cablegrama el Ministro de Nicaragua en Washington, falsificados, vendrán a Nicaragua en unos almohadones de una lancha de gasolina, por el Gran Lago, importada por la casa Selva & Sandino? Este último es el Subsecretario de Hacienda, de la firma mencionada, y al enviar de Agente Financiero a la persona indicada, el Gobierno en que tú tienes parte, resultaría seriamente comprometido”.

Y luego el autor hizo pedazos el borrador agregando: Yo no he peleado por estas cosas, sino por el honor de Nicaragua.

El General Mena frunció el entrecejo. Era un golpe más a la amistad que de antaño cultivábamos.

Previno el autor al Presidente Estrada suplicándole que no diera su aprobación, y Estrada prometió negarse.

Andando los días, expatriado, después el 9 de Mayo de 1911, en el Hotel Imperial de New York, Estrada y el autor, recibieron visita del Cónsul Moffat y de un Agente de los Banqueros Brown Brothers y Seligman de New York. Ellos decían: "Hay una nueva emisión de diez millones autorizada en Nicaragua por el Subsecretario de Hacienda, Sandino; y radiogramas de Estrada, el señor Presidente, y del Ministro de la Guerra, Mena, en los cuales declaran que la emisión de Secret fue hecha con la autorización del Gobierno revolucionario".

La sorpresa fué intensa. El autor dirigiéndose a Estrada dijo:

—¿Hizo Ud. eso?

—¿Y cómo no lo había de hacer, si el falsificador se me arrodilló llorando?

—Es la eterna historia de la Magdalena, contestó el autor. Quien se arrodilla es perdonado.

Mientras tanto los cinco millones falsificados, ya habían entrado a Nicaragua, en los consabidos almohadones de la gasolina.

Resultaron así quince millones legales de Estrada, diez millones de Mena y Sandino y cinco de Secret. En total treinta millones de pesos billete nacional. Y del Gobierno de Madriz otros quince millones, con los cuales se suman cuarenta y cinco millones, es decir, la ruina de Nicaragua, de la cual todavía estamos padeciendo.

CAPITULO XVI

DEL CAPITOLIO A LA ROCA

Estrada había sido electo por la Asamblea Constituyente, en cumplimiento de los Pactos Dawson, el 1º de Enero de 1911. De este mes a Mayo sucedieron los acontecimientos que últimamente se narran. Parecía un drama, en escenas y episodios de un interés real y emocionante. Los actores, vivían: El Presidente Estrada en el Campo de Marte; don Adolfo Díaz en casa de su hermana Amella; Don Luis Mena en la referida casa del padre político del Cónsul Martín, quien vive hoy de sus riquezas en la nebulosa ciudad de Londres; el autor, en una casa alquilada, de la propiedad del Dr. Salvador Castrillo, Ministro entonces en Washington; y Don Salvador Calderón Ramírez, actual Ministro en la bella ciudad de México, en su casa solariega, con sus hermanas. El General Emiliano Chamorro había desaparecido temporalmente de la escena, muy contra su voluntad; pero en la política pocos saben el bien que hace el abandonar la lucha y descansar, siquiera por unas semanas, para prever los acontecimientos y salirles al paso y encauzarlos. No es agradable que se atraviesen en el camino y nos arrollen.

Por otro lado estaban los actores norteamericanos: Mr. Elliot Northcott y su Secretario Gunther, representantes de Estados Unidos de América, en la casa llamada Sarracena; un representante financiero de apellido Wands, presentado por el Ministro Northcott en su mismo discurso de recepción. Este hacendista solamente se ocupaba en estudiar la manera y forma de hacer llegar a Nicaragua los prometidos quince millones de los Pactos Dawson.

En una humilde casa de Managua vivían también el Cónsul Americano en Bluefields, Thomas P. Moffat y un alemán llamado Ricardo Sussman, conocido de los nicaragüenses desde los tiempos de Zelaya.

De una a otra casa iban y venían, se visitaban y se agitaban los protagonistas, y afuera, el país, palpitante, ansioso de saber si sobrevendría la paz o el diluvio.

Al General Luis Mena lo azuzaban muchos, diciéndole: ¿qué hace?, tome eso! Ud. es hombre fuerte y popular!

Y efectivamente, gracias a los cuarenta y tantos millones de la emisión, el de la Guerra repartía dinero y más dinero. Nos llevaba en esto con mucha superioridad la delantera.

El Comisionado Wand se preocupaba por los millones prometidos, la tierra de Canaan. Estrada y el autor le dijeron que no necesitaba Nicaragua de tanto dinero; que cinco millones de pesos oro bastarían para fundar un Banco Nacional con ese respaldo, valorizar los millones circulantes de papel moneda, reduciendo paulatinamente la circulación, por medio de incineraciones sucesivas.

Parece que esta opinión no fue del agrado del sabio financiero, quien a poco resolvió regresar a Estados Unidos de América, a la consulta con los peritos que allá abundan.

Si un escritor pudiera juzgar a los Ministros de Estados Unidos, sin cometer error, el autor diría que Mr. Elliot Northcott no era digno protagonista, en aquel drama. Se pasaba de sencillo y crédulo. No había conseja y cuento que no acogiera, sobre todo si se trataba de liberales. Para él solamente los conservadores eran buenos.

El Secretario Gunther no peinaba canas, y ya se sabe que solamente con los años se adquiere el saber.

Si estos dos hombres o ciudadanos llegaban en auxilio del nuevo Gobierno, los funerales de éste, sin duda, habrían de ser sangrientos, como los de Alejandro de Macedonia.

Viéndose Mena poderoso, con todas las autoridades del país de su hechura y semejanza: la Constituyente, el Ejército, Jefes Políticos y Directores de Policía, pensó resueltamente en deshacerse de sus amigos, Estrada, Díaz y Moncada. Su táctica comen-

zó contra éste, diciendo a Estrada que le enviase de Ministro a Guatemala y le diese veinte y cinco mil pesos billete para el viaje. Como había tanto papel moneda no tuvo temor de que el caudal concluyera, y sobre todo, que podían hacerse más y más emisiones. Parece que a los Banqueros de New York les gustaba este camino, según se ha dicho que lo declararon ante una comisión investigadora americana del Congreso de EE. UU.

Mena con sus consejeros montaba un cochecito. De su casa salía a las seis de la tarde a visitar a Moffat y a Sussman, quienes vivían cerca del Parque Central de Managua. Lo que se combinaba, lo sabía el Presidente Estrada en memorandums que Moffat o Sussman le llevaban, el siguiente día de las pláticas. Al principio ignoró el autor el contenido de ellos, pero después le llevaron copias.

El Cónsul Moffat y Sussman estaban esperando vapor que llegara a Corinto en dirección de Estados Unidos. Cruzarían Costa Rica y embarcarían en Puerto Llmón.

El General Mena les dió cartas dirigidas al Ministro Castrillo para que le apoyara en Washington, en el momento de dar el golpe.

En la vispera de su salida de Managua para Corinto, Sussman visitó en su despacho al Secretario de la Gobernación y le mostró un resumen del plan, agregando: "El señor Cónsul Moffat y yo saldremos mañana. El me recomienda decir a Ud. que Mena dará el golpe el día catorce de este mes. Nosotros queremos que Ud. apoye a Estrada".

El Ministro escuchaba con repugnancia. Sabía que aquel hombre había recibido dinero de Mena, y que se le ofrecía como amigo de Castrillo, el Ministro en Washington, su compadre.

"Mena mismo me ha dado dinero para ayudarle, pero yo trabajo por Estrada", terminó Sussman.

El autor contestó con sequedad:

Cumpliré con mi deber.

Ni Moffat, ni Sussman, al parecer, querían a Mena. Solamente le alentaban. Deseaban una conflagración cualquiera que fuese.

Otros nicaragüenses, al tanto de la conspiración, en cuenta un Secretario de Estado, llevaban y traían a Mena y a Moncada los datos necesarios.

Un día de cuantos el Presidente Estrada y don Adolfo Díaz, dijeron al autor con cierto embarazo, que Mena quería enviarle de Ministro a Guatemala, para retirarle del Ministerio de la Gobernación y del país.

El autor resolvió dejar las ramas y dirigirse al tronco, como se dice en español, y del mismo Campo de Marte, en un coche de alquiler, salió a visitar a su antiguo amigo y compañero.

La entrevista fué corta. Mena acostado quejándose de reumatismo. Una botella de coñac y un vaso grande en una mesa.

"¿Qué tal, José María?, dijo. Tomemos un trago".

Toma tú.

Mena llenó el vaso y lo apuró.

—"He venido, dijo el autor, para conocer de tus propios labios la verdad de lo que me han dicho: que ya no estás satisfecho de mí, que ya no eres mi amigo y que quieres que salga del país".

—"Es verdad, contestó. Mis amigos, los conservadores, me aflijen diciendo que debes retirarte del Gobierno, pero yo siempre seré tu amigo. Te vas para Guatemala y te daré todo lo que quieras".

(Se comprende que el caudal emitido no se agotaba).

—Antes de la emigración de Chamorro no hablabas así, repuso el autor. Yo era necesario a tu lado y callabas a quien hablare mal de mí. Confiábamos mutuamente, parecíamos unidos de manera indisoluble para salvar al país de las manos de la casa Gobernadora (los Chamorros). Por manera que tanta sangre derramada desde la Costa hasta aquí, se ha derramado por el egoísmo de dos hombres, el tuyo y el de Chamorro. Tú sabes, sin embargo, que además de haberme unido a tí, también lo estoy con Estrada y Díaz, que debo, pues, consultar con ellos. Si ellos quieren, me iré. Si no lucharé a la par de ellos".

Y mientras el nuevo Dictador apuraba sonriendo otra copa, el autor se retiró a la casa solitaria en que habitaba.

Era el 7 de mayo de 1911. Por la noche Don Adolfo Díaz llegó a esa solitaria casa y desenvolviendo un papel, dijo:

—"Lea".

El papel decía: "Ya te dije que Moncada debe salir el 14 para Guatemala. Si no lo hace yo lo obligaré".—(f.) Luis Mena.

De su puño y letra. Era el de la Guerra ayuno de letras, pero se expresaba con mucha concisión y claridad, aunque sin ortografía.

Mirando con fijeza a Díaz, el autor, dijo:

—¿Y Ud. qué piensa?

—Que no debe irse usted, puesto que detrás de usted, saldremos nosotros. Mañana se irá el Cónsul Moffat para Corinto, en donde embarcará para Estados Unidos. Luis Mena, Cuadra Pasos y yo iremos a despedirle al Puerto. Hable Ud. con Estrada y si él acepta el dar golpe a Mena, le ponen prisionero apro-

vechando su paso por León, en su regreso de Corinto”.

—Así lo haré, contestó el autor.

Y en verdad a las seis de la mañana del 8 de Mayo el autor hizo una visita al Presidente Estrada y le refirió lo que pasaba. Se hallaba él acostado. Levantóse nervioso y dijo:

—“Ordenemos, pues, la prisión de Mena, pero déjeme hablar con mi hermano Aurelio Estrada para que prepare algunos amigos. Quiero enviar a León al Ingeniero Portocarrero para preparar gente en León, que nos ayude”.

Asintió el autor, dando comienzo por su parte a otros preparativos.

Debía obrarse a las ocho de la noche de ese mismo día 8 de Mayo, limpiando de menistas la Loma de Tiscapa y los otros cuarteles.

Por la mañana hizo el autor esta curiosa pregunta al señor Presidente: “¿Cree Ud. que el ejército le pertenece, que obedecerá, que no daremos golpe en falso?”

—Es mio el ejército, contestó.

—Y a propósito, repuso aquél. ¿Qué hizo Ud. de los veinte mil pesos, que en previsión de estos acontecimientos, le dije distribuyera a las tropas, para comenzar a ganar su voluntad?”

—Los tengo en la caja, repuso el Presidente.

—Aunque ya es tarde, vaya, repártalos. Puede ser que lo agradezca el Ejército.

A las ocho de la noche el Presidente y su Ministro de la Gobernación dieron comienzo al movimiento. Don Aurelio Estrada llegó a caballo con un centenar de liberales. Se les dijo que tomaran posesión de la Mayoría, situada en la parte oriental del Campo de Marte. Hubo rumores allí de rebelión. Fuimos allá el Presidente y el autor. La tropa se mostró sumisa, pero el Presidente, en lugar de imponerse, dijo: “Ustedes son mis compañeros, son mis amigos. Yo estoy con ustedes”.

Se comprendía que el Presidente vacilaba, que no tenía la determinación necesaria y que el golpe había fracasado.

Mientras tanto, en el Campo de Marte, un liberal importante, decía: “Ahora no quedan ni Estrada ni Moncada aquí”. Y ordenó a un liberal que tomara una ametralladora.

El artillero, fiel a Estrada, se opuso y contó a éste lo que pasaba.

El Presidente se levantó a la altura de su poder, con indignación creciente, y gritó a los liberales que habían llegado con el otro General Estrada:

“¡Todos salen de aquí, inmediatamente. Que no quede ninguno!”

Y añadiendo la acción a la palabra ordenó al artillero fiel que disparara si no obedecían.

Pero obedecieron.

Se comprende la reacción de este hombre, la indignación que le causaba el ver que unos valían tanto como los otros, y que prefería quedarse con sus compañeros de la guerra, ser leal a la causa de la Revolución de Bluefields, contra Zelaya y sus allegados.

El autor caminaba de Scilla a Caribdis, de peligro en peligro. No teniendo la confianza de los conservadores, ni de los liberales, su papel se reducía a ver y vigilar los acontecimientos, encauzándolos hacia la legalidad, representada por los Primeros Magistrados, el Presidente Estrada y el Vicepresidente Díaz.

En su opinión, el peligro era Mena, llamado por los suyos el Dictador Verde, en contraposición de Zelaya, llamado el Rojo.

Poco después el autor llamó a León por teléfono, para hablar con el Director de Policía, de aquella ciudad.

—¿Qué va a hacer?, preguntó el Presidente.

—“A ordenar la captura de Mena a su paso por León”.

—“Yo lo haré después, contestó Estrada”.

El autor no insistió, ni podía. El era subalterno simplemente.

Hacia las diez de la noche sonó el teléfono. Hablaban de la Central del Ferrocarril, el Gerente:

“Ya viene el tren de Mena por Nagarote”.

—“¿Y no me dijo, señor Presidente, que ordenaría la prisión Ud?”

—“No lo hice porque temí que lo asesinaran en León”.

—“El no temerá mañana que nos asesinen a nosotros”.

Y saliendo del Campo fue el autor a la Policía para ordenar a un jefe leal la prisión de Mena a su llegada a la Central del Ferrocarril en Managua.

Y así fué hecho fielmente, dejando libres a Díaz y Cuadra Pasos.

Don Adolfo Díaz salió de Managua sin dejar a su hermano, Don Enrique, Jefe Político de Managua, al corriente de lo que se preparaba, ni recomendar-

EL MINISTRO AMERICANO APARECE

le el hablar con el General Bartolomé Viquez, Jefe del Campo de Marte. Vacilaban aquél y éste, creyendo que se trataba de arrojar también a Díaz del Gobierno.

Un movimiento en que no había unidad de acción, estaba llamado al fracaso.

Como a las doce de la noche, apareció el Vicepresidente en el Campo de Marte. En el primer momento habló así:

—Bueno. ¿Ud. hizo prisionero a Mena?

—Sí, señor, por el convenio con Ud. y Estrada.

—Pero yo no creía que Ud. lo hiciera, repuso Don Adolfo.

—Señor Díaz, contestó el autor. Yo no entiendo de comedias. Procedí creyendo que hablaba Ud. en serio.

—Así hablaba, dijo, y acabo de decir a mi hermano Enrique que debemos apoyar a Estrada.

Los sucesos se normalizaron de esa manera. La fuerza conservadora, viendo a Díaz de por medio esperó más tranquila, concentrando sus fuegos contra los dos liberales: el Presidente Estrada y su Ministro de la Gobernación.

Pasamos la noche de centinelas. Por la mañana del 9 de Mayo, a las 5, el autor buscó a Estrada para consultarle. Encontró a su esposa, Doña Salvadora, y hubo entre ambos el diálogo siguiente:

—¿Dónde están el Presidente y el Vice?

—Salieron a una conferencia con Don Fernando Solórzano y Don Tomás Martínez, Ministro de Relaciones, para saber si querían ellos hacerse cargo de la situación.

—Y la legalidad en qué queda?

—Pues no sé. . .

Otra sorpresa. A las seis de la mañana, por medio del Director de Policía, el General Mena pedía desde su prisión: "que le permitieran un tren para embarcar en Corinto ese día en el mismo vapor que conducía a Mr. Moffat, a Estados Unidos".

Se ordenó preparar el tren para las diez a.m. y la salida de Mena.

Ahora viene el Ministro Americano Northcott, y aparece también el Cónsul Inglés Martin, repetidamente mencionado.

A las nueve de la mañana del mismo día 9 de Mayo, el señor Ministro Americano pidió audiencia, la cual le fue concedida en el mismo momento. Llegó luego, acompañado de su Secretario Gunther.

El autor conversaba en el salón con el Señor Presidente y Doña Salvadora, su esposa. Al entrar el señor Ministro Northcott, este fiel amigo del lector quiso retirarse.

—"No, señor, dijo el Ministro. Al contrario, quiero que lea Ud. esta carta, le interesa".

Y extendió un papel traducido al español. La carta era anónima, fechada en Masaya. Decía que el Ministro de la Gobernación de Estrada, es decir, el autor, ofrecía veinte mil pesos billete nacional, equivalente a doce por cada dólar, para aquel que quisiera asesinar al señor Northcott. Parecía éste un tanto pálido, pero confesó con honradez que el anónimo no había sido escrito por un verdadero americano.

—¿Y Ud. cree en esa denuncia?, preguntó el autor al Ministro.

—"Pues yo no sé. . .", contestó.

Pidió permiso el autor para retirarse y se dedicó enseguida a otros quehaceres. La tormenta arreciaba. Por el portón oriental del Campo, en la Mayoría, entraban gentes conservadoras exaltadas, que tomaban elementos de guerra, y estrechaban la Casa Presidencial con ametralladoras. El odio se desencadenaba contra el autor.

Este no vió la despedida del Ministro. Solamente observó que el Presidente Estrada, en cuanto salió el representante de Estados Unidos, daba órdenes de enganchar los caballos y preparar el coche presidencial.

—Qué le pasa Señor Presidente, le preguntó su Ministro de la Gobernación.

—"Qué el señor Ministro Americano ha pedido la libertad de Mena, y yo la he ofrecido. Pero venga usted, General, conmigo a traer a Mena al Campo. Que nos deba a nosotros esa libertad, y no a la intervención extranjera".

—Yo no participaré, Señor Presidente, en esa debilidad. Lo que comprendo es que Ud. no puede continuar en el Poder, pero Mena no es sucesor legal. El legítimo lo es el Vicepresidente Díaz. Lo que cabe es depositar la Presidencia en él, que él dé la libertad a Mena y que nosotros salgamos del país, si fuere posible.

El Presidente accedió, y su Ministro, como a las once a.m. del mismo día, redactó el decreto de depó-

sito y ordenó su lectura ante la tropa sublevada, con lo cual se apaciguaron los ánimos, puesto que los conservadores deseaban el Poder, y para esto eran iguales Díaz, Mena, o Chamorro, como se comprobó entonces y en los años sucesivos.

A la 1 p.m., Díaz ordenó la libertad de Mena. Había influido mucho en el ánimo de Northcott la actitud decidida del Cónsul Inglés Martin, en favor de Mena. Cuando éste se halló libre, en la casa del Cónsul se refugió. Todavía no se creía seguro. En esa misma, casa Díaz y Mena celebraron un convenio, el cual más o menos decía:

“Díaz continuará el período de dos años para que ha sido electo con Estrada, y Mena se compromete a apoyarle en su Gobierno, como Ministro de la Guerra.

“Díaz por su parte se compromete a hacer candidato a la Presidencia, para el próximo período, al General Luis Mena”.

El Presidente Díaz mostró el convenio al autor y éste insinuó que solamente cambiara en el segundo párrafo la frase, se compromete a hacer por la de, se compromete a trabajar por la candidatura del General Luis Mena”.

Díaz buscó de nuevo a Mena, en la misma casa del Cónsul, y le encontró accesible. Había aceptado la enmienda.

Agregó el Presidente a su regreso, con cierta sonrisa: Mena está asustado. Todavía siente el golpe en la cabeza.

—“Lástima que el golpeador está solo. Si no, se habría evitado la guerra que viene, y algo más”, contestó el autor.

El resto de la tarde lo emplearon Estrada y el autor en los preparativos de viaje. Las cosas que llaman del destino causan a las veces hilaridad. Los veinte y cinco mil pesos billete nacional que Mena había ordenado para el viaje a Guatemala, y el tren que en la mañana del mismo 9 de Mayo se ordenó alistar para Mena, sirvieron al autor para salir expatriado de su tierra natal, pasando todavía algunos sustos. Podría decirse que hay algo del destino en esto, pero bajo la dirección de Estados Unidos, pues a este gran país representaba Mr. Elliott Northcott y éste, auxiliado del inglés, cambieron la suerte del General Mena y produjeron la caída de Estrada.

Cuando el autor salía del Campo de Marte, sin resguardo, fue hecho prisionero por una escolta y amarrado de los brazos. Parece que se le quería fusilar.

—“Venga a ver cómo me tienen, señor Presidente, Díaz, gritó el prisionero.

El Presidente Díaz oyó las voces y bajando rápidamente se enfrentó a la escolta, con el gesto de verdadero Mandatario, y dijo:

Suéltlenlo. Yo soy el Presidente!

La escolta obedeció. El Presidente pidió un coche y condujo a su casa al Ministro caído, con maneras de hidalguía que siempre valdrían para su honor y dignidad.

A las 7 de la noche salían Estrada y el autor para Corinto.

Son hechos singulares y auténticos. Caballeros hay siempre en el mundo y Don Adolfo, a quien por pasarse de patriota el autor llegó a atacar un día, en la paz y en la guerra, en aquella hora correspondió a la no desmentida amistad que en aquel entonces y después se han profesado.

Mientras estuvo con Estrada el autor en Corinto, a éste le permitió el General Mena esperar vapor en el Hotel Lupone y su compañero padeció prisión en el Cardón, para mientras pasaba algún vapor que lo condujese a Guatemala.

Poco a poco volvió del susto el General Mena, y por teléfono del Hotel Lupone decía al Comandante de Corinto, una vez dueño del Campo: Estrada para el Sur. Moncada para el Norte.

Pero el destino nos juntó de nuevo en New York. El General Mena no conoció los itinerarios de los vapores, sino cuando los marinos norteamericanos le llevaron a Ancón, el año siguiente, el 1912.

Cruzando por Panamá el autor leyó publicado un reportaje dado por él en Corinto. Nada había dicho. No respondió a ninguna pregunta.

Pero así es ahora la prensa, muy moderna, demasiado. Apenas recuerda de un amigo que con él se cruzó en el camino. Hubo pregunta y respuesta:

—¿Qué pasa, José María?

—Algo del destino. Un cambio de Gobierno. Vamos Estrada y yo destarrados.

En la llegada a New York, un pariente del Presidente Díaz fue al muelle a recibir al proscrito: el Cónsul José Solórzano Díaz, quien más tarde, en 1927, había de cruzar sus armas, contra las del autor en los campos de Muy Muy y de Palo Alto. Pero en 1911 habiendo quedado Díaz en el poder, él y todos los Díaz querían a Moncada, el amigo del lector.

Ha de decirse, porque es verdad, que el Presidente Díaz estimaba de veras al que esto escribe y que se le correspondía. Artículos y folletos se publicaron en su defensa en Estados Unidos, de la propia pluma del autor. En la gran ciudad, no obstante sus millones de luces, el proscrito estaba a oscuras, porque no sabía el inglés. Ahondaba la mirada en las columnas de los grandes diarios y no podía leer, pero cuando en alguna parte leía el nombre de Nicaragua, allí buscaba un diccionario, y con su auxilio traducía. Así dió comienzo al estudio de este idioma.

Ya se ha hecho referencia en esta obra de cómo iba desenvolviéndose en la mente del autor lo que el Gobierno Americano quería con respecto a Nicaragua. Tanto el Presidente Taft, como el Secretario Knox, salían a conferencias por ciudades y Universidades diciendo que Washington no podía salir del Mar Caribe, que allí estaba su defensa nacional y que con la diplomacia del dollar y los marinos se lograría este supremo destino de Estados Unidos de América.

Fue el centro nuestro, de Estrada y su ex-Ministro, el Hotel Imperial, de la calle Broadway, que tal vez ya no existe porque New York cambia vertiginosamente. Allí llegaban varios personajes en busca de Estrada, el ex-Cónsul Moffat, instalado en Brooklyn y en continuo contacto con el Departamento, según su propio decir; un señor Lawder, que más tarde fué Gerente del Banco Nacional, un Capitán Hoppkin, de Washington, alto, espigado, que parecía muy capaz de descubrir el Polo Norte, según hablaba. Quien no llegaba nunca a visitar a Estrada, todavía Presidente de Nicaragua, era su Ministro en Washington. Estrada era para éste el rey caído.

Pasaron tantos casos ante los ojos atónitos del autor! Una sospecha terrible también contra la intervención, mas con sospechas no se escribe la historia. Es preferible callar.

Moffat decía a Estrada que debía volver a Bluefields a reclamar su Poder; Lawder le ofrecía armas y municiones y un vapor para conducirlo; aquél, que los buques de guerra americanos irían a devolverle el Poder, de conformidad con los Pactos Dawson. ¿Vendría otra vez la raya en el mapa de Nicaragua, la secesión de la Costa?

Todos los visitantes se mostraban algo huraños con el autor.

Un día llamó de Washington al Presidente Estrada su Ministro Castrillo. Así se entendían, por papeles, porque parecía que en Managua cobrarían celes si se veía a los dos personajes en mayor intimidad.

El Presidente a su regreso refirió en el Imperial lo que pasaba. Había paseado en el Potomac con Mr. Dawson y el Ministro Castrillo, a bordo del Mayflower, según decía. Se le hablaba de volver a Nicaragua. . . .

Las propuestas de Moffat y Lawder apremiaban. . . Había de tomarse una resolución. . .

El Presidente habló de ello a su Secretario. La contestación fue inmediata.

—No vaya Ud., General. Guarde Ud. su nombre limpio. Si la intervención armada ha de llegar a nuestra desgraciada patria, que sea llamada por otros hombres.

Estrada asintió.

Esperamos los acontecimientos.

Ellos llegaron rápidamente. Corría el año de 1912, más o menos el mes de Mayo. Venía de Nicaragua a reemplazar al Ministro Castrillo en Washington Don Salvador Calderón Ramírez. Se hospedaba en casa particular. Nos visitaba. Habló de sus papeles, de las autógrafas que había de presentar en Washington, pero los tenía en el fondo de un baúl. No había llegado la oportunidad de llamar a la puerta de la Casa Blanca. Iba a Washington, a conversar con el Capitán Hoppkin y con Castrillo.

En New York él conversaba con el Dr. Lazo Arriaga, abogado de una firma muy conocida. Conversaba también con Malet Prevost, abogado de ciertos Banqueros, que era o había sido Consejero del Departamento de Estado.

Un día, el 28 de Julio de 1912, llegó Calderón Ramírez al Imperial y nos dijo:

—“Mi amigo me ha autorizado para decir a Díaz que proceda”.

Quién sería el amigo?

Solamente Dios, Calderón Ramírez y el otro lo saben.

Tal vez se ha mencionado en alguno de los referidos.

Lo que la historia de Nicaragua dice de verdad, es que el día siguiente, 29 de Julio de 1912, estalló uno de las más sangrientas guerras que han desolado nuestras campiñas.

Mena fue arrojado del Campo de Marte.

Se habían aliado Díaz y Chamorro.

Pero habiéndose declarado impotente el Gobierno de Díaz, por medio de su Ministro de Relaciones, Diego Manuel Chamorro, los marinos americanos desembarcaron en Corinto y corrieron a Managua a defender los intereses americanos y extranjeros a la vez.

Luego Mena para Ancón.

Luego la elección de Díaz, hecha por medio del Mayor, hoy General, Butler.

CAPITULO XVIII

LA DIPLOMACIA DEL DOLLAR

El autor no comprendía la diplomacia del dollar. Escuchaba las prédicas de Mr. Knex sobre tan ponderada panacea universal, pero no caía en la cuenta de lo que realmente significaba, sino cuando un promotor de empresas mineras de Filadelfia se acercó al Hotel Imperial, para hablar con el Presidente Estrada y proponerle un negocio sobre la mina de oro, que éste poseía o posee en las márgenes del Río Siquila, Costa Atlántica de Nicaragua, llamada La Kisilala.

Hubo los arreglos necesarios; y por fin, Estrada dio al promotor de negocios una opción para venderle la mina por un cuarto de millón de pesos, y en cambio Estrada recibiría algún centenar de acciones y emitiría con su socio una cantidad en bonos por valor de cinco millones de pesos.

El actor escuchaba silencioso el contrato viendo las firmas; y cuando se despidiera el filadelfiano se levantó para dar a su amigo un efusivo apretón de manos, felicitándole por la riqueza tan fácilmente conseguida.

Obsérvese que el promotor no gastaba mucho dinero, que iría a especular con los bonos y las acciones; pero no tan malamente, puesto que se comprometió a enviar un ingeniero a Bluefields para el examen del mineral. Resultó éste de una producción como del seis por ciento, y el hombre de Filadelfia abandonó la empresa.

Pero ¿cuántos habrá en Estados Unidos y Europa que abandonen tales empresas por tan poca cosa?

El origen de una deuda de Honduras de treinta o más millones de pesos, contraída en Londres, es ese. Los interesados siguieron y siguen en la demanda y Honduras todavía debe sin haber recibido ningún dinero. Ocurrieron una vez al Parlamento de Inglaterra los Tenedores de Bonos, y habiéndose comprobado que Honduras había sido burlada, el Parlamento declaró que no era lícito el proteger por la Corona esa clase de negocios.

Esta deuda de Honduras estuvo en las manos del Departamento de Estado, a fines de 1911 y el año de 1912, y también la de Nicaragua, llamada de la Ethelburga.

El ex-Presidente Zelaya había contraído una deuda de seis millones oro en Inglaterra, los cuales se destinaron para la construcción de un ferrocarril, que se construiría en la Costa Atlántica, desde Monkey Point, en el mar hasta San Miguelito en el Gran Lago de Nicaragua. Era una gran esperanza para el país.

El préstamo se hizo en buenas condiciones. Los tenedores de bonos ingleses conservarían el dinero en Londres y se gastaría a medida que la obra fuese construyéndose.

Cuando la guerra de Bluefields, (1909) estalló, había ya construídas de Monkey Point tierra adentro, más de veinte millas de locomotoras que daban vigoroso impulso al trabajo; y todavía estaban en depósito, en un Banco de Londres, cuatrocientas mil libras esterlinas, equivalentes a dos millones oro.

Para redimir estas deudas, de Honduras y Nicaragua, hubo los convenios Knox—Castrillo y Knox—Paredes, varias veces presentados al Senado de Estados Unidos y varias veces declarados deshonestos por aquel alto cuerpo, como respecto de la de Honduras había resuelto el Parlamento inglés.

El Departamento de Estado fracasó en cuanto al Convenio Knox—Paredes; pero pudo obrar en Nicaragua durante la guerra de 1912.

El Presidente Díaz, en previsión del levantamiento del General Mena, cedió a los Banqueros Brown Brothers & Seligman la administración de las aduanas y del Ferrocarril Nacional de Nicaragua, que buenas ganancias siempre han producido. Se crearon de esta manera intereses americanos y extranjeros en Nicaragua. Se preparó el derecho para la entrada de Marinos a Managua.

Los Banqueros de New York se entendieron con el Consejo de Tenedores de Bonos de la Ethelburga, en Londres. Para la nebulosa Albión hizo un viaje el referido Capitán Hoppkin. Conocieron del viaje Estrada y el autor en el consabido Hotel Imperial.

A la realización de esta inteligencia contribuía en gran manera el demérito del papel moneda de Nicaragua, aumentando en la cantidad de cuarenta y cinco millones, como ya se ha referido. Los bonos de Londres habían bajado un 75%.

La Ethelburga consistió en los arreglos, con la garantía del Departamento de Estado y a condición de que se encargara la Recaudación General de Aduanas de Nicaragua, a un perito norteamericano, propuesto por el Departamento de Estado y nombrado por el Presidente de Nicaragua. Los tenedores de bonos ingleses entregarían por este convenio los dos millones de pesos oro que conservaban en depósito.

Los Banqueros y sus agentes han dado cuenta anualmente, por medio de la Recaudación General de Aduanas, al Gobierno de Nicaragua y al Departamento de Estado de Washington sobre la inversión de esos dos millones de pesos oro. Parece que los gastos ascienden a dos terceras partes de la deuda, desde los contratos de la Ethelburga hasta nuestros días.

Por manera que Nicaragua se quedó siempre con la deuda, sin el ferrocarril y sin dinero, y las aduanas comprometidas.

No se sabe cuántos tenedores de bonos vendieron en Inglaterra sus bonos con el 75 % de pérdida y cuántos de éstos pasaron a tenedores norteamericanos; pero el Consejo de Tenedores de Bonos siempre quedó en Londres. Nicaragua ha seguido pagando pacientemente esta deuda; no obstante sus desastres, y sus bonos tienen alto precio en Estados Unidos, en el mercado actual.

Con tan eruditos profesores seguía instruyéndose el autor en diplomacia del dólar; y nuestro Ministro de entonces, en Washington, se instruía mucho más, pues una vez en el Consulado de Nicaragua, New York, Beaver Street, sostuvo con aquél lo siguiente interesante conversación. Se hablaba de los millones que a Nicaragua irían con el convenio Knox—Castrillo.

El Ministro, tocándose suavemente la barbilla, dijo: De esos millones me corresponde a mí el 5 % de comisión.

Y el autor:—¿Y cómo ha de ser que haya ganan-

cia para el Representante de Nicaragua en Washington? Este debe trabajar por su patria.

El Ministro quiso replicar, pero su interlocutor tomó el sombrero, se fue y no hubo más.

Se fue pensando en los peligros que entraña, para la ética, la llamada diplomacia del dollar. . . y en si serán justos y dignos de la aprobación de las Potencias, aquellos negocios que los banqueros u otros suelen hacer, gastando un poco de dinero, y a las veces sin gastar, pero volviéndose riquísimos de la noche a la mañana.

Es verdad que este sistema se había conocido en Nicaragua, que en todas partes cocemos habas, cuando, tranquilo todavía el Gobierno de Estrada, le propusieron de Granada un préstamo de cinco millones moneda de Nicaragua; pero en dinero solamente darían los granadinos el 10 por ciento y en documentos del tiempo de Zelaya, el resto.

No pudo acceder el Gobernante, mas con esta referencia se comprende que la diplomacia del dollar no es propia solamente de las grandes potencias, sino de las débiles y que es tan antigua como los hebreos.

Otro de los negocios de los banqueros en Nicaragua consistió primero en la Administración del Ferrocarril Nacional de Nicaragua y después en la compra del 51 por ciento de sus acciones, dejando al Gobierno de Managua el 49 por ciento, como la del Banco Nacional de Nicaragua. Con la Administración de estas empresas los Banqueros han tenido el propio dinero de la Nación nicaragüenses para dárselo prestado y para muchas otras cosas que sería prolijo enumerar.

Empero, es justo decir que el atacar por todo al Departamento de Estado, callando lo que le hace honor, no sería propio de un escritor imparcial. Esa negociación de compra del Ferrocarril por los Banqueros se hizo en tiempos del Secretario Bryan. Era Ministro de Washington en Nicaragua Benjamín L. Jefferson. Este recibió instrucciones del Departamento de Estado de hablar con el Presidente de Nicaragua para decirle que no le parecía buena la negociación.

El Presidente contestó que el Estado necesitaba dinero y que no tenía otro medio de conseguirlo.

Otra vez, el autor presentó al mismo Jefferson las cuentas pagadas, muy excesivas, de una comisión de peritos hacendistas que había llegado a Nicaragua.

El Ministro leía, palidecía un poco, y se levantó luego con arrogancia, diciendo:

—Esto no pasa en mi país. Es el Gobierno de Nicaragua el llamado a impedirlo.

Y a fe que tenía razón. Porque no son las leyes y las prácticas diplomáticas las malas, sino los Go-

bernantes malos. Y así los diplomáticos. El material de que se hacen, se llama, hombre. Como todo en lo humano.

Ya habla el autor de asuntos conocidos cuando su regreso a Nicaragua.

Díaz había sido electo en el mismo 1912, casi durante la guerra, apenas embarcado el Dictador Luis Mena para Ancón.

Era Ministro Americano en Nicaragua, Mr. Weitzel, un diplomático que ha escrito mucho de estos asuntos. El recurrió a los cuatro restantes de los Pactos Dawson para cumplirlos. De éstos, Estrada nombró representante a Carlos Cuadra Pasos. Los otros, Díaz, Solórzano (Fernando) y Chamorro, estaban presentes.

Presidía la sesión el Ministro Americano. Chamorro votaba por si mismo; Solórzano, por Chamorro. Suman dos. Díaz, votaba por si mismo; Cuadra Pasos, por Díaz. Suman también dos. Había empate. ¿Cómo hacer? Votó el garantizador, Weitzel, es decir, el Departamento de Estado, para cumplir con los Pactos Dawson. Fue nominado Díaz, y Chamorro nombrado Ministro en Washington.

Cambiaban los partidos en Estados Unidos. Llegaba Wilson, demócrata, en lugar de Taff. Resultó Bryan en la Secretaría de Estado, y nuevos Ministros de Washington entre otras partes del mundo.

Durante la permanencia de Chamorro en Washington se firmó el tratado Bryan—Chamorro, ganando éste la estimación de aquél.

Sucedían los años uno tras otro. Díaz terminaba el 1917, el 31 de Diciembre. Habría nueva elección.

Ya era Ministro Americano Jefferson, de quien se habla en este Capitulo. Se hallaba inspirado en la idea de devolver a los nicaragüenses la libertad electoral, por el único medio posible: presidiendo los marinos la elección, y consiguiendo que ambos partidos fueran a los comicios.

Como buen americano, pensó en que los candidatos de uno y otro partido fuesen escogidos entre amigos de la influencia americana. No se le podía exigir lo contrario. Aun entre potencias el cariño es humano. Uno quiere a quien le quiere, y no quiere a quien no le corresponde con simpatía. Para cambiar este modo de pensar sería preciso que fuere creado de otro modo el hombre, que Jesucristo volviera a encarnar en Galilea. Mejor sería en otra parte, porque los tiempos han cambiado. Hoy nadie quiere a los hebreos.

El Partido Liberal tenía representantes en Washington, el General Julián Iriás y otros. Este Jefe decía a su partido que habría elecciones libres y que cualquier liberal podía ser candidato. Los liberales se entusiasmaron, la tierra prometida estaba próxima. No pensaron en que podía interponerse el desierto, como a Moisés.

Volvió Jefferson de vacaciones. Llegó un día el autor a visitarle.

No bien comenzada la conversación un ujier anunció al General Chamorro. El autor pidió permiso para retirarse.

El Ministro Jefferson se levantó, y dijo:

—“No se retire, quiero resolver este problema”.

El autor no sabía cual problema y obedeció maquinalmente.

Después de los saludos, el Ministro Americano se levantó con aire solemne, expresándose de esta manera, en lenguaje inglés—español señalando a cada uno de los presentes con el índice:

—Usted General Chamorro, candidato conservador. Usted, General Moncada, Candidato liberal.—Espero la aceptación de Uds.

Allí conoció el autor la gran diferencia que existe entre un conservador y un liberal.

Chamorro contestó inmediatamente: “Yo acepto porque tengo disciplinado a mi partido”.

El autor vacilaba, pero lo despertó Jefferson diciendo:

—¿Y Ud. General Moncada?”

—Yo no tengo disciplinado el mio. He de consultarlo primero.

La gran diferencia: el conservador cogía la manzana, el liberal dudaba.

¿Sería que él, Chamorro, ya sabía a qué atenerse?

De cualquier manera que sea, él salió a dar órdenes, secundado por el grito espontáneo de sus partidarios; el autor a consultar con la Directiva Liberal, la cual contestó diciendo que su Jefe, el General Irías, llegaba en esos días a Corinto y que después resolvería.

El General Irías, quien ya era candidato, contestó que no, lanzando luego la Junta Liberal un manifiesto de abstención y entró Chamorro por la puerta abierta y sin oposición a la Presidencia de la República.

Era, además, una justa recompensa. Había firmado el tratado Bryan—Chamorro.

Acaeció la otra elección; el 1920. Don Diego Manuel Chamorro era el Ministro de Nicaragua en Washington. Todavía estaba Jefferson en Managua.

Hubo un partido de la Coalición el cual envió a Washington a Calderón Ramírez y al Dr. Juan B. Sacasa, para pedir justicia y elecciones libres en Ni-

ragua. Consiguieron, se sabe, una entrevista con el Secretario Colby. Este preguntó:

—¿De qué manera quieren que el Departamento de Estado les ayude, con la intervención, o con los buenos oficios de Washington ante el Gobierno de Managua?

—“Francamente, contestaron los comisionados, con los buenos oficios, con una ley justa, pues no queremos echar sobre nosotros la responsabilidad de la intervención”.

Colby interpuso entonces sus buenos oficios. Vino a Nicaragua el Comisionado Miller con un largo cartapacio y luego el Perito electoral Dodd.

La ley vino en inglés. Se tradujo y fue aprobada por el Congreso, en español inglés, es decir, incomprendible.

Hubo la elección. A ojos vistas fue ganada por el candidato de la Coalición, José Esteban González; pero como el Congreso en total era conservador, los votos del triunfador sirvieron para Don Diego Manuel, quien ganó la Presidencia con lujosa mayoría. Se le sumaron los votos de González.

Muy justo el premio. El había pedido, el 1912, como Ministro de Relaciones, el desembarco de los marinos.

CAPITULO XIX

CAMBIO DE ESCENA

UN ANTIAMERICANISTA EN EL CAPITOLIO DE MANAGUA

El señor Chamorro, Don Diego, tomó la Presidencia el 1º de Enero de 1921.

Dos años después, más o menos, moría repentinamente.

Sucedióle, don Bartolomé Martínez, el Vicepresidente, oriundo de Matagalpa, de notoria filiación conservadora.

Hizo buena política. Atrajo en cierta manera a los liberales para utilizarlos en las próximas elecciones presidenciales.

Durante ellas, Chamorro, Emiliano, volvió de Washington, a lanzar su candidatura; pero Don Bartolomé aspiraba a continuar en el Poder los cuatro años siguientes.

Los dos jefes rompieron por esta causa.

El liberalismo proclamaba al Dr. Juan B. Sacasa, actual Presidente de Nicaragua. Fue nominado.

Pero el Presidente Martínez se empeñó contra

Chamorro y propuso a los liberales la candidatura de Don Carlos Solórzano, rico propietario de Managua, sin antecedentes políticos.

Aceptado por el Liberalismo, vino la nominación de éste para Presidente y Don Juan B. Sacasa, para Vice.

Hubo de parte de Washington insinuaciones relativas a elecciones supervigiladas, pero el Presidente Martínez resistió con todo esfuerzo.

Chamorro fue vencido con veinte mil votos de mayoría, más o menos: los veinte mil de mayoría, del Partido Liberal, comprobada más tarde, en 1928 y 1932. Se comprende que poco pusieron de su parte los conservadores de Don Bartolomé.

Empero, Solórzano temía a los liberales. Disgustaba de su compañía, porque ocupaban puestos en el Gabinete y en seis Jefaturas Políticas e igual número de Directores de Policía, en los Departamentos.

Los perros y gatos, otra vez, de que habían los españoles, estaban dentro del costal. El 28 de Agosto de 1925, el propio año de la exaltación del señor Solórzano, la Loma de Tiscapa, que solamente tenía fuerza conservadora, se reveló contra el Ministro Liberal, Dr. Albino Román y Reyes, pidiendo su separación del Gobierno y capturándolo en una fiesta del Club Internacional en el más desafortunado y estúpido allanamiento del hogar que se haya visto en Nicaragua, y en otros países.

Como a las doce de la noche sonó un clarín que tocaba atención en el Parque Central. El Presidente estaba en la fiesta. Se celebraba en honor del Ministro de Instrucción Pública, doctor Leonardo Argüello, quien cumplía años.

El Presidente se retiró al toque de atención. No había dado la vuelta por el Parque, cuando irrumpieron en el salón de baile y las mesas destinadas a la cena muchos soldados mal vestidos. El Jefe en mangas de camisa, revólver a la diestra, disparaba en alto y alguna que otra vez contra las personas.

Las señoras lloraban, llamaban a sus hijas, a sus maridos. Las señoritas, horrorizadas, pedían socorro. Saltaban unas tras otras despavoridas por las ventanas. Algunos caballeros pedían auxilio al Ministro Americano Eberhardt, que allí se encontraba, pero él nada podía hacer. No tenía el poder magnético del Papa de Roma para detener a los bárbaros con sólo la magestad religiosa.

Cayeron prisioneros el Ministro Román y Reyes, el senador Hildebrando A. Castellón, el periodista Juan Ramón Avilés y el autor, a quien el Jefe de la soldadesca había disparado un tiro por la espalda pero sin herirle.

Este amigo del lector no tuvo tiempo sino para decirle:

—¡Cobarde, tire de frente!

Todos los prisioneros dimos en la Loma de Tiscapa, refugio de la tiranía, madriguera de tantos crímenes como se han cometido en Nicaragua, no obstante hallarse bellamente situada, en un magnífico escenario de la Naturaleza. Debiera inspirar a todos los nicaragüenses, sin excepción, el más puro amor a la patria y a la libertad.

La noche en la Loma la pasamos velando. Había orgía en la casa del Comandante y los artilleros ebrios amenazaban a los prisioneros con sus ametralladoras.

Por fin, el día siguiente 29 de Agosto, vimos la luz del sol y de la libertad, gracias a la influencia generosa y humanitaria del señor Ministro Americano, Mr. Eberhardt.

Por estos días se habían retirado de Nicaragua los marinos americanos que hacían guarda a la Legación en Managua.

Los sucesos que se narran acaecieron casi exactamente treinta días después de haber embarcado aquéllos en Corinto.

Un nicaragüense distinguido, de buena posición, antiamericanista, se hallaba en el puerto en pláticas con un corresponsal de la prensa americana. Nuestro compatriota se mostró entusiasmado, y propuso a su interlocutor un brindis por la salida de los marinos.

El nicaragüense, levantando la copa, dijo:

—¡Brindo por ser éste un día de gloria para mi Patria!

El americano chocó su vaso con el otro y no dijo nada.

La noche del asalto al Club Internacional, el mismo americano se hallaba entre los curiosos, viendo la fiesta y el drama, desde los balcones de un Hotel.

El día siguiente, el Corresponsal invitó al nicaragüense mencionado, para tomar una copa.

Al tomarla, el americano se levantó, y dijo:

—¡Brindo porque este ha sido otro día de gloria para su patria!

Le tocó el turno del silencio a nuestro compatriota.

Continuando la narración, se dirá que el Comandante de la Fortaleza pertenecía a la familia del Presidente Solórzano. Entre lágrimas y suspiros y abrazos se arreglaron pocos días después.

El Club Internacional expulsó entonces a dos socios por hallarse entre los asaltantes. Dos grandes personajes los presentaron a otro Club, el de Managua.

Pero quedó el germen en la Loma. La política incubaba en ella otros polluelos, pues nuevos Jefes,

más adictos al régimen conservador tomaron el mando de la fortaleza.

Un sobrino del ex-Presidente Díaz ocupó en la referida Loma el puesto más delicado, y la Comandancia un amigo y antiguo mandador de la Casa Solórzano.

Dos meses después de lo que llaman el primer lomazo los nicaragüenses, el 25 de Octubre del mismo año, a la madrugada los curiosos decían por las calles de Managua:

¡Chamorro está en la Loma!

Y en verdad el mencionado sobrino del ex-Presidente Díaz, había pedido permiso para ir a Chontales en aquellos días, dejando la Loma en poder de su Comandante.

Y esta vez, otro sobrino el ex-Presidente Díaz, el 24 por la noche, se posesionó de la Fortaleza, y Chamorro entró por la ancha puerta abierta, sin disparo de un cartucho.

Aquel día 25 de Octubre de 1925 es digno de memoria. El autor, con dificultad, acompañado de otro amigo, el Dr. Castellón, fue a la Presidencial y ofreció sus servicios. Estuvo el día entero observándolo todo.

Entraba de pronto el ex-Presidente Díaz y en una habitación retirada celebraba conferencias con el Presidente Solórzano, en presencia de Mr. Eberhardt, el Ministro Americano en Nicaragua.

Salía Don Adolfo, montaba en un cochecito de alquiler, con una banderita blanca, subía a la Loma y regresaba. Siguieron así las pláticas hasta las tres o cuatro de la tarde.

Nosotros apremiábamos al Presidente para que nos permitiera luchar. Pero de nada servía el apremio. El señor Presidente Solórzano tenía el comején en la camisa. Toda su familia pintaba a los liberales como lobos y a Chamorro como amigo y leal compañero.

El Mayor Carter, americano, Jefe de la Guardia Nacional, urgía desde el campo de Marte al Presidente que le permitiera tomar la Fortaleza al asalto. No era fácil, pero posible. Además, el sitio a la Fortaleza habría permitido una reorganización, e impedido la salida de los asaltantes a merodear y asesinar en la ciudad.

Caían algunos parciales heridos en las calles, corría el licor, y resonaba el grito partidarista por todas partes. De repente, la Capital presentaba el aspecto de sepulcro, el entierro de algún elevado militar.

A juzgar por lo que a las cinco de la tarde sucedió, debe creerse que Solórzano se negaba a las demandas de Chamorro. Solamente, Dios, Eberhardt, Solórzano, Díaz y Emiliano saben lo que pasó en las

conferencias. Este pobre mortal lo supo al día siguiente, al publicarse los arreglos.

A las cinco de la tarde cayeron muertos dos guardianes en el portón de la Casa Presidencial, y otro herido. A la misma hora pasaban tiros de cañón y de ametralladora sobre el edificio. La familia gritaba consternada.

Sonaron tiros de rifle en otro lado de la Casa. Parecía una fuerza atacante que llegaba por la calle llamada de San Sebastián.

Vió entonces el autor al Presidente que compungido llamaba nerviosamente a la Loma, por medio del teléfono.

El Presidente. —¿Hablo con el General Chamorro? Quiero hablar con el General Chamorro....

Hubo una pausa:—Con él habla, ¿qué desea?

—Oiga, General, en estos momentos están atacando mi casa, por la parte en que se halla mi familia. Mande Ud. contener ese fuego. Ya dije que accederé a todo.

—Ya doy mis órdenes, contestó el vencedor.

Y no estaban atacando las fuerzas de Chamorro, sino que se acercaba por el lado de Mateare una tropa fiel, la cual llegaba en auxilio del Gobierno constituido. La guardia presidencial requirió a los intrusos, preparando sus ametralladoras. Aquellos contestaron con tiros.

Pero el error resolvió el conflicto.

Todavía estaba en la Casa el Ministro Eberhardt. Había querido ayudar al Presidente. Parece que ofreció marinos para poner fin al conflicto. Hubo Consejo de Ministros y se resolvió desechar el auxilio extranjero.

A las seis o las siete de la noche, el autor dijo a su amigo, el Dr. Castellón:

—Aquí no hay nada que hacer. Vámonos. Salvemos el número uno.

Y fuimos a golpear la casa de un amigo que nos diera hospitalidad. Este nos llevó a la del vecino. Allí nos confortaron con una copa de fino cognac, pero nos negaron la hospitalidad.

—¡Vamos a mi casa! Allí tendrán olojamiento, —dijo el amigo que nos acompañaba.

El día siguiente, el señor Ministro Eberhardt a quien ocurrimos, nos envió aviso de que podíamos volver a nuestras casas.

La del autor se hallaba en frente de la Legación. Era en cierto modo una garantía el vivir allí, a la sombra lejana de la bandera americana.

El Presidente Solórzano quedó virtualmente prisionero en la Casa Presidencial. Chamorro tomó el mando, cambiando Ministros, Magistrados, todo.

Fueron los días precursores a la gran lucha constitucionalista que en la primera parte de esta obra se refiere, la que selló en Tipitapa el representante de Coolidge, Mr. Stimson.

El autor visitaba al señor Eberhardt. Parecía él disgustado de Chamorro. A las veces decía, dirigiéndose al autor, con una mirada significativa y hablando de Adolfo Díaz:

—Yo sé que Uds. dos han sido muy amigos.

—Sí, es verdad, contestaba el interrogado.

Un día el autor se preparó para salir de Nicaragua, para huir, mejor dicho. Despidióse, como a la seis de la tarde del señor Ministro, su vecino, diciéndole con franqueza:

—“No es posible tolerar la Dictadura. Salgo para la guerra, de cualquier modo que sea”.

Y nos dimos un sincero apretón de manos. Parecía que estábamos de acuerdo; y que en su fuero interno acariciaba la idea, el señor Ministro Americano, de que Adolfo, el de Nicaragua, recogiera los frutos del lomazo de Emiliano, no por cierto el Scipión romano, como en verdad acaeció.

Marcha azarosa, entre montes y precipicios a sacudir el polvo de los zapatos y de la tiranía en la frontera de Costa Rica. Tercera vez de la vida que el autor lo hacía. Primero contra Zelaya; después contra Mena, ahora contra Chamorro. Mucho teme el no poder llegar a la cuarta ocasión de ocurrir en defensa de las libertades públicas, pero quisiera, porque el mal echará nuevas raíces.

NOTA... ..

un alto militar nicaragüense pidió prestado el libro inédito al autor de estas líneas y ese mismo señor se lo permitió a otro amigo. Se tiene noticia fidedigna de que la copia en inglés fué vendida a un autor americano, quien la ha publicado en Estados Unidos sin cambiarle el título

“ESTADOS UNIDOS EN NICARAGUA”

Por este motivo se publica ahora en la tierra del autor para que la historia la conozcan, suscita y serena, sus conciudadanos y les sirva para apreciar y respetar la diferencia que existe entre aquella Política del Dólar y la del Buen Vecino, del Presidente Roosevelt.



¿ ES USTED UN MODERNO ANUNCIANTE?

ENTONCES NECESITA DEL MO-
DERNO EQUIPO ROTATIVO

OFF-SET FAIRCHILD

COLOR KING

NITIDEZ Y ECONOMIA

CONSULTE A SU AGENTE

PUBLICITARIO O LLAME A:

NOVEDADES

TELEFONO No. 2-57-37

APARTADO POSTAL 576

EL INSTITUTO NACIONAL DE SEGURIDAD SOCIAL DE NICARAGUA

protege a los Trabajadores en los
riesgos de:

- ✦ ENFERMEDAD
- ✦ MATERNIDAD
- ✦ INVALIDEZ
- ✦ VEJEZ
- ✦ MUERTE
- ✦ VIUDEZ
- ✦ ORFANDAD
- ✦ ACCIDENTES DE TRABAJO Y
- ✦ ENFERMEDADES PROFESIONALES

Cuando un trabajador ingresa al régimen del Seguro Social Obligatorio, el Instituto Nacional de Seguridad Social le extiende una Carnet de Identificación, que le sirve para hacer uso de sus derechos en cualquiera de las contingencias arriba mencionadas.

Asimismo, el INSS mediante un Sistema Electrónico lleva al día la cuenta individualizada de las cotizaciones de los asegurados. Mensualmente emite un documento o tarjeta por cada trabajador, el cual le es entregado a los patronos cuando éstos efectúan el pago de sus planillas, a fin de que lo distribuyen entre su personal.

Este documento es la Tarjeta de Comprobación de Derechos, la cual, junto con el Carnet de Identificación, deben ser presentados por los interesados cuando requieran hacer uso de los servicios que les presta la Institución.

INSTITUTO NACIONAL DE SEGURIDAD SOCIAL



- * MODELO ESPACIOSO
- * CAMBIO DE MARCHA
- * 145 HP. COMODIDAD Y ECONOMIA

CAPOTA METALICA

TOYOTA LAND CRUISER



*Los portones de lona
y de acero se abren
por el centro*

CHASSIS ROBUSTO *

FACILIDADES DE CAMBIOS *

145 HP *

PARA CARGA Y PASAJEROS *



CAPOTA DE LONA

CASA PELLAS

potencia en ACCION ... CAT D5



en el Caterpillar D5 usted siempre tiene a mano una gran reserva de potencia extra en su motor de 93 H.P., para esas labores de despalle, apertura de trocha o remolcar la más difícil carga sobre cualquier suelo. El Cat D5 construido para asegurar una larga vida en pleno servicio, proporciona a usted mayor rendimiento y más economía en su mantenimiento. Un Caterpillar D5 está a su disposición donde su Distribuidor:



CATERPILLAR

Caterpillar, Cat y  son marcas de Caterpillar Tractor Co.

NICARAGUA MACHINERY COMPANY

MANAGUA TEL. 24451

LEON TEL. 031-3114

CHINANDEGA TEL. 0341-632

Para el calor



es lo mejor

ALEGRE SU MESA Y DELEITE SU PALADAR

**Santa
Cecilia**



DE CALIDAD INALTERABLE!

BIBLIOTECAS EN LOS ESTADOS UNIDOS DONDE PUEDE CONSULTARSE

Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano

University of Texas Library
Austin, Texas.

The University of Florida
Gainesville, Florida.

University of Minnesota Library
Minneapolis, Minnesota.

University of Wisconsin
Madison, Wisconsin.

University of Illinois Library
Urbana, Illinois.

University of Kansas Libraries
Lawrence, Kansas 66044.

University of Denver
Denver, Colorado.

Tulane University Library
New Orleans 18, Louisiana.

Southern Illinois University
Carbondale, Illinois.

University of California
Berkeley, California.

Northern Illinois University
DeKalb, Illinois.

Cornell University Library
Ithaca, New York.

North Texas State University
Denton, Texas.

University of Washington
Seattle, Washington.

Duke University Library
Durham, North Carolina.

William Marsh Rice University
Houston, Texas.

The University of North
Carolina at Greensboro
Greensboro, North Carolina.

Villanova University
Villanova, Pennsylvania

The University of Arizona
Tucson, Arizona.

The University of North
Carolina Library
Chapel Hill, North Carolina.

University of the Pacific
Stockton, California.

University of California
Santa Bárbara, California.

Yale University Library
New Haven, Connecticut.

Stanford University
Stanford, California.

University of Oregon
Eugene, Oregon.

Brigham Young University
Provo, Utah.

Ball State University
Muncie, Indiana.

University of Kentucky
Library
Lexington, Kentucky.

Louisiana State University
And Agricultural and
Mechanical College
Baton Rouge, Louisiana.

University of Houston
Libraries
Houston, Texas

University of Missouri
Library
Columbia, Missouri.

The Ohio State University
Columbus, Ohio.

Columbia University
New York, New York.

Washington University
Libraries
St. Louis Missouri.

Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, Puerto Rico.

University of New York
1223 Western Avenue
Albany, New York.

Princeton University
Princeton, New Jersey.

University of California
Riverside, California.

The University of New
Mexico
Albuquerque, New Mexico.

Illinois State University
Normal, Illinois.

Long Island University
Brookville, New York.

University of
Southern California
Los Angeles, Calif.

Southern Illinois University
Edwardsville, Illinois.

George Washington University
Washington, D. C.

University of Maryland
Washington, D. C.

Georgetown University
Washington, D. C.

University of Pittsburgh
Pittsburgh, Pennsylvania.

University of Massachusetts
Amherst, Massachusetts.

Universidad de Puerto Rico
Cayey, Puerto Rico.

Howard University
Washington, D. C.

American University
Washington, D. C.

Library Inter-American
University
San German, Puerto Rico.

Harvard College Library
Cambridge, Massachusetts
02138.

Hartwick College
Oneonta, New York.

San Fernando Valley
State College
Northridge, California.

San José State College
San José, California.

Bloomfield College Library
Bloomfield, New Jersey.

Tallahassee Junior College
Tallahassee, Florida.

California State College
Fullerton, California.

The Citadel
The Military College of
South Carolina
Charleston, S. C.

New York Public Library
New York.

Pan American Union
Washington, D. C.

Library of Congress
Hispanic Foundation
Washington, D. C.

The Thomas F. Cunningham
Reference Library
International House.
New Orleans, Louisiana.

Biblioteca
Naciones Unidas
New York, N. Y. 10017.

LIBROS DE ACTUALIDAD

Contrapunto (Felming, Capote, Etc.)
Megalópolis Desatada
Las Naciones Unidas
Por qué Vietnam
Nave de la esperanza
Libertad y autoridad de la Educación
Lincoln, el desconocido
El Mundo de la Física
Una ventana hacia lo desconocido

Newquist
Claiborne Poll
Coyle
Trager
Dr. William B. Walsh
Paul Nash
Carnegie
Einstein-Rusell
Corinne Jacker

LIBRERIA



CARDENAL

DE LA IGLESIA SAN ANTONIO 1/2 C. ARRIBA

APTDO. No. 1787 TELS. 2-5040 - 2-2153

Hogares

Comercio

Agricultura

Industria

TROPIGAS

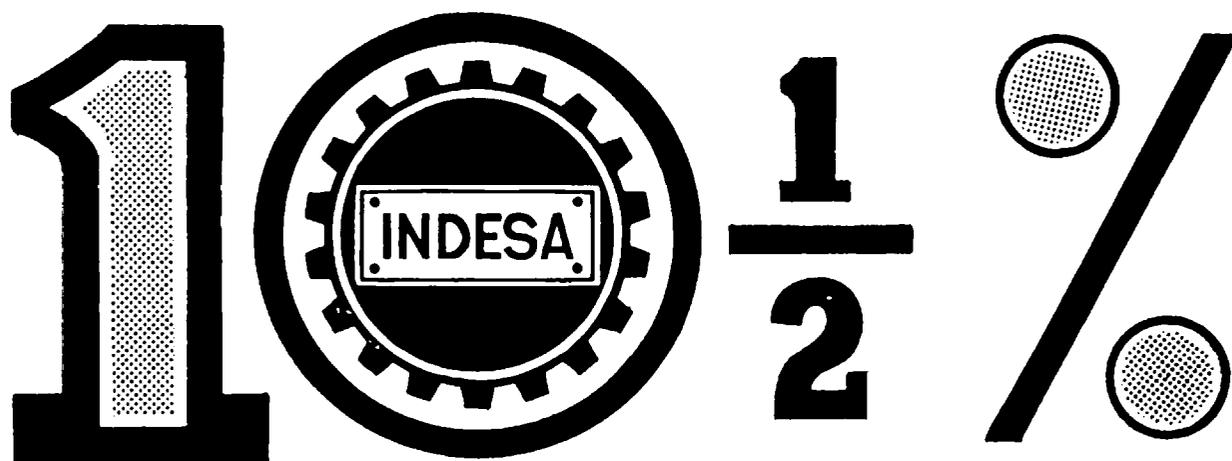
GAS LICUADO DE PETROLEO

SERVICIO EN TODO

CENTRO AMERICA

INVIRTIENDO EN
INDESA UD. GANA MAS Y NICARAGUA PROGRESA

SEGURIDAD ABSOLUTA MAXIMOS INTERESES
AHORROS GARANTIZADOS, EN



INSTITUCION FINANCIERA Y DE INVERSIONES ORGANIZADA POR EL
BANCO NICARAGUENSE

OFICINA PRINCIPAL SEGUNDO PISO DEL BANCO NICARAGUENSE, MANAGUA, O EN
CUALQUIER SUCURSAL DEL BANCO NICARAGUENSE EN TODO EL PAIS.